GRITO DE GLORIA





MINISTERIO DE INSTRUCCION PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

Prof JUAN E PIVEL DEVOTO
Ministro de Instrucción Pública

MARÍA JULIA ARDAO
Directora Interina del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 54

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

GRITO DE GLORIA

Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRAN y BENJAMÍN NAHUM

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

GRITO DE GLORIA

Prólogo de
EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

MONTEVIDEO
1964





PROLOGO

I

UNA DOBLE FUNDACIÓN

Con sus cuatro novelas históricas — ISMAEL (1888), NATIVA (1890), GRITO DE GLORIA (1893) y LANZA Y SABLE (1914) — no solo contribuye Eduardo Acevedo Díaz al establecimiento de la narrativa en el Uruguay sino que también aporta una obra capital para la fundación de nuestra nacionalidad Por eso, hay que considerar a Acevedo Díaz en su doble carácter de creador literario y creador de un sentimiento de la nación uruguaya Había en él un poderoso temperamento narrativo, una visión de la patria en su realidad actual, en su tradición, en su marcha hacia el futuro, una capacidad de descubrir en la compleja realidad nacional las cifras esenciales, un creciente dominio de la anécdota que madura (mas allá del ciclo épico) en SOLEDAD, esa tradición del pago que publica en 1894, un inusual poder de observación de tipos y costumbres Aunque escribió relatos breves (el mejor tal vez sea EL COMBATE DE LA TAPERA) necesitaba la amplia y morosa respiración novelesca para poder comunicar cabalmente su ancha visión de esta tierra oriental Fue un creador de mundo Es decir fue inventor de una realidad novelesca coherente y autónoma, una realidad que desde sus mejores libros ofrece su espejo a la nación a la vez que propone

normas para el futuro para la nacionalidad aún en formacion en momentos en que él escribía y publicaba

Pero tambien fue un politico destacado La época que le tocó vivir (nació en 1851, murio en 1921) necesitaba escritores que fueran hombres de acción Desde muy joven estuvo al servicio de uno de los partidos tradicionales y supo jugarse en la lidia periodistica, en la tribuna, en el campo de batalla Arriesgo su vida varias veces por sus ideales Su vocación literaria (aunque fuerte y porfiada) está en permanente conflicto con esa avasalladora e impostergable vocación politica que habrá de convertirlo en uno de los jefes del Partido Nacional, "el primer caudillo civil que tuvo la Republica" según ha dicho Francisco Espinola, uno de sus más sutiles sentidores Por eso, Acevedo Díaz sólo podra escribir sus grandes novelas en la pausa forzosa de una lucha que casi no le da tregua El período literariamente mas fecundo de su obra, el verdaderamente creador, coincide casi exactamente con su obligado exilio en la Argentina, entre los años 1884 y 1894 Entonces escribe BRENDA (1886), su primer novela, de ambiente contemporaneo y aún inmadura las tres primeras obras del ciclo historico, SOLEDAD y seguramente esboza entonces LANZA Y SABLE cuya redaccion definitiva la lucha política retardara hasta 1914 Su arte de novelista se resiente naturalmente de esta escisión permanente entre su carrera de hombre publico (el eje sobre el que se desplaza su destino) y su porfiada vocación literaria Sin embargo su obra de creador no necesita excusas Está ahí, entera, para ejemplo de nuestra literatura, vigente a pesar de visibles desfallecimientos y de algunos titulos superfluos (además de BRENDA, hay otra novela MINES, 1907, menos redimible por haber sido publi-

cada después de las obras maestras) Su obra está ahí, plantada como una de las creaciones mas importantes y perdurables de nuestra narrativa que no abunda en grandes novelistas Ya no se discute el lugar que le corresponde en el panteón vivo de las letras nacionales Hace cuarenta hace treinta años, los críticos mas vigentes entonces (pienso en Zum Felde, en Alberto Lasplaces) podían oponerle muchos reparos de detalle — reparos muchas veces justísimos y lúcidos — sin advertir al mismo tiempo todo lo que su obra tenía de central, de permanente, de hondamente creadora Hoy, a partir de las luminosas explicaciones de Francisco Espínola en su prologo a ISMAEL (Buenos Aires, 1945) es imposible no advertir esa cualidad esencial de su obra la fundación de un sentimiento de la nacionalidad, la fundación de una forma perdurable de la novela uruguava

Pero el nombre de Acevedo Díaz no ha traspasado aún las fronteras patrias Todavía es desconocido en el vasto mundo hispanico Sin embargo, parece indudable que su obra merece trascender las fronteras de la nacionalidad Aunque buena parte de su eco pueda perderse fuera del ámbito uruguayo (no tiene por qué hablar a hombres de otros cielos con el acento tan persuasivo con que nos habla), su creacion no depende exclusivamente de circunstancias locales Hay en Acevedo Díaz un creador tan universal como Zorrilla de San Martin o como Horacio Quiroga un hombre capaz de tocar los centros de la vida con la misma autoridad, el mismo poder suasorio, la misma imaginación poética Para certificarlo estan ahí sus libros, y sobre todo la importante fabrica de sus novelas históricas.

La crítica (sobre todo Zum Felde) ha discutido la calificación de tetralogía que correspondería a esas cuatro novelas del ciclo histórico y ha propuesto en cambio la trilogía por considerar que la última de las cuatro (LANZA Y SABLE), "escrita mucho después, carece del vigor artístico y de la verdad histórica de las primeras" Emitido por primera vez en su *Crítica de la literatura uruguaya* (Montevideo, 1921) este juicio de Zum Felde no ha sido modificado por el autor en sucesivas ampliaciones de aquel libro (*Proceso intelectual del Uruguay*, Montevideo, 1930, Buenos Aires, 1941) o en otros textos complementarios (*Indice crítico de la literatura hispanoamericana La narrativa* México, 1959) Ya he examinado in extenso esta opinión de Zum Felde en el prologo a NATIVA de esta misma coleccion de Clásicos Uruguayos A mi juicio no cabe negar la entrada de LANZA Y SABLE en el ciclo historico En primer lugar, porque esa ha sido la voluntad creadora explícita de Acevedo Díaz ya que al aparecer ISMAEL fomento la publicación de algunos sueltos periodísticos en que se hablaba de los "cuatro volúmenes" o "cuatro libros" que comprendería el ciclo entero, llegando a especificar en "La Epoca", (abril 21, 1888) que "el último y culminante episodio de la obra es una brillante descripción de la defensa de Paysandú" En realidad, como se sabe, LANZA Y SABLE concluye con la capitulación de Paysandú Ademas y a mayor abundamiento, al publicar la última novela reafirma Acevedo Díaz su intención general desde estas palabras del prólogo "Nuestro trabajo, interrumpido más de una vez por distintas causas y de un tema que diverge un tanto de los anteriores de la serie, relativos a las luchas de la independencia, es continuación de GRITO DE GLORIA" Pero hay, sobre

todo, un argumento mas poderoso la concepción general profunda del ciclo *exige* la presencia de LANZA Y SABLE

Acevedo Díaz no se propuso sólo evocar las lejanas luchas de nuestra nacionalidad por librarse del yugo español o de la amenaza porteña y lusitana También quiso mostrar en aquellas luchas la simiente de las guerras civiles que escindirían (hasta el mismo momento en que creaba sus novelas) la nacionalidad oriental en dos grupos antagónicos Por eso ISMAEL (y sólo ISMAEL) pertenece al ciclo artiguista de lucha por la independencia Tanto NATIVA como GRITO DE GLORIA ilustran simultaneamente dos temas en el nivel más superficial y evidente, muestran la lucha por liberarse del ocupante brasileño, en un nivel mas profundo, revelan las primeras señales de la discordia civil con la aparicion de los tres caudillos (Lavalleja, Oribe, Rivera) que se disputaran la hegemonia Sin embargo, aunque Zum Felde se equivoca al exceder los limites de la crítica y negar entrada a LANZA Y SABLE en el ciclo, su error contiene un acierto paradójico Las cuatro novelas no se integran verdaderamente en una tetralogía sino en un triptico, aunque ordenado de modo distinto de lo que él propone y por motivos muy diversos de los que él aduce En efecto ISMAEL, que muestra el estallido de la Independencia y concluye con la batalla de Las Piedras, seria el primer volante del triptico, NATIVA y GRITO DE GLORIA, que cubren el mismo periodo histórico, la Cisplatina, y estan inextricablemente ligadas por la peripecia del mismo protagonista Luis Maria Berón forman el centro doble del tríptico, LANZA Y SABLE que muestra el comienzo de la escision de los dos partidos tradicionales y los orígenes de una guerra civil que en-

sangrentaría al Uruguay a lo largo de todo el siglo XIX, es el último volante del tríptico

La cronologia también confirma esta ordenación estetica Aunque muchos criticos ya han señalado que no hay hiato historico o anecdótico entre NATIVA y GRITO DE GLORIA, y si lo hay entre ISMAEL y NATIVA (unos diez años) o entre GRITO DE GLORIA y LANZA Y SABLE (otro lapso de casi diez años) no se han sacado todas las consecuencias esteticas de esta observacion Parece indudable, sin embargo, que al construir sus cuatro novelas de acuerdo con un plan que, histórica y anecdoticamente vincula fuertemente a las dos centrales y aisla a las dos extremas, Acevedo Díaz esta creando no sólo una tetralogia (calificación que solo tendría en cuenta los aspectos externos de la estructura narrativa) sino un triptico

Una observación complementaria al anunciar LANZA Y SABLE Acevedo Diaz la presentó un par de veces bajo el título de FRUTOS nombre con el que se conocia popularmente al General Fructuoso Rivera Este proyecto de título permite verificar, asimismo, no sólo la unidad de concepcion de las cuatro novelas del ciclo en que insiste Acevedo Diaz al hacer el anuncio sino algo mucho mas importante, sobre lo que no se ha hecho hincapie que yo sepa En la concepción del autor, el ciclo se abriría con una novela cuyo protagonista (Ismael) es un ser de ficción que simboliza la primitiva nacionalidad oriental en armas contra el poder colonial de España, y concluiría con otra novela cuyo protagonista (Frutos o sea Rivera) es un ser completamente histórico que simboliza la escision que habrá de producirse en el seno mismo de esa recién conquistada nacionalidad independiente De la novela histórica (ISMAEL) a la historia novela

da (FRUTOS, es decir LANZA Y SABLE) tal era el camino que habría de recorrer Acevedo Díaz en su ciclo Es cierto que más tarde, al cambiar el título a la última novela, soslayó la simetria y el contraste exterior entre Ismael y Frutos, pero no altero para nada el intimo contraste entre ambos libros En la concepción estructural, como en la realización novelesca, la primera y la última parte del ciclo se oponen con profunda antítesis que ilustra su dialéctica interior Son los dos volantes extremos del tríptico En el centro, quedan dos novelas NATIVA y GRITO DE GLORIA, que en realidad constituyen una sola

II

ESTRUCTURA DE GRITO DE GLORIA

La anecdota que se inicia en NATIVA culmina y se desenlaza en GRITO DE GLORIA el joven Luis María Berón que había abandonado su hogar montevideano para sumarse a la cruzada anti-brasileña del coronel Olivera, que habia participado en algunas escaramuzas, que se había visto obligado a refugiarse entre matreros, que habia encontrado en la estancia Los Tres Ombues no una sino dos muchachas (Natalia, Dora) dispuestas a amarlo que habia rivalizado con el teniente brasileño Souza por el cariño de Natalia, reaparece ahora en GRITO DE GLORIA como protagonista de acciones no menos importantes Aqui estará incorporado a la Cruzada Libertadora de los Treinta y Tres Orientales, continuara su interrumpida relación con Natalia, entablara en el campamento un vínculo más puramente carnal con una soldadera, la bravía Jacinta, enfrentara a su rival Souza en el campo de

lucha, será herido en la batalla de Sarandí, morirá en la estancia de Los Tres Ombúes Por el trazado exterior de su anécdota es evidente que GRITO DE GLORIA no sólo es la continuación inmediata de NATIVA, sin interrupción de la peripecia, sin hiato histórico, sino que es la misma novela una segunda parte, la otra mitad del tablero central de este tríptico narrativo

Lo que no significa que entre una y otra novela no existan notables diferencias Aunque se trate de diferencias similares a las que es posible encontrar entre la primera y la segunda mitad de *La guerra y la paz* Porque sin extremar la comparación, es posible advertir que en NATIVA, a pesar de la cruzada de Olivera y de algunos combates aislados, predomina el clima de paz, una paz armada que es sólo un intervalo entre dos momentos de guerra, pero una paz en fin En tanto que GRITO DE GLORIA, desde la primera secuencia importante (el desembarco de los Treinta y Tres en la playa de la Agraciada) hasta la última (la batalla de Sarandí) está hondamente marcada por el signo bélico Esta diferencia de énfasis explica que en NATIVA predomine la anécdota individual y sentimental la relación entre Luis María Berón y las dos hermanas, el otro triangulo que establece la rivalidad entre Berón y Souza por Natalia Mientras en GRITO DE GLORIA, los conflictos individuales aunque sobreviven y ocupan espacio narrativo, están dominados por la acción bélica

Tal vez la más notable diferencia exterior entre NATIVA y GRITO DE GLORIA esté dada por la estructura misma de cada novela La primera sigue el esquema general de ISMAEL· se inicia, como quería y recomendaba Horacio en su *Arte poética,* in media

res en un Uruguay ocupado por los brasileños que han convertido la Banda Oriental en Provincia Cis platina, y en momentos en que Luis María Berón está a punto de ser descubierto por los dueños de Los Tres Ombúes Se ha refugiado como matrero en los montes linderos y su presencia no pasará inadvertida a las muchachas de la estancia El contacto entre el protagonista y las jóvenes pretexta (como en la *Odisea* la llegada del héroe al país de los Feacios) un salto hacia atrás en el curso de la narracion A partir del capitulo VIII, Acevedo Díaz introduce la historia de Luis María Berón. Al concluir el *racconto* en el capítulo XVII la acción retorna al presente narrativo en que se mantiene hasta el final Nada de esto ocurre en Grito de Gloria, cuya acción es perfectamente lineal No hay un solo *racconto*, no se regresa en el tiempo, todo marcha en forma cada vez más acelerada hacia la culminación épica de la batalla de Sarandí

Es evidente que la formula, algo mecanica, que Acevedo Díaz había usado ya en Ismael y vuelve a usar en Nativa, resultaba ahora superflua No en vano el narrador iba aprendiendo y madurando a medida que se desarrollaba el ciclo histórico Al simplificar la estructura externa y aceptar la narración lineal en lugar del salto atrás en el tiempo, Acevedo Díaz se despeja de efectos puramente estructurales y concentra su materia narrativa en lo que realmente importa un crecimiento inexorable de la secuencia de hechos, una mayor complejidad en la visión de los personajes, una acentuación del carácter épico de la narración La fórmula (si fórmula hay) es la de la *Iliada*

Desde este último punto de vista es muy notable la diferencia de Grito de Gloria con respecto a Nativa Es cierto que en esta novela toda la secuencia en que

Acevedo Díaz muestra la Cruzada de Olivera (capítulos X a XII) es de la mejor calidad épica Pero en el conjunto de la novela, esos tres capítulos no alcanzan a redimir un texto que en general está abrumado por los peores recursos del folletín romántico (pasión desdichada y morbosa de Dora por Luis María Berón, trazado convencional de las relaciones de éste con Natalia) y que sólo se justifica como preparación para un proceso personal que Acevedo Díaz desarrolla y culmina en GRITO DE GLORIA Como novela autónoma, NATIVA no tendría razón de ser En esto difiere fundamentalmente de las otras tres del ciclo histórico, que pueden sostenerse (y se sostienen) sobre sus propios pies La razón es que NATIVA no es una novela autonoma, ni siquiera es una novela es la mitad del volante central del tríptico

GRITO DE GLORIA, en cambio, podría existir como narración autónoma Es cierto que si solo existiera esa parte de la composición central del tríptico se borraría bastante el trazado completo del Uruguay de la Cisplatina, se vería afectado el proceso de esa visión profunda de la nacionalidad que quiere comunicar Acevedo Díaz, y la figura de Luis María Berón, como alter ego del autor, perdería buena parte de su sentido, como se vera más adelante Pero aún así, en la hipótesis de que GRITO DE GLORIA existiese como novela aislada y única, su validez narrativa no disminuiría totalmente Seguiría siendo un fresco importante y viable del momento en que la Banda Oriental despierta al impulso de la Cruzada Libertadora de los Treinta y Tres, mostraría a Luis María Berón como héroe y como amante (la relación con Jacinta es una de las mas logradas del novelista uruguayo), culminaría con uno de los pasajes épicos mas notables de

nuestra narrativa la batalla de Sarandí Aún más como tema secundario, la novela ilustraría también el comienzo de una rivalidad fratricida que habría de poner en grave peligro esa misma nacionalidad en formación

Felizmente, no es necesario considerar a GRITO DE GLORIA como novela aislada sino como parte fundamental del tríptico Sus vinculaciones con NATIVA son aún mas sutiles de lo que se ha subrayado Así, NATIVA concluye con un abrazo simbólico entre Ladislao y Luis María Berón, en tanto que GRITO DE GLORIA muestra hacia el final a uno de los protagonistas de ese abrazo, al gaucho Ladislao Luna enlazado en feroz duelo a muerte con un hermano de armas El abrazo se ha trocado en duelo fratricida Porque entre el final de una novela y la conclusión de la otra ha ocurrido precisamente esa escisión de la nacionalidad oriental en dos bandos Aquí se inicia una lucha que llegará a ser en LANZA Y SABLE, francamente civil Este pequeño incidente, simbolicamente colocado por Acevedo Díaz en la culminación de las dos partes del volante central de su tríptico demuestra hasta que punto la estructura de cada novela y del ciclo historico completo, ha sido materia de estudio, de meditacion, de calculo Por otra parte, GRITO DE GLORIA no solo esta ligada fuertemente a NATIVA También lo esta, aunque en forma mas laxa, a ISMAEL por el papel importante aunque secundario que juega el protagonista de esta primera novela en la accion de la tercera Y está muy ligada asimismo a la última de la serie por plantear en su desenlace el conflicto que será el tema de la misma la lucha cainita Por eso, desde muchos puntos de vista, GRITO DE GLORIA es el gozne en que gira todo el tríptico hacia una fatal culminación

III

LA VISIÓN HISTÓRICA DEL NOVELISTA

Desde sus primeras páginas, GRITO DE GLORIA pone su énfasis en lo historico Su primer capítulo, *Despues del Catalan,* traza el cuadro de destrucción provocado por los invasores portugueses, que serán suplantados luego por los brasileños a partir de la Independencia del Brasil Es el cuadro de nueve años de ocupacion extranjera. los nueve años en que la Banda Oriental se convierte en provincia del Imperio brasileño Aunque el acento está puesto en lo histórico, Acevedo Diaz quiere comunicar sobre todo el estado de animo de una nacionalidad oprimida Los capítulos siguientes muestran el crecimiento y estallido de la Cruzada Libertadora de los Treinta y Tres Orientales los esfuerzos revolucionarios de dos caudillos emigrados en Buenos Aires, Oribe y Lavalleja (capítulo II), dos emisarios que recorren los pagos de la patria sometida (capítulo III), el comienzo de la Cruzada con el desembarco en la playa de la Agraciada, episodio culminante de nuestra historia que Acevedo Diaz detalla con intuiciones magistrales de novelista

En el prólogo a SOLEDAD (Montevideo, 1954) ha mostrado Francisco Espinola la superioridad de Acevedo Diaz como descriptor de un cuadro histórico sobre el pincel de Juan Manuel Blanes en su célebre cuadro En tanto que Blanes coloca a los Treinta y Tres en el absoluto primer plano de su cuadro, llenando hasta el último resquicio de la tela con su presencia agrandada y heroica, Acevedo Diaz enfatiza la pequeñez del grupo en medio del paisaje Incluso los muestra desde el punto de vista de unos paisanos.

"Un pequeño grupo de vecinos del pago presenciaba la escena desde el pie de la colina, dominando con sus miradas el arenal por un abra extensa del bosque." Este subrayado de un punto de vista ajeno permite al novelista situar a los héroes dentro del marco natural y subraya el contenido simbólico de la escena: la desproporción entre los medios y la magnitud de su hazaña. En tanto que el procedimiento de Blanes quita perspectiva histórica a la gesta, Acevedo Díaz encuentra el medio de sugerir emocionalmente toda su grandeza intrínseca.

Ya en el capítulo V *(Al viento la bandera)* la visión histórica pura cede el paso a la ficción narrativa. En escena entran Ismael, Cuaró y Ladislao Luna, Luis María Berón y su ayudante, el negro Esteban, don Anacleto, viejo y astuto campesino. Las figuras históricas (como Oribe, como Rivera) se mezclan con las puramente novelescas aunque predominarán sobre todo éstas en el resto de la novela. Por eso, GRITO DE GLORIA oscila entre la ficción y la recreación histórica. Nuevamente, como en NATIVA, Luis María Berón habrá de convertirse en el punto de mira desde el que Acevedo Díaz comunica sus ideas sobre la nacionalidad en formación. A partir de este capítulo hasta el final, la obra progresa inexorablemente en estas dos dimensiones: la histórica y la novelesca. Se cumple así en esta obra mejor que en las anteriores del ciclo una de las ambiciones declaradas de Acevedo Díaz: reconstruir por medio de la novela el verdadero proceso histórico.

En unas cartas sobre *La novela histórica* (que fueron aducidas y comentadas en el prólogo a NATIVA de esta misma colección) señala Acevedo Díaz, ya en 1895, que "el novelista consigue con mayor facilidad

que el historiador resucitar una epoca, dar seducción a un relato La historia recoge prolijamente el dato analiza friamente los acontecimientos hunde el escalpelo en un cadáver, y busca el secreto de la vida que fue La novela asimila el trabajo paciente del historiador, y con un soplo de inspiracion reanima el pasado, a la manera como un Dios, con un soplo de su aliento, hizo al hombre de un puñado de polvo del Paraiso y un poco de agua del arroyuelo" Mas tarde, en el prólogo a LANZA Y SABLE (de 1914) insistirá en la superioridad de la novela historica sobre la mera historia "A nuestro juicio, se entiende mejor la 'historia' en la novela, que no la 'novela' de la historia Por lo menos abre mas campo a la observación atenta, a la investigación psicologica, al libre examen de los hombres descollantes y a la filosofia de los hechos"

Porque Acevedo Díaz (que tenia en su familia notables ejemplos de historiadores y cronistas) sabía perfectamente que el dato histórico, por sí solo, poco dice, que es susceptible de ser tergiversado, que muchas veces solo refleja una parte, no siempre la mas valiosa, de la realidad historica que se pretende recrear En EL MITO DEL PLATA (Buenos Aires, 1916) llega a escribir "La documentación es una de las fuentes El documento oficial suele redactarse con arreglo a intereses, y no a sucesos, conforme a móviles de circunstancias, y no a la estrictez de los hechos consumados Si mas adelante no hay quien lo redarguya presentando prueba eficiente de lo contrario, la opinión general calla, y asiente Es tan difícil constatar la verdad sobre un acontecimiento ocurrido hoy y comentado mañana! Todo se involucra, cuando no se aumenta o se adultera Es la novela de la historia Aunque se revise, rectifique o ilumine, si median pasiones

políticas no se atiende al criterio de imparcialidad, siempre que el documento falso las favorezca, las hala gue y las ayude en sus planes de presente o de futuro "

Bien sabia esto Acevedo Díaz que como politico, debio luchar contra imputaciones y documentos ale gados por sus enemigos Pero mejor lo sabia aún como historiador que debió oponer en plena época de la leyenda negra artiguista, a la imagen del heroe nacional, fabricada por sus peores contrincantes, esa intuición sencilla y magnífica, la estampa que surge de su ISMAEL Como historiador, Acevedo Diaz pertenece a la corriente del revisionismo historico que en ambas margenes del Rio de la Plata ha opuesto a la historia oficial, la historia de los documentos oficialmente ma nipulados, otra historia mas viva y real, mejor documentada y al cabo mas fecunda De ahí que su labor de historiador (aunque haya sido dominada y superada por su labor de novelista) haya merecido la consideración y el estudio certero de J E Pivel Devoto No corresponde examinarla aquí, sino desde el angulo de la creacion novelesca

A pesar de que conocía la falibilidad de los documentos históricos, Acevedo Díaz no ahorro esfuerzo por documentarse sobre cada uno de los episodios que recrean sus novelas y sobre las personalidades que en ellos intervienen Con orgullo señala a veces, en las notas historicas que agrega a su narración, las fuentes familiares (por ejemplo las *Memorias inéditas* del General Antonio Diaz) en que se apoya para muchas de sus reconstrucciones En su correspondencia privada quedan huellas de la infinita paciencia con que pesquisaba un dato o verificaba una circunstancia. Hace algunos años tuve la oportunidad de exhumar en la revista montevideana "Numero" (Año 5, Nº 23/24,

abril-setiembre 1953) dos cartas escritas por Acevedo Diaz a su pariente y amigo, el Dr Andrés Lerena, que constituyen un elocuente testimonio literario sobre el cuidado y dedicacion con que componía sus novelas históricas sobre los escrúpulos con que manejaba sus datos Ambas cartas (de agosto 5 y 26, 1892) tienen como motivo el desembarco de los Treinta y Tres Orientales, episodio que luego formara parte del capítulo IV (La Cruzada) de GRITO DE GLORIA, como ya se ha visto Al anticipar el capítulo en una publicacion conmemorativa del Cuarto Centenario del Descubrimiento de America Acevedo Diaz demuestra sus desvelos en el cuidado y la minucia con que explica al amigo sus propósitos o corrige algun parrafo de mínima informacion

De ahí que no exagere nada al afirmar en EPOCAS MILITARES DE LOS PAÍSES DEL PLATA (Buenos Aires, 1911) "En una de nuestras obras, ISMAEL, hemos descrito la accion de Las Piedras en todos sus detalles, con arreglo a datos de procedencia irreprochable" O que más adelante, al tratar de la campaña libertadora de 1825, se refiera a la batalla de Sarandi con estas palabras "En otra de nuestras obras, GRITO DE GLORIA, continuación de NATIVA (romances históricos), hemos descripto en todas sus incidencias este episodio culminante de la cruzada de los Treinta y Tres, de acuerdo con los datos mas fidedignos de uno y otro campo" En distintas ocasiones, son las llamadas al pie de pagina de sus novelas las que indican directamente al lector la fuente documental de muchas de sus afirmaciones Valga como ejemplo ésta del capítulo I *(Tiempos viejos)* de NATIVA "La pequeña noticia historica que subsigue ha sido extractada con algunas ampliaciones nuestras, de un capítulo de las

memorias inéditas del General Antonio Díaz Aun cuando trata de hechos conocidos que han sido historiados a la luz de informaciones portuguesas y brasileñas, hemos preferido atenernos a esa fuente, por ser de estricta imparcialidad, principio en que basó siempre sus comentarios y escritos aquel esclarecido militar y notable analista, a la vez que eminente hombre público " Estas palabras con que Acevedo Díaz evoca la figura de su abuelo tienen no sólo un delicado acento de piedad familiar, también documentan su necesidad de acceder a la historia patria por otras fuentes que las oficiales

Pero este cuidado por el dato no se convierte en superstición del dato Acevedo Díaz no pierde nunca de vista la necesidad de recrear en su entraña viva el pasado De ahí que elija el medio de la novela histórica que le permite ser fiel a la línea más profunda del pasado y revelar su significación trascendente Lo que lo acerca a la historia no es un fervor pasatista, una nostalgia irredimible del pasado, una necesidad de evasión Está demasiado bien plantado en la realidad contemporanea, se ha comprometido demasiado hondamente con la acción política de su tiempo, para practicar juegos románticos con el pasado Como Walter Scott (en la interpretación renovadora de Georg Lukácz que ya he invocado y estudiado en el prólogo de NATIVA), Acevedo Diaz se vuelca sobre la historia para desentrañar los signos profundos del presente y aun del porvenir Su visión histórica es pasión viva

En ISMAEL hay una página en que Acevedo Diaz explana su concepto de la historia, concepto que está en la base de su obra de novelista épico "En rigor, paréceme necesaria en la historia una luz superior a

nuestra lógica como medio eficiente de mantener el equilibrio del espíritu, y el criterio de certidumbre con aplomo en la recta La verdad completa ya que no absoluta, no la ofrece el documento solo, ni la sola tradición ni el testimonio mas o menos honorable la proporcionan las tres cosas reunidas en un haz, por el vinculo que crea el talento de ser justo, despojado de toda preocupación y que por lo mismo participa de una doble vista una para el pasado y otra para el porvenir" Imposible sintetizar mejor el significado profundo de su obra de novelista histórico esa verdad completa que busca el historiador la encuentra la luz de su doble vista

IV

La génesis sangrienta de un pueblo

Desde la primera novela del ciclo histórico, ha plantado claramente Acevedo Diaz al *pueblo* como héroe colectivo de su evocación narrativa Es el pueblo, representado en Ismael Velarde, el que acompaña al caudillo y gana bajo su dirección, la batalla de Las Piedras, es el pueblo que sigue, en Nativa al otro caudillo, Olivera, en su cruzada imposible A ese pueblo se suma en esta novela Luis Maria Beron, el señorito, el intelectual, el alter ego de Acevedo Diaz Pero aunque Beron juega papel decisivo en esta novela y en Grito de Gloria sigue siendo el pueblo el héroe colectivo el que hace descansar la estructura mitica de su triptico el narrador uruguayo Es el pueblo el heroe que impregna con su espiritu la obra entera Como ocurre en las novelas de Walter Scott

(según ha revelado la penetrante visión de Lukácz en su aludido libro sobre *La novela histórica)*, también en este ciclo narrativo de Acevedo Díaz, por encima de los heroes individuales o de las figuras historicas, recortadas con escrupulosidad de las paginas del pasado, predomina la masa El pueblo es el verdadero creador de la nacionalidad

En GRITO DE GLORIA ese retrato del héroe colectivo llega a sus puntos mas expresivos En esta novela se dan cita los distintos personajes concretos que forman el espectro total de ese pueblo de esa nacionalidad en marcha hacia su destino Ademas de los héroes realmente históricos (Lavalleja, Rivera, Oribe), además de los personajes ficticios que protagonizan la gesta (Luis Maria Berón), Acevedo Díaz ha introducido toda una serie de individuos que ejemplifica los distintos tipos humanos de esa nacionalidad oriental en gestacion Esos tipos provienen, muchas veces, de las anteriores novelas del ciclo, como el gaucho Ismael Velarde, o como don Anacleto Lascano o Ladislao Luna (estos ultimos son de NATIVA) También de la anterior novela son otras figuras que representan variantes fundamentales en el tipo oriental Cuaró, que es prototipo de aquellos indios bravios que vierten su sangre por la libertad de la patria y que sin embargo serán sacrificados por Rivera años mas tarde (episodio que evoca con dolor Acevedo Díaz en uno de sus mejores relatos cortos, LA CUEVA DEL TIGRE), el negro Esteban, asistente del protagonista, y que representa el pequeño contingente de negros que también luchó por la nacionalidad oriental Todas estas figuras de NATIVA encontraran en la accion épica de GRITO DE GLORIA la ocasión incomparable de manifestar directamente su papel en la creación de la pa-

tria En la batalla de Sarandí con que culmina esta novela y se cierra el volante central del tríptico, Acevedo Díaz enlaza contrapuntísticamente todos estos hilos humanos logrando una trama ceñida en que los distintos colores de la piel (el blanco atezado del gaucho, el oscuro del negro, el cobrizo del indio) crean en definitiva el color de la patria Allí se mezclan todas las sangres en un sacrificio ritual una ceremonia monstruosa de iniciación viril, que tiene caracteres hondamente genésicos

Pero en esta batalla Acevedo Díaz hace algo más que mostrar ese sacrificio de la sangre Allí mismo se echan las bases de otro conflicto que dividirá precisamente esa sangre en dos El último capítulo de NATIVA, el XXIII, había mostrado a Ismael llegando con una partida de patriotas a rescatar a Luis María Berón que estaba herido y preso por los brasileños en la estancia de Los Tres Ombúes El rescate culminaba con el abrazo del protagonista con uno de los gauchos que había venido a liberarlo, Ladislao Luna Ese abrazo es simbólico de la novela entera. ya que muestra la unión del pueblo y de los señoritos en una causa común la expulsión del ocupante extranjero En GRITO DE GLORIA, en cambio, la batalla de Sarandí (precisamente la batalla que asegurará esa expulsión) concluye con un combate entre dos de los libertadores El capítulo XXXII, *El duelo a lanza*, muestra a Ismael impotente para evitar el duelo en que el indio Cuaró matara al gaucho Ladislao Porque lo que ahora separa a los hombres no es la patria sino la divisa En tanto que Ladislao esta dispuesto a seguir a Frutos, al general Rivera, el indio Cuaró habra de oponerse por las armas a ese caudillaje "Sería

un poco de sangre más, de aquella sangre brava que tanto se derramaba por lujo en su tierra", reflexiona Ismael, primer testigo de la contienda fratricida

Allí apunta precisamente Acevedo Díaz la raíz de un mal que su novela siguiente exploraría con tanto detalle En LANZA Y SABLE, la epopeya libertadora se convierte en contienda civil Por eso, los finales contrapuestos de NATIVA y GRITO DE GLORIA adquieren un significado alegórico indudable Al abrazo de Ladislao y Luis María Beron, en la primera, se opone simetricamente este otro abrazo de muerte entre Ladislao y Cuaró También hay aquí otro sacrificio de sangre, otro rito monstruoso de iniciacion, que abre la perspectiva de la novela hacia los sombríos colores de LANZA Y SABLE Si el abrazo de Luis María Berón y Ladislao cerraba un ciclo con la unión simbólica de todos los orientales para destruir al enemigo común, el abrazo mortal de Cuaró y Ladislao inaugura otro ciclo Desde esta perspectiva se comprende mejor hasta qué punto Acevedo Díaz no sólo planeó cuidadosamente cada uno de los episodios claves de sus novelás, organizando estructuras dramáticas de sentido simbolico, sino que su misma voluntad de desarrollar un ciclo completo que culminase con LANZA Y SABLE no era solamente un propósito superficial como han creído lectores apresurados En la entraña misma del tríptico, en su disposición dramática y en el juego de sus episodios, en el contraste de sus personajes y en la simetría de sus encuentros, se puede advertir ahora hasta qué punto estaba enraizada en el novelista la necesidad de proceder gradualmente hasta esta culminación inevitable el sacrificio fratricida Hacia aquí apuntaba el ciclo entero

V

Las hembras bravías

Dentro de ese cuadro humano, juegan un papel muy importante las hembras bravias que nuevamente introduce Acevedo Díaz en Grito de Gloria Esas hembras ya habian encontrado un prototipo único en la Sinforosa de Ismael que pare a su hijo (que será luego el Abel Montes de Lanza y Sable) en medio del campo, como una fiera Tambien en el breve e intenso relato que se titula El Combate de la Tapera había tenido Acevedo Diaz ocasion de mostrar a Ciriaca y a Cata, dos hembras bravias que luchan mano a mano y mueren junto a sus hombres, aplastados por el enemigo portugués Alli habia dado el narrador en escorzo unas figuras que Grito de Gloria le permitiría estudiar con mas espacio y detalle De todas las hembras bravías que ha diseñado Acevedo Diaz la más rica es precisamente Jacinta El autor dedica varios capitulos a dibujar a esta mujer, a describirla en detalle a deleitarse con su agreste apostura, con sus modales de fiera, a mostrar como crece en ella una pasión por Luis Maria Beron, cómo se le entrega cómo despierta también al joven

La figura de Jacinta esta presentada en forma doble insistiendo en los aspectos más vigorosos de la hembra pero también idealizandola en un medio tono en que aparece la ironía (por ejemplo, el capitulo XX, *Los coturnos de Jacinta* que llega casi a la parodia heroica) y en que aparece tambien la sentimentalización Es evidente que el narrador realista y hasta naturalista que era Acevedo Diaz simpatiza con esta hembra que se entrega sin remilgos, que tiene apetitos

carnales y los demuestra, que desde muchos puntos de vista es el negativo de las heroínas lánguidas o perplejas de NATIVA. Al hacer que Luis María Berón se sienta provocado por Jacinta, que acabe por poseerla sobre el campo mismo y en las vísperas de la batalla, que pelee a su lado y hasta caiga herido de muerte junto al cadáver inmolado de la hembra, Acevedo Díaz ha otorgado enorme relieve a este personaje femenino. Ella simboliza algo más que la mujer de los gauchos: la típica soldadera que ya representaban Sinforosa, Ciriaca y Cata. Hay todo un lado de Jacinta que es pura soldadera, y no en vano Acevedo Díaz ha resuelto que haya sido antes amante del indio Cuaró y madre de Camilo Serrano, otro personaje importante de LANZA Y SABLE. Pero este aspecto bravío está atenuado y hasta escamoteado en GRITO DE GLORIA. Solo en las entrelíneas se alude a alguna relación entre Jacinta y Cuaró, el indio que vé como la mujer ronda a Luis María Berón se hace a un lado. En cambio, el novelista subraya el otro aspecto de Jacinta como amante de Luis María; por ese aspecto, se vincula con la Felisa de ISMAEL y con la protagonista de SOLEDAD, la muchacha que también se entrega cabalmente por amor.

Sin embargo, en la relación entre Luis María Berón y Jacinta hay otro elemento que falta en las anteriores novelas y está ausente asimismo en SOLEDAD. Porque Luis María Berón representa a las clases altas, las clases dirigentes, de un modo que ni Ismael ni Pablo Luna pueden representar. El joven montevideano mantiene en NATIVA un romance sumamente complicado y cuadrangular con Natalia, la hija del dueño de Los Tres Ombúes. Ese romance —en que influyen e interfieren los celos neuróticos de la hermana

de Natalia, la infeliz Dora, y las atenciones del teniente brasileño Souza, que ronda también a Natalia — está en la mejor tradición del folletín romántico Con esa historia paga tributo el autor a los restos de una literatura que ya había caducado en su época pero que seguía teniendo alguna vigencia emocional La historia de Jacinta en GRITO DE GLORIA ya pertenece a otra etapa del estudio de las emociones eróticas, está más cerca de Zola que de Richardson o Rousseau Precisamente por haberse atrevido a enlazar en estrecho aunque discreto abrazo carnal a Luis María Berón y a Jacinta, por haberse decidido a llevar esta unión más alla de la carne, hasta el sacrificio mismo de Jacinta sobre el cuerpo herido de Luis María Berón, Acevedo Díaz ha dado una dimensión simbólica a este encuentro del señorito y la hembra bravía Es este el tercer sacrificio de sangre que la novela ilustra

De ahí la importancia única que tiene el personaje de Jacinta en la economía general del ciclo histórico. En unas declaraciones que contiene una carta a sus editores Barreiro y Ramos, y que titulo *Crítica y Romance,* Acevedo Díaz explica en 1894 los motivos por los que se inició en la vida literaria con una obra, BRENDA (1886), en que la protagonista es una joven dibujada en la mejor tradición novelesca del romanticismo Lo que allí dice el autor sirve, a contrapelo, para comprender la distinción, entonces tan evidente e impuesta por las costumbres, entre la doncella y la mujer, entre la hermosa dama y la hembra bravía "Yo pude haber trazado, en vez de una pulcra doncella, los perfiles que esbocé más tarde en Cata y Ciriaca de EL COMBATE DE LA TAPERA, en Felisa o Sinforosa de ISMAEL, o en Jacinta de GRITO DE GLORIA, heroínas de chiripá y blusa de tropa que al fin he visto

no desmerecen, en osadía, al menos, de aquellas heroínas de Ariosto, bellas y soberbias que se andaban a toda rienda de sus bridones por valles y riberas buscando a correr en el peligro a sus desfallecientes caballeros, combatiendo con sus rivales a espadón y lanza, y regresando a las perdidas a sus castillos para mudarse de ropas, si es que alguna buena dueña se las tenía limpias y planchadas Pero si bien es verdad que se modelaban entonces en mi mente esas figuras de realidad palpitante con toda la crudeza de sus formas y el calor de sus instintos, de bronceadas pulpas y cabezas de loba, había antes, y permítaseme la expresion, que castigar la concepción personal del arte, pagando el diezmo al noviciado"

Lo que aquí dice Acevedo Díaz demuestra bien claramente que él tenía conciencia clara de ese noviciado que debió pagar al arte al concebir y ejecutar figuras tan imposibles como la de Brenda, pero lo que sin duda tambien veia, aunque no reconozca sino implícitamente en la carta citada, es que otras figuras posteriores siguen pagando tributo al noviciado Pienso, sobre todo, en Natalia y Dora de NATIVA Ambas responden a esa concepción de la doncella de buena familia que Acevedo Diaz no se atreve a explorar sino convencionalmente De ahí surge precisamente la debilidad de la intriga amorosa de esta novela con respecto al fuerte episodio de Jacinta en GRITO DE GLORIA Al concebir a la hembra bravía, Acevedo Diaz levanta el romance de su ciclo histórico hasta una verdad novelesca que estaba faltando por completo en la obra anterior No importa que Natalia siga apareciendo en GRITO DE GLORIA y que sea ella quien recoja el ultimo suspiro de Luis María Berón Desde el punto de vista erótico, la relación del protagonista con

Jacinta salva a la novela de la ñoñería impuesta al romance con las dos hermanas

No es difícil explicar por qué Acevedo Díaz que era capaz de llamar al pan pan y al vino vino, que en ISMAEL y en EL COMBATE DE LA TAPERA, como posteriormente en SOLEDAD, supo mostrar el apetito erótico íntimamente enlazado a la vida afectiva de sus personajes y manifestándose en forma directa y a veces poética, pudo cometer la larga equivocación de NATIVA No se trata solo (como sugiere él mismo en el caso de BRENDA) de pagar un diezmo al noviciado. Lo que se justificaba en 1886 ya parece menos excusable en 1890 luego de escritas dos novelas largas Hay otro elemento, no menos importante, pero de una naturaleza distinta, que Acevedo Díaz no parece tener en cuenta Las convenciones sexuales de su tiempo impedían que el narrador pudiera presentar a las doncellas de la clase alta oriental de otro modo que como jóvenes torturadas por un misterio (el del apetito erótico) que su educación religiosa les impedía reconocer como tal Las hembras bravías, en cambio no ignoraban por su misma educacion natural el significado de ese apetito De ahí que Natalia y Dora sean invadidas por emociones y sentimientos que no reconocen Aunque hay diferencia entre las dos Mientras Natalia va siendo poco a poco iniciada, por su amor a Luis María Beron, en esos misterios Dora (que es una neurótica reprimida y alucinada) se pierde en la locura Por eso, Jacinta resulta precisamente el negativo de Dora al dar rienda suelta a sus apetitos, Jacinta se salva del destino de Ofelia que acecha a Dora Del punto de vista narrativo, Natalia tiene un poco más de vida Sin embargo, al ser comparada con Jacinta parece un mero figurín, recortado de alguna no-

vela sentimental y pegada sin mayor relieve sobre las páginas de NATIVA y de GRITO DE GLORIA La hembra bravía, en cambio, tiene cuerpo y espesor, tiene sangre y médulas, es

Lástima que Acevedo Díaz no se haya animado a llevar más lejos el encuentro ocasional de la sangre bravía de Jacinta y la meditativa de Luis María Beron, lastima que haya decidido reducir su vínculo a esa noche en las vísperas de la batalla de Sarandi La muerte de Jacinta al dia siguiente impide que se incorpore al vasto cuadro genésico de esta novela un nuevo prototipo que sin embargo existió en la realidad y tuvo función decisiva La acción ritual cumplida por Jacinta y Luis Maria Berón sobre el campo que luego fecundarian sus dos sangres derramadas, queda asi interrumpida Solo en la novela siguiente, en la figura del odiado y admirado Frutos Rivera, encontrara Acevedo Diaz el empuje genésico que colme ese vacio Por eso mismo y hasta en su dimension simbólica, la figura de Frutos es tan importante Pero ésta es ya otra historia, y otro prólogo

VI

EL TESTIGO IMAGINARIO

Varias veces se ha señalado aquí, y en el prólogo a NATIVA para esta misma colección, que el protagonista de esta novela y de GRITO DE GLORIA funciona a modo de alter ego de Acevedo Diaz Es evidente que al elegir a un señorito montevideano, hijo de españoles que aceptaron sin mayor violencia la dominación portuguesa y brasileña, el autor ha querido

buscar para la parte central de su ciclo un héroe con el que le fuera más facil identificarse En ISMAEL, Acevedo Díaz se coloca fuera de su personaje, un gaucho simple movido por una pasion muy primitiva y directa Aun en aquellos pasajes en que muestra a Ismael más de cerca, Acevedo Diaz no pierde el caracter de observador imparcial, de naturalista, de sociólogo positivista, que estaba de moda en la novela finisecular europea Ya he demostrado en otra parte (véase mi libro *Eduardo Acevedo Diaz,* Montevideo, 1963), la suerte de doblaje narrativo sociológico a que se ve obligado el autor en aquella novela Pero tanto en NATIVA como en GRITO DE GLORIA, el protagonista es un hombre educado, un intelectual un observador capaz de contemplar la realidad revolucionaria al tiempo que participa íntimamente en ella De este modo, Acevedo Diaz puede prestar a su personaje las reflexiones históricas que antes habia intercalado como del autor, cortando la marcha de la narración con trozos inequívocamente ensayísticos

La eleccion de Luis María se jusufica incluso históricamente Porque si en la primera epoca de la gesta libertadora fueron sobre todo los gauchos quienes representaron masivamente a la patria en armas, en la segunda etapa tambien los burgueses, la pequeña aristocracia montevideana, empiezan a participar activamente en la lucha Ya se habia quejado Artigas (según testimonio del Coronel Caceres, citado por Eduardo Acevedo en sus *Anales Históricos del Uruguay,* tomo I, Montevideo, 1933, p 267) "de que pocos hijos de familias distinguidas quisieran militar bajo sus órdenes, tal vez por no pasar trabajos y sufrir privaciones" Y el historiador Juan Manuel de la Sota (también citado por Eduardo Acevedo, I, p 190) afirma

en 1815 que "la población de Montevideo era en su mayor parte española europea" y agrega que "sus hijos participaban casi todos de sus ideas" La ocupacion portuguesa y el posterior dominio brasileño alteran las cosas En NATIVA, Acevedo Díaz muestra precisamente a Luis María Beron rebelandose contra la actitud colaboracionista de su padre, viejo español que no simpatiza con el movimiento independientista y vendose al campo en pos de las huestes irregulares que no se resignaban al dominio extranjero

Parece evidente que en este personaje Acevedo Diaz proyecta mucho de si mismo, en una suerte de anacronismo deliberado El tambien, cuando era estudiante de diecinueve años, abandona sus estudios en Montevideo y se lanza a participar en la Revolucion de las lanzas Hasta qué punto estaba orgulloso de esa decisión que marcó profundamente su vida, se puede ver por una referencia que, treinta y dos años mas tarde, hara en una carta al Dr Aureliano Rodríguez Larreta "A los 19 años, siendo estudiante de derecho, abandonando mi carrera y mi porvenir, concurri como soldado a la gran reacción de 1870 *Tú no estabas allí y pudiste estarlo*", dice con acento en que aun vibra el fervor juvenil a pesar de las tres décadas largas que han transcurrido (La carta fue publicada en *El Nacional*, Montevideo, julio 22 y 23, 1902, bajo el título de *Las convicciones politicas y la logica de procederes*, como se trata de una polémica Acevedo Diaz olvida que el Dr Rodriguez Larreta tambien tiene su foja de revolucionario) El mismo espiritu se evidencia en algunos fragmentos de NATIVA, como aquel en que se burla de los poetas que idealizan el campo sin conocer sus fatigas y su verdadera grandeza (capítulo X, *Rulos y nazarenas*)

o como aquel otro en que hace meditar a Luis María Berón sobre las pruebas durísimas a que lo somete su experiencia revolucionaria (capitulo XII, *Prole del Pampero*, uno de los mejores de la novela) En estos, como en otros pasajes de NATIVA, es posible advertir hasta qué punto utiliza Acevedo Diaz sus propias peripecias revolucionarias para situar a Luis Maria Beron en la realidad concreta de su aventura, hasta qué punto, la identificación entre creador y creatura es profunda, hasta qué punto esta orgulloso Acevedo Díaz de su heroica foja de servicios

Pero la creacion de Luis Maria sirve también otros propositos No sólo permite al autor identificarse emocionalmente con el protagonista y mostrar la revolución desde dentro, no solo facilita un punto de contacto que proyecta al narrador al centro mismo del periodo que evoca, sino que tambien facilita la meditación historica, esa perspectiva intelectual sin la que el ciclo entero seria puro ejercicio de imaginación y no contendría (como contiene) toda una teoría sobre la creación y la formacion de la nacionalidad oriental. Al situar a Luis María Berón en el centro de NATIVA y de GRITO DE GLORIA, Acevedo Díaz ha interpolado audazmente en la historia un testigo imaginario que le permite analizarla a medida que la va viviendo Hasta cierto punto este proceso es similar al que utiliza Virgilio en su *Eneida* para situar al protagonista Tambien es muy evidente la semejanza que existe entre el piadoso Eneas y este caballeresco Luis Maria Berón Pero este paralelo no debe ser tomado muy literalmente

Si hiciera falta alguna prueba suplementaria de esa identificacion entre los puntos de vista del protagonista y del narrador bastaria citar el capítulo XXVIII

de GRITO DE GLORIA *(El esfuerzo nacional)* en que se presentan las reflexiones de Luis María sobre la encrucijada histórica que está viviendo la patria Esas reflexiones del protagonista serán utilizadas por Acevedo Díaz en un artículo publicado más tarde *Sarandí, 1825/1901,* escrito sin duda para conmemorar un nuevo aniversario de la celebre batalla Sólo que en el artículo, como es lógico, Acevedo Díaz omite toda referencia a la novela, ya publicada, y se apropia literalmente de lo que Luis María Berón había pensado El procedimiento no es ilícito aunque es curioso. Pero se invoca aquí porque resulta ilustrativo del carácter de portavoz de las ideas del autor que tiene el protagonista de NATIVA y GRITO DE GLORIA

Pero Luis María Beron cumple este papel no sólo con respecto a la realidad histórica de la que es testigo inmediato y actor sacrificado También contempla la marcha de un proceso que resultara inevitable En NATIVA ya se ve la figura de Oribe a través de los ojos del protagonista, ojos muy favorables a este personaje que tendrá influencia decisiva en nuestra historia posterior También se muestra a los otros caudillos (Lavalleja, Rivera) a través de la mirada, ahora más severa, de Luis María. En GRITO DE GLORIA el protagonista advertirá antes que nadie las maniobras separatistas de Rivera, descubrirá la duplicidad de este fascinante personaje, reconocerá la fisura en la unidad patriótica, deletreará la inscripción trazada por mano invisible sobre los muros de la patria Lo que allí contempla el protagonista es lo que habrá de ocurrir en LANZA Y SABLE Pero como Berón muere al final de GRITO DE GLORIA, Acevedo Díaz utiliza el doble cuerpo central del tríptico para establecer, antes del estallido de la guerra civil, el diseño del fu-

turo Incluso la muerte de Berón, que ciñe de paños fúnebres el final de la novela, resulta también simbólica Porque el trato de estar por encima de los partidos que ya se esbozaban y se sacrificó al servicio exclusivo de la patria de todos Pero Beron muere, le sobrevive en cambio el indio Cuaró, el primero en alzar la lanza fratricida

Hasta la muerte de Luis Maria acentua el carácter de portavoz del autor, de alter ego simbolico, que tiene este personaje Porque también Acevedo Diaz, sin renunciar al compromiso, a la definición política, a la lucha con las armas en la mano cuando fue necesario, trató de estar y estuvo muchas veces por encima de la agitación fratricida Pero su intento resulto al fin y al cabo imposible Al oponerse a las directivas de Aparicio Saravia en las elecciones de 1903, Acevedo Díaz se jugó su destino político Lo hizo por seguir sus convicciones politicas mas profundas, por estar a favor de un concepto muy elevado de la patria, pero su gesto equivalió a un suicidio El también (como Luis María Berón) quiso estar por encima de la contienda y fue sacrificado

Grito de Gloria, que se abre con el desembarco en la Agraciada, en que aparecen unidos todos los orientales, concluye con el encuentro cainita entre Cuaró y Ladislao y con la muerte de Luis María Berón Se cierra así una parte del ciclo histórico para abrirse otra, la ultima Con Lanza y Sable, la novela histórica se convierte en novela politica La metamorfosis era inevitable aunque algunos críticos (como Alberto Zum Felde) haya creído oportuno censurárselo Era inevitable porque el proceso que estaba reconstruyendo Acevedo Diaz en su ciclo había adquirido precisamente entonces ese tinte político El nove-

lista no podía, sin traicionar a la realidad, tomar otro rumbo El que lo haya reconocido así, el que se haya atrevido a encararlo, jugandose ahora también su destino de novelista, el que haya podido llevar a cabo su vasta obra y hacerla culminar con LANZA Y SABLE (tal vez su obra mas compleja y madura), demuestra una vez más de qué temple estaba hecho este creador

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

Nacio en la Villa de la Union el 20 de abril de 1851. Hombre de energia y destacadas dotes intelectuales, participó en actividades muy distintas, como novelista, periodista, politico, diplomatico y militar. Interrumpio sus estudios de Abogacia para dedicarse a la vida politico militar de la Republica desde las filas del Partido Nacional. Esto lo obligo a expatriarse varias veces, residiendo en la Republica Argentina donde se caso y nacieron sus hijos. Participó en la revolución blanca de 1870-1872 y en la Revolucion Tricolor (1875). En 1897 volvio a tomar las armas cuando el movimiento revolucionario de Aparicio Saravia del cual fue uno de los gestores.

Desde muy joven actuo en el periodismo nacional, publicando sus primeros ensayos historicos en la revista "El Club Universitario" y colaborando en los diarios de la epoca "La Republica" (1872), "La Democracia" (1873-74) de la que fue director fugazmente del 9 al 13 de agosto de 1876, "La Razon" (1880) y sobre todo "El Nacional", cuya direccion ocupo a partir del año 1895 hasta la fecha de su expatriacion definitiva en 1903.

Es elegido senador de la Republica por el Departamento de Maldonado en el año 1899. El año anterior habia sido nombrado miembro del Consejo de Estado. La sucesion presidencial de 1903 provoco su separacion de la vida politica activa del pais. Junto con varios legisladores de su fraccion, desoyendo las directivas partidarias, voto por D. Jose Batlle y Ordoñez, asegurando de este modo su eleccion como presidente. A consecuencia de este acto fue expulsado del partido, renunciando el 23 de abril de 1903 a la direccion de "El Nacional" y alejandose definitivamente del pais.

El 14 de setiembre de 1903 es nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Estados Unidos, Mexico y Cuba. Dedicado a la carrera diplomatica representara al pais en la Argentina, Brasil, Italia y Suiza, Austria Hungria, radicandose definitivamente en Buenos Aires donde murio el 18 de junio de 1921.

Sus obras son las siguientes: *Brenda*, Buenos Aires, 1884; *Ideales de la poesia americana*, Buenos Aires, 1884; *Ismael*, Buenos Aires, 1888; *Nativa*, Montevideo, 1890; *Grito de gloria*, La Plata, 1893; *Soledad*, Montevideo, 1894; *Arroyo Blanco*, Montevideo, 1898; *Carta politica*, Montevideo, 1903; *Canal Zabala*, Montevideo, 1903; *Mines*, Buenos Aires, 1907; *Epocas militares de los paises del Plata*, Buenos Aires, 1911; *Lanza y sable*, Montevideo, 1914; *El mito del Plata*, Buenos Aires, 1916.

CRITERIO DE LA EDICION

Grito de gloria se publica por quinta vez, siendo las ediciones anteriores las siguientes primera, La Plata, E Richelet, 1893, segunda, Montevideo, A Barreiro y Ramos, 1894, tercera, Montevideo, C Garcia y Cía, 1938 (Biblioteca "Rodo" de Literatura e Historia, v Nos 30 31), cuarta, Buenos Aires, Sociedad editora Latino americana, [1954]

La presente edicion sigue fielmente el texto de la segunda de Barreiro y Ramos ya mencionada, introduciendo tan solo en la acentuacion las modificaciones prescriptas por las nuevas normas de la Academia Española

J P B y B N

GRITO DE GLORIA



I

DESPUES DE CATALAN

Las campañas antes tan hermosas, rebosantes de vida, estaban ahora mustias, llenas de desolación profunda Creeríase que un ciclón inmenso las hubiese devastado de norte a sur y del este al occidente, sepultando hasta el último rebaño bajo las ruinas del desastre

Soplaba como un viento asolador sobre los campos, la grande propiedad parecía aniquilada No se veían ya numerosos los ganados agrupados en los valles o en las faldas de las sierras.

En su mayor parte las viviendas estaban sin moradores, saqueadas, en escombros, y en estas "taperas" crecía la yerba salvaje hasta ocultar los picachos de lodo seco ¿Para que hombres y perros pastores? En la tierra conquistada había concluido la labor libre y muerto toda industria Sus hijos, ya exánimes los unos, los otros errantes, habían agotado en lucha tenaz todo el caudal de su esfuerzo bravío

El desaliento cundía a modo de vaho asfixiante de uno a otro confín, no se elevaban cabezas altivas, ni brazos poderosos, ni gritos terribles de combate, allí donde durante nueve años se habían chocado multiples ejércitos y consagradose a hierro y fuego la aspiración constante de libertad

Los nuevos dueños del país allanaban las propiedades y se repartían los frutos Acompañábales la sed insaciable de riquezas que se apodera de los fuertes

en pos de fáciles victorias y extendían la garra con la brutalidad de la bestia cebada Ninguna barrera podía detenerlos Dineros, bienes, honras, vidas, todo era barrido por la ola de la conquista

En los primeros días, a través de las cuchillas, a lo largo de los caminos, en lo hondo de los valles, un ruido pavoroso cada vez en aumento, un mugido extenso, continuo, siniestro, formado por infinitos ecos llenaba de aflicción los pagos

Las pocas mujeres que habían quedado en sus moradas salían inquietas a las puertas o se lanzaban angustiadas a las vecinas lomas, atraídas por aquellos ruidos de tronada, conjunto de balidos y clamores, de relinchos y carreras

Entre enormes polvaredas, cuyas nubes se extendían al ras del suelo como humazos de combate en un día sereno, se corrían hacia la frontera como impulsadas por un viento tempestuoso considerables tropas de ganado

El arreo era completo

Sinnúmero de astas en tumulto apiñadas, chocándose, formando una verdadera selva de pitones agudos, sobrenadaban en el nubarrón de tierra doradas por el sol, y se escurrían veloces a lo largo de las carreteras Entre aquel turbión de volutas de polvo, de cornamentas y de pezuñas en perpetuo movimiento, distinguíanse las cabezas de los jinetes, que agitaban aún mas el torbellino con las banderolas de sus rejones, prolongados silbos y voces atronadoras

Eran soldados riograndenses y paulistas

Alguna vez, el clarín acompañaba a los voceros con notas roncas y estridentes

La torada se atropellaba entre bufidos, llevándose por delante novillos y becerros y embistiendo a los

flanqueadores, y entonces el ganado arisco, casi cimarron, se deslizaba rápido hacia los montes, en los que en gran parte se guarecía aplastando ramas y malezas

Los soldados hacían cerco al resto y proseguían su camino con gritos lúbricos, bebiendo y jurando, destruyendo los míseros huertos y plantíos con los cascos de sus caballos y los mil pies de las manadas que empujaban como un torrente sobre aquellos, con gran alborozo de la turba

Hacia otros rumbos, el cuadro revestía los mismos colores, la misma violencia impune, igual desborde de instintos insaciables

Allá, era un ganado yeguar arreado al galope, en cuya masa confusa iban mezclados los caballos mansos y los potros, corriendo desatinados entre sones de cencerros, ya agrupándose en deforme montón de crines y cabezas, ya dispersándose en parte entre corvetas y hocicadas de fiera embravecida, para perderse en los desfiladeros y anfructuosidades de las sierras, lanzando relinchos que repercutian en los cerros lejanos como ecos de una bocina poderosa

Acullá, eran las bestias dóciles, los bueyes arrancados a las carretas y al rejón que labra el surco, confundidos con los carneros y porcinos, los que rodaban por el camino impelidos por la horda, estrujandose, atropellándose al ruido del esquilón, en medio de tremendos ludimientos de cuadriles y de guampas, y que, ora se detenían de súbito azorados al escuchar a lo lejos los bramidos del ganado vacuno semejantes a notas sonoras de mil trompetas colosales ora recomenzaban su marcha en violentos remolinos sembrando la carretera con los cuerpos del rebaño menor aplastados por la pezuña del enjambre

Más lejos, sobre la loma llena de verdigay y de claridades ardientes, otros grupos, otros hacinamientos dudosos, otras aglomeraciones de hombres y de bestias como envueltas en una humareda de incendio, se precipitaban presas de un vértigo hasta hundirse en los llanos apartados en fragorosa balumba

Sobre el dorso de las "cuchillas" destellando vivos reflejos, altas, amenazantes, en haz siniestro, alcanzábanse a ver las moharras de los ástiles y el bronceado de los morriones de la caballería invasora

En todos los contornos se alzaba sordo e imponente un rumor de agonía, y no pudiendo aterronarse para escapar a la saña de aquellos rapaces vencedores, las familias enteras abandonaban sus casas llevándose lo mas necesario, lo que hallaban a mano en medio de sus angustias, y se ocultaban en los lugares selvaticos, únicos campos de asilo en su infortunio, donde también habian buscado refugio los hombres que salvaron de la persecución implacable o de la ruda pelea

Desde sus ladroneras de palma o de guayabo, cuando no del ombú gigante de una isleta, observaban anhelosas cómo la avalancha crecia y rodaba con estruendo, a la manera que se desprenden, chocan y precipitan los peñascos de la cumbre de los cerros poniendo en fuga a las piaras bravías, cómo cruzaban a escape los destacamentos arrollando las puntas del ganado que habia huido del rodeo, o alguna masa compacta de fieros novillos que en rapidisimo arranque se azotaba al arroyo en brincos tremendos sin hollar el ribazo, para hundirse en los "rincones" del bosque en cuyos senos oscuros se esparcía como una ola bramadora

Miraban también rodar entre montones de arenisca y guijarros en las faldas de la sierra, a las yeguadas indómitas, y lanzarse en mole a las aguas sus pujantes

"baguales" sacudiendo los crinudos pescuezos para ganar por el mismo instinto los escondidos potriles donde tan solo las sutiles flechas del sol y el ágil "matrero", —la luz y la audacia,— violaban el secreto de la salvaje guarida

Cuando no eran las corridas, las matanzas o las "boleadas" del ganado con frenético desenfreno en las colinas y en los llanos las que animaban los pagos desiertos, eran los escuadrones escalonados, las partidas sueltas exploradoras o los destacamentos en comisión los que desfilaban a períodos, en una serie interminable de jinetes y "reyunos", cuyo transito sobre ciertos terrenos de canteras en el silencio de las tardes producía como un temblor prolongado oido con impotente cólera por los asilados en los bosques

A veces, algún incendio iluminaba en la noche con sus rojizos resplandores serranias y valles Era que, como quien espanta alimañas, la tropa ponía fuego a un juncal espeso o a un grupo de "talas" y "sombra de toro" para obligar a la fuga a los "matreros" o a la vacada cimarrona Fuertes crepitaciones llenaban el espacio en vasta comarca, envuelta en inmensas columnas de humo negro, remedando aquellas los estampidos de un fuego ensordecedor de fusilería en los estribaderos de una sierra

Horas despues, el sol alumbraba cuerpos carbonizados y montones de cenizas ardientes

No pocos de aquellos soldados de uniformes verdes con vivos amarillos echaban pie a tierra delante de alguna morada solitaria, hacían saltar con las puntas de los sables los debiles cerrojos o con los cuentos de sus lanzones los ventanillos sin cruz de hierro, y penetrando al interior en tropel poníanse a destruir el miserable ajuar y a escudriñar los techos, debajo de

la cumbrera, de las costaneras, de los aleros, en busca de onzas de oro o alhajas ocultas derribandolo todo entre cínicas algazaras, hasta las pobres estampas de imágenes religiosas que adornaban las negras paredes

Salían luego cargando con las prendas de mas valía, que echaban sobre el "recado" o metían en las maletas, y continuaban su marcha devastadora, señalando cada etapa con un exceso

A ocasiones, encontraban a los dueños en sus viviendas en preparativos de irse a los montes, o a otros que arreaban presurosos sus bestias de confianza a lo largo de las laderas para buscar refugio en la espesura, en fraternal intimidad con los tigrinos y capivaras Iban mujeres, niños y viejos, cuando no inválidos de la sangrienta guerra, a veces gente moza y varonil muy osada y aguerrida

Entonces los episodios eran terribles

La soldadesca desbordada acometía la caravana dispersaba sus miembros y se distribuía los despojos, si ya no era que, reunidos los mocetones uno contra diez, cargaban ciegos a daga y trabuco rompiendo filas, en tanto los débiles corrían a ampararse en las malezas

En estos encuentros ignorados y dramas lúgubres solía suceder también que en medio del botín y del desorden, "matreros" bravos, en montón, saliendo sigilosos del vecino monte caían de súbito sobre la tropa dispersa con el estrépito de una manada en días de corrida, y la diezmaban sin perdón ultimando en el suelo hasta el último vencido

Mas bien luego aparecían nuevas fuerzas en las próximas "cuchillas" repitiéndose las tétricas escenas en toda la zona hostil, hasta que ya los campos talados no ofrecían alicientes, ni de los bosques taciturnos brotaban voces agresivas

De este modo, decirse puede que no hubo un pago, un río, un arroyo, una sierra, un llano, una loma donde no corriese sangre

Los cuerpos sin vida quedaban desnudos al sol y a la lluvia, lejos de ojos piadosos, como los de animales montaraces allí donde les sorprendió la muerte

Raro era quien por amoroso afecto ataba un cadáver a un madero y lo subía a las ramas de un ceibo, para que así escondido en bóveda ramosa entretejida de enredaderas, salvase al diente del felino, ya que no al pico del cuervo

Se había peleado sin tregua durante años en todas partes, con viril arrojo, sin aguardar auxilio alguno de nadie, se había luchado en la angustiosa desigualdad de diez hombres contra escuadron, como en los cantos inmortales de los poetas de la gloria, por largo tiempo se había debatido en soberbia cólera el valor nativo contra huestes organizadas, siempre socorridas por esfuerzos que en hileras interminables trasponían las fronteras, pero, al fin, las vidas potentes se fueron extinguiendo, las supremas energias se desgastaron en el choque permanente lo mismo que las rocas al embate de la oleada, cansóse el músculo del peso del acero, y cayeron de las manos como inútiles instrumentos las armas ya melladas, chorreando sangre todavia

Por suerte, el exterminio solo alcanzo a una parte de la indomable generacion de la época

Reinstalado en Montevideo el general vencedor, los nativos, en considerable número, salvaron los confines, asilándose entre sus hermanos los argentinos Renovóse el éxodo del otro lustro y a orillas del Uruguay miróse con dolor lo que quedaba detrás, ¡todo lo mas querido! Arrasadas campiñas, tumbas gloriosas, sin una luz consoladora de esperanza bajo el cielo de la tierra triste

La riqueza pecuaria había desaparecido, salvo aquellos ganados que, internados en los montes, sirvieron al proceso prodigioso de "orejanos", el comercio y las nacientes industrias habían sido cegadas en sus fuentes, cerradose todo horizonte al trabajo libre, a la vida sin zozobras, a la autonomía del pago, con todo llevaban consigo la tradición latente, la pasión madura de la tierra, la conciencia del esfuerzo que ya ha consagrado un derecho y que perdura en la desgracia como alimento de las almas, cualquiera fuese su destino

Esa emigracion fue rápida, tumultuosa, con todas las confusas líneas del tropel de la derrota Se buscaba un sosiego relativo, que en algo devolviese la entereza de ánimo por los que escapaban del círculo de fuego, vencidos por su propia impotencia

El eco terrible de los gritos de triunfo los aturdía, golpeandoles por detrás como una fusta implacable, y precipitandolos a la otra banda envueltos en el pánico

¡Era como un estrépito de puertas que se cerraba para siempre!

Algunos devoraban lágrimas en silencio, otros maldecían de sus caudillos, sin excluir a Artigas, los más se alejaban sin protestas ni lamentos mirando hacia delante cual si examinasen la naturaleza del nuevo terreno a que se debían adaptar tantas energías aparentemente domadas

Los desechos de una ribera buscaban su cohesión y adherencia en la otra, sin preocuparse de la actividad perdida, lo mismo que moléculas segregadas que una fuerza impulsiva vuelve a un cuerpo que han integrado

El tiempo, que debía correr largo, devolvería su audacia al espíritu Los organismos, ahora fatigados, llegarían a cansarse de su misma quietud

¿Cómo esperar otra cosa cuando a la vista estaba la inmensa loma verde formando horizonte del otro lado del río e invitando a volver y a luchar con toda la magia de una ilusión de gloria?

Los mismos que en su ofuscamiento levantaban airados el puño, sentían que un llanto de fuego se agolpaba a sus ojos, estrangulandoles un grito de innoble desahogo en la garganta

Aquellos restos se diseminaron en las provincias litorales, confundiéndose en la poblacion nacional sin mas perturbación ni ruido, que el que puede producir en una playa honda la bullente franja de una grande ola vagabunda

Existian amistades y simpatías, que se reanudaron

Después, sobrevino la calma y empezaron a cicatrizarse crueles heridas

En el transcurso de los días y de los meses la laxitud de animo siguióse a la antigua fiebre de pelea cesaron los relatos de tragico colorido las historias de palpitante realidad dramatica y detalles conmovedores, los reproches amargos, los comentarios ardorosos

Como un soplo helado, pasó sobre los recuerdos el trabajo honesto utilizo los brazos cuando no la faena a monte, y los mismos hombres con talla de caudillos, se resignaron a la vida oscura

Sobre estas consecuencias naturales del desastre, el tiempo puso el sello de su influjo, acallando poco a poco las voces sordas de la protesta en la orilla hospitalaria, y en el pais dominado, los lamentos del patriotismo

¡Pesaban demasiado las cadenas, para agotar las últimas fuerzas en estériles clamores!

II

DOS CAUDILLOS

Si en estas comarcas se había cesado de combatir, en otras de América la batalla continuaba encarnizada y terrible, en la prueba del postrer esfuerzo por la redención del continente

Con el oído atento a ecos que llegaban de muy lejanas regiones, súpose un día que la victoria había coronado en Ayacucho la grandiosa obra, y esta nueva, estremeciendo de júbilo a hombres y pueblos, repercutió en el corazón de los emigrados orientales removiendo todas sus fibras como un toque de clarín que convocase a la pelea

Allá habían luchado a razón de uno contra tres después de duros sufrimientos, descolgándose de los Andes con desesperado esfuerzo para concluir con un choque formidable una labor que contaba dos largos lustros de combates y en ese choque se había quebrado para siempre el poder de la metrópoli y rendídose con honra sus ilustres generales Se relataban y discutían con entusiasmo los episodios la pericia de Sucre la carga heroica de Córdova, el denuedo de la caballería americana tanto más resaltante cuanto que el triunfo había sido obtenido sobre capitanes de alientos como el virrey La Serna, el caballeresco Canterac el bizarro Monet y el intrépido Valdez En mental panorama, reproducíanse las escenas del drama militar en sus menores detalles la muda y elocuente proclama de Córdova al dar muerte a su caballo de guerra como

un adiós soberbio a la vida en caso de derrota, el avance de sus batallones contra las infanterías de Gerona hasta cruzar bayonetas a un paso de la fatal hondonada la matanza implacable junto a aquella fosa, las cargas de los regimientos que destrozaron a los dragones de Torata y Moquehua, la briosa tenacidad de Valdez contra la oleada de los independientes, que acabaron por hacerle saltar en pedazos su acero toledano, y por fin, la rendición entre aclamaciones solemnes y dianas, que el entusiasmo creía percibir claras y sonoras como notas finales de la batalla gloriosa

Este suceso enardeciendo los espíritus que se preocupaban de la suerte de America como de una causa común y solidaria retemplo el ánimo de los orientales exaltando sus ideas e impulsándolos a una obra que no habían abandonado por completo, con nuevo vigor y empeño ¡El ejemplo era edificante! El aura de la lejana victoria acarició todas las frentes, estimulando a las proezas del valor, los que tenían títulos para dirigir los trabajos de un movimiento armado, viéronse reunidos de improviso por los impetus del mismo anhelo, acaso creyendo en su impaciencia que se hacía tarde ya para justificar cumplidamente una prolongada inacción

Con sigilo, en las sombras, bajo la atmósfera de entusiasmos despertados por la fausta noticia, algunos emigrados se pusieron al habla y dieron principio a una maniobra complicada y difícil, tan ardua, cuanto parecía de irrealizable El problema no podía resolverse sino por la espada Pero, ¿cómo hacer frente a la adversidad sin riesgo de hundir la causa en el mismo abismo, malograda la empresa temeraria?

Cierto día, en el último mes de verano, algunos hombres se encontraron reunidos en una habitación

del saladero de Pascual Costa Eran emigrados orientales Antes que presas de agitación indiscreta parecían fríos y reflexivos, gravemente absortos en un tema de trascendencia

Dos de ellos sostenían el dialogo Los demás escuchaban en profundo silencio sólo interrumpido por una que otra observación juiciosa y concisa, como de subalternos que entienden su deber

Era el uno, hombre joven de elevada talla, fuerte y bien constituido Su bizarra presencia la energía de la mirada y del gesto, su acción desenvuelta y el tono que empleaba en el debate, denunciaban un temperamento brioso, suavizado en sus arranques por las frases correctas y modales cultos El semblante denunciaba despejo y atrevimiento, reflejándose en los ojos esa expresión de voluntad dominante que distingue a los que han adquirido el hábito del mando Caíale el bigote negro sobre el labio formando fronda al inferior, algo grueso y saliente, la cabeza bien cubierta de cabello, se afirmaba en el cuello robusto, derecha y altiva, como cabeza de soldado a quien arrulla la ambición Movía con dignidad el brazo musculoso, terminado en una mano fina y larga, y acaso por la costumbre de usar la voz imperativa, formábasele sin esfuerzo una arruga profunda en el entrecejo que le daba un aspecto adusto, casi de dureza Sus palabras eran medidas, concreto su pensamiento, sus opiniones firmes Cuando hablaba, había que oirle, aunque se discrepase de una manera radical

Este sujeto vestia una casaquilla militar de caballería, sin presillas, pantalón azul-marino y botas altas de piel de lobo

El otro personaje, era un hombre de estatura baja, cabeza grande y cuello de coloso a plomo sobre un

tronco cuadrado y fornido, macizo del cráneo al pie como una escultura de piedra, ágil, diestro y osado a juzgar por sus movimientos vivos e impetuosos, y el cual al primer golpe de vista, presentaba en su figura los caracteres típicos del sableador, del domador y del caudillo

Su rostro amplio y lleno, de frente despejada, narices carnudas, cejas abundantes en remolino, ojos de mirar fuerte, barba un tanto recogida, orejas de pabellón ceñido revelando audacia y grandes alientos, dabanle en conjunto un aspecto de fiereza que acaso en el fondo bien pudiera ser una gran suma de bondad, de abnegación y de sencillez

Hablaban con mesura, como hacen los que han meditado mucho un plan cualquiera Las cabezas, como instintivamente atraidas, habian formado núcleo y casi se rozaban

Aunque planteado ya al parecer el problema, se inculcaba sobre sus términos principales en sentido de la solución Mucho, sin duda, se habría espigado en el vasto campo de las presunciones y de los cálculos mas o menos certeros, pero, se persistia en parte ardua, con la tenacidad de los que tantean la senda entre los riscos de una montaña

—El caso es el siguiente, — decía el de elevada talla — nuestra tierra en poder de los brasileños desde hace años, es considerada por estos como una de sus provincias, en mérito del acta de incorporacion arrancada a un cabildo débil

Los argentinos por su parte, sostienen que ella les pertenece de derecho, aun cuando Artigas la separase de hecho del antiguo virreinato, y sin duda se reservan reincorporársela en la ocasión propicia

Nos encontramos, pues, entre estos dos fuegos, y si entramos a la acción menospreciando a uno u otro de los dos poderes fuertes, nos acribillan

—¡Eso, lo veríamos! —exclamó su interlocutor dando una gran voz

—¡No hay que verlo! —arguyó un tercero— El comandante esta en lo cierto Son tres pretensiones las que se persiguen pero de las tres, la realmente débil es la nuestra Si osamos obrar por cuenta propia, nos trituran Tengamos en cuenta que vivimos vigilados aunque gocemos de simpatías, que el gobierno se interesa en no romper hoy por hoy con su rival y que sin el auxilio de otros, solos en la empresa, aun cuando alcanzaramos algún resultado en la lucha, este bien seria pasajero Pronto seríamos anonadados, por mutuas conveniencias

—Y fuera de considerársenos temerarios verían en nosotros unos aventureros peligrosos que, sin elementos para esa lucha, ni medios suficientes para formar nación aparte, habríamos venido a perturbar el equilibrio de las cosas y a comprometer la paz, sin provecho para ninguno de los dos rivales

El hombre de cuello de atleta se irguió, diciendo con aplomo

—Nación independiente podemos ser Los paisanos no quieren ser mas que orientales

—También nosotros Pero, hay que pensar mucho estas cosas graves No seremos lo que deseamos, sin algún apoyo fuerte

—Eso digo yo, y me viene mortificando hace tiempo, — observó otro de los circunstantes, con acento de convencido

El que primero había hablado, dijo entonces, como recogiéndose en sí mismo

—Siempre he creído que nuestra hermosa tierra separada de ésta y de otras por grandes ríos y por el océano, está destinada a encerrarse dentro de sus naturales límites y a vivir de sí misma, con sólo el amor de sus hijos Pero, todavía no hemos salido de los primeros pasos, y ante todo, es preciso redimirla

¿Podemos hacerlo nosotros, exclusivamente, contra todos los poderes conjurados?

¿Qué conseguiríamos con irnos a estrellar contra las murallas? Sentar plaza de hombres irreflexivos, de soldados de aventura, acaso, de falsos patriotas

—Sí, pero los argentinos nos acompañarán

—Si nos acompañan, será a condición de que volvamos a la antigua forma Entretanto, su gobierno nos resiste y nos persigue

Siguióse un breve silencio a estas palabras Todos se miraban como inquiriendo una idea

Al fin, el que había sido calificado de "comandante" lo rompió añadiendo

—Habría un medio de zanjar las dificultades y de dar base a la empresa, si sabemos dominar los impulsos

El de planta de caudillo y mandibula recia, que se movía nervioso en su asiento, preguntó con brusquedad

—¿Cual sería?

—En la posicion en que nos encontramos, y persuadidos de que solos no haremos patria, convendría que prometiésemos reconstruir la familia De este modo el gobierno quedaria obligado, y los generosos sentimientos de nuestros hermanos lo impulsarían a protegernos abiertamente O brasileños, o argentinos Escojan compañeros!

—Pasaremos solos, —prorrumpió el otro con violencia— Los paisanos leales vendrán con nosotros si les decimos que va a volver la libertad a los pagos, y no lo haran si se les antoja que nos hemos aporteñado

—Pronto verán que no En último caso han de preferir esto, a hablar portugués y tener un amo

Alguna fuerza hizo este razonamiento en el ánimo del caudillo que se quedó con la mirada pensativa, balbuceando bajo, entre sorda irritación

—No quieren mestura ni tienen miedo a nadie

—Yo bien sé de lo que son capaces

—Cargan de frente sin contar el número

—Así es Con todo, es necesario fortalecer nuestro propósito con una seguridad cualquiera de que en lo más critico no seremos abandonados a nuestra suerte

—Entonces, ¿qué es lo que nos conviene hacer? —interrogó una voz bronca, de militar impaciente

—Lo que nos convendría, sería difundir la especie de la reincorporación una vez que invadieramos, inspirar confianza con nuestros propios actos al gobierno argentino y manifestar públicamente el propósito en todas partes siempre que la suerte nos favorezca de algún modo en la empresa

En la primer proclama debería expresarse con claridad que perseguimos un fin práctico, y que detras de nosotros hay un poder pronto a socorrernos De otro modo, el proyecto queda abocado al fracaso sería pretender un imposible

Por otra parte, en Montevideo, los trabajos sobre el espiritu de la misma tropa siguen con éxito Algun concurso importante nos vendrá de allí, a pesar de la vigilancia de Lecor, pues consta a ustedes que contamos con amigos decididos hasta entre las mismas mujeres

Sé bien que se habla de los hechos y episodios pasados como de una razón de resistencia en los paisanos, a una nueva guerra, pero, toda campaña militar en cualquiera época no siembra sino sinsabores por sagrada que sea la causa Después, sólo algunos resistirían a esta empresa, y ya sabemos quienes son Poco debe importarnos, desde que los mas nos secunden, como estoy seguro sucedera, si llevamos al frente de la invasión al comandante Lavalleja

El aludido, que era el hombre bajo y vehemente, y el encargado del saladero, arqueó las cejas, replicando

—Ya he dicho que acepto el honor, y vuelvo a declarar que antes de retroceder dejaré la vida!

Pero, creo que es conveniente aclarar estos puntos El primero ¿están ustedes conformes en que proclamemos la anexión, como cosa necesaria, dejando al tiempo que confirme o no este acto tan grave?

Reinó un momento de silencio Moviéronse las cabezas en actitud de vacilación, luego, todos fueron asintiendo sin discrepar en detalles Uno, arguyo

—¡Sí! Después los sucesos dirán

—¡Pues que hablen los sucesos! —exclamo el caudillo con violencia— Lo que yo quiero es que pasemos cuanto antes; que pongamos mano a la obra con la ayuda de quien buenamente la preste sea a condición de eso que ustedes dicen necesidad, sea para nuestra libertad completa El sable que tengo ahí colgado se salta de la vaina Acordemos los medios poca politica, que ésta todo lo embrolla! ¿Qué piensa usted, comandante Oribe?

El así nombrado volvió a hacer uso de la palabra, diciendo con una mesura que no excluía la firmeza

—Cuando el cabildo de Montevideo, contra la opinión de los de Canelones y Maldonado que estaban

cohibidos por los imperiales, sostenía la idea de la independencia absoluta, todos nosotros la defendimos con las armas, aunque infructuosamente... Creo que ahora estaríamos dispuestos a lo mismo, si alguien nos apoyase, como entonces lo hizo el general Alvaro da Costa. Pero, ¿quién ha de venir en nuestro auxilio en las presentes circunstancias? Los gobiernos nos hostilizan. Por eso ha sido mi insistencia que procuremos atraernos al de Buenos Aires, nuestro aliado natural. No se si lo conseguiremos: habrá que tomarse mucho empeño en ello si ha de darse solidez al movimiento.

Luego, es preciso explorar el ánimo de los paisanos prestigiosos.

—Ese era mi segundo punto... la madre del borrego. Se nombraran tres de los compañeros en comisión. En seguida de esto, queda el rabo por desollar: ¡Frutos!

Y el caudillo apretó nervioso los dos puños.

Los demás quedaron en suspenso.

—¡Frutos! —prorrumpió al fin Oribe—. Al brigadier, si se puede, se le utiliza. Quedaremos en la alternativa de hacerle plena justicia si reacciona, o de eliminarlo si se obstina. Dada la posición que ocupa, lo primero sería de gran eficacia y lo segundo de gran efecto.

—¡El gazapo es pura maña! —murmuró Lavalleja con la vista en el suelo, como si mentalmente esbozase ante ella la figura de su antiguo y astuto compañero de temerosas aventuras.

Como se ve, la lucha a emprenderse presentaba para estos hombres todas las perspectivas angustiosas con que la desconfianza y la duda rodean siempre a las tentativas arduas. De suyo heroica, ésta exigiría un temple nada común en sus actores, una decisión a toda

prueba y una voluntad inquebrantable en el propósito que pusiera de relieve su grandeza y le atrajese el concurso de las energías populares Rivera tenía prestigio real en campaña

Comprendiendolo así, esmerábanse en conciliar los medios de ejecución con la enormidad del obstaculo

Sobre este tema inculcaron, prolongandose gran parte de la tarde en el animado diálogo Tuvieron en cuenta los elementos propios las nutridas filas enemigas, las grandes dificultades de los primeros momentos, la porcion de suerte que entra siempre como fuerza coadyuvante en la accion desesperada las consecuencias que aparejaría una posesión completa de la campaña, las eventualidades posibles en lo internacional y político dada la situacion respectiva de las dos naciones rivales, y por último, bordaron con mano caprichosa en tela tan vasta las ilusiones mas seductoras

Designose como avanzada exploradora a Manuel Lavalleja, Manuel Freire y Atanasio Sierra Estos patriotas debían de recorrer la zona meridional del país, donde residian los principales hombres de prestigio, a fin de consultarlos y atraerlos al pensamiento También les estaria encomendada la mision de ir hasta Montevideo para ponerse al habla con ciertos vecinos de representación y valimiento

Tratose de la bandera

—Mantendremos la unica que ha flameado en nuestras guerras, —dijo Oribe

—Sí Ninguna otra La bandera de Artigas Es la que conocen como propia los paisanos, la que seguirán con resolución, aunque les recuerde los tristes desastres No hay trueque con otra, ni se cambian caballos en la mitad del río! Este es mi modo de

pensar Si viene otra derrota, sera la última, porque caeremos envueltos en esa bandera

—¡De acuerdo! —exclamaron diversas voces que en lo excitadas revelaron hervor en las pasiones

El recuerdo había herido fibras sensibles La enseña del heroismo infortunado aparecia simpatica y atrayente ante los ojos de los que la habían visto ondear en los campos de la derrota, en los postreros días de la pelea implacable con sus tres fajas de colores saltantes sencilla, sin moharra de plata ni corbata de flecos de oro, en un ástil de coronilla, con su tela rejoneada por el acero y cubierta de manchas de sangre en testimonio mudo del esfuerzo y del sacrificio



III

EXCURSION A LOS PAGOS

Dos días después de esta reunión, dióse principio a ciertas maniobras que apenas trascendieron en Buenos Aires, pero que, en la Banda Oriental tuvieron su prolongación y eco entre determinadas personas avecindadas en el litoral. Empezó a decirse que "la semilla cuajaba", que "pronto sonaría la hora".

Hablábase de otros asuntos no menos graves. El gobierno argentino había prohibido decididamente todo trabajo tendiente a romper las relaciones de amistad que existían entre la república y el imperio a consecuencia del último tratado. Se vigilaba con el mayor celo los pasos de los emigrados, por manera que sus planes tenían que ser sofocados en embrión. Y aunque así no fuera, aunque lograsen llevar la iniciativa al terreno, ¿de qué medios se valdrían para cohonestar las hostilidades de los dos grandes adversarios entre los cuales colocaba su misera suerte a los patriotas?

Cuando el general Lecor, hombre astuto y político se posesionó de Montevideo, había convocado el cabildo, y apercibido del incremento de la emigración, así como de los peligros que ésta incubaría, apresuróse a invitar al regreso a varios de los vecinos influyentes que se encontraban en Buenos Aires, entre ellos al alcalde de primer voto y al regidor defensor de menores. Pedía a esos ciudadanos que siguiesen sirviendo sus empleos, asegurandoles en nombre del emperador "un completo olvido y respeto sumo", si acataban su autoridad. ¡Su majestad estaba lleno de clemencias! Inter-

5

pretábalas complacido el general vencedor, sabiendo que aquellos personajes habían ido comisionados para pedir auxilios al gobierno argentino

Como se veía esa actitud de Lecor y la de los hombres públicos de Buenos Aires coincidían en el sentido de atemperar las pasiones y de cerrar toda puerta a la esperanza Algunos expatriados volvieron El mayor numero quedo, sin olvidar sus viejos lares Añadíase que, en vez de darlo todo por concluido, los proceres se empeñaban con gran celo en atraerse recursos y ganar voluntades, recurriendo a las personalidades descollantes por su poder e influencia Con este motivo, dabase como un hecho que el general Estanislao López, gobernador de Santa Fe y caudillo prepotente del litoral, habíase comprometido a socorrer con municiones a los hombres que meditaban proyectos tan extraordinarios como los cuentos heroicos de los "payadores"

A pesar de tales rumores, los vecinos reflexivos se resistían al convencimiento atribuyendo la propaganda que se hacia al deseo constante y vehemente de sacudir una opresión que les imponía renegar de su idioma, cambiar los habitos politicos y aun las costumbres sociales en nombre del derecho de conquista

Algo vino no obstante bien pronto, a difundir nueva alarma en el país

En ciertos pagos empezó a esparcirse como en secreto la versión de que los hombres emigrados se proponían cosas muy serias respecto a la situación imperante Una junta o centro directivo habia enviado al país varios sujetos, bien vinculados a sus propósitos por solemne juramento, para que explorasen los distritos y consultaran la opinión de los patriotas acerca de una tentativa revolucionaria a realizarse

Estos emisarios habían penetrado al territorio de una manera misteriosa, pues nadie les vio poner pie en las playas del río Internáronse sin ser sentidos Cruzaron las campañas de incógnito, levantando a su paso murmullos de asombro, de esperanza, de alegría entre aquellos que eran dignos de conocer sus secretos, y siempre marchando audaces a través de guardias enemigas, íbanse deteniendo aquí y acullá, en poblaciones aisladas, para continuar en la noche su camino, a modo de sombras fugaces Hablaban a puertas cerradas, comían del "asador" poco y a prisa, tomaban "mate" amargo con el pie en el estribo o de a caballo, decían ¡adiós! con un acento extraño, de forasteros furtivos, y luego desaparecían sin dejar rastro Se aseguraba por unos que traían a los paisanos "memorias del viejo Artigas", otros sostenían que el viento, como indicio "de un pampero fuerte", soplaba de Buenos Aires

El hecho era que estos personajes de "aguero" iban recorriendo ciertas zonas en donde vivían gozando de prestigio algunos caudillos, — aunque esa su vida era comparable con la de las alimañas a monte, acechados por un cordón de soldados que vivaqueaban en todas direcciones

Los emisarios avanzaban, sin embargo, eludiendo peligros Habían estado en Pando De allí se habían dividido sin tropiezo alguno, después de conversar con antiguos servidores del vencedor de las Piedras, unos para el centro de la campaña, otros para Montevideo, como si fuera facil atravesar sus murallas defendidas por cien cañones, sin inspirar recelos

De pronto habían sido sentidos, a pesar de andarse con tantos disfraces, y a una, todos los destacamentos desparramados por los campos a modo de "perros tigreros" se lanzaron sobre ellos, siguiéronles la huella

con tesón, los acosaron de cerca y consideraron seguras las presas, antes que los hombres misteriosos llegaran a la ribera del gran río

Interés como pocos, había en apoderarse de ellos Y así se creía sucedería, dados los exiguos medios de fuga de que podían echar mano en un país conquistado, con todo, confirmando la sospecha de las gentes sencillas que los habían visto cruzar taciturnos por delante de sus ranchos, de que no debían ser más que "ánimas de valientes" caídos en otros años borrascosos en los charcos de Corumbe y de Aguapey que regresaban a sus hogares convertidos en "taperas", evaporáronse al final del rastreo a modo de duendes, y los perseguidores encontrando la soledad siempre por delante, arroyos sin manadas en sus ribazos y montes de aspecto siniestro de cuyo seno parecían salir resuellos de fieras que descansan, se decidieron al fin a volver riendas, persuadidos de que una cosa es descubrir al "matrero" por la humaza del fogón encendido en su guarida de bóvedas flotantes, y otra cogerlo a lo largo del boquete, o sentado en una rama

Se había sabido después, aunque sin certidumbre, que aquellos hombres desconocidos habían atravesado el ancho río en medio de peligros idénticos a los que acababan de conjurar, a causa de las embarcaciones armadas que hacían la vigilancia de costas, que la corriente les fue tan propicia como la suerte en tierra, y que el capitán de una cañonera brasileña aseguraba no haber visto bote ni chalupa alguna en el canal, sino un "camalote" en el que iban dormitando varios tigres que arrastraban hacia abajo las aguas torrentosas

Mas se susurraba en los pagos del oeste, y era que, según los informes de un patrón de cabotaje llegado con su balandra a Mercedes, poco después del suceso,

unos hombres desconocidos que parecían venir de ribera oriental habían desembarcado en un punto desamparado de Las Conchas con trajes muy descompuestos, botas enlodadas hasta las rodillas y un aspecto sospechoso de gente aviesa o contrabandista El los había visto casualmente al regresar a la costa de una corta excursión al interior, y cuando se metían en los grandes pajonales del bañado, sin duda huyendo de toda pesquisa Llevaban "recados" al hombro, por lo que debía presumirse que habían cabalgado o que ten taban hacerlo

Estos vagos siniestros tenían unas figuras imponentes, cabezas desgreñadas cubiertas con chambergos negros y unos ponchos cruzados por el pecho Iban mirando a todos lados, como quienes acechan Cuando la autoridad salió a perseguirlos, ya se habían perdido entre las altas maciegas, sin que nadie hubiera acertado a dar con ellos ni con el rumbo que llevaban

La verdad es que estos rumores y comentarios te nían en inquietud los pagos del litoral

¿De que se trataba?

Si era de nuevas peleas para emancipar la tierra, los emigrados vivían en sueños, pues el enemigo que de ella se había enseñoreado disponía de tanto poder que sólo pensar en redimirla era demencia El yugo demasiado recio y resistente, con coyundas de hierro, no podía romperse con una sacudida de toro Se había fabricado a propósito para bajar la cerviz a un coloso, y obligarlo a mirar siempre al suelo por mas briosa pujanza que sintiese en su cabeza

Luego estaba allí bien cerca el dilatado imperio, semillero de hombres, fuente poderosa de riqueza, dispuesto a renovar sus legiones en caso de suerte adversa, y a cambiar la índole genial y las costumbres del ele

mento nativo como había cambiado el mapa geográfico político Estaba allí, a un paso, el foco temible de fuerzas hostiles, el emporio de recursos inagotables en donde reponer las pérdidas, con un tesoro de millones, millares de combatientes y numerosos buques de guerra mandados por hábiles marinos

En estas condiciones el adversario, ¿quiénes eran los que pensaban agredirlo? Se ignoraba Pero fueren ellos quienes fuesen corrían el riesgo de ser sacrificados apenas asomaran en campo raso

Con las tropas que guarnecían el país podíase librar batalla a un fuerte ejército, —al menos de la organización y contextura de los que entonces se formaban En haz las unidades de combate de la conquista constituían una mole incontrastable con refuerzos inmediatos y generales expertos Algunos de estos habían tenido por escuela militar practica las guerras de la península contra los ejércitos de Bonaparte, y por el hecho, sus aptitudes para la tactica y la estrategia superaban al nivel del *medium*, aunque este les reservara con la sorpresa de lo imprevisto el guerrear inesperado

La plaza fuerte de Montevideo rodeada de muros y baterías, contenía tropas escogidas de las tres armas

El general Lecor habíalas distribuido en todo el cinturón de granito, alcanzando a sumar tres mil soldados con la caballería desmontada Esta guarnición podría duplicarse en breve tiempo con nuevos batallones de línea Una escuadra anclada en el puerto, compuesta de los mejores buques, resguardaba la plaza de todo peligro del lado de la costa Las casernas rebosaban de repuestos de armas, polvora y balas, gran número de cañones de bronce habían reemplazado las piezas de hierro vacilantes en sus afustes, y fusiles de nueva

fábrica, los viejos depósitos corroídos por la herrumbre Una mano vigorosa e inteligente parecía haber dado lustre al corselete del bivalvo, trabajado por el verdín y la broza desde el tiempo de la colonia todo relucía en los instrumentos de guerra y en los hombres de armas No había más que cerrar filas y morder cartuchos De aquel recinto fortificado, podíase, como en otros años, lanzarse columnas abrumadoras, sin perjudicar la defensiva de bastiones y explanadas Era siempre como un antro de energías concentradas, las que al salvar el foso se resolvían en borbollón de penachos y de aceros

En la campaña, este poder tendría en pocos días su complemento Las extremidades participarían de la robustez del tronco Una división entre el Negro y el Uruguay, suficiente para rechazar cualquier avance aun de tropas numerosas, los jinetes del mariscal Abreu y del general Barreto formando diez escuadrones en las proximidades de Mercedes, la ciudad histórica de las primeras leyendas en la Colonia, como Montevideo, destinada a encerrarse tras de sus grandes portones la infantería y caballería de Rodríguez, un regimiento en el rincón de Haedo custodiando las mas hermosas "caballadas" arrebatadas a los distritos del norte, otro en Soriano A estas fuerzas considerables debían agregarse mas adelante las de Braz Jardim y de Bentos Gonçalves en numero de mil quinientos soldados Reuníanse a un paso de la frontera, y podían entrar inmediatamente en acción si así lo exigieran las circunstancias a la par de otros contingentes poderosos, como los cuerpos de infantería y buques de guerra que se enviaran en auxilio de Lecor desde Río de Janeiro

Todo esto, y la actitud misma del brigadier Fructuoso Rivera, comandante general de campaña, comentado por los patriotas a cuyos oídos habían llegado las voces de nuevos planes revolucionarios, daba base consistente a su creencia de que los emisarios perseguidos no debían haber sido portadores de un santo y seña de guerra a muerte

¡Facil era que se hubiese exagerado!

IV

LA CRUZADA

No transcurrieron muchos días después de esas sordas inquietudes sin que una nueva emoción de sorpresa, casi de estupor, viniese a apoderarse de los ánimos en los mismos distritos de la costa. De esta vez, el hecho no podía ser más grave ni más terribles las consecuencias. Era aquello de que se trataba una aventura sin ejemplo, a pesar de ofrecerlos muy notables aunque de otra índole, la historia de las guerras de Artigas.

Súpose por distintos conductos, a propósito utilizados, que la empresa hasta entonces considerada imposible por exigir un esfuerzo gigantesco había dado comienzo.

¿De qué manera?

Los antecedentes y detalles que se relataban eran motivo de asombro, a partir de que el gobierno argentino negaba todo apoyo moral y material al movimiento. No obstante eso, se había producido. De ello se tuvo bien pronto la certidumbre.

En los primeros días de ese mes, abril del año XXV, los emigrados prepararon dos ganguiles, barcas de popa y proa iguales y cuyo aparejo consistía en un solo palo con vela latina en el centro.

Estos ganguiles o "chalanas", como las designaba en su lenguaje la gente marinera, estaban a cargo de excelentes patrones cuyos verdaderos nombres aún no ha constatado la historia por mas que se supongan definitivamente conocidos.

En uno de estos ganguiles ayudoles más de una vez en sus faenas Andrés Echevest o Cheveste por corrupción vasco animoso, tan "baqueano" en los ríos como en la zona terrestre comprendida entre uno y otro arenal

Esta circunstancia hizo que los promotores del movimiento escogiesen la "chalana" en que Cheveste había trabajado, para la primera exposición, pues que el guía era inmejorable, y designado éste por "baqueano", cargaron sigilosamente el ganguil con algunas carabinas, sables y pólvora

En él se embarcaron doce hombres, dos oficiales y diez de tropa

Se citaban sus nombres con admiración, como de gente que estaban destinadas a morir dentro de breves horas

Llamabanse los primeros Manuel Lavalleja y Atanasio Sierra los ultimos Juan y Ramon Ortiz, Santiago Nievas, Ignacio Nuñez, Francisco y Luciano Romero, Tiburcio Gomez, Carmelo Colman, Juan Rosas y Juan Acosta

El vasco francés que los guiaba en el rio y que debia acompañarlos en tierra firme, incorporado por el hecho a la empresa, constituía el número trece de la lista de expedicionarios

Hinchada la pobre lona por brisas propicias, zarpó la "chalana" del puerto de Buenos Aires el día 5, cruzó el rio sin llamar la atención más que una gaviota errabunda y arribando a una playita solitaria que nadie visitaba, la de una isleta semianegadiza, apostadero de tigres, llamada Brazolargo por su angostura, desembarcó su contingente

Esta isleta próxima a la ribera suspirada, facilitó el acceso de los expedicionarios a la estancia del pa-

triota Tomás Gómez, con quien habíanse convenido los medios de movilidad que tenía prontos, esperando la llegada del último refuerzo con los jefes

Pero los días pasaron dos semanas corrieron dentro del bosque siniestro, sobre un suelo de ciénaga hollado por alimañas y como éstas escondiéndose los hombres y procurándose el alimento a saltos en la espesura o arrastrando la res hasta la playa en tierra firme, en medio de las sombras derrengados, hoscosos, fieros en su misma debilidad La prueba no podía ser mas ruda

Los compañeros que debieron seguirlos sin demora, habían sufrido contrariedades serias, las que trae aparejadas todo plan que rompe con la monotonía de lo normal, desafía los vientos y las olas o descubre alguna malla de su tejido

Notado el movimiento por las autoridades argentinas, celosas de su neutralidad, viéronse forzados los que quedaban a buscar puntos aislados en la costa que les sirviesen de salida en persecución de sus intentos temerarios En ese afan constante, sin desfallecimientos, se agitaron durante once días llenos de fiebre Al fin lograron reunirse en grupos en sitios desiertos, de la orilla El tiempo se mostraba adverso, como los hombres Un viento recio sacudía las aguas revolviéndolas en escarceos espumantes Tenían el peligro detras, al frente, mas alla, por todas partes los amagos del desastre ¿Qué importaba? La resolucion estaba hecha, el sacrificio ofrecido en aras de una pasión ferviente y quedaba el consuelo de morir, el postrer recurso de los fuertes cuando nadie los comprende ni los ampara en sus decisiones supremas

Embarcaronse y se entregaron a las ondas El abismo que éstas guardaban no era mayor que aquel que los atraía con fuerza misteriosa y al que habían jurado

caer sin queja cuando se hubiese extinguido la última esperanza

Un norte dominante, que los antiguos habrían llamado aciago, de augurio funesto, azotó las pequeñas velas al extremo de ser arriadas más de una vez para volver al casco su equilibrio

Fue así como después de rudas vicisitudes en todo lo ancho del río, los expedicionarios se reunieron a los que aguardaban en la isleta

Este encuentro tan deseado, entonando la fibra, afianzó en aquellos varones el pacto de su arrojo con la suerte

Los que llegaban y habían sido el tema de hondas ansiedades, eran Juan Antonio Lavalleja jefe de la invasión, Manuel Oribe, segundo en el mando, Pablo Zufriategui, Santiago Gadea, Manuel Freire, Basilio Araujo, Jacinto Trapani, Simón del Pino, Manuel Melendez, Gregorio Sanabria, Pantaleón Artigas, oficiales, Andrés Spikermann, cadete, Juan Spikermann Andrés Areguatí, sargentos, Celedonio Rojas, cabo primero, soldados Joaquín Artigas, José Leguizamón, Avelino Miranda, Dionisio Oribe y Felipe Carapé

Los compañeros los condujeron al sitio oculto en que ardían dos fogones rodeados de asadores improvisados con ramas gruesas, y donde circulaba el mate como una infusión necesaria al temple de la fibra

El lugar era aparente, circuido de vegetación arbórea por todos lados, de manera que hubiera sido difícil descubrir desde el río resplandor alguno

Cheveste y dos más de los forzados isleños, en la noche anterior habían cruzado el río en una canoa, y carneado en la costa una vaca, que trasportaron a su escondrijo

De esa vaca se alimentaron, y de ella seguían comiendo, en el momento de la reunión de los demás expedicionarios

Estos traían fatiga y hambre, y la cena fue de hermanos Se cantaron décimas glosadas, se dio suelta al buen humor, y risas homéricas hicieron olvidar las amarguras pasadas a bordo del ganguil

En aquel lugar desierto, rodeado por las aguas, con su verde cortinaje de arbustos y malezas a todos rumbos, raro era el aspecto que presentaba el grupo de hombres audaces

Los había entre ellos de todas razas, de distintos colores como el "quillango" indígena, blancos, cobrizos, negros, piel de "yaguareté" terminada en colmillos y garras, el militar de escuela junto al "montonero", el ideal culto en connubio con el instinto bravío, el ciudadano libre en fraternidad con el liberto

Algunas figuras resaltaban por sus formas de alcides cabelludos, mucho músculo, pocas palabras, duro el gesto, el mirar sombrío Las vestimentas añadían rasgos singulares al conjunto Casacas de húsares, calzado de granadero, pantalones amplios, chambergos de ala floja, chiripaes de tejido crudo, botas de cuero de potro, ponchos de grandes haldas, nazarenas trinadoras, complementado todo por el arreo ofensivo de largas dagas, trabucos de hierro, carabinas de cazoleta, pistolas de cinto y sables corvos

La diversidad de tipos guardaba así armonía con la de las armas Prueba de que había sido una espontaneidad impetuosa la que había producido aquel acercamiento y aquella union, que debia aumentar su fuerza a medida que se fueran abriendo las valvulas a los instintos propulsores en el mismo medium nativo El aroma de la tierra, que había adobado las fibras,

debía ponerlas en vibración. De allí se percibía ya el ambiente que incendiaba la sangre, y todo dolor pasado era espuela punzadora.

Para muchos de ellos ¿qué concepción podía ser la de la patria? ¡Difícil explicarlo! Al mirar hacia la ribera oriental parecía que algo entreveían en las sombras con los ojos del alma. Acaso el pago, el pago era la patria. La patria en pequeño con su terron conocido, con su fragmento de cielo, con sus horizontes visibles, con su arroyo fecundante, con sus lomas pintorescas, con sus bosques solitarios. Algunas viviendas primitivas construidas con el tronco, el lodo y la masiega, dispersas como asilos de una hora de razas vagabundas, el potro recorriendo el llano con la crin revuelta, el "ñandú" con el alon tendido en la ladera, el "carancho" junto a la blanca osamenta, el jinete errante hiriendo el aire con el ruido de las espuelas o con los ecos de una trova de "enramada": ese era el pago.

¡Bien podían ellos estarlo contemplando como un miraje esbozado en sus cerebros!

Los espíritus elevados, que eran los menos, iban más allá de esos horizontes.

Por eso, en la hora de que hablamos, aquellos hombres, los que mandaban y obedecían, formaban una sola familia sin más afectos que un ideal común, todos aspiraban al mismo fin, las necesidades, los apetitos, los groseros sensualismos de la existencia ordinaria, si asomaban como efervescencias del grupo, entidad compleja de heroísmos, no era más que para dar mayor encanto a la idea del sacrificio.

Limpiaron las armas con cariño, hasta verlas relucir, prepararon los cartuchos de carabina en paquetes que envolvieron en pañuelos, e hicieron líos con el

resto para cargarlos a modo de mochilas con los abrigos y "recados"

Con reses transportadas hasta allí desde la costa, ocultos en la espesura, celebraron su última cena, condimentada con la salsa de su denuedo, y se dispusieron a marchar

En esa noche brillaban pocas estrellas, había murmurio en las playas y un ligero viento zumbaba entre los sauces En la orilla oriental ardía una hoguera

Al comentarse después estos detalles, a la luz de los vivacs en tierra nativa, no falto entonces quien dijese que en este punto las cosas, del fondo de la isleta, acaso de algún "camalote" detenido en los recodos de la costa, había llegado de pronto el bramido de tigre hambriento que tal vez alumbraba con sus fosforicas pupilas el rastro de la presa, a cuyo bramido respondio uno riendo

—¡Ya vamos!

Y como si esta hubiese sido una voz de mando, todos empezaron a moverse en las sombras con el menor ruido posible

Minutos después bajaban en grupo a la pequeña playa, siempre en silencio, apenas interrumpido por el roce de los sables, los acentos bajos de prevención y los ludimientos secos de culatas

Las "chalanas" se encontraban en el centro de una como herradura formada por la vegetación de las orillas casi rozando con sus fondos la arena

Cada uno de los expedicionarios llevaba consigo arreo doble El embarque se hizo rapidamente, entrandose los hombres al agua hasta media pierna, sin desorden, dividiéndose el grupo en partes iguales

Las "chalanas" largaron El viento favorable empezó a empujarlas con fuerza

Al frente, en el enorme cauce, no se veía luz alguna, a no ser una que otra plateada arista, reflejo del pálido fulgor de las alturas, las riberas aparecían como grandes manchas negras formadas por el hueco de los barrancos y una cresta de arboles hirsutos que servían de agreste festón a sus bordes enhiestos tajados a pique

Allá muy lejos, un resplandor, quizás el del incendio de maleza en algún islote anegadizo, dibujaba en el horizonte una luna color sangre que pareciera surgir recién abriéndose paso entre doseles de crespón

Del suelo nativo no llegaba ningún eco

Pero cerca de la playa, la hoguera seguía ardiendo Era un fuego de escasas proporciones, aunque muy visible que de vez en cuando mostraba sus lenguetas por encima de su disco de brasas, semejante a la distancia a una enorme "alúa" posada en lo hondo de la selva

En el grupo que navegaba delante, varios hombres hablaban en voz muy baja

—Será una guardia —decía uno extendiendo la mano hacia la fogata — ¡Vamos a estrenarnos pronto!

—A la fija nos esperan con la tercerola al brazo —agregaba otra voz ronca y enérgica — Han cenado de lo ajeno y quieren enlucernarnos antes que pisemos tierra

—La "fariña" habrá andado en los bocados —murmuró un tercero — Estos tiñosos se cuidan bien por miedo de hacer cueros de epidemia

Oyose cerca una nueva voz, que decía

—No, compañeros Esa fogata que parece luminaria de brujas la ha encendido un amigo Los hermanos Ruiz viven ahí, junto a la costa Anoche estuvieron con ellos el comandante Oribe y el capitán Manuel,

viendo que Gómez no contestaba las señales, ni podía haberlas contestado porque ha días lo corrieron, haciendolo pasar a Entre Ríos La cruzada debió ser el 7, y hoy estamos a 19 Los Ruiz quedaron en que harían fogon como aviso Vamos derecho a desmontar de este redomón bufador

—¡Ahora caigo, canejo Bien haiga el bicho de luz!

—¡A ver si se callan! —dijo alguien con tono de mando

Los murmullos cesaron de subito

Tambien se iba extinguiendo la llamarada y amenguándose el foco rojizo, como si una mano apartase sus ascuas o las recubriera de arena Destacábase en las tinieblas una gran mancha más negra, en plano bajo, que era el monte enmarañado, difuso, torciendose en espiral o ensanchandose en el llano con todo el vigor de la savia comprimida Este cancel inmenso llegó a ocultar por completo la hoguera, se navegaba en la zona tenebrosa, casi razando la base del barranco, y como el viento soplaba leve en esos momentos, se hacía uso del remo

Los murmullos recomenzaron

—Alla en el largo veo una lucesita que se me hace de farol —susurró uno al oído de otro, señalando hacia delante

—No le dés a la "sin hueso" —dijo el compañero— Parece que andan muchas lanchas en el río jugando a la que menos ha de topar, como los becerros en el bajo cuando hay un toro cerca Por atras se columbra otra parejita a un ojo de lechuza

El que primero habia hablado volvió la cabeza, y alcanzó a percibir en realidad en el fondo del cauce fija y siniestra una luz amarillosa

Era de temer una andanada de cañon de crujía

—A la cuenta es otra barca cargada de "mamelucos" Lindo sería aguaitarla aquí al reparo de los "sarandíes"

En ese instante los remos dejaron de hundirse en el agua mansa, y las "chalanas" siguieron su marcha lenta, empujadas apenas por ráfagas tardías

Las claridades lejanas pero sospechosas que se distinguían a proa y a popa, concluyeron por desaparecer entre el laberinto ramoso de las costas cuyas entradas y recodos sin duda se inspeccionaban A intervalos volvían a relucir, distantes, a modo de luciernagas sin rumbo abatiéndose sobre el haz de las aguas dormidas

Eran altas horas cuando las proas surcando la canal enderezaron hacia una ensenada que hacia mas tenebroso el bosque de "talas" y de "molles", desplegado en su fondo como una gruesa columna en batalla

Esa ensenada a cuyo flanco desliza su hilo de agua un humilde tributario, forma una curva sensible rematada en dos ligeros recodos y da acceso hasta la orilla solo a embarcaciones pequeñas La corriente deriva hacia esa costa, cuyos veriles ha ahondado en su base empujando los residuos a una playa hermosa cubierta de densas arenas, donde la planta se hunde y asoma su enriscada "roseta' la espina de la cruz

En este sitio del Arenal Grande arriaron vela las "chalanas" y tomaron tierra los invasores

Apartadas aquellas de la ribera por el peligro de tumbarse o varar en las dunas, el desembarco fue penoso con el agua a la cintura, en cuya diligencia los marineros y los mismos patrones con sus cuerpos semihundidos en el río sirvieron de jalones por largo rato al tránsito de las armas y monturas

Diseñábanse en el cielo detrás de las altas colinas verdes que rodean en anfiteatro el cumulo de arenas, los primeros albores del día 19

Sabese ya que no debió ser éste el del desembarco, sino el 7 del mismo mes El patriota Tomas Gomez, de acuerdo con sus amigos de causa, y comprometido a tener dispuestos los elementos de movilidad necesarios para montar el contingente en la fecha indicada, cumplió esperando a aquel con un número determinado de caballos que mantuvo ocultos en las islas Pero, el tiempo pasó en angustiosa incertidumbre Los brasileños, ya inquietos ante ciertos movimientos inusitados, hicieron recaer sus sospechas sobre Gómez y ordenaron perseguirle El patriota vióse entonces obligado a abandonarlo todo, y atravesando el Uruguay, buscó refugio en la Argentina

De esta manera al pisar el suelo nativo, los invasores se hallaron condenados a una inacción que podía serles fatal Ninguno, a pesar de tan grande contrariedad, manifestó su disgusto Y bien debió esperarse que murmuraran, pues que llevaban largos días de privaciones y sufrimientos Los cuerpos estaban postrados, esfuerzos sin descanso, noches de insomnio, alimentación deficiente, vigilancia continua por una parte, y por otra la sucesion de emociones violentas que en lo moral coincidían con la faena sin tregua del músculo, eran causas sobradas para predisponer los espíritus al desaliento No sucedió así En el grupo taciturno algún vínculo de tracción aferraba las voluntades, porque todos se movían de consuno y obedecian sin réplica Todavía en las tinieblas, amontonados, con la amenaza allí de donde venian, con el peligro inminente en el terreno que pisaban, desmontados en tierra de centauros, solos en su pasion ardiente, parecía sin em-

bargo, circular entre ellos como un aura de entusiasmo viril que ahogaba en sus gargantas el descontento Se habria dicho con razon que la madre tierra devolvíales las fuerzas como al titán de la ficcion helénica

Subianse en color las rosas del oriente orladas de escarlata y difundiase una suave claridad en el llano arenoso, cuando se alzo una voz enérgica mandando formar

Habia premura en apartarse de allí, y poner la selva por medio Después se atendería a los medios de movilidad

Un pequeño grupo de vecinos del pago presenciaba la escena desde el pie de la colina, dominando con sus miradas el arenal por un abra extensa del bosque

Estrechose fila en el acto, terciadas las carabinas y desnudos los aceros

Pasóse lista con rapidez

Eran treinta y tres hombres de jefe a soldado

Lavalleja recorrio la fila con el sable en la diestra, y en la izquierda desplegada una bandera que tenia en su centro una inscripción de grandes caracteres

¿Qué lema era aquel?

En el escudo primitivo de campo blanco con un sol arriba y debajo un brazo robusto sosteniendo una balanza, símbolo de la justicia, se leia este mote *con libertad, ni ofendo ni temo*

En la bandera de tres fajas, blanca, azul y roja, emblema esta última de la sangre vertida la inscripción consagraba el mote o leyenda del escudo era la suprema aspiración de Artigas, allí estampada con signos perdurables

Bajo el sol brillante que bañara de intensa vida el desierto y al soplo del "pampero" que henchia la soledad de rumores, en otro tiempo habian germinado y

crecido los instintos al igual de los cardos espinosos, el amor de la tierra enroscó sus raices absorbentes en el corazon bravío, la pasión del valor endurecio el nervio en las crudezas de la vida semisalvaje, y la voluntad del mas fuerte, el caracter mas tenaz y vigoroso fue el prestigio de todas las voluntades fue el tipo de todos los caracteres dominando con su acción y el encanto del exito aquel conjunto de instintos y de pasiones capaces de impulsar los ideales de la clase culta hacia el triunfo de señalados destinos, una vez que se expidieran soberbios en la vasta escena del drama revolucionario

Con esos amores locales — tan necesarios a los hombres de los campos como el aire y la luz — con esos fanatismos de pago llenos de indómita fiereza, había Artigas formado las huestes que en obstinada lucha arrastrados por la impulsión inicial de un movimiento poderoso a la vez que por la violencia de sus propias propensiones concurrieron eficazmente a derribar con el edificio de la colonia el imperio de la costumbre

En aquel período turbulento, el esfuerzo, aunque tenaz y heroico, no revistio formas definidas, ni trazo planes luminosos, pero abrió nuevos rumbos

Era el esfuerzo anónimo, a veces ciego, que se obstina en la tendencia evolucionaria, y en el secreto va tejiendo las nacionalidades hasta exornarlas de atributos propios y caracter típico

En aquella bandera desplegada por Lavalleja estaba el símbolo de ese esfuerzo, y a su vista los brazos se levantaron y todos los instintos rugieron

Lavalleja sacudió el paño con firme mano, y señalandolo con la punta de su acero resumió una corta arenga en este grito de pujante brio

—*¡Libertad o muerte!*

Treinta y dos voces lo repitieron, tendidos los sables deshecha la fila por una conmoción profunda, puesta por algunos en tierra la rodilla y sellado por otros el suelo con el labio, y por un momento el eco formidable al devolver ufano el juramento pareció ruido de cadenas que se trozaban con estrepito

No pudo echarse diana, pero la diana de redención se escuchaba en todos los espíritus

El sol nacía, y resurgía la vida en el bosque estremecido por el marcial rumor, cual si en su espesura alentara la autonomía de los pagos y se agitasen las almas de aquellos fieros caudillos que todo lo sacrificaron a sus adustos y terribles amores!



V

AL VIENTO LA BANDERA

La cifra, pues, de los invasores, no era para inspirar temor a un poder incontestable. Que llegara a aumentarse, era todavía un problema. Aunque melenudos, carecían de la levadura de los gigantes bíblicos que con la honda o la quijada nivelaban en un momento las condiciones de la lucha.

Como hemos dicho, el guarismo de los dominadores teniendo sólo en cuenta las tropas de la guarnición en el país, incluidas las auxiliares de Rivera y las que podían maniobrar en el acto desde la vieja línea divisoria, en donde vivaqueaban con sus armas en pabellón, sumaba cinco mil hombres próximamente. Este ejército compuesto en su mayor parte de infantería y caballería de línea, estaba apoyado por una artillería de plaza y de campaña que contaba con ciento cincuenta cañones. Segundábalo en las vías fluviales una armada de siete buques, perfectamente equipados y prontos para la acción.

Proporcionalmente, correspondían desde luego a cada invasor más de ciento cincuenta soldados con cuatro piezas de artillería. La proporción no podía ser más aterradora, del lado de la tierra nativa. Después estaba el hondo canal del río, suficiente a absorberse millares de hombres en la fuga desesperada, y del linde opuesto, las autoridades hostiles listas para apoderarse de los vencidos en desagravio del vencedor.

Aquellos hombres que dominaban tales perspectivas sin pueriles ofuscamientos, creían de buena fe que ellos se convertirían en dorados horizontes de una mañana de gloria El caso era hacer pie firme en el terreno

En las primeras horas buscaron refugio en el bos que —la guarida del patriotismo en aquellos tiempos crueles de donde el patriotismo salía como hambrienta fiera para poner pavor a los campos

En el bosque aguardaron que Etchevest y los hermanos Ortiz trajeran caballos de los alrededores

Ellos los buscaron por los mas escondidos lugares

El matalote de un leñador en que los hermanos se montaron, uno sobre la cruz, otro sobre las ancas sirvió de vehículo para la pesquisa Etchevest caminaba al frente fiado al vigor de sus piernas escudriñando con ojos de baqueano la espesura a lo largo de la costa De la tropilla que Gómez se había visto obligado a dispersar días antes dieron a altas horas con diez caballos, más tarde encontraron otros

El número completaba el de las exigencias, y se volvieron cuando asomaba el alba al escondrijo de sus compañeros

Ese día lo pasaron entre el ramaje esperando que el sol cayera

Ya avanzada la tarde los invasores aderezaron sus caballos, pusieron a grupas lo que sobraba del armamento y municiones de guerra, y emprendieron la marcha con esta consigna de Lavalleja

—Por razon alguna nadie se separe de las filas

Dirigianse a la estancia de Belis, a inmediaciones de San Salvador, donde existia una guardia enemiga

Había que empezar por batir las guardias

Esta, sin embargo, alcanzaba a cien hombres

Algunos montaraces de largas greñas, hoscos y callados se incorporaron al grupo, que hacía su trayecto a trechos por el interior del bosque

Mandaba el destacamento de dragones a sorprender el comandante Julian Laguna, al servicio del imperio Advertido, formó en ala sobre la loma El jefe de los invasores se detuvo, e invitó a conferenciar a su enemigo Vino éste, y hablaron Sin duda alguna las resistencias del invitado se hicieron pertinaces, porque el caudillo de la empresa, perdiendo la paciencia, llegó a exclamar de un modo brusco

—No entiendo de conseja Rindase, o lo cargo

—¡Cargue, que hay hombre!

Lavalleja revolvió el caballo hacia sus filas, y cargó, bandera al viento La refriega fue breve Un avance a media rienda, varios sablazos de gente en celada, alguna sangre vertida, confusion sin entrevero, media vuelta y desbande

No pocos de aquellos soldados batidos que habían desnudado sus aceros murmurando, los volvieron a la vaina, e ingresaron al grupo vencedor

Dos horas después, cuando se aprestaban los invasores para continuar su obra de viento de borrasca depurador y bravio, una partida de patriotas trayendo varios prisioneos, se les incorporó

Esta junción produjo entusiasmo en las filas Los recien venidos eran casi todos antiguos soldados de Lavalleja u Oribe

Juntos habían vivido en los montes durante largos meses, hostilizando al enemigo desde la madriguera sin ceder nada de sus odios nativos, ahora se presentaban sin tacha, soberbios, encelados, arrastrando un grupo de vencidos en prueba de ardor varonil y de fibra guerrera

Acompañábalos un clarín que no cesaba de echar diana con un brío que denunciaba la robustez de sus pulmones. En las filas abrazábanles entre aclamaciones ruidosas, llamándolos por sus nombres y pidiéndoles detalles del encuentro en que habían salido victoriosos.

Uno de los nuevos campeones era el capitán Ismael Velarde, soldado de las primeras guerras, a quien La valleja conocía bien.

Joven esbelto, de semblante de mujer y mirar duro, llevaba la lanza con aire de soberbia, acaso con el mismo que lo estimulara a empuñarla en su primera mocedad. El era el que enterado del pasaje de los treinta y tres patriotas había reunido algunos compañeros en las vertientes de Santa Lucía y arrojándose sobre un destacamento de caballería de línea brasileña apostado en los campos de Robledo, matandole varios soldados y apoderándose del resto. La refriega había sido aún más fructífera. El éxito devolvió a la causa de los patriotas un buen numero de nativos que se encontraban asediados en el monte, y otros prisioneros en las "casas" los cuales rescatados, figuraban ahora en el grupo como números distinguidos. El teniente Cuaró, veterano de Latorre, de atezada piel, miembros fornidos y pescuezo de toro, entraba en la cifra, también Ladislao Luna antiguo alférez de Rivera en sus aventuras heroicas del año XVII. Seguían luego algunos "tapes" de Soriano y mocetones ariscos de la cuchilla de Marrincho, que habían crecido en el torbellino de la lucha y en él debían desaparecer como "tucos" en noche de tormenta.

Pero, entre todos, un voluntario atrajo las miradas por su aspecto y compostura.

Era éste un joven blanco y rubio de ojos azules, cabellera blonda y rizada, alto, gallardo, de manos y pies pequeños, que llevaba la espada como un oficial correcto, el sombrero como un trovador y la espuela como un caballero.

A pesar de la tostadura del sol y el viento, y del deterioro extremo de las ropas, Oribe lo reconoció apenas fijó en él la vista. Se llamaba Luis María Berón. En su mirada triste y su frente soñadora parecía reflejarse algo como las nostalgias de la tierra, y en el gesto altivo y adusto presentirse el vibrar de la fibra a impulsos de una sangre rica y generosa.

Seguía a Berón como su sombra, un negro liberto con todos los aires de una buena crianza, mozo, robusto, bien plantado y gran jinete, el chambergo sobre la oreja, bota a media pierna, una haba del aire en el ojal de la blusa y el trabuco cruzado a los riñones.

Por último, un viejo sobresalía en el grupo. Era este hombre muy tieso y muy espigado, de mirada viva y ceñuda, propia de ojos hundidos en las cuencas y rodeados de un matorral de cejas gruesas en forma de penachos de "ñacuiutú". Tenía la nariz ganchuda y prominente en el vómer, el pelo que había sido crespo y del que apenas quedaban algunos largos mechones, caía sobre los hombros a modo de capullos invertidos de cortadera, la barba enmarañada y recia, teñida en parte por el humo del tabaco, mostraba su punta retorcida hacia un costado por el uso del barboquejo.

Llevaba sombrero de panza de burro, chapona de paño azul, chiripá de tela gruesa listada a bandas rojas, botas flamantes de cuero crudo y espuelas de

hierro, cuyas ruedecillas hacían música gruñona con el freno y las coscojas

La daga que traía a la cintura formábale por detrás un embuchado en la chapona El poncho en rollo a las grupas, y una gran lanza con cuatro medias lunas y banderola tricolor que blandía en la diestra, daban a este nuestro antiguo conocido don Anacleto todo el aire de un caudillo de pago que aun goza de la plenitud de su prestigio

Su caballo overo de cola recogida y crines retaceadas a cuchillo, en buenas carnes y regulares bríos, solía pararse para golpear con el casco el suelo, en cuya sazon, el viejo capataz le acercaba la espuela con cuidado y apretando las rodillas como si se tratase de un "redomon" de más mañas que un "matrero"

Pasada la efusiva expansión de los primeros momentos, el valioso contingente entra a formar en el escuadron de Oribe, quien nombra a Ismael Velarde capitan de la primera mitad con Cuaió de segundo, y a Luis María su ayudante secretario

Ladislao, con su grado de alférez, queda subordinado a aquél, haciendo revistar en filas a los "tapes" y mocetones montaraces

Adquirido así mayor nervio con gente de resolución y empresa, maciza en la marcha y en extremo hábil para manejarse en el terreno, la reducida fuerza revolucionaria siente que se aumentan sus alientos y que crece en ella el espíritu de cuerpo que ha de llevarla unida y vigorosa de escaramuza en refriega y de combate en batalla, en una serie no interrumpida de brillantes jornadas

Se alza la bandera, y se grita ¡todo por la patria! ¡la tierra pertenece a los valientes! Los jinetes se agitan fieros, rompen los clarines en marcial fanfarria

que estremece el suelo del camino al paso de aquella caballería temeraria en duelo con la suerte, que va a quebrar lanzas contra el dragón forrado en hierro de la conquista

La pequeña legión avanza, entra en Soriano, —la vieja villa taciturna del sistema hispano colonial—, y da el grito de independencia con asombro de sus solitarios moradores Algunos antiguos servidores de Artigas que allí dormitaban sobre el gran estero oscuro como soldados que han caído rendidos por el cansancio, oyeron el grito, y escucharon la lectura de una proclama en que se hablaba en nombre de la unión argentina, de la autonomía de la provincia como parte integrante de la República limítrofe y del auxilio que de ella vendría, toda vez que los orientales respondieran al llamado del patriotismo La proclama nada decía de las primeras luchas, y mucho de una vida nueva No preocupó la formula a aquellos antiguos servidores Era sin duda una proclama como cualquiera otra, "que ayudasen no mas los de la otra banda", después el tiempo diría lo que del crecimiento y el choque de las pasiones y de los intereses resultase Tras de ese encogimiento de hombros del estoicismo, los hombres se limitaron a este criterio concreto "ante todo es preciso sacudirse el peso del yugo, y venga el socorro para ello de quien pueda más que Artigas"

Y descolgaron sus sables mohosos, acudiendo al rumor de la batalla La legión subió a cien, y estos cien marcharon hacia el arroyo del Perdido

En el trayecto, cae prisionero un baqueano enemigo de nombre Juan Baez, que llevaba instrucciones escritas de Rivera para el mayor Calderón, jefe de dragones En la nota urgíale que se le incorporase sin

demora para abrir operaciones sobre Lavalleja Soldado de este en las guerras anteriores Baez acata a su viejo jefe ofrécesele para inducir a engaño al brigadier y le informa que algunas partidas merodean por allí cerca Añade que hay tropa acampada en los ribazos del Monzon, uno de los manantiales del arroyo Grande, y que con ella está el comandante general de campaña

¡Al encuentro, a paso de trote!

El baqueano vuelve sobre sus pasos y con él la pequeña columna, que abandonó por el hecho el rumbo que le hubiera conducido hasta el campamento de Calderon, situado a la orilla de otro canalizo secundario de aquel arroyo

Bruscamente, las partidas contrarias aparecen tras lomando a la carrera la próxima "cuchilla" como impelidas por un instinto irresistible, y a la vista de la hueste, blanden las lanzas como un saludo marcial, y en vez de acometer se incorporan a las filas Oyense gritos vehementes, y algunos de aquellos hombres se abrazan juntando sus cabezas sin detenerse

La columna así robustecida, sigue andando en busca de la aventura temerosa como asistida de una virtud aquiliana El humilde Baez la guía, es este oscuro soldado el que ha de llevarla al terreno de uno de sus mejores triunfos, el que debía asegurar el exito de la empresa Baez aunque al servicio de los dominadores hasta pocas horas antes, ya no es un prisionero, porque se ha identificado con los que acompaña, ni se considera a sí mismo un traidor, pues que su conciencia no le acusa y su corazón le arrastra Es una unidad del esfuerzo anónimo, que cae en cuenta, el baqueano de la aventura que, casualmente atravesado en su camino, se apasiona de la audacia, y se resuelve

a separar aquella de su marcha ciega guiándola a favor de su arte por senderos desconocidos hasta precipitarla armada y potente sobre el enemigo mas temible — por ser aquel que podia detenerla en sus avances y romper el nervio de su acción

Baez se adelanta en prosecución del plan acordado con Lavalleja, a favor de las asperezas del terreno, y dejando oculta la columna sigue solo hasta encontrarse con la guardia que mandaba el bravo oficial Leonardo Olivera

Juan Baez dice a este

—El mayor Calderón con el escuadron de dragones esta en el bajo, aguardando órdenes Yo sigo hasta el campo del comandante general a darle parte

Olivera no se sorprende de la nueva, y pide su caballo contestando tranquilamente

—Voy hasta el bajo Anuncie el caso al jefe

En seguida monta, toma el galope trasloma y cae al llano sin recelo Allí es rodeado y se le intima rendicion

Apercibido de esto, exclama con entereza

—Rendirse ¿a quien? Todos somos hermanos ¡Pido lugar en las filas, para mi y mis compañeros!

En esos momentos un pequeño grupo, apartado del grueso que había estado inmóvil al pie del declive, a las órdenes del comandante Oribe, movióse bruscamente tendiéndose en ala en la ladera

Sentíase a la parte opuesta el galope de varios caballos

Fijáronse allí las miradas

Pronto escalo la colina un jinete de figura apuesta, cabello negro y semblante tostado, joven, en la plenitud de su vigor, quien, bien sentado en los lomos, cubierto por un poncho de tela color ante, cuya halda

derecha había arrollado sobre el hombro, venía seguido por otros dos a guisa de escolta.

Sujetó el caballo al trasponer la "cuchilla", y empezó a descenderla al trote, algo sorprendido del cuadro que se extendía a su vista.

—Ese es Frutos — dijo Ladislao con cierta fruición íntima. ¡Véanlo si se mueve arrogante!

Ismael lo miró de soslayo, por debajo del ala del sombrero, murmurando:

—¡Verás que se duebla!

Otra voz dejó caer con pausada entonación estas palabras:

—¡Ahora, para qué! Ya cayó el "matrero".

Alguien añadió con risa irónica:

—Está lustroso, a fuerza de buen vivir. ¡Naide rompa esa cuña por ser del mesmo palo!

El comandante Oribe hizo una seña.

El pequeño grupo emprendió el galope, formando media luna a retaguardia de los recién venidos, y el mismo jefe, abandonando con Luis María su puesto, picó espuelas y se puso en un instante junto al brigadier.

Al sentir el tropel, Rivera volvió el rostro y saludó llevando la mano al sombrero. La estratagema le quedaba de manifiesto; su saludo, suplantando a la protesta, era un principio de llamado a la clemencia.

Oribe lo alcanzó cuando ya estaba próximo a Lavalleja.

El brigadier se detuvo sin objetar nada sabiendo que era temible el adversario que tenía a su lado, por lo que, dirigiendo un tanto inquieto la palabra a Lavalleja exclamó:

—Perdóneme la vida, compañero... Ordene que se respete mi persona.

El caudillo invasor lo miró severamente, respondiendo en el acto

—¡No lo han de matar! En cuanto a lo demas, no pensó usted lo mismo respecto a mí, no hace mucho tiempo, cuando por orden de Lecor entró a acosarme en los campos de Zamora

Rivera, aunque bastante impresionado ya por los rumores de voces airadas que llegaban hasta él echó mano al fondo inagotable de sus recursos de astucia, apresurándose a decir con el tono de la mayor sinceridad

—¡Oh! nunca fue mi intento el perseguirlo a muerte Le aseguro que lo buscaba para proponer le un plan de independencia, pero las cosas vinieron mal

—¡Buen modo de buscar! Obligar a un hombre a huir en pelos, y con solo los calzoncillos No le hace, paisano, nunca es tarde para eso

En un grupo del flanco se murmuraba de una manera sorda Los reproches de Lavalleja incrementaban la excitacion Aquellos como rezongos de cimarrones aumentaron por grados la alarma de Rivera, acaso porque sabía él medir la importancia de su persona, y por parte de sus adversarios, la imperiosa necesidad de eliminarla o de hacerla servir a sus fines Sagaz en la combinación de sus planes, como despierto en el peligro, aquellos murmullos amenazadores le indicaron el medio de prevenir la explosión del descontento Entonces dijo sin vacilar, con el acento de aquel que no puede creer se dude de su lealtad

—Estoy dispuesto a entregar la fuerza de mi mando, y si usted lo quiere, en el acto mismo imparto órdenes Aseguro que no habra resistencia alguna, por cuanto los muchachos estan siempre cismando con la

libertad de la tierra y a una voz mía seguirán el movimiento

—Falta hace que se les caliente la sangre, — repuso Lavalleja, echando un terno redondo Mande lo preciso a preparar la entrega

Mientras Frutos — como le llamaban los criollos — daba instrucciones a Olivera para que hiciera largar los caballos a su tropa, y difundiese en el campamento la especie de que eran los dragones de la provincia los que estaban en el bajo, la pequeña columna desmontó, a la espera del resultado Al primer impulso rencoroso, habíase sucedido cierta satisfaccion bulliciosa Si el caudillo obraba de buena fe, la empresa iría adelante de un modo irresistible

Unos minutos después se ordenó montar

Lavalleja dijo al cadete Spíkermann

—¡Cuando estemos en medio del campamento, hágala flamear alto para que la saluden todos!

El cadete llevaba en la diestra un astil con funda de hule negro, y ocupaba el centro de los escalones Estos avanzaron al trote Al encumbrarse en la colina, divisaron los fogones y a la fuerza que vivaqueaba confiada casi encima del ribazo

Los invasores penetraron en el campamento en formación, y una vez en el centro, el porta desplegó la bandera al grito de "¡libertad o muerte!" Esta gran voz, porque fue briosa y sonora, salió de labios de Luis María Antes que el estupor visible en todos los semblantes, se hubiese desvanecido, el capitan del primer escalon de Oribe puso espuelas a un redomón tostado y entrandose en las filas riveristas con gesto ceñudo, dijo imperioso·

—¡Dos pasos al frente, todo el que no sea oriental!

Los brasileños que revistaban en la fuerza obedecieron sin dilación, y depusieron las armas

Los demas fueron alistados en la tropa invasora El clarin echo diana

Ahora se sentia en el núcleo un aliento poderoso de fe y de audacia que levantaba los corazones ante las realidades del éxito

—¡A este paso comandante, el ensueño sera pronto un hecho! — dijo Berón, fijando en Oribe su mirada llena de luz y de pasion patriotica

—Tal vez — respondiole su jefe, con aire adusto La obra empieza cuando concluya, sabe Dios si será completa

Demarcaremos con la espada la frontera Y así que hayamos triunfado, seran nuestra defensiva la eleccion y el ejemplo

—De la frontera Norte, no dudo, ayudante, que quedará señalada con nuestra sangre, si necesario fuere Pero ¡hay otra frontera que la fatalidad de las cosas borrara acaso, aunque la forme un río ancho como mar!

Luis María se puso más adusto que su jefe, y mirando la bandera que flameaba altiva, repuso con acento amargo

—Y entonces eso ¿nada significa?

El comandante se sonrió

—Si — dijo — Recuerda muchos años de pelea, la lucha ciega contra todos los que han querido arrebatarnos nuestro derecho

—Y ahi está — murmuró Berón, como hablando a solas ¡Es la misma protesta, la protesta de siempre!

Callóse, triste Pareciole que sentia esa protesta zumbando en el aire, eco lejano de combates desesperados, — al sacudir el viento la bandera Si no era el símbolo de redención, de independencia absoluta, de

historia propia, si en manos de Artigas fue pendón de caudillo, emblema de crudezas y de ambición hosca y fiera, ¿por qué se agitaba como labaro de un nuevo ideal entre los que por ella habían dado su sangre? Aparte de aquella independencia absoluta, ese símbolo no se armonizaba con el esfuerzo Se componía de tres franjas paralelas La roja no la cruzaba ya en diagonal, como en los primeros tiempos Su prestigio se fundaba en su origen histórico ¿Por que renegarlo, en la hora de las grandes reivindicaciones? Allí estaba en medio de las filas con sus colores vivos, osado, altanero, como la pasión indómita de otros años, esparciendo en derredor los recuerdos de cóleras furiosas de agravios infinitos, de cruentos infortunios ¿Hablaba a la memoria hiriendo en el instinto de la venganza o en la fibra de un patriotismo formado en la lucha constante, en la aspiracion permanente a la existencia sin ligaduras ni reatos? Con su tela se había empezado a tejer la nacionalidad, y ciertas nacionalidades se tejen al principio con crudezas de semibarbarie, que son las que más resisten a la decadencia que corrompe y disuelve Esa bandera se paseó en combates heroicos sin que la deshonrara la misma derrota, ungieronla con sangre a raudales en terribles entreveros, consagráronla como signo de guerra a la absorción y a la hegemonia todas las soberbias de pago encarnadas en los hombres de valor, y todas las energias locales se habian crecido y encelado bajo sus flotantes pliegues, formando con sus rabias y enconos, sus sacrificios y ejemplos como durísimas mallas en que debia embotarse el golpe de muerte al ideal de independencia En prueba de esto estaba allí . ¿Conocia otra bandera el paisanaje belicoso? Esa era la que a pesar de asoladoras guerras, hablaba a sus

pasiones con la elocuencia de una arenga momentos antes de la carga, de un premio a sus afanes después de la victoria Al pensar que no fuera ahora emblema de un poder propio velábase el encanto de su prestigio, ¿simbolizaría el sacrificio de los débiles en obsequio a la grandeza ajena, a la eterna tutela del mas fuerte, al vil precio de la necesidad, como se decía en la época del embrión evolucionario?

¿De qué modo entenderian esto los hombres de corteza rústica, de pensamiento de niño y corazón de león?

En medio de este hondo soliloquio, y alejado Oribe, Luis Maria vio detenerse cerca a Cuaró, quien se puso a contemplar impasible la escena que se desenvolvia a su frente

Una vez fijó sus ojos negros y relucientes en la bandera, dilatandosele las alas de la nariz cual si olfatease humo de polvora, o se le agitara algun instinto adormecido en el fondo de la entraña

Berón, que lo observaba atentamente, dijole

—¿Te estas acordando compañero?

El teniente parpadeó con fuerza hasta dar a sus pupilas un brillo luminoso, y alzando el brazo semidesnudo señaló la tricolor con un gesto de orgullo

—En Catalán estuvo asina, —contestó—, hasta tardecita, cuando Latorre mandó que yo cargase con la escolta La querían tomar, yo la defendi y me mataron la gente, a mí mesmo me curtieron a lanza, pero desde que no morí, la bandera no cayó Veras hermano que la salvamos mejor en esta pelea ¡Va a durar más que vos y que yo!

—¡Si eso fuera cierto, si sobreviviese lo que ella en el fondo simboliza! exclamo con emoción el joven ¿Qué importaría lo demás?

VI

PENSAMIENTO, VALOR Y AUDACIA

Concluido el desarme de los brasileños, y hecho el alistamiento de los orientales, el jefe de la invasión y el comandante general de campaña se reunieron en un rancho de las inmediaciones para hablar de asuntos relativos al hecho consumado

Se decía en el campamento que de esa conferencia solicitada por el prisionero, debía resultar algo importante y decisivo

Bajo tan excelentes auspicios, y agigantadas las esperanzas del grupo con las adhesiones que se iban sucediendo, fue esa tarde cada vivac un concierto de voces de jubilo, cuya nota dominante la de la patria libre, hacia palpitar de entusiasmo los pechos varoniles Los tañidos de guitarras de trecho en trecho en los fogones, acompañaban a cánticos llenos de unción profetica A las decimas del trovador de pago se unían las risas sonoras las voces estruendosas, los gritos pujantes de barbudos colosos, y en medio de este torbellino de ecos y palabras de cantos y tañidos revueltos en una atmósfera placida, radiante de luz, se alzaba el relincho poderoso de los redomones contagiados de la fiebre de la pelea, a modo de bocina de aquella musica de centauros Esto duró mas de dos horas

Bien luego un rumor lisonjero recorrió los vivacs

La entrevista habia terminado Rivera adhería al movimiento compartiendo el mando con Lavalleja

Agregóse que Oribe ponía sello a este acuerdo renunciando por su parte al derecho que pudiera asistirle por razón de iniciativa, y subordinándose como antes a las decisiones del segundo

Momentos después de esta primera impresión, la noticia se confirma en la orden del día, y el regocijo se colma Habíase cumplido una de las bases del pacto de los buenos, la del "perdón de los hermanos extraviados"

Cuando Lavalleja recorría al paso de su caballo el campamento, disponiendo lo necesario para la marcha, Luis María le oyó decir con sencilla expansión, dirigiéndose a Oribe que caminaba a su lado

—Convenía a la causa un "brigadeiro".

A Berón le intrigo la frase

—En rigor, tenemos ahora tres jefes, — se dijo Uno que se impone por el mando, un segundo que aspira a lo mismo por el prestigio, otro que en realidad impera por la superioridad moral

Los examino en el pensamiento, hizo analisis de antecedentes y aptitudes, escarbó en el terreno del pasado, en busca de elementos de juicio, exhibióselos a sí mismo tales cuales eran, para ratificar su criterio al respecto

¿Cómo surgieron en el agitado escenario, cuáles eran sus méritos relativos — a dónde iban arrastrados por el impulso inicial de la aventura?

Voluntario consciente, resuelto, bien definido en sus convicciones y tendencias, el estaba obligado a reflexionar sobre todas estas cosas, y a la observacion prolija de los actos de los que mandaban El amor a su causa inducíalo a escudriñar propensiones y fines Se rebelaba ante la idea de servir a otros que a aquellos que constituían sus ardientes ideales de juventud.

Bien veía él que los directores de la empresa no se identificaban por el carácter, por las luces de inteligencia y por la pericia militar, pero creía de buena fe que coincidían en la pasión por la tierra, en la alteza del sentimiento patriótico y en la enérgica voluntad de redimir al país del yugo extranjero En lo moral, como en lo físico, esas personalidades ya culminantes habían sido fundidas en moldes muy distintos aunque únicos tal vez, por el vigor de la fibra, la tenacidad en el propósito y la grandeza del esfuerzo

Una ligera observación le había sido bastante para persuadirse de que el espíritu de Lavalleja no había recibido luces vivas sino nociones de vida práctica, que estaba nutrido de sentimientos nobles, de ideas de niño y genialidades de valiente En ciertos rasgos aislados personalísimos, pudo el notar cómo la voluntad primaba y ponía de relieve al varón temible para quien empresa alguna fuera difícil, ni el mayor peligro razón de miedo Corazon de grandes alientos, cerebro tardo en concebir, criterio adverso al raciocinio frío y calculado

Lo que el joven voluntario sabía de él y de los otros lo autorizaba a comparar y distinguir El teatro era reducido, los actores muy limitados A veces en desnivel, por la calidad

En igualdad de condiciones y aptitudes militares, sin escuela teórica ni mayor cultura, aunque con ese fondo moral en que se refundían la simplicidad y la rudeza con las virtudes del tipo héroe, Lavalleja había asomado como Rivera en la época de Artigas a la vida turbulenta En su viril mocedad no había tenido al igual de aquél como escuela del valor y de

emulaciones diarias, la intimidad y la ejemplaridad de los "matreros" avezados a la pelea sin cuartel

Honesto y trabajador, en cuanto se podía serlo en tiempos tan atrasados, la industria de transportes había sido su ocupación preferente Guió carretas tiradas por bueyes en sus mejores años, y en el manejo de la "picana" no llegó a desmerecer ciertamente como hombre de bríos del paralelo con aquellos antiguos paladines que labraban la tierra o cuidaban rebaños o se ejercitaban desde niños en las pruebas de fuerza muscular, alimentándose con salsa negra

Con antecedentes tan humildes y tan sano corazón, guardaba así en su rica naturaleza de hombre entero las cualidades necesarias para imponerse en la lucha por el denuedo, aunque en esa lucha se tratara de uno contra diez, y de ahí que su brazo fuera desde el primer momento temido, y su voz la nota más vibrante en los entreveros gloriosos

Proezas admirables habían sido sus primeros pasos en la lucha y desde que alcanzara el grado de capitán, habíase crecido en amor propio y chocado con su igual el capitán Rivera

Fue esta una contienda entre la valentía del león y la astucia del zorro, que Artigas mismo no pudo nunca dar por concluida a pesar de sus buenos esfuerzos, y que debía prolongarse con idénticos caracteres de acritud y de violencia en el espacio y en el tiempo

En cierto modo, el uno complementaba al otro, sin que jamás pudieran avenirse ¡La diferencia estaba en el fondo moral!

Al contrario de Lavalleja, y tambien de Rivera, Manuel Oribe era un hombre de instrucción y preparación habituado al roce con otros de reconocida cul-

tura y elevada categoría, del doble punto de vista social y político

Aparte de lo que traía desde la cuna, de sus antecedentes de familia y de las nociones recogidas en buena escuela, alcanzó en la vida práctica, todavía muy joven, a formar su carácter y dar sello propio a su personalidad como número distinguido en la generación militante de aquellas épocas tumultuosas

Como Lavalleja, era un varón de ímpetus, de arrojo imponderable, de celos embravecidos, pero, no tenía su prestigio en las masas, ese prestigio que se forma en las intimidades de los instintos y de las fierezas, en las proezas del músculo contra hombres y alimañas y en la tolerancia de ciertos hechos licenciosos que aumentaban la pasion por el caudillo, y lo hacían dueño de voluntades y de vidas

Lavalleja era caudillo desde los tiempos de Artigas

Oribe había sido uno de los oficiales de infantería más reputados del primer campeón de nuestras luchas, empero, no uno de los mas consecuentes

De aquí esa su falta de prestigio en el medium nativo

La organización misma y disciplina de su arma, aunque para las tres era apto, estaban en pugna con la irregularidad manifiesta de las milicias de a caballo Mandaba soldados sometidos al rigor de la regla, Lavalleja encabezaba grupos audaces que no conocían la represión severa Identificado con la hueste, este ultimo habia seguido al archi-caudillo cuando Oribe lo abandonó habia peleado bravamente y aumentado su renombre hasta que, prisionero, fue a padecer por su causa en una de las fortalezas de Rio de Janeiro El rey Juan VI había tenido para el frases de admiración

En cambio de la influencia sobre la hueste, así adquirida, Manuel Oribe era un soldado organizador, activo, dominante, maniobrista de aplomo en el terreno, versado en la estrategia, que había estudiado en los libros y cuando era preciso, por la desigualdad en el número y la calidad de los combatientes, acometedor e intrepido

Tenía sobre Lavalleja y sobre Rivera, además de la noción clara de la milicia y de la aplicacion oportuna de las reglas, la ventaja del valor disciplinado Sus pruebas, desde que entró a la vida de la acción, fueron siempre brillantes

Lavalleja, organismo de acero y gran jinete, lo libraba todo al choque heroico, y al cargar ceñudo con el sable bajo, más facil le era destrozar regimientos enteros con una oleada de audacia homérica, que batir por plan metodico y fijo Con la carga improvisaba la victoria Rivera lo aventajaba en astucia y en artería, más no en decisión

Oribe combinaba, y aprovechaba de los detalles sobre el terreno, en cuanto lo permitía la pericia de la tropa a su mando

De esta superioridad, sin embargo, no hacía él uso, como se ve en la tremenda aventura que se incubó en el saladero de Costa, la pasion patriótica que lo alentaba le había impuesto el deber de declinar ese derecho, para honor de si mismo y de la cruzada

Hombre de acción adaptable perfectamente al medium, si se habia de tener en cuenta la indole propia y las propensiones ingénitas de la clase campesina, Juan Antonio Lavalleja era la entidad llamada a reemplazar al archi caudillo en la escena politica, por su prestigio y por la fuerza misma de la tradición reciente

La masa popular de las campañas lo había formado y nutrido a su manera genial, como a otros caudillos, dandole con sus arrebatos y vehemencias la terquedad del pago y el rigor de sus instintos Era un fruto legítimo bien maduro del clima y de las energías indómitas, que encarnaba decirse puede, las pasiones locales en toda su intensidad bravía El suelo privilegiado, que encierran y al que forman marco gigantescos ríos y el océano, de modo que lo oreen las poderosas alas del pampero que a el llega rugiente y entre sus límites acaba, podía enorgullecerse de su hechura Excedíase del nivel común lo suficiente para el mando Sus actitudes mentales no eran superiores a las del medium, pero sí su poder de iniciativa y su osadía romancesca para la aventura belicosa, como que era en medio del peligro y del conflicto que este hombre sentía ensanchársele la vida, sin ser por ello sanguinario, cruel o implacable Había adobado su personalidad con sus virtudes, su soberbia, si alguna tenía, nacia de la conciencia de ser hijo de sus obras Miraba sin enojo que otros lucieran sus talentos, pero no toleraba que se dijese de alguien que podía igualarle en valor

No dudaba de los intrépidos, mas confiaba en sí mismo como en una lanza aquiliana Innata en él la bravura, no precisaba haberse nutrido con médula de fieras, su corazon fuerte se hubiese asfixiado bajo de una coraza Esa bravura contagiaba todas las filas cuando daba cara al plomo y al hierro, arrastraba con imperio y destruia con impetu, rebasando el obstaculo como una onda arrolladora

Acaso, por sus hechos anteriores y por su influencia sobre ciertos pagos, Fructuoso Rivera hubiera podido ser el caudillo de la empresa, pero había servido al dominador y recibido de él grados y empleos

Por otra parte, ¿tal pensamiento hubiera salido del fondo moral de Rivera, tan apegado al terruño, y tan reacio al proyecto de una patria libre y altiva? Había tenido razon de dudar Audaz y emprendedor, astuto y artero, de acción rapida, oportuno y hábil como caudillo de division volante, Rivera había descollado en las primeras guerras venciendo las mas de las veces sucesivamente en combates parciales contra los españoles, argentinos y portugueses Su conocimiento completo del terreno y la confianza que sabia inspirar a sus hombres, preparáronle siempre el éxito, aunque de el no aprovechara nunca sino en favor de su primacía personal, fuera cual fuese la situación que los sucesos le crearan Dúctil y maleable como pocos caudillos, de sus mismos reveses había sacado provecho Lo mismo había sabido asegurar su supervivencia en la victoria que en la derrota, a partir de que su objetivo dominante era perdurar en la escena, lo mismo influía sobre ella como "montonero" que como "brigadeiro", bien persuadido de que su prestigio en las huestes dependia de su presencia y de su acción constante sobre ellas, de modo que no dudasen de su amor a la tierra y de su identificación absoluta con las pasiones locales

Por otra parte, —pensaba Luis María— ¿cómo afianzar su lealtad, tantas veces descalabrada en la prueba? Cuando Lavalleja y Oribe, aceptando el apoyo del general Alvaro de Costa, que procuraba retirarse con sus voluntarios reales a Europa, sostenían las pretensiones del cabildo "a una independencia absoluta", Rivera se alistaba en las filas del imperio, bajo las órdenes de Lecor, aceptaba honores y resistía activamente con su valimiento y prestigio a una

tendencia nacional acentuada, que era un anhelo vivo, constante en los hombres de corazón

Ahora, la fatalidad de los sucesos envolvíalo en un movimiento análogo que él no había preparado, que lo arrastraba en sus remolinos violentos, y que debía conducirlo más lejos de lo que él mismo hubiera previsto, enredandolo en sus propias mañas y amoldándolo por fuerza a un modo de ser y temperamento que pugnaban con su sistema de caudillaje exclusivo y sus miras hacia el futuro de supervivencia prepotente

De todos modos, en el desarrollo de los sucesos que tan extraños y fuera de lo comun se presentaban, tendria él oportunidad de descubrir sus afinidades si habia doblez en su actitud del momento ¡Acaso fue sincero! ¿Quién podia leer con claridad en aquel rostro movible, lleno de reflejos vivaces o de sombras según las circunstancias, ni adivinar la intencion en las frases cortadas o ingeniosas que solían escaparse de sus labios gruesos, como muestras de espiritu travieso y perfectamente adaptable a todos los caprichos de la suerte?

Por otra parte, él había asegurado una posición que debía mantener sin mella su prestigio

Beron experimentó cierta sacudida nerviosa, cuando le vio llegar departiendo con Lavalleja

Ya no era el mismo de horas antes Traia el semblante encendido, sonriente, y accionaba con aire de hombre que ha recuperado su dominio Hacía como que escuchaba con gran atención a su interlocutor inclinada la cabeza, y el mirar de soslayo con cierta expresion socarrona para asumir luego un aspecto grave de mesura que transformaba su gesto en una mueca de mascara Parecióle al joven que en aquellos párpados semi-caídos y en la mirada de flanco,

casi dormida, había algo del "aguara" que explora y husmea Calcaba sus palabras en las de Lavalleja, en perfecto acuerdo, y acompañábale en la risa con otra retozona y contagiosa que daba inflexión a sus mejillas, de un moreno coloreado por sangre robusta Se encogía con frecuencia de hombros y enarcaba las cejas negras, echandose sobre el cuello del caballo, cuya crin poníase a peinar con los dedos Esta caricia de "matrero" solía venir aparejada con su risa zumbona, llena de malicia, y alguna ocurrencia picante

¿De qué hablaban? Sin duda del plan estratégico a observarse con respecto al enemigo, ignorante de lo que pasaba Lavalleja se expedía con vehemencia Su voz recia, amontonando roncas exclamaciones, semejaba un redoble

Luis María llego a oir esto, que decía Rivera

—La "armada" es grande, pero no ha de escapar ninguno   Todo esta en marchar sin detenerse, en lo oscuro y gambeteando

VII

EL CUERPO DE PAULISTAS

Empezaba a anochecer cuando la columna así engrosada al igual de esas que un viento de tempestad improvisa y hace rodar con mayor ímpetu a medida que se crece en su carrera, abandonó su campo, derivando entre asperezas hacia San José de Mayo

En esta villa se hallaba destacado un regimiento brasileño compuesto de paulistas Su jefe, el coronel Borba, soldado violento y vanidoso que tenía en poca monta a los nativos, no sólo como hombres de guerra, sino también como elementos de sociabilidad estimables, no tenía noticia alguna de lo que había ocurrido en Monzón Por completo descuidado entre los halagos de la vida urbana, recibió una tarde una nota del comandante general de campaña, en la que se le ordenaba que sin pérdida de tiempo buscase con su regimiento la incorporación a las demás fuerzas en el paso del Rey

El coronel Borba se apresuró a disponer la marcha, confiado en que, a poco de operar con el experto baqueano y caudillo Frutos, no quedaría por aquella zona ni rastro de rebeldes

Estos se encontraron en el paso en las primeras horas del día, deteniéndose la fuerza de combate como a doscientos metros al frente, en formación Los prisioneros, que eran casi tantos como los combatientes, fueron relegados al flanco izquierdo con sus custodias, a la derecha, guardando distancia prudencial del vado,

se colocaron varios jefes y oficiales con algunos ordenanzas

Como en otros puntos, ardía allí un buen fogón El liberto Juca, asistente del brigadier, reparaba un grande asado de costillar ensartado en una baqueta, a la vez que el café en una regular caldera

Antes de caer la tarde había llegado al campo, tirada por robustos bueyes, una carreta llena de vituallas, seguida de un destacamento de caballería, pasando vehículo y hombres, sin la menor brega, a poder de los afortunados invasores

Cuaró y el liberto Esteban, que se hallaban con sus ropas en girones, echaron mano de dos vestuarios Ladislao se apoderó de un capote Aunque con su vestimenta también en guiñapos, Ismael miró con desden los uniformes de tropa "portuga", pero en cambio se hizo dueño de una trompa de bronce que traía la carreta colgando del timón, la que ciñó a los "tientos" de la cabezada de su lomillo

En esta operación le sorprendió Luis María quien le dijo sonriendo

—¿Tambien suele usted soplar, capitan?

—A ocasiones, — contestó Ismael, — cuando quedo solo

Esta es compañera que defiende junto con lo que grita Un toque aprendi y es el que más asusta

—¡Ah, ya!

Cuaró parecia malhumorado, pues se le había dicho que no habria pelea, sino una sorpresa sin peligro

Acercóse a ellos Ladislao, echándose el capote a las espaldas, y con la vista hacia arriba, exclamó,

—Agua mansa viene, y a lo gallo hemos de quedar.. La trampa que se arma va a apretar al "fin-

chado" en lo escuro, si es que el guapo no ventea de aquel costao y se alza con un bufido

—La armada se achicó, — repuso Ismael — Cuando meta el bazo no hay mas que tirar del "pial"

La atmósfera en verdad, estaba cubierta por gruesos vapores, y empezaba a caer una lluvia fina, de esas que perduran largas horas y vienen acompañadas de un aire fresco y sutil La tarde declinaba rapidamente Al reparo del monte denso llamareaban los vivacs entre humaredas y emanaciones de carne flor, dorada al rescoldo de los troncos no secos, cuyos gases escapaban por los extremos entre espumas en borbollon Los soldados circuian los fuegos, tomaban "mate" o comian, pero con sus armas ceñidas y sus caballos ensillados La orden era de tenerlos del cabestro

Cuando el regimiento de paulistas llegó al vado, cerraba una noche lluviosa, de profundas tinieblas

A poco de haberse detenido allí, Borba atravesó el río, por orden superior, y fue a acampar al flanco izquierdo de los patriotas, en la falda de un mamelón

El comandante Oribe con varios hombres, siguio en las sombras paso a paso el movimiento, y deteniéndose al fin en el paraje preciso frente a la cabeza de la tropa brasileña, dijo a Luis Maria que marchaba a su lado

—Ordene usted al coronel Borba que forme pabellones, y desfile por su derecha, en nombre del comandante general

Luis María se acerco al jefe paulista, en instantes que otro ayudante le invitaba a pasar con todos sus oficiales al vivac de Rivera, así que terminara de colocar su fuerza

Berón, a su vez, trasmitió la orden que llevaba

Practicóse en el acto la maniobra, en la forma prescrita, y en seguida Borba y sus oficiales se dirigieron al fogón del brigadier.

Apenas se hubo él separado y perdídose en las tinieblas, un jinete grande y fornido se abalanzó sobre la retaguardia de la tropa que desfilaba, lo mismo que si se tratase de golpear con los encuentros a un vacuno que se aparta del "rodeo". Las filas se deshicieron bruscamente al sentir el empuje imprevisto, y todos los hombres se agruparon en montón deforme, precipitándose en medio de estrujones y caídas hacia el llano en que se encontraban los prisioneros. El jinete, enorme en la oscuridad, los atropellaba a diestra y siniestra y dábales con el cuento de su lanzón para que no se rezagasen, profiriendo voces roncas.

Alto y negro, en un caballo que bufaba a cada embestida herido por la espuela, aquel fantasma arremolinaba la grey lo mismo que un ganado sobre un suelo pastoso cubierto del agua de la lluvia, y al brillo de algún relámpago que lo tiñó de luz verdosa, los soldados sin tino, azorados, concluyeron por correr hasta refundirse en el núcleo acampado entre custodias. La guardia les abrió camino, repartió algunos golpes aquí y acullá con las culatas de las carabinas, rodeó de nuevo aquella masa confusa de hombres hacinados, y el silencio volvió a reinar en la densa niebla.

El jinete se había vuelto hacia los pabellones, que en ese momento eran recogidos por soldados del escuadrón de Oribe.

—¿Desfilaron? interrogó una voz.

—¡Ya! —respondió el jinete—. El "rodeo" quedó grande, y el charco chico.

—¡Oh! ¡el teniente Cuaro! gritó uno. No perdona la ocasión de arrimarse al bulto.

El aludido, pues Cuaró era en efecto, repuso con calma

—Los refregué por descargar la rabia, y no perder la costumbre La lanza estaba ganosa, y lo mesmo se quedó

Un acento suave y tranquilo, que enfrió algo el ardor del teniente —pues que él sabía de qué boca brotaba— se alzó a su lado, diciendo

—Más vale así, compañero, matar por lujo no es del valiente

Cuaro guardó silencio, y Luis María, que era el que había hablado, volvió su caballo hacia el fogón de Rivera, donde se agitaban bultos y se alzaban voces, como si allí ocurriera un conflicto serio

Cuaro enderezó al sitio, refunfuñando, acaso sintiendose arrastrado por la influencia extraña que el joven voluntario ejercía sobre él en otros casos tan duro y selvatico

Borba había llegado con sus oficiales al vivac del brigadier, un tanto perplejo por los rumores que llegó a sentir a su retaguardia, —allí donde formara pabellones

—Mal tiempo lo acompaña, coronel —díjole Rivera alegremente al estrecharle la mano— El viento sopla crudo, pero aquí hay café listo, un buen fogón y regular compañía

¡Alléguense ustedes! — añadió dirigiéndose a los oficiales, siempre placentero No ha de decirse que falte el agasajo y la buena intencion en noche como ésta que parece de brujos Juca, dále el jarrito al coronel, que esté caliente y espumoso ¡*Noite do diavo!*

—Muito friolenta, siú Frutos, noite de constipado mais para abrigo que para peleja

—Otros que andan por ahí a salto de monte no han de pensar de ese modo, y a la fija que no duermen por ganarle largas al tiempo y, a *o inimigo!* Lavalleja es como gato montés

El comandante general se reía de muy buena gana y restregábase las manos, para concluir formando un círculo con los índices y pulgares a modo de "lazada", levantando aquéllos a la altura del pecho

En rededor de los recién venidos se había hecho como una herradura Las cabezas aparecían pálidas y atentas algo siniestras en la taciturnidad al resplandor rojizo del vivac Los oficiales de Borba se miraban con inquietud, sin pronunciar palabra

El coronel secundó en su risa a Rivera, y extendiendo las dos manos hacia la llama para secarse la humedad de la lluvia, preguntó con tono de ruda ironía

—¿Onde ficaron os patrias revoltosos? O atordoado Lavalleja não e que um volta costas

—De temer es que se nos aparezca como un convidado al fogón, coronel, porque le gusta mucho hacer las del ñandú, confiado el hombre en la noche y la gambeta

—¡Ficaria morto! E una brincadeira, senhor brigadeiro Ainda não vi ninguem leopardo pelas florestas

—Ya hay algunos aquí en el llano —le interrumpió con la mayor naturalidad el brigadier— No podremos tallar hácigа esta noche, y lo peor del cuento es que ni tiempo han dejado para poner mano a la espingarda ni saltar en pelos Vienen triunfando con la "ronca"!

Esto diciendo, diose vuelta, lleno de aquella risa que semejaba zumbidos de abejón

Borba y sus oficiales miraron sorprendidos para atrás, en instantes que Lavalleja dirigiéndose al primero pronunciaba estas palabras

—¡Ríndase a las armas de la patria, o paga con la vida la menor resistencia!

Borba atónito, fijó sus ojos en todos los semblantes airados, y vio que en el círculo las manos nerviosas se posaban en las empuñaduras de los sables o en las culatas de las pistolas Oyó tambien que alguno, hirviendo en cólera decía

—¡Me escuece la gana de meterle en los sesos la carga del trabuco!

Dirigiolos entonces a Rivera, con un gesto de hombre a quien abandonan las fuerzas, y como solo observase en las sombras, al lado opuesto del fogón, un bulto negro, inmóvil, silencioso que le daba las espaldas, desprendióse con un movimiento rápido la espada que tendió al jefe invasor

Este dióse vuelta a su vez, y en lugar de la suya, una mano retinta cogió el arma Era la de un negro liberto, quien lleno de un aire de dignidad propio de ordenanza de jefe superior, señaló con la empuñadura el rumbo al prisionero

Borba marchó, bastante aturdido, y tras de él sus oficiales, que habian sido desarmados con una celeridad asombrosa por los hombres del grupo

Andando bajo la lluvia mansa en la profunda oscuridad, Cuaró, que llevaba a un capitán cogido del codo y cuyo paso se hacía inseguro en el terreno desigual, se detuvo y dijole con voz calmosa

—Mejor es que tirés de las espuelas, y andás más lindo en el pantano

El capitan obedeció en el acto, y descalzóse sus rodajas de horcadura de bronce

Cuaró se apresuró a cogerlas, calzándoselas a su vez muy despacio y sesudamente en sus botas de cuero de tigre

Cuando se reincorporo y siguió la marcha con su prisionero, sintióse tentado de llevarlo a un "totoral" que hacia el flanco había sirviendo de guirnalda a una laguna, pero una sombra, la de un hombre que a paso lento venía detrás y que a el le pareció el ayudante Berón, le hizo desistir del intento, y continuó en pos de los otros, gruñendo, casi colérico

VIII

CALDERON

Muy temprano, junto al denso bosque entre cuyas orlas corría el río y cuando sonaba la diana vibrante y alegre, se hizo formar a los prisioneros, que sumaban centenares entre oficiales y soldados

A la claridad pálida de una aurora cenicienta, aparecían mojados con los uniformes llenos de lodo y los rostros marchitos Algunos los tenían verdinegros, enjutos y salpicados de barro seco como si los hubiesen recostado en el charco improvisado por la lluvia

—Cómo anda la lombriz de tierra! — ocurriósele decir a Ladislao De esta hecha van a ser más que las langostas

Cuaró que los miraba con ojos torcidos, apoyado en su lanza enorme como "picana" de carreta, hizo una mueca expresiva, y extendiendo la mano libre hacia la falda de la colina que dominaba el lado opuesto del paso del Rey, exclamó

—¡Mirá! ahí viene otra gente media avispa que anda maliciando En cuanto olfatee, va a disparar

Ladislao vio en realidad un destacamento que se aproximaba a pasos cautelosos, escoltando varios vehículos de campaña, sin duda cargados con los útiles de tropa Venía a su frente un oficial quien a poco de haber avanzado en su camino, mandó hacer alto, y dirigiéndose solo a la loma púsose a mirar con atención la extraña escena que se desenvolvía allende el vado

Rivera le enderezó su anteojo por el abra que formaba el paso y cambió algunas palabras con Lavalleja Como Ladislao viese que un ayudante venia al galope hacia su escuadrón, dijo

—¡Mandan cargar!

Cuaró se irguió de súbito, pasó la palma de la diestra por la boca, frotóla en el astil del lanzón, y repuso con viveza

—A esta mitad ha de ser, amigo ¡Capitán Mael! ¡Dicen cargar!

Ismael estaba impasible con un pie en el estribo y los brazos sobre el "recado", cuando aproximandose el comandante Oribe, dijole

—Cruce el paso capitán, con su mitad, y cargue esa fuerza que se encuentra quieta en la ladera, pero procure apoderarse de todos o de lancearlos en la fuga ¡Conviene que ninguno escape!

Cuaró dio un pequeño gruñido y apretó los dientes Velarde se sentó de un salto en los lomos, echando mano a su lanza, y dio una voz

—¡Paso de trote!

La mitad marchó en desfile, entró al agua, atravesó el vado, perdiéndose un momento en el cortinado del bosque, y reapareció bien pronto tendida en ala en la ladera opuesta

Sin aguardar un minuto, cargó en dispersion

El enemigo dio la espalda a toda rienda después de disparar algunos tiros de carabina, y en el desbande los mas siguieron corriendo a lo largo de la linea del monte, mientras que un grupo pequeño se lanzó a la loma en la esperanza de ganar el llano

Un jinete que blandía una lanza con moharra en forma de culebra retorcida salióles al encuentro de flanco, dando un bramido Fue como un avance de

fiera A uno de los soldados lo alcanzó el bote, penetrándole la moharra por el costado izquierdo

La punta apareció por debajo de la tetilla, cimbróse el astil hasta crujir, y el jinete arrancado de los lomos, dio en el suelo de cabeza, que se doblo como una espiga bajo el peso del cuerpo con el sordo desplome de una res La sangre manaba a borbotones

Vióla Cuaró humear, dilatando las fosas nasales como para recibir aquel vapor tibio, su pupila llegó a adquirir la fijeza del ojo felino, recogiéndosele las túnicas hasta descubrir toda la órbita, gritó furibundo clavando las dos espuelas al redomón, y precipitóse sobre otro de los fugitivos, sin darle mas tiempo que para arrojar la carabina y desnudar el sable

A la vista del corvo en manos que temblaban al amagar un mandoble, subió de pronto la cólera del teniente En vago el primer golpe, su lanza en el segundo buscó el blanco tan firme y certero que rompiendo las dos manos que oprimían el sable, entró en el pecho, arrojando de un envión a su enemigo El revuno de éste asustado, dióle un par de coces en el suelo, y arrancó a escape

Cuaró se revolvió rugiente tirando al pasar una nueva lanzada al caído, empujándolo un trecho entre contorsiones y crepitante crujir de huesos, y poniéndose a los alcances del último que quedaba, y que ya había descendido veloz al llano, le gritó en su idioma

—¡Volta cara, "mameluco"! .

El soldado sujetó de golpe su caballo, y volvió en efecto su rostro anguloso de color lívido, de nariz chata y ojos saltados de las órbitas Temblabale sin duda todo el cuerpo, porque sus espuelas hacían música de trémulos Asimismo se echó a la cara con ambas manos la carabina e hizo fuego

El teniente se había tendido sobre el cuello de su redomón, pero este ardid estuvo de mas, pues si bien chispeó el pedernal, el tiro falló

Cuaró llevóle el ataque con un alarido, y el soldado cayo al suelo con la lanza clavada en los riñones Se estremecio un momento con los brazos en cruz, y quedóse inmóvil boca abajo

Cuaro se puso a mirar en derredor, haciendo bailar a su potro sobre los remos traseros, en busca de otro adversario

No habia ya ninguno Por delante, el llano estaba solitario Sobre la linea del monte, Ismael regresaba al trote al vado con el destacamento paulista prisionero

Entonces enderezó al rumbo despacio Su redomón tenia las narices muy rojas y abiertas, el ojo despavorido bajo su copete de crin Temblábale la piel lustrosa como si lo hubiesen azotado con un latigo de acero

Su jinete parecia haberse calmado de súbito

A la agitacion terrible que lo había sacudido minutos antes llegó a sucederse cierto sosiego, un aire de indiferencia y una expresión vaga en la mirada ya con sus parpados semicaídos Arrastraba el lanzón sobre los pastos y llevaba la cabeza baja, sin preocuparse de limpiar la sangre que le cubría la mano derecha Al pasar junto a los caídos, se cercioró si estaban bien muertos, dandoles un golpe con el cuento del arma Movió la cabeza con un gesto grave, y siguió su camino

Una vez en el campamento, dirigióse a su fogón, clavó en tierra la lanza y se apeó, diciendo a Esteban con una risilla alegre

—Emprestáme el chifle para remojar un poco.

Por delante del vivac empezaron a pasar a grupos los compañeros, y por turno se iban deteniendo a observar de cerca aquel rejón cubierto de sangre fresca y cuya banderola aparecía pegada al ástil por los coagulos como si hubiese entrado por repetidas veces en el cogote de un toro

—¡Lanza brava! —dijo un viejo— ¡No parece sino que juese el rabo de mandinga por lo retorcida y culebreante!

Cuaró se había acostado y sacudia en el aire una de las robustas piernas para hacer saltar algo como pulpa líquida, que le teñía de rojo la bota de cuero de tigre

Una de aquellas gotas espesas salpicó lejos, adhiriéndose a la larga y curva nariz del viejo, que se habia inclinado sobre un estribo para mirar mejor

Todos rompieron a reir estrepitosamente

El paisano, enderezandose con rapidez, limpióse la nariz con mucha parsimonia, y dijo, uniendo su risa a la algazara

—¡Jueguen no más con sangre, que a la guelta de pocos años en ella nos hemos de ahogar a juerza de estarla oliendo!

—¡Lindo el lunar, don Cleto!

—¡Una berruga portuguesa!

—¡A ver si en la primera hunta esa chuza, dra gonazo!

El llamado don Cleto, arremolinó la que tenia en la mano por encima de la cabeza, blandiola de costado con cierta habilidad, tendióla hacia su retaguardia velozmente amagó adelante, enristrándola como para acometer a un fiero enemigo, hizo un saludo, la hundió en tierra y se cuadró en los lomos, arrogante

Y como todos aplaudiesen su destreza entre broncas carcajadas, él impuso silencio con un ademán, clamando en voz estentórea

—¡Un freno coscogero y unas boleadoras de retobo de lagarto a quien clave primero la suya a tiro de trabuco de la muralla!

—¡Ya está!

—¡Tire el pelo al aire!

—Por esta cruz, que me parta un rayo

Entre estas y otras voces altisonantes, las manos se alzaban, poniendo en conmoción los fogones cercanos

Cuando la algarabía iba en aumento y amenazaba degenerar en broma de mal caracter, uno gritó desde la altura en que se encontraba a caballo

—¡Ahí viene gente!

Se callaron, apartandose algunos del vivac para observar mejor Solo Cuaró siguió tendido sobre la hierba, fumando tranquilamente

Estaba ya avanzada la mañana El sol cortaba la linea del monte asomando su disco sobre las copas más enhiestas que exhibian grandes ranuras en el follaje e infinitas ramas en laberinto formando en lo alto de la bóveda como un inmenso pabellon de bayonetas pavonadas La atmósfera sin celajes, pura, transparente, permitía distinguir de muy lejos los menores objetos Desde la proxima loma dominabase por encima del bosque, que serpenteaba en un plano hendido, el panorama extenso y luminoso de la opuesta ribera sembrado aquí y alla de puntos negros que resaltaban en el verde sin fin de las praderas, y que eran otros tantos "ranchos" de "totora" y tierra dispersos en la gran zona desierta como jalones del esfuerzo en la lucha por la vida Ningún pastor ni gaucho errante se veía mover en el fondo de esa zona El ganado mismo

parecía haberse alejado de los contornos. Solamente algunos "chimangos" trazaban círculos sobre la colina del centro, en el sitio donde dejara Cuaró tendidos tres adversarios. En cambio hacia la izquierda del vado, venía marchando en columna un escuadrón en parte armado a carabina y a lanza sus últimas mitades.

Al frente trotaba el jefe con el clarín de órdenes un poco a retaguardia. La tropa venía sin guiones, ni estandarte. Aunque bastante numerosa, su porte y su avance no indicaban intenciones hostiles.

El escuadrón se detuvo en el paso al habla con la guardia avanzada, y poco después, obedeciendo a orden trasmitida por un ayudante del brigadier Rivera, lo traspuso, y se adelantó en el radio del campamento a trote largo.

Todos observaban con atención, preocupados al parecer con la frase que un soldado había murmurado irónicamente en medio de un gran silencio.

—¡Son los dragones de la provincia con su jefe cordobés que vienen al llamado de Frutos!

Calderon seguía algunos pasos al frente, de bota a la rodilla y un poncho ligero de paño negro en banda sobre el pecho, columpiándose en la montura cabizbajo y desconfiado.

Apenas lo vio llegar y examinó su figura, chocole a Luis María este nuevo personaje que con ruido de "chapeado", y espuelas entraba al campo como contingente de importancia.

Aparte de su aire de vanidad sin disimulos y del corte de sus facciones indefinidas, miraba con taimonía y encelamiento. No era oriundo de la tierra, sino de una provincia mediterranea argentina, ni su apellido era el que ostentaba. Todo él constituía una falsa entidad, en medio de aquel hervidero de pasiones locales

Berón observó en el rostro cetrino del jefe de dragones cierto gesto burlón al contemplar la bandera, y entonces dijo a Oribe

—Mi comandante ese hosco soldado va a dar que hacer

Oribe fijo sus ojos inteligentes en Calderon por breve rato, y luego contestó

—Si es capaz de volido, le cortaremos a su tiempo las alas, ayudante Estoy por creer que en efecto, este es de los "retobados"

Calderon desfilo con sus dragones por la izquierda, y acampó paralelamente al monte

Poco tiempo despues, Luis Maria lo vio conversando animadamente con Rivera algo apartados de la gente Paseabase el poco distante, a la espera del toque de atencion, pues se iba a levantar campamento de un momento a otro

Por mas que observó de nuevo al jefe de dragones, no hallo detalle alguno porque rectificar su anterior juicio La vulgar figura del personaje solo denunciaba la acción burda y el instinto avieso En cambio el rostro del caudillo en este instante expresivo, atrajo su mirada, sin el quererlo, pareciole que aquellos ojos oscuros de cejas y pestañas pobladas, habituados a mirar en el desierto, a percibir de un golpe todo lo que se agitaba en la soledad inundada de luz y oreada por el "pampero", cual si para ellos fuera el ambiente un inmenso espejo reflector, tenian con el alcance del ojo del buitre el poder virtual de los que leen en la intención Ya era mucho que de muy lejos descubriesen un vado o una "picada" o distinguieran entre diez morros de una sierra aquel que señalaba como un guía gigante la curva del camino, pero algo mas era que

revelasen con atrevimiento la posesion del secreto ajeno

—Le adivino el plan, — decía Rivera — Pero no se precipite La ocasión puede presentarse, esta gente anda sin rumbo

Luis María se alejó de allí

IX

JUNTO A LOS FOGONES

Media hora habría transcurrido, cuando la columna emprendió marcha a San José con su considerable masa de prisioneros

Tomóse allí una guardia brasileña, y se acampó junto al monte

Algunos grupos de hombres cerriles, jinetes en redomones con "bocados", taciturnos, envelados en sus cabelleras, se incorporaron a las fuerzas Con ellos veníian dos o tres mujeres de chiripa y chambergo, y más de un perro de hocico negro y piel rojiza

En los fogones, al caer la tarde, circularon noticias halagadoras Decíase que en la villa de San Pedro, hasta entonces guarnecida por milicias del país, se había producido un movimiento uniforme en favor de los invasores Las comunicaciones de Lavalleja informando sobre la captura del comandante general de campaña, habían apresurado la explosión rompiéndose sin escrupulos todo lazo de obediencia, y relegándose a ultimo término al jefe inmediato que lo era el brasileño Ferrada Toda la milicia aclamaba a los libertadores, en el centro de aquella región no existían ya enemigos A otros rumbos se iban sucediendo los alzamientos de una manera sorda, siniestra, los contin gentes aparecían de improviso en la llanura, sin saber de donde brotaban, enconados y resueltos

Afirmaban algunos que éstos salían de los bosques al rumor de libertad, así como "puntas" de ganado

alzado cuando la gramilla escasea en los potriles y el sol reverbera en el "playo" con un calor que llega a la sangre del "matrero" Un hermoso miraje de nueva vida, sin duda, encantaba los campos

¡La decima del triunfo en idioma nativo, recorria lomas, rios y selvas como un grito de gloria!

En la noche, muy clara y fria, los fogones ardian a lo largo del campamento reflejando sus vivas llamas en el fondo negro del monte Desde el linde de la villa los grupos de hombres y caballos aparecían enormes al resplandor de esas llamas envueltas en humaza densa, y la serie de fogones, como fantasticas luminarias de ciudad construida en un valle profundo

Junto al vivac de Ismael se alternaba el canto con el cuento, tañiase al descuido una guitarra o se comentaban las noticias recibidas

El aroma de carne de novillo ensartada en el asador, unido al muy acre de los troncos semiverdes llenaba la atmósfera del sitio, sin molestia visible para los que aspiraban su ambiente Un "mate" de tres berrugones y asa en forma de cuerno andaba de mano en mano Los cigarrillos de tabaco en rollo no caian de las bocas, como sepultadas entre el boscaje de barbas nunca rasuradas Eran, según la expresion de don Cleto, "parejitas sus brasas con los bichos de luz en el ortigal escuro"

Con este motivo, uno había dicho

—Roncheador como cardo, el viejo

—Dejalo que voracee —agregó otro— Ya no le va quedando mas que esa nariz de "carancho" desplumao

—Es mi orgullo —repuso don Cleto, con mucha seriedad— El hombre ha de ser narigudo para dejar

algo a la adevinación, lo mesmo que el "flete" por el pelo y el pajaro por el pico

Pusiéronse a reir estruendosamente

—¡No sé nada! — siguió diciendo el capataz de Robledo — Con risas no se aturde a la experiencia, y dejando de chiflar por puro gusto, más valiera pedir una cosa de sustancia ¡A pedirla voy por Cristo!

Reinó el silencio Las miradas se fijaron en el viejo, con aire de curiosidad

—Sin despreciar a naide — añadió don Cleto — no hay aquí más que un cantor el que tiene la guitarra ¡Lindo juera se negara cuando pide la riunión!

Un aplauso ruidoso acogió estas palabras, como si en realidad ellas hubieran interpretado los deseos del grupo Algunos estrecharon la mano a don Cleto, y no faltó quien lo abrazase con entusiasmo

El que tenia la guitarra era Ismael

Un poco apartado del fogón, casi hundido en la sombra, de modo que la llama solo alumbraba su rostro delgado y pálido, estaba como de costumbre taciturno, acaso indiferente a lo que a su lado ocurría

Caíale sobre sus ojos un rizo castaño de una suavidad y brillo que envidiaría una mujer, y la barba cortada sedosa, ornando el óvalo correcto, daba a su semblante una belleza extraña de alcinoo huraño y triste

Apoyabalo sobre el codo izquierdo Con su mano derecha rasgueaba la guitarra, tendida delante sobre la hierba

—¡Qué cante el capitan! — exclamaron algunos a la vez

—¡Sí, que cante! Linda la trova ha de ser

—¡Por el amor o la tierra!

—¡Como quiera la calandria trina con primor!

—¡Cerrar el pico chimangos!

Ismael se había sentado, y tañía el instrumento

Ya no habló ninguno El capitán tosió, e hizo gemir la prima

A poco alzóse su voz de timbre claro y vibrante, tan pura y fresca que parecia disputar a las cuerdas el encanto de sus ecos Y canto de esta manera

Cayó un dia en mi guitarra — un ramito de cedrón, — y el latido de la entraña — en las cuerdas tremuló

Vino el ramo de una moza — toda, puro corazón! — y en la noche de ese dia — otra flor ella me dio!

Jué un godo mal querido — sabidor de mi ventura, — y entre sombras como fieras, — nos trenzamos a facon

Cayo el godo mal herido — envasado en el riñón, — el sarnoso tuvo cura, — más la moza se murió!

En un cajón la acostaron — sobre piedras la pusieron, — el cuervo bajo gritando — por sus ojos de lucero

Sin rumbeo por los campos — naides supo mi dolor, — el monte me dio su abrigo — como a un perro cimarrón

Perdianse en el bosque los soñes plañideros, y todos permanecian en suspenso Tal vez el trino de algun ave insomne contesto el lamento, pero las bocas quedaron mudas en torno del vivac

Y en tanto el silencio se hacía cada vez mas profundo, y las cabezas caían melancolicas sobre los pe-

chos, la voz adolorida modulando en dulce concento, repetía su queja·

En un cajón la acostaron
Sobre piedras la pusieron,
El cuervo bajo gritando
Por sus ojos de lucero
Sin rumbeo por los campos,
Naides supo mi dolor!
El monte me dio su abrigo
Como a un perro cimarrón

Luego, la guitarra cayó en tierra gimiendo Ismael estaba lívido, con un brillo de fiebre en las pupilas, el labio temblante, torvo el ceño Cuando encendió el cigarro, su mano estremecida sembró el suelo con las chispas del tizón

Después dijo como abstraído sin duda aludiendo al recuerdo

—Parece mordedura de un gusano venenoso

Don Cleto, que había escuchado casi en cuclillas con la larga barba enroscada en la mano a manera de manija de chicote y el codo firme en la rotula, exclamó

—En oyendo canturria de esa lava, hay que moquear a la juerza ¡Después vengan alardeando que es mas gustosa una clarinata del alba!

Uno se amostazó, murmurando con enojo

—¡Nunca falta un guey trompeta!

—¿Qué? ¡Vení a ponerme el yugo! No soy de rumiar, ni cabestrear como otros que van de la soga —replico el viejo encorvándose de súbito, como si la frase le hubiese dado en la chilladera

—¿Y a que santo ese "mangrullo"? —preguntó mas hosco su interlocutor, que no era otro que Ladislao

—¡A San Frutos! —dijo don Cleto temblandole el "barbijo" al viento de la colera— Muchas veces vide al zorro desatar un mancarrón de la estaca y tirar de la guasca hasta arrollarla toda en la cueva y en cuanto hocicó el animal trozarla a diente fino dejándole tan solo el bozalejo, pero nunca he visto que el coludo haga hocicar al "matrero" por el gusto de enredarlo en su mesmo maneador

Ladislao se levantó de un salto iracundo, volviendo el mango de hierro forrado en cuero de su "rebenque"

—¡Yo no soy de los que van al fogon del brigadier —siguio desahogandose el antiguo capataz, todo encogido y nervioso, con el chambergo en la nuca y los dos brazos en continuo movimiento— Para fogon tengo bastante con el de mi jefe, cuando guste y quiera Allí no se juega plata del Brasil ni se tira la taba por ganao ajeno ni se manda carnear con cuero por engordar de cuaresma ¡Sino, veni y chiflame! como si no tuviese yo conoscencia del truje y maneje para un enriedo — flor por retrucarlo a Oribe y calentarle las masetas al más comadrero

—¡A la fija te lonjeo! —prorrumpio Ladislao arrojándose con impetu sobre don Cleto con el "rebenque" alzado

El capataz de Robledo callo de pronto y se hizo un arco

Pero cuando su contendiente iba a descargar con furia el golpe, un brazo vigoroso sujetó su mano, obligolo a girar sobre sus talones cual una peonza y como efecto del empuje, apartólo temblequeando algunas varas

Al mismo tiempo, este tercero interventor, que era Cuaro, dijo con su aire calmoso

—Dejalo al viejo, que es guen amigo

Ismael se había tendido sobre una carona y cerraba los ojos Parecia dormir

Ladislao vino a sentarse todo encrespado en su "lomillo"

Fulgurábanle las grandes pupilas verdes y tenía trémula su mejilla, de una palidez de muerto Al sentarse lanzó al teniente, que a su vez se había echado boca abajo en los pastos, una mirada oblicua, inflexible y dura

Cuaró dio una especie de gruñido sordo

Luego, silencioso desnudó una cuchilla semejante a cortadera de colmenero, y se puso con ella a picar tabaco

Allá lejos del fogón, hundido en la sombra, de pie y con los brazos cruzados sobre el pecho, Luis María habia observado la escena

Acercóse sin prisa y se sentó en los pastos

Alcanzáronle el "mate" que sorbió con lentitud, mirando a todos los semblantes con un aire tranquilo y severo

Don Cleto se fue retirando del sitio poco a poco Ladislao se levantó al rato, paseóse un momento por allí cerca, como quien vigila los caballos atados a la "estaca", y luego se perdió en las tinieblas, sin decir palabra

Cuaro cogió un tronquillo ardiendo encendio el cigarro y se puso a fumar, casi inmovil somnoliento Ismael se sacudió un instante, puso la mano bajo la mejilla, y siguio en su sueño al rescoldo del vivac

El clarin hizo oir el toque de silencio

Luis María se envolvió bien en su poncho, tendiéndose de costado

Cuando poco después se aproximo el liberto Esteban, lo halló dormido

Reinaba en el campamento una calma completa

Los fogones se iban convirtiendo en cenizas, luciendo apenas uno que otro punto rojizo de brasas agonizantes Algo de rumoroso como una respiración enorme y confusa se sentía en el aire, en concierto con el triscar y el resoplido de las bestias

X

SOBRE LA PISTA

Muy temprano, Luis María estiró sus miembros, arreglose las ropas y fuése a la orilla del río

Había entrado por un sendero estrecho, que al formar con otro parecido las pinzas de un cangrejo, monte por medio, unía al de éste su extremo junto al borde del río El sitio era oscuro y ramoso, cubierto de breñas y enredaderas silvestres al punto de colgar sobre las aguas todo un cortinado espeso de hojas y de lianas de un verde deslucido y ajado por los primeros hielos Los palidos rayos del sol naciente abriendose paso con dificultad a traves de aquel tejido enmarañado sembraban la línea opuesta del cauce de pequeñas placas de oro como si cruzasen por una inmensa sombrilla de filigrana Las plantas acuáticas unidas en gruesa trenza de una a otra ribera, descendian por grados — como un pie cauteloso — el reducido pero escarpado barranco, hundianse poco a poco en el río hasta esconderse en su seno, y siguiendo las inflexiones del álveo iban trazando arcadas de esmeralda para perderse al fin en lo turbio, y reaparecer luego en la otra orilla, cuyo tajo a pique escalaban audaces con profusion de hojas y de guías

El lugar en que se encontraba Luis María era una especie de plano inclinado y sin duda el abrevadero de las bestias montaraces, a juzgar por las múltiples huellas de pies en la tierra, ahora blanda y húmeda Allí habían recogido agua en sus calderillos o en sus

"chifles" los soldados a primera hora, pues podían observarse rastros recientes de planta humana. También ciertos arboles aparecían chapodados por el cuchillo en lo que fueron sus brazos secos y los altos verbales que crecían a su sombra estaban estrujados por el rastreo en busca de troncos caidos.

A un costado, el boscaje formaba nutrida tapia hojosa y era como el cancel de un "potrerillo" que se extendia hacia el fondo del monte. Algunas aves salvajes aleteaban, lanzando notas de alboroto en el fondo de la boveda sombría.

Berón rocióse el rostro, inclinado sobre la superficie, después de lavarse las manos, frotándolas con arena fina. Se enjugó con un pañuelo de seda que llevaba al cuello, y que luego puso a orear sobre las matas.

En esta diligencia estaba, cuando voces para él conocidas se hicieron oir muy cerca, detrás del cortinado del boscaje.

Se hablaba allí con animacion, informándose pronto Luis Maria de lo que se discutia, pues las voces llegaron a intervalos claras y precisas hasta él.

Puso atención. Conversaban Rivera y el jefe de dragones. Un tercero, en quien creyó reconocer a Ladislao por el acento, solia intervenir en el dialogo.

—Yo no sigo con estos pelados — decía Calderón tosiendo bronco y con tono de desprecio. Si he venido es a su llamado, y creyendo que le sería util para hacerlos entrar en vereda. Bastaba con un amago de carga, a toque de clarín... Pero veo que usted se encuentra atado por su promesa de correr la caravana, y por lo de Borba. Asimismo pienso que no hay razón. ¡Usted ha cedido a la fuerza!

—La pura verdad, compañero Fue un retruco de sorpresa, y me pialaron ¿Qué haría usted si viniendo por el camino muy confiado, se encuentra en una vuelta con gente que va arreando todo por delante? Hacerse el manso y seguir en lo revuelto, lo mismo que si usted fuese de la laya De no ¡ni para hacer el cuento! Hay que mangonear y resignarse, hasta que aclare Eso no ha de tardar mucho a mi parecer Si los porteños ayudan, la cosa puede pintar, y entonces deje a la breva que madure, siempre con el ojo alerta si no auxilian la piedra acabará de hacer patitos, y después ¡al fondo! En este caso cada uno sabrá cómo fajarse y poner cara de hombre sin pecado

—Esa conducta trae peligro, comandante Lecor no ha de ver en nosotros mas que traidores, sin que valgan excusas Lo bueno sería acometerlos desde ahora, atar a los principales, concluir con todo de un golpe esto afirmaría la reputación y vendría en provecho seguro Mi tropa esta lista Los prisioneros son muchos y se armarían sin trabajo con las mismas lanzas y carabinas que les quitaron

Otro de los de allí reunidos, y en cuyo eco Berón reconoció a Ladislao, observo con aplomo

—Para mas seguridad el golpe ha de darse entrada la noche Yo rondare junto al fogón del jefe hasta que duerma

—No estoy conforme — replicó Rivera Lavalleja trae hombres duros que no han de dejarse así no mas sujetar con "lazo" Hay algunos como toros Después de eso lo más acertado es lo que digo boyar en la corriente hasta ver la orilla, en bien de la tierra ¡Quién sabe! Tal vez sea lo mejor de todo en medio de esta escuridad de cosas y de esta diferencia

de opiniones que lo sacan a uno del rumbo Los jefes dicen que vienen por la union a los porteños, y los demas afirman que no quieren sino libertad completa país independiente Agarreme esa avispa por la cola ¡El diablo que los entienda! Pero vuelvo a decir que el asunto es de no exponerse a que lo lleven a uno con los encuentros, y dejar que el tiempo pase, que el ha de establecer si la lengua para entendernos todos como hermanos ha de ser el portugues o la castilla, y si el gobierno lo han de formar o no los paisanos El guevo quiere calor, y recien comienza a sentirse

A esto, respondió algo el jefe de dragones bajando el tono

Fue lo que dijo ininteligible para Luis María El murmullo de voces siguió un rato largo, sobresaliendo a veces alguna frase o palabra enérgica, y al fin se fue alejando con el ruido de pasos, hasta extinguirse en lo intrincado del monte

Beron se puso a andar pensativo por el tortuoso sendero de la "picada" Sentia una opresión penosa en el pecho y tristeza en el ánimo

El había oido bien, no podía haberse equivocado Primaba en ciertos espiritus la anarquia, el habito de la licencia, la lógica del calculo mezquino que suele ocupar en el cerebro el sitio destinado a las convicciones profundas y al ideal patriotico

Rivera se habia mostrado irresoluto, luego razonador acaso por astucia o por sistema, pero, ¡aquel Calderón! Bien lo había él conocido desde el primer momento que pisó el campo, era un matón con ínfulas de cortesano, adorador de los fuertes ¡Habría que cuidarse de su roce en los fogones!

Lo que confundía más a Luis María era la inmixtión de Ladislao en estos manejos, aunque ya estaba él prevenido desde el incidente con el viejo Anacleto y con Cuaró, que había presenciado a la distancia Sin duda alguna, la antigua relación del "matrero" con Frutos, como él lo llamaba familiarmente, se había reanudado en esos días de un modo estrecho

Recordaba ahora ciertas salidas furtivas de aquél en el campamento hacia los vivacs del brigadier, y algunas conversaciones misteriosas con milicianos del escuadron a las que no había dado el importancia, y que despues de lo que acababa de oir, creaban forma a sus sospechas descubriendo ante sus ojos las hondas disidencias que se incubaban en el campo por accion corrumpente y serio peligro de la moral de la tropa

Imponíase la necesidad de seguir los pasos de estos hombres Respecto a Rivera, el cuidado debía ser menos Estaba el caudillo vinculado al movimiento por actos graves cuya responsabilidad no le seria facil declinar ante un consejo militar, y de otro punto de vista parecia, por su actitud y sus palabras, conformarse al nuevo ambiente con esa ductilidad de espiritu y carácter maleable que lo singularizaba entre los de su clase En la marcha cautelosa del zorro y en los zig zag del ñandú él habia tomado norma de experiencia Sabía como hacer camino y adaptarse a las inflexiones del terreno, sin despertar desconfianzas ni caer en sus propias celadas Por otra parte desempeñaba un cargo prominente en la medida de su prestigio, que colmaba su amor propio poniéndolo en condiciones de avanzar y de elegir partido cuando el "buthya" cayese de maduro

En todo esto pensando, a paso lento por el sendero, interrumpido a trechos por retorcidos gajos de "mo-

lles" y "blanquillos" que apartaba con la vaina de la espada firme en la diestra y apoyada en el hombro, llego el joven a la zona limpia, dirigiéndose a su vivac

En el que le seguía se encontraba ya Ladislao hablando de pie con un soldado del escuadrón

Notó el joven que el dialogo fue breve En seguida se separaron

Cuando Ladislao se volvió encontróse con la mirada fija y penetrante de Luis María, clavada en su rostro con una insistencia desusada

El "matrero" no se inmutó saludolo con la mano y se apartó de allí silbando un "cielito"

El joven siguió con la vista al miliciano con quien había conversado Ladislao

Aquél atravesó toda la línea de fogones recostóse al monte, montó a caballo y se marcho al trote en direccion al paso

Entonces Luis María miro en su rededor y divisando cerca a don Anacleto que alisaba las crines de su overo marchó hacia el y le dijo

—¿Ve usted aquel hombre que va orillando el monte, rumbo al paso?

—Sí señor

—Pues va usted a seguirlo hasta cerciorarse a donde se dirige, o por lo menos, si se aleja mas de dos cuadras del campamento ¡Y boca cerrada!

—Muy bien mi teniente Pero en esos campos soy poco baqueano y pido permiso para sacar algún vecino regalon como gato de cura, de los ranchos del lao allá de la "cuchilla" Aquel melico tiene figura de aparecido ¿No es un hombre chico que parece damajuana con nariz de "chifle"?

—No, es alto y rubio Busquese usted el baqueano que dice

—Ansina lo bombeo mejor mi teniente, al reparo del otro, sin que el hombre ventee que lo van ojeando

Y esto diciendo don Anacleto se puso sobre los lomos, estiróse el halda del chiripá, y tomó un galopito comadrero, arrastrando la punta del "maneador"

Iba muy grave, orgulloso de la confianza en él depositada, sujeta la lanza en el estribo y cruzado el trabuco en la cintura

Como viese que a la salida del campamento, su hombre tomara el paso y siguiera su camino sin volver la cabeza en actitud de gran despreocupación e indiferencia, lo mismo que si se dirigiera a proveer las maletas a alguna casa de negocios, él a su vez sujetó el overo, continuando al tranco, y bajo la lanza

El miliciano mantuvo el paso hasta trasponer la primera loma Después recomenzó el trote largo

Don Anacleto hizo una vuelta extensa para evitar sospechas, y llegó a marchar en línea paralela apartado unas tres o cuatro cuadras de aquél Esta marcha monótona duró algunos minutos, procurando en ella el seguidor desaparecer a trechos en las ondulaciones del terreno a fin de desorientar al miliciano

De pronto este emprendió el galope firme

El viejo arrimó espuelas sin desviarse, murmurando

—¡Es al ñudo! . En cuanto llegués, yo ya estoy de guelta

El galope simultaneo fue sostenido En media hora cruzaron muchos llanos y "cuchillas", un arroyo y varias "cañadas" fangosas

Se habían puesto lejos del campamento

Recién entonces llegó a apercibirse don Anacleto que él iba pisando un pago que no conocía, y que

su hombre lo llevaba más allá de lo prudente, — acaso a una emboscada muy peligrosa.

Reflexionó. El seguido debía ser un "desertor", si es que no era un enemigo disfrazado que iba a dar cuenta a los otros de lo que había visto. Esto pasaba de grave, y el teniente había tenido razón en hacerlo "bichear" hasta descubrirle la "gueva". Habían pasado cerca de una "pulpería", y el hombre ni siquiera hizo ademán de pararse, apurando por el contrario su galope; habían encontrado algunos "ranchos" en el tránsito, y se había apartado de ellos cuidadoso, al punto de aproximarsele a él más de lo conveniente, lo que en tantas otras ocasiones lo puso en el caso de volver riendas al overo, obligándolo en la última a detenerse junto a un palenque.

Entonces el perseguido se apeó para apretar la cincha.

—¡Si estuviese aquí el teniente Cuaró! — díjose entre dientes el viejo.

En ese momento el miliciano puso en él los ojos, mirándolo con mal ceño.

Don Anacleto resolvió en el acto entrarse al "rancho", que estaba allí a unos pasos, y haciendo sonar junto a la puerta el sable, dijo ahuecando la voz:

—¡A ver un hombre que sirva de baqueano en el pago! ¡Y listo, porque tengo orden de afusilar al que se retobe!

Apareció en la entrada así evocado, un sujeto ya viejo, muy barbudo, larga cabellera y aire bonachón, cubierto con un poncho verde-botella en extremo usado, un chambergo incoloro de alas tendidas y flotantes sobre la melena entrecana, y llevando en vez de botas unas ojotas grandes o sean abarcas de cuero peludo atadas con "tientos" por encima del empeine,

con relleno de bayeta, las que daban a sus pies la forma de muñones propios para apisonar la huanera de los corrales

—¡Buenos días — dijo con acento manso Ahora mismo iba a montar para ir hasta el bajo a repuntar la tropillita porque me han dicho que anda todo revuelto Si es de su gusto, pase Aquí está toda mi gente afligidísima Mis dos mozos mayores se han ido desde ayer de tardecita

—Gracias por la oferta — contesto don Anacleto Pero no puedo echarme a sobonear en la hora en que estamos, porque el caso es de pronta resolvencia Monte y venga a priesa

Rascose el hombre la nuca, y aunque vacilante, montó en su cebruno

Ya el miliciano había desaparecido del vallecico en que se apeara para arreglar su "apero"

XI

EL HOMBRE DE LAS OJOTAS

Don Anacleto mostróse colérico si bien su rostro revelaba cierta íntima tranquilidad Montó ágilmente, diciendo con el entrecejo fruncido

—Vamos a apurar hasta el "duraznillo" aquel que se columbra en la loma, porque el venao se me pone lejos del tiro

Los dos pusiéronse al galope corto

Para más tampoco daba el cebruno del baqueano, cuyo arreo guardaba armonía con las prendas del dueño Consistía en un "recado" que había prestado largos servicios, a juzgar por las ranuras de la carona y las grietas de la cincha, así como por los escasos vellones que le quedaban a una piel de carnero que le servía de cojinillo, el rendal era sobrio de adornos con solo dos botones casi deshechos y otros tantos pasadores de bronce, el sobrepuesto de cuero de "carpincho" agujereado en varios sitios y el "lazo" de "torzal" o sea de tiras ajustadas en serpentina, arrollado al anca

—¿En qué pago estamos? — interrogó don Anacleto con tono de imperio

—Estos son campos de Núñez, señor — respondió el guía suave y bondadoso Están cuasi encima del distrito de Canelones, aquella población que se ve allá al costado del duraznillar es lo de Moreira, a este otro rumbo, como a media legua, va el camino a Guadalupe Si usted fuese servido de no llevarme le-

jos, habia yo de agradecerselo con el alma Tengo a la mujer un poco apestada y un chico con el carbunclo

—De llevarlo o no lejos, a sigún — repuso don Anacleto Siento que el "daño" ande en su casa Pero preciso que me indilguen en estas alturas que parecen lomo de lunanco, hasta que yo no mire turbio Si juese en las cuchillas de Navarro y de Marrincho, naide me ganaba a listo

Los campos por delante aparecian solitarios regados por una luz esplendorosa, con sus pastos de un verdor intenso En la loma no se percibia ni una sombra, ni una manifestacion de vida

Don Anacleto fue desarrugando el ceño, e invitó a su guia a picar tabaco alcanzandole un trozo en rollo

Para esto, pusose al paso, y entablo conversación muy unido al compañero riéndose de los temores de éste, lleno de un aire de proteccion y valentia que inspiraba respeto

Su voz bronca formaba contraste con la muy atiplada del guía y no menos sus carcajadas ruidosas con la risa comprimida de aquel, propia de paisano franco y retozon Don Anacleto hablaba de sus cosas juveniles

Hicieron alto para dar fuego a un yesquero y encender los cigarros

En tanto don Anacleto acercaba la yesca a una cola que se había sacado de atrás de la oreja, añadio a lo dicho, gravemente

—Como le iba rilacionando, nunca tuve vertud para el casorio Siempre jui solito como ómbú en despoblao Y no es que mozas muy garridas no quisieran arrocinarme, sino que era grande la armada ¡De

balde paisano! a saltitos les hacía la cruz ¡Para otros ese quiveve!

Y dígame por su vida ¿cómo cuántos hijos tiene?

El baqueano atizó el cigarro con la uña del pulgar, y atragantándose con el humo, dijo

—Doce y la pava echada

—¡Por Cristo qué avestruz padre! La docena del flaire

—¿Le parece mucho? Para eso andamos en el mundo amigo viejo, aunque ya medio lisiados

—¡Hum! no es mala chuza la que usted maneja paisano ¿A la cuenta todos son machos?

—Y hembras también, que Dios los cria juntos

—¡Ya se ve! ¿Y cómo se llaman esos pedazos del corazon?

—Anicasia, Canuta, Jesusa y Nicanora para servirle

—¡Gracias! Han de ser bien formadas y de linda pinta ¿Y cómo se maneja la "doña" para vestir a tanto perjeño? Porque la cosa es de asustar a un santo que juese

Riose el hombre de las "ojotas" observando

—Deberian los hijos nacer con plumas como los pollos

—¡Para que se larguen al primer volido a la cuenta! — exclamó don Anacleto retozándole el buen humor por todo el cuerpo

Llegaban en este instante a la cresta de la "cuchilla" Desde esa altura la vista dominaba un vasto paisaje, bajo una atmosfera purisima Los horizontes clareados por el sol permitian distinguir al ojo del campero los bultos que se movían a la distancia, y clasificarlos sin error

A la derecha, sobre la carretera que conducía a Guadalupe elevabase una nubecilla de polvo distendida y paralela al horizonte a semejanza de una humaza en el ambiente sereno

Un jinete, que se percibía reducido como un muñeco de plomo, se dirigia hacia ese punto, del que no debía distar mucho, pues trepaba la aspereza del declive próximo al camino

Los dos hombres se quedaron atentos, en silencio Aquello era novedoso Don Anacleto ahueco la mano sobre la frente, a moda de visera y dijo

—Aquel que se va encimando es el melico que yo seguia No hay mas que el flojonazo me saca el bulto

El baqueano que a su vez observaba sin parpadear, exclamó en tono de quien está bien seguro de lo que afirma

—Aquella es gente armada la que se ve por el camino Arrean caballos a los costados y van al trotón firme

—¡Mi gente no puede ser! La dejé acampada — arguyó don Anacleto con alguna alarma

—Es tropa de Lecor, a la fija la misma que pasó ayer al clarear por junto aquel "totoral" del playo donde hizo la carneada

Una linea negra efectivamente se dibujaba en la loma, por debajo de la cerrazón gris formada por el polvo del camino Era como una serie de puntos corriéndose hacia el Sur con una velocidad no interrumpida de marcha forzada

—¿No será esa la división de Pintos? — preguntó don Anacleto

—No señor El regimiento de Pintos está de firme en Guadalupe, y de moverse lo ha de hacer para Mon-

tevideo El hombre sabe que el viento malo viene de aquí atras en donde todo parece que se ha puesto al reves, y crea que antes de darle cara, se ha de mirar mucho Esa tropa que vemos ha salido de la plaza, y al tocar alguna cosa que no ha de haber sido espuma de "chaja", se viene reculando como alacrán con la cola entre los cuernos Un toque a deguello cerquita los ponía en desbande

—¿Usted ha sido melitar? — interrogó con gran seriedad don Anacleto

—Serví algún tiempo paisano Despues de Corumbé me recogí a cuidar de mi familia

—¡Ya malicirba yo que abajo de esa mansedumbre había entraña de dragón, canejo! Y pues que ha olido pólvora lo convido para allegarse conmigo al totoral aquel, a mirar de más cerca a esos mandrias que se van a brincos de "quirquincho" derecho a la cueva

—¡No se fíe, paisano! Mire que esos hombres acostumbran ir arreando cuanto animal caballar encuentran a los flancos, y no sería difícil que hubiesen desprendido algunas partidas ligeras a esta parte del campo donde saben que hay yeguada alzada

—¡Nunca supe que era miedo! — exclamó el viejo exaltado ¡Vamos hasta las totoras sin mirar para atrás!

—¡Como quiera! — repuso el baqueano

Don Anacleto remolineó la lanza, y los dos arrancaron castigando

En mitad de la carrera, el guia en voz que denunciaba absoluta calma, prorrumpio señalando con su diestra el nexo de dos colinas

—Por ahí viene a toda rienda una partida echando por delante mis yeguas ¡Ponga la oreja y oirá el batir del cencerro!

Don Anacleto miró, sujetando

Cinco o seis jinetes bajaban ya la ladera azuzando con las culatas de las carabinas y aun con los sables, una "punta de yeguares" Daban gritos aturdidores, y venían desplegados en arco para mantener los animales en nucleo

—Son portugos Sino fíjese en esos trajes color de garzamora que traen y en los embudos de hule metidos en la cabeza

—¿Y adonde se enderezan? — preguntó bastante demudado don Anacleto Son muchos esos águilas para aguaitarlos

—Es así Lo mejor sería corrernos por este playito rumbo al talar de aquel arroyo ¡Si alcanzamos, ni el polvo! Pero a usted lo condena esa lanza con banderola, y nos van a cargar

—¡Rumbeemos! — gritó don Anacleto procurando ocultar su rejón, y haciendo entre los dedos un guiñapo de la insignia

Silbaron dos balas por el flanco de improviso como una ratificacion del dicho del baqueano

Luego otra, que picó delante haciendo saltar algunas brisnas

Apuraron el galope

Pero un nuevo proyectil acertó en los cuartos traseros del overo, que se puso a corcovear dando con don Anacleto en tierra

El baqueano se detuvo, alargo el brazo y cogio el rejón que escapado de la mano de su dueño en la caída, se había hundido por el cuento en plano oblicuo y derivaba ya hacia el suelo por el peso de la moharra

El semblante del guía se había puesto violáceo cual si un aluvión de sangre inyectara la periferie, y de

sus ojos oscuros brotaba un brillo extraño Su chambergo incoloro flotaba sobre el dorso y la melena suelta se alborotaba sobre las dos mejillas, crispada y ondulante, dandole un aspecto imponente que aterró a don Anacleto desconyuntado e inmóvil en los pastos

No dijo palabra Escupióse en las manos nervioso, empuñó el ástil y revolvió su cebruno ya sobresaltado por el ruido de los disparos

La yegua madrina de su "tropilla", manca de los encuentros, con el vientre casi al ras de las hierbas, jadeante y sudorosa pasó pesada, sin fuerzas, a su lado, batiendo el esquilón

Mírola de soslayo en las ancas, donde llevaba dos o tres surcos sangrientos hechos por los sables y llegó a arrojar un grito ronco retenido hasta ese momento por el arrebato en su garganta, semejante a la nota de un ave de rapiña a raíz de una pedrada en la cabeza

Gruñó otra bala redonda desgarrando a su caballo la piel del cuello, lo que acabó de ponerlo ágil y saltarín al punto de tascar el freno despavorido

El lo cuadró con mano experta, y sin perder los estribos, en los que apenas encajaban las puntas de sus "ojotas", acometió echado sobre el pescuezo al igual del toro que busca romper el cerco

La lanza trazó un semicírculo dividiendo al grupo, luego una recta inclinada que terminó en la garganta de un soldado, derribandolo por grupas, después un molinete veloz que remató en un golpe de flanco abriendo a un segundo el vientre, y por ultimo, blandida con furia en un alti-bajo para ensartar a un jinete de frente y despedirlo lejos de la montura, el hierro marró el bote y el ástil se hizo trizas en el arzón sembrando el aire de astillas

Sonaron dos o tres detonaciones El hombre de las "ojotas" cayó de boca sobre las crines del cebruno, bamboleóse un instante y en seguida se deslizo a las hierbas con un ruido de mole que rueda en un barranco

En medio de su pavura, don Anacleto lo vio caer con dos agujeros negros en el rostro a ambos lados de la nariz, producidos por la doble descarga de una pistola de dos cañones a quema ropa

A uno de los soldados, tendido boca arriba, brotábale como un surtidor la sangre del cuello Aún así seguía retorciéndose El otro estaba inmóvil, con el vientre desgarrado

XII

EN MARCHA AL CERRITO

Avanzaba la tarde llena de celajes, destemplada presagiando noche de hielo El sol descendía, y ya sobre el horizonte sus rayos mortecinos abriéndose paso entre festones de un matiz de perlas, teñían los cirrus de la opuesta zona de un rosa vivo tan puro e intenso, que éstos semejaban alas de enormes flamencos surcando de través los aires en apiñada banda Una especie de bruma sutil extensa y colorante, que no era más que menudo polvo difundido en la atmósfera a lo largo de la carretera, denunciaba desde lejos a los vecinos inquietos la marcha de una gruesa columna de caballería

En realidad venía hacia Guadalupe gran tropel de escuadrones a bandera desplegada Oíanse a intervalos toques cortos de clarín

Era la fuerza patriota que avanzaba en dos columnas precedida por una gran guardia de tiradores y lanceros, y cubierta por una doble línea de flanqueadores que iban a regular distancia del núcleo, guardando entre ellos los trechos de ordenanza

Aquella masa se movía en orden, con rapidez, deteniéndose de vez en cuando breves momentos para rectificar líneas y dar resuello a los caballos Numerosas "tropillas" de relevo y reserva se aglomeraban a retaguardia fuera del camino real, trotando en las praderas colindantes en densas agrupaciones

La hueste revolucionaria se dirigía a Guadalupe en donde se hallaba el coronel brasileño Pintos, con el segundo cuerpo de paulistas

En la columna de la derecha y al frente del primer escuadrón, marchaban juntos Luis María e Ismael

Cuaro iba en el ángulo de la mitad algo separado de la tropa, con la vista fija en el extremo de la columna de la izquierda Componian esta columna los dragones de Rivera

Luis María iba preocupado por la falta del miliciano que había hecho seguir, en su salida del campamento, y mucho mas con la del individuo de tropa que enviara en pos de él Estos detalles nimios para otro tenían a sus ojos una importancia seria a partir de los hechos alarmantes de que estaba en posesion ¿Qué habria ocurrido, que no aparecía sin más demora don Anacleto?

No dejaba de causarle inquietud un incidente que acababa de producirse y que se ligaba de un modo estrecho a sus alarmas

Ladislao había cambiado de filas, yendose sin pase ni consulta siquiera a las del brigadier, con quien iba a esa hora conversando muy animadamente

Al irse, habia cruzado silencioso delante de sus compañeros de fogón Cuaro le había mirado con encono

Como al pasar lo hiciera encogido al punto de simular corcova en las espaldas el teniente mal prevenido le había dicho en voz alta y airada

—Ponele un puntal al rancho ¡Mira que se te va a caer!

Luego, Cuaro se puso fulo Su cortezuda piel apareció más negra que de costumbre Las alas de la nariz se le estremecieron varias veces, como si trataran de desplegarse con el venteo de un animal de presa

Luis María llamó la atención de Ismael sobre la actitud del teniente

Cuando Velarde lo observó, Cuaró ojeaba taciturno a Ladislao

—Recuerda lo del fogón — dijo

—Así ha de ser Por lo menos adivina lo que pasa

—No quiere a Frutos Dice que es un "aguara" rabon

Sonrióse el joven ayudante y murmuró bajo

—Ladislao asegura por su lado, que nuestro jefe quiere que todos marchen con el mayor orden, cuando lo justo sería que sólo en la pelea los hombres obedeciesen Mientras que esto no sucediera los paisanos podrían andar de rancho en rancho, disputar con los jefes, jugar a la "taba" y hasta dormir fuera del campamento si sentían deseos de cama blanda

Ismael guiñó un ojo, alargando el labio, gesticulacion habitual en el cuando ciertas ocurrencias le parecian despropósitos

Después, resumiendo en una frase lacónica de estilo pintoresco su opinion sobre el individuo, dijo seco y breve

—Criao a monte

—Mal ejemplo, compañero, si cunde El respeto y la obediencia son tan necesarios al soldado como el valor, para ir a la batalla Por eso admiro al bravo que solo lo es delante del enemigo Ese triunfa o muere en su ley

Ismael, aunque casi insociable, cerril, tenia el espíritu vivo y perspicaz, algunos años de roce con ciertos hombres lo habían hecho un tanto accesible Las palabras de Berón si bien no muy claras para él, halagaban su oido como una música extraña A veces lo dejaban en suspenso Luego miraba al rostro del

joven con un aire de admiración y de tristeza que esparcía en el suyo como un resplandor del instinto inteligente, ansioso de encontrar para manifestarse notas como aquellas de un idioma sonoro

Así lo miró ahora melancólico y huraño

Después murmuró

—Por eso, antes no vencimos Los hombres se juntaban como yeguares cuando el campo se quema, y coceaban al fuego Ansina morian rabiosos pero sin miedo

—Nuestras derrotas gloriosas no han sido mas que lujos de heroismo, — dijo Luis Maria Se peleo sin organizacion sin disciplina, sin ideal militar En la hora de la prueba cada uno daba de si toda la médula de su coraje, con su sangre o con su vida pero antes de ese momento supremo ninguno pensó que un cobarde habil podía mas que cien valientes imprevisores Se creia en la pujanza del brazo como en el golpe de una centella, los briosos paisanos hacían la cruz a los fusiles en son de burla, y se reían de los cañones hasta el punto de enlazarlos de las ruedas Sin embargo, esos fusiles y esas piezas que ellos comparaban a las arañas negras cuando se arrastran por el camino, fueron los que inutilizaron su esfuerzo y su denuedo ¡Acuerdese usted, capitan! usted, que puede enseñarme el camino del sacrificio y hasta reprenderme si me muestro débil en el dia del combate, acuérdese y diga si eso es verdad

—¡Como que aura es noche! — contestó Ismael ingenua y suavemente

Luis Maria se quedó pensativo, y miró de soslayo la columna de la izquierda Ismael siguio aquella mirada y se amorró

Continuaron marchando en silencio

Comenzaba una noche muy despejada, con su polvareda de estrellas y su aire frío como vaho penetrante de ocultos abismos Los soldados se habían envuelto en sus ponchos Las dos líneas de bultos negros siguiendo paralelas guardaban un promedio de cincuenta pasos al trote firme Entre los prisioneros nadie alzaba la voz

En la columna de la izquierda cierto bullicio sordo como de enjambre se extendía de la cabeza al otro extremo los milicianos conversaban, reían, canturreaban, lanzábanse pullas como flechas o entreteníanse en levantar en las puntas de las lanzas algún residuo visible al paso, que luego despedían sobre el escalon delantero a modo de bola perdida Con este motivo, a veces algún redomón enarcaba el cuello al sentirse rozado en los corvejones y sacudiendo los lomos hería el aire con los cascos introduciendo el desorden en las filas Si el jinete lo domeñaba, el elogio circulaba de boca en boca, si medía el terreno, el ruido del desplome producía una explosión de risas que podía resumirse en una sola y colosal carcajada

En mas de una ocasión se impuso silencio

En la derecha la actitud era distinta La consigna había sido de observar la mayor compostura, y a causa de no cumplirla varios hombres fueron remitidos a la guardia de prevencion En caso de reincidencia, debían marchar a pie con el caballo del cabestro

El comandante Oribe que era el que había dado la orden, decía que el voluntario estaba obligado por su misma abnegacion a excederse al soldado de línea, sin lo cual su desprendimiento sería un acto vanidoso y su virtud guerrera un pueril alarde El que ofrecía lo más que era el contingente de su sangre, y aun de su vida, debía lo menos, que eran el respeto y la

obediencia La victoria dependía de mil voluntades unidas como eslabones, sin perjuicio de la libertad individual relativa que no hacía sino afianzar la unidad del esfuerzo Otra línea de conducta sólo engendraba un espíritu de insubordinación y de licencia, que al estimular los resabios concluiría por torcer los planes mejor combinados y por erigir la prepotencia personal en única autoridad respetable El soldado se debía a la disciplina, como el ciudadano a la ley

Todo esto había dicho a sus subalternos horas antes con firmeza y desenvoltura militar, recorriendo a paso lento las filas

Sus palabras habían hallado eco

De ahí que en el escuadrón reinase el orden Solo uno se había retirado descompuesto y arisco, que era Ladislao Luna

El dialogo de Luis María y de Ismael, no había sido más que un comentario a aquella arenga en favor del buen servicio

Sobre este tema se seguía hablando a la cabeza de la columna, cuando se mandó un alto de descanso

Todos echaron pie a tierra deseosos de desperezarse fuera de los estribos con entero desembarazo, y las bestias resoplaron de contento, sacudiendo frenos y monturas

Uno de los oficiales, el capitán Melendez, se acercó al grupo formado por Berón, Ismael y Cuaró, diciendo

—Parece que ha habido hoy un pequeño choque de partidas sueltas a este lado del camino, pues los exploradores han visto tres muertos en el bajo

—¿Enemigos?

—Dos de ellos El otro, no se sabe si pertenecía a los nuestros Aseguran que no debía ser de la milicia,

no se encontró arma alguna a su lado, ni siquiera un cuchillo.

—¿Viejo o joven, ese muerto? preguntó Luis María.

—Hombre maduro de pelo entrecano, que llevaba "ojotas". Le habían acertado dos balazos en la cara, lo que de lejos hacía creer que tenía cuatro ojos. Los otros muertos eran de caballería de línea. Por el uniforme debían de pertenecer a la que esta de guarnición en Montevideo. Uno estaba casi degollado, y al otro le habían revuelto en el vientre una lanza con cuatro medias lunas de modo que no le quedase entraña que no luciera al sol.

—¡Qué cornada fiera!

—Lo particular del caso es que junto al de las "ojotas" se vio un ástil hecho añicos, pero sin rastro de moharra. Se supone que los vencedores se llevaron el hierro para que no sirviese a otro que tuviese un brazo parecido.

Luis María se acordó de don Anacleto, que iba armado de una lanza con cuatro medias lunas. Los datos, sin embargo, no arrojaban bastante luz. Aun en la hipótesis contraria, resultaría de ello que él no había perecido.

Con todo, apresuróse a relatar el incidente que motivó la salida del viejo en seguimiento del miliciano sospechoso, desde San José.

Sus compañeros escucharon muy atentos, y Cuaró dijo:

—Mirá, el viejo no era baqueano y sacó un vecino. Al vecino le hicieron estirar el garron, y arrearon con el viejo. El que lanceó no jué él, sino el vecino, que había de ser hombre duro.

—¡Por qué teniente!

—El viejo es blando como cera de "camoatí". . No ruempe lanza ni en un tronco, porque el brazo se le hace junco ..

Ismael se sonrió y Luis María se sintio más tranquilo Cuaró había resumido en una frase toda una observación sico fisiológica sobre la personalidad de don Anacleto, y a partir del aserto, las probabilidades de haber salvado la vida estaban a su favor A buen seguro que él se habría dado maña para librar la piel con la menor lesión posible!

La orden de seguir la marcha interrumpió la conversación

A poco andar, supose que no había enemigos en la villa Cruzose el Santa Lucía por el paso del Soldado

Siguió la fuerza avanzando a gran trote En sus desviaciones frecuentes corto un trecho largo de campo y pasó con el agua al pecho el arroyo Canelón Grande

A altas horas percibieronse delante grandes sombras de arbolados y casas Era la villa de Guadalupe con sus chacras, quintas y edificios de "quinchado" o teja en medio de tinieblas, que contribuían a aumentar en las calles las paredes sin blanqueo, el solado de tierra y la falta de reverberos

La fuerza revolucionaria formando una sola columna atraveso la villa como por en medio de una doble fila de sepulcros, tal era el aspecto de las viviendas, la soledad y el silencio que dominaban por doquiera

El segundo cuerpo de paulistas se había retirado hacía muchas horas abandonando algunos despojos, y siguiendo el camino de otra columna que había contramarchado del interior a marchas forzadas para guarecerse en Montevideo

Según se supo, el coronel Pintos había tenido noticia de todo lo ocurrido el dia anterior por conducto

fidedigno Las nuevas se les trasmitieron por "chasque" expreso que llegó aplastando caballos, y que le sorprendió en la ignorancia más completa Al principio todo fue vacilacion y zozobra apremio y desorden Después resolvióse el repliegue sin demora, a paso precipitado sin esperar instrucciones de la capital Emprendida la retirada bruscamente se arrastró lo que se pudo, llevóse por delante las guardias destacadas envolviéndolas en el tumulto, cortáronse los tiros a los vehículos de andar torpe dejándolos en el medio o a los costados de la carretera a modo de estafermos que señalaban en la densa oscuridad el rumbo de la fuga; y como hicieran sin duda demasiado peso algunas armas blancas y de fuego, fueron con ellas sembrando el terreno hasta muy cerca del antiguo Real de San Felipe, según los partes de la gran guardia que iba barriendo el camino como la primera ráfaga del viento de tempestad que debia rugir contra los muros ciclópeos

Se agregaba que bajo la impresion recibida, la tropa se había hecho un hacinamiento, al punto de ordenarse muy tarde en escalones La voz de los jefes y oficiales tuvo que ser acompañada de la amenaza y de la espada para dar alguna corrección a las filas y mantener el paso uniforme en campo abierto El coronel Pintos en un arrebato, había hablado de fusilar Entonces la insubordinación y más que eso el pánico que iba tomando creces, fue dominado en parte a pesar de la hora, el aislamiento y el peligro cercano El regimiento se alejó a tropezones, ocultando en las tinieblas el rubor de su desmoralización

Venian las primeras luces del alba, cuando la división revolucionaria acampaba a orillas del Canelón

Se habían adoptado resoluciones importantes Los dos jefes principales con la masa de prisioneros debían contramarchar al interior y para distintos puntos otros subalternos que gozaban de prestigio en sus respectivos distritos La villa de San Pedro fue designada como punto centrico de reuniones parciales que debía presidir el brigadier Rivera, y las nacientes del Santa Lucia como sitios a propósito para el cuartel general de Lavalleja De este modo la fuerza a la ofensiva quedaba reducida a cien hombres, escogiéndose al efecto cincuenta voluntarios al mando de Oribe y otros tantos de los ex dragones de la provincia Eran sus armas la carabina, la lanza y el sable distribuidas convenientemente

Acordóse que una vez frente a las murallas, Calderon dirigiría en jefe quedando el comandante Oribe de segundo

Se extraño esta resolución No se quería en las filas al ex jefe de dragones Pero se dijo que había sido adoptada a sugestión del mismo Oribe, y este detalle, acentuando la personalidad del que hasta ese momento venia posponiendo las satisfacciones vanidosas y los egoismos irritantes al bien de su causa y del país, selló todos los labios Debía aquello ser habil y acertado desde que el así lo queria Nadie quiso entonces investigar el móvil determinante del hecho, dandose así adaptacion práctica a la regla de obediencia que debía en adelante ser la base de subordinación y de respeto a las órdenes superiores

Al expirar el dia esos cien hombres eran los únicos que formaban campamento a los ribazos del Canelón

Con las primeras sombras, se mandó ensillar

—¿Vamos adonde la madriguera? —preguntó Cuaró

—Así es —respondióle Luis María, que impartía la orden de fogon en fogón— Cuando asome la aurora veremos a Montevideo!

Al pronunciar estas palabras parecía nervioso y febril Embarazabale una emocion violenta de alegría mal reprimida, el desborde de un goce mucho tiempo ansiado, acaso el goce mayor a que pudo aspirar en sus largos dias de aventura y de peligro ¡Montevideo! ¡Alli estaba todo lo que con el ideal de la patria gloriosa y libre amaba más en la vida!

Al verlo excitado, Ismael ceñudo y triste, que había empezado a quererlo con el afecto que crea la comunidad de sacrificio dijole

—Esta contento porque va a su pago donde está la novia

Beron se encendió como una mujer, y cogiéndole entre las suyas la mano se la estrechó con vehemencia

El capitán Velarde acercolo torvo la cabeza, que oprimió con la de el en una caricia de amigo adusto y silvestre, como de quien nunca habia conocido otro halago que el del sol del desierto

Luis María se conmovió La caricia de aquel valiente pareciole como el resuello de una herida dolorosa que nadie habia restañado, mal curada en la soledad de los bosques como la de un toro bravío

Después cuando se emprendía la marcha a la sordina, caída la noche, los dos iban juntos y callados mirandose a veces con extrañeza cual si recien hubiesen hallado el secreto de una recíproca simpatía

La marcha fue dura Como no se llevaban prisioneros ni convoy, y el número de hombres era muy limitado, se caminó a trote largo sin otras treguas que las necesarias para dar un descanso a las cabalgaduras o para recoger los restos abandonados por el enemigo

en su retirada Algunos de estos despojos por su calidad, demostraban que aquél iba pávidamente impresionado Encontráronse carros de provisiones de guerra y de boca, espadas, clarines, uniformes de oficiales, pistoleras, monturas, y en ciertos sitios a las orillas de la carretera, desertores y rezagados con todo su arreo encima Los vecinos del transito decian que los paulistas a su paso como fantasmas de media noche, iban alarmando uno por uno los apostaderos del trayecto, a punto de no dar tiempo a cargar con lo más indispensable a las guardias, sintiéndose en el silencio profundo de las altas horas gritos y galopes desenfrenados en todas direcciones, rodar de carros y estridor de armas, todo lo que dejó de oirse a los pocos minutos como un ciclón que pasa de súbito y se pierde a lo lejos

Entonces Oribe dijo a sus oficiales y soldados

—Mañana enarbolaremos la bandera en el Cerrito, sitio de tantas glorias, y cambiaremos balas con los opresores de nuestra tierra

La pequeña legión acogió estas frases llena de ardimiento, movióse al unisono venciendo al sueño, enemigo el mas terrible del soldado, atravesó campos, arroyos, cañadas, valles y asperezas, dio lugar en sus filas a nuevos contingentes de hombres resueltos, y se puso en los lindes del distrito antes que despuntase la alborada

Al pasar por Las Piedras, Ismael extendió el brazo hacia la zona del Nordeste, y dijo a Luis María

—Ahí vencimos a los godos con el viejo Artigas . Enlazamos los cañones, les quitamos todo!

Nenguno escapó, ni el mesmo Almagro

—¿Quién era Almagro? —preguntó Berón

Ismael guardó silencio un rato Después dijo

—¡Otra vez he de contar!

Comprendió el joven que en esta frase iba envuelto el desenlace de una historia dramatica que resumía quizas toda la vida de aquel hombre

Por eso a pesar de su interés, no quiso insistir Esas cosas no debían ser escudriñadas

Con todo, ¡cuan grato le había sido oir las palabras de su compañero al felicitarle a su modo por la vuelta "al pago", y al hablarle de una novia que él debia tener allí que le esperaba ansiosa tras una larga ausencia!

Sin intención de sondear en lo intimo, Ismael habia acertado rozándole con suavidad un sentimiento oculto, que no se amenguó nunca en la existencia aventurera, sino que tomó creces como una necesidad imperiosa de su espíritu

En realidad él tenía una novia, cuya imagen venía reproduciendo de mucho tiempo atrás en su cerebro, imagen más hermosa cada vez, a medida que el deseo enardecia su mente y se agolpaban a su memoria los gratos episodios del pasado

Rubia, de ojos garzos, piel de rosa, esbelta, más expresiva en el dulce ceño que en la frase, retraída, resignada, erguíase su interesante figura a cada paso, como llamándole cerca con un ademán de suave ruego

La conoció en la hacienda de Robledo en momentos para él amargos, cuando huía de los dominadores de monte en monte Pudo hablarla en horas de pasajero reposo Después cultivó su amistad cuando herido en una refriega oscura, ella y su hermana Dora lo atendieron en la casa de su buen padre don Luciano, dueño del campo . Esta amistad fue lejos, pasó a ardiente

simpatía. Aún no estaba restablecido el día en que se aparecieron en el campo los brasileños, que se llevaron a Robledo y a su hija Natalia, aquella Nata que había puesto vendas a sus heridas, velado su sueño, oído sus delirios, atenuado sus dolores y héchole pensar en los deliquios de la ventura.

Se acordaba él bien. Con su padre preso, acaso por su culpa fue la hija. También la negra Guadalupe. El teniente Souza había usado de una conducta correcta con todos, a pesar de los antecedentes que de él lo habían separado en la paz y en la guerra. Cumplió sus deberes de soldado con modales corteses, atento, sin rigor, y esto le hacía halagar la esperanza de que el viaje de la estancia a Montevideo se hubiese hecho sin tropiezos ni sobresaltos.

Desde aquel día nada había sabido.

Ahora que marchaban en ese rumbo, el de las manchas del sur, que tanto conocía, avivábanse sus memorias y latía con fuerza el corazón. Iba hacia donde estaban su hogar, sus padres y su amada, a los lugares de su niñez y juventud primera con sus caseríos de teja roja, sus calles de laberintos, sus plazuelas sombrías, su puerto sembrado de velas y de mástiles y su cinturón de granito lleno de almenas y cañones. Y pensando que era mucho su gozo por solo volver del interior de la tierra después de tantas contrariedades, imaginábase que sería acaso mayor el de otros que habían luchado más que el y que llegaban de otro país, sin recordar en esta hora de sacrificio las comodidades que dejaban en la opuesta orilla.

Así cavilando entre las excitaciones nerviosas de la marcha nocturna, alzábase ante su vista a pocos pasos el bulto de su jefe que trotaba firme silencioso, envuelto en las tinieblas como insensible a la fatiga y al

sueño Este era uno de los que había traspuesto el río y despedido las naves al volver a pisar el suelo nativo

Venían de lejos en busca de la tierra, del agua y del fuego sin calculos ni miedos, ellos que fueron siempre los valientes en la derrota y en la victoria, porque siempre pelearon uno contra veinte sin pedir tregua ni perdon Dignos de mandar y de ser obedecidos ¿qué eran los sacrificios de los jóvenes a la sombra de su heroismo, consagrado por la tradición oral y el amor de la raza oprimida?

Apenas un eco débil en el grande esfuerzo anónimo

Y al observar a su jefe erguido avanzando en línea recta, como si fuese acaudillando innumerable hueste, rumbo a la plaza formidable que encerraba millares de hombres y un centenar de cañones dentro de sus muros, con la intención de retarla a duelo, su cabeza ya debilitada por el insomnio empezó por creer que detras venia en realidad toda una legión invencible en vez de un grupo de cien jinetes bamboleantes en los estribos

El trote pesado de las cabalgaduras somnolientas parecióle extraño galope de hipogrifos, el ruido sordo de los cascos en el suelo el rodar de artillería de sitio, una que otra voz ronca en las filas algún son de trom peta precursora de ataque, y cuando vino el alba sin nubes a descubrir los horizontes lejanos, y vio a un flanco enhiesto en la ribera al cerro a modo de gigante taciturno con manto de hiedra y corona de granito, y allá en anfiteatro reclinada en las arenas la plaza fuerte con sus altas murallas negras, llegó a apercibirse que estaban en la cima de un montículo cubierto de cardizales y "taperas" Un escalofrío re-

corrió todo su cuerpo, y se le escapó un grito indefinible

Como se restregase con ambas manos el rostro, Cuaro dijo

—Espanta el sueño . Mandan formar

El corto escuadrón desplegose al galope por retaguardia de la cabeza en batalla, contestando al unisono a una arenga breve de su jefe, en tanto el porta elevaba la bandera en la cumbre del pequeño calvario, sitio de históricas leyendas

XIII

DENTRO DE MURALLAS

El general Lecor, gobernador de la Cisplatina, que creía saber bastante de ciencia militar, y que en punto a planes de tacticógrafo no reconocía por entonces antagonista entre los capitanes más expertos del ejército a que servía, no dio importancia a la invasión de un pequeño grupo Supuso que por mas que este grupo se aumentase pasando sucesivamente de "montonera" a escuadrón, a regimiento, a division en el caso de que no fuese batido y disuelto desde el primer instante por las tropas regulares que se hallaban destacados en puntos estrategicos, la guerra sería de caballería contra caballería, no debiéndose dudar del éxito favorable dada la cantidad y calidad de las fuerzas imperiales

Aquellos centros estratégicos o ganglios del sistema militar ofensivo y defensivo de la epoca, aparte de Montevideo, plaza fuerte de primer orden y cuartel general de ejercito, eran la ciudad de la Colonia provista de murallas y baterias y de una guarnición relativa de las tres armas, centinela vigilante de los ríos, con embarcaciones de guerra en la rada, el pueblo de Mercedes también guarnecido, con lanchas armadas en el puerto que exploraban sin cesar el curso del Uruguay en su confluencia con el Negro, la villa de San Pedro del Durazno situada en el centro del país, sobre el Yí, donde tenía su asiento el comandante general de campaña, y los pueblos de San José y Canelones

escalonados en el trayecto a Montevideo, con sus cuerpos de paulistas en disponibilidad para acudir a cualquier zona amenazada.

Al norte, la misma antigua línea divisoria era una defensa por sí sola incontrastable, dado que allende ella estaban los refuerzos que en serie continua deberían desfilar en caso necesario hasta cubrir la provincia de hombres, armas y caballos.

En tales condiciones de defensa, el baron de la Laguna que escudaba bien el derecho de la conquista dentro de fortalezas inexpugnables, descansaba confiado en la habilidad especial del brigadier Rivera para deshacer en un solo encuentro a los "gauchos" sin verse él en la necesidad de apelar a movimientos estratégicos que desdeñaba usar en absoluto con enemigos de esa estofa Para precipitarlos al Uruguay y sepultarlos en su cauce con lanzas, sables y potros, bastaría una carga en dispersión del "brigadeiro" con los dragones de la provincia Lavalleja era un "patria" que entendía más de picar bueyes que de organizar milicia, Oribe no pasaba de un conspirador oscuro, los demas invasores venían al amor del botín y del saqueo Para gente de esta madera el comandante de campaña se sobraba ¡La cuña no podia ser mejor! Y esta ocurrencia, hacía feliz al vencedor de India Muerta.

Sobre la conducta del brigadier no debía abrigar sospecha alguna, pues el le había reiterado con las protestas de su lealtad inconmovible, su patriotismo de brasileño.

Pero, cuando supo que Rivera había caído en poder de Lavalleja, y más tarde, que se había plegado al movimiento declarándose abiertamente rebelde, dio en-

tonces al suceso unas proporciones que no había previsto y consideró perdida su acción en la campaña

La prisión de Borba acabó por hacerle creer que un refuerzo de algunos millares de hombres se imponía para volver a la obediencia la asendereada Cisplatina

Acudió al emperador.

Capaz de un plan militar aceptable y hasta decisivo en sus consecuencias matemáticas, habituado como lo estaba a combinarlos sobre planos exactos de un territorio reducido, lo mismo que sobre un damero movía hábil las piezas de ajedrez, llegó sin embargo a pensar que no le sería fácil la solución del problema, hasta tanto al menos no llegasen por el puerto dos mil infantes y por la frontera tres mil jinetes

Las cosas se habían puesto muy turbias *Os patrias revoltosos* aparecían ya maniobrando en campo raso y consiguiendo rapidas victorias, todo, sin mancharse con la sangre de los vencidos, ni asaltar las propiedades Luego estos "gauchos" tenían también su politica, sus procederes correctos, sus calculos de proyeccion al futuro como si hubiesen cursado estudios teórico-prácticos en el destierro

En esta forma y por estos medios, la acción de los "insurgentes" se hacía temible

Era probable la influencia del gobierno argentino en esos sucesos, cuya marcha y desarrollo indicaban un derrotero fijo ¿Cómo creer que los nativos solos se atreviesen a todo el poder del imperio? Esto no era posible en concepto de Lecor y de sus hombres

Lo que ocurría era un principio de nueva tentativa de absorción y predominio por parte de Buenos Aires cuestión de fondo o banda oriental o provincia cis-

platina, según la bandera que flamease triunfante en la ciudadela del antiguo real

¿Pretenderían acaso los nativos erigir su tierra en nación independiente? ¡Eso era ilusorio!

No faltaban sin embargo, quienes sostenían que esa era la tendencia inflexible, aun cuando existiera una desproporción notoria entre la aspiración y los medios

Los españoles viejos, que después de la jornada de Ayacucho habían perdido la fe en la restauración del régimen secular, afirmaban que la tierra uruguaya tenía en el mapa geográfico los fundamentos de su personalidad autonómica, aparte de las razones históricas que siempre la mantuvieron alejada de Buenos Aires Los espíritus parecían apasionarse a este respecto

Distinguíase entre esos españoles —núcleo de la verdadera clase conservadora del país— el antiguo vecino don Carlos Berón, persona de fortuna

Había sido este sujeto grande amigo de Elío y Vigodet y resuelto partidario, como es de suponerse, de la causa real Odió en la misma medida a los argentinos, a Artigas, a los portugueses y a los brasileños, así como había odiado a los ingleses contra quienes combatió en los días de la defensa encabezada por Huidobro, pero este aborrecimiento sin reservas había sufrido en los últimos meses transcurridos una modificación tan sustancial como violenta respecto a los nativos

Sus mismos íntimos lo extrañaban, aunque se sentían inclinados en definitiva a seguirle en su cambio de ideas

El señor Berón daba sus razones, muy convencido de ser lógico con el mismo radicalismo hispano-colonial de principios del siglo

Mientras España fue posible — decía en su dialéctica especial, — sostuve aquí sus fueros Desde que no logró el intento, he sostenido y sostendré que esta tierra corresponde de exclusivo derecho a sus descendientes legítimos — vale decir a los que en ella han nacido De éstos es la patria, que tiene por límites al Piratiní, el Uruguay, el Plata y el Atlantico a los cuatro vientos, para conservarla han peleado contra los ingleses, los españoles, los argentinos, los portugueses y los brasileños durante todo un cuarto de siglo ¡Y siguen peleando! No hay derecho contra derecho La independencia es del que la busca sin descanso, la abona con su sangre y la conquista con su valor ¿Por que disputársela? ¡Ea! no porque sean pocos los que luchan la justicia ha de abandonarlos ¡Mejor! ¡Quedaran sin brazos o sin piernas, pero con el alma entera y bravía, por Santiago! ¿Por ventura no es sangre española la que corre por sus venas, y sus hechos no son dignos de la raza? Ya quisieran estos "San Sebastianes" valer cada uno lo que aquel dragonazo de Artigas que en nueve años no se bajó del caballo y tuvo a mal traer generales y ejércitos como si fuesen de poca monta. . Es verdad que lo vencieron, pero ¿quién no triunfa echando legiones sobre un puñado? ¡Vaya un mérito! Aquel centauro que se andaba el territorio a escape haciendose sentir aquí, alla y en todas partes, de día y de noche, como si no comiese ni durmiera, siempre tieso en los lomos, a través de inviernos y veranos, lo mismo bajo la helada que bajo el sol rajante, nunca al abrigo, perseverante, duro, mas soberbio en la derrota que en el triunfo, no se ha muerto por eso, se ha perpetuado en otros, dejando una cría que ha de costar extinguirla al mismo demonio Es la cría de los indomables que tienen el brazo de ñan-

dubay y las nalgas de hierro ¡Qué vayan éstos con sus reyunos y sabrán otra vez lo que es amasijo! ¡No! ya se ha derramado mucha, demasiada sangre para bautismo, y estos pobres criollos merecen que los aplaudan, que los estimulen, ser dueños de sus fértiles regiones, arbitros de su suerte, va que su suerte los condena a una batalla continua en la que todos cejan al fin, menos ellos, lo mismo que si se reprodujeran en los osarios que han ido amontonando las guerras implacables

El asombro que estos o analogos desahogos causaba en el ánimo de sus familiares y contertulianos por la sinceridad y la vehemencia con que eran vertidos, tenían su atenuación en el hecho de encontrarse su hijo único Luis María en las filas "insurgentes"

Por lo menos, todos se daban esa explicación del cambio operado en sus sentimientos e ideas

Su esposa particularmente, se sentía muy complacida de oirle expresarse en tales términos, aun cuando antes del alejamiento de su hijo ella nunca se había preocupado de asuntos de esta naturaleza Ahora pensaba y sentía como él, seguíale atentamente en sus disertaciones sobre las cosas del día quedandose pendiente de sus labios callada y ansiosa, como si fuesen las más gratas a su corazón

Por otra parte, tenía una compañera joven, hermosa, que dividía con ella sus impresiones ayudándola a sufrir las zozobras de la ausencia, cuyo vacío no le era dado llenar sino con su pensamiento constantemente entristecido No la vinculaba a esa joven lazo alguno de sangre, pero era ella hija de un amigo de su esposo, que estaba preso, y la que había atendido a su Luis, herido en una refriega alla en los campos desiertos el

día que fue llevado casi moribundo a la estancia de su padre.

Este doble título a su aprecio fue razón de simpatía, que aumentó cada hora, al punto de no querer desprenderse de Natalia Esta debía estar siempre a su lado hasta que su padre recobrase la libertad ¿Como dejarla sola? La pobre joven había perdido a su hermana en la última estadía de campo, a causa de lo que ella llamaba la "gota coral", su reciente duelo reclamaba cariños y debía sentirse bien allí, en el hogar de Luis María, que éste había abandonado "siguiendo un ensueño" — según la frase melancólica de la madre

La casa en que vivían era muy hermosa, en la calle de San Fernando Muchas habitaciones con paredes macizas, patios grandes, jardín, huerta, y en el fondo un estanque Tenía vistas a la plaza principal y a una iglesia de ladrillo desnudo, que era la Matriz

Desde un pequeño mirador del fondo se divisaba la ciudadela con sus dos cúpulas chatas, la muralla del norte, la puerta de San Pedro y más alla el campo, las colinas ondulantes y el montículo de la Victoria

A la izquierda, por encima de las techumbres rojizas y de las casernas de piedra con sus medias naranjas cubiertas de verdín, las aguas en anfiteatro modelando la península, nuevas lomas airosas y el cerro con sus faldas sembradas de viviendas dispersas como oscuros abejones en verde dosel

Los buques de la armada asomaban sus cofas por arriba de la isleta de la bahía, a modo de lianas confundidas entre árboles sin hojas

Don Carlos Berón tenía por costumbre en las tardes ir al mirador, en donde permanecía un rato observando con un anteojo las naves que entraban o salían A veces, el campo era su panorama predilecto. Espa-

ciaba la visual en la vasta zona que se descubría delante largos momentos, atento a las menores novedades del horizonte Cuando descendía, daba sus noticias con aire sesudo Una fragata venía a toda vela del Janeiro, o un bergantín verileaba por la punta del este, rumbo a Maldonado, si ya no era que el vigía de señales indicaba buque a la vista, o unas nubes de occidente impelidas con fuerza, presagiaban la llegada del "pampero"

A ocasiones, reinando la borrasca, con un gorro de piel de mono y envuelto en una capa subía a su observatorio, a fin de persuadirse si el viento y las olas habían hecho garrear los barcos de pescadores o las lanchas de guerra Cuando era muy recia la "suestada" veía en la playa del norte como una resaca de ganguiles, botes y balandras, unas de borda en las arenas, otras de quilla para arriba En las costas del levante solía distinguir contra las piedras pequeñas embarcaciones hundidas que solo enseñaban la mitad de los mastiles Hacia el sur, naves dispersas empeñadas en ganar de bolina el puerto, o una goleta juguete de las olas con el timón roto, o una barca sin velamen ni masteleros que se ocultaba o resurgía entre crestas espumosas, para sepultarse al fin en el abismo

Entonces cuando bajaba, traía nuevas de sensacion a su esposa y huesped reunidas con otras personas en el comedor, al amor de la lumbre

Condolíanse todos de los sufrimientos ajenos en largos y animados comentarios pero al fin caían en los propios, sin apercibirse de ello, como corolarios forzados de todas las conversaciones o íntimas confidencias

Aquellas idas de don Carlos al mirador eran frecuentes, aun en días crudos, siendo así que antes sólo

lo hacia por pasatiempo, como un ejercicio higiénico, evitando en lo posible el contacto del aire frio Su esposa había llegado a notarlo, y acaso adivinando la causa, sin trasmitirse impresiones, le miraba fijamente al rostro cada vez que volvia como si quisiera leer en el alguna nueva extraordinaria

El viejo soldado de Ruiz Huidobro nada decía que no fuese relato de algún accidente del puerto o apreciación del estado de la atmosfera Aparte de eso su gran casa de comercio absorbíale casi todo el dia No se llevaban sin embargo los libros a su gusto, y esto a pesar de dirigir él mismo la contabilidad con aquel esmero y pulcritud que tanto distinguían a los hombres probos de la época Algo creia el viejo Berón que faltaba alli, que el no se explicaba claro, por lo cual siempre se exhibia a sus dependientes de mal ceño, rigido, al punto de ser temida su presencia detras de mostradores

Y como viese que nunca dejaba de tener una razón de disgusto preguntóle una tarde a su esposa si ella no notaba lo que a él le parecía gran deficiencia en su despacho

—Sí, —había contestado la señora con un gesto de tristeza infinita — Falta el tenedor de libros

Don Carlos habia tosido sin replicar e idose al mirador a paso firme, muy metido en su capa

Esa tarde bajo casi de noche, diciendo que en el puerto y en todo el largo de la rambla del sur andaban varios barcos voltijeando sin tino y desgarrada la vela, buscando algún peñasco en donde abrirse o algún aterrado en donde enclavarse Se habían izado señales y disparadose cañonazos de socorro, pero la mar estaba muy gruesa, del sur venian como montañas de aguas verdinegras y espumas y el cielo oscuro prometia lluvia

torrencial Las goletas y patachos sacudidos en sus ancladeros lo mismo que grandes corchos, habíanse afirmado con cabos y maromas a los postes cercanos a los muelles, bien arreado el velamen ¿Qué sumaca había de atreverse a verilear por la restinga de punta Brava para prestar auxilio sin caer en los bajios pedregosos?

La tormenta iba tomando el giro del huracán

Como una confirmacion de estos datos, llegaba un sordo estruendo de atras de las murallas del sur mezcla de los bramidos del viento con los furores del oleaje

—¡Pobres los pescadores y marineros! —dijo la señora — Pero ¿de la parte del campo nada vistes?

—¡Nada! —prorrumpía con violencia don Carlos — Está desolado y monótono, con sus eternas lomadas sin alma viviente en parte alguna como si todo lo hubiese arrasado una peste maldita!

En estos sus enojos de todos los dias con un fantasma, pues a nadie nombraba, concluía siempre por irse a su habitación

Su esposa y Nata quedabanse meditabundas, con una gran sombra de pesar en las frentes

De este estado solía sacarlas la avispada Guadalupe entrando de improviso y trayendo alguna noticia oida entre los grupos de la calle o del café de la esquina inmediata, cuando no la habia recogido de labios de los esclavos de confianza o de los negros pasteleros que pululaban en las aceras de la plaza con sus canastas de empanadas rellenas

No siempre sus informes eran veridicos o halagadores, pero por lo menos reavivaban las impresiones y deseos, engendrando nuevas dudas o esperanzas sobre la suerte de los "insurgentes"

Las medidas que se habian dictado contra los jefes del movimiento eran tan inflexibles que hacían pensar

cosas lúgubres acerca del fin que pudiera caberles a los que con ellos servían Se habían ofrecido premios de sumas cuantiosas por ciertas cabezas, y era de temerse que este aliciente empujara a la perfidia y a la traición pues que todos los medios se consideraban lícitos para restablecer el orden

Las nuevas de Guadalupe se referían día a día a estas resoluciones, y a las seguridades que se daban de ser presentados pronto al gobernador los cráneos de los caudillos audaces

Otras veces eran rumores vagos pero alarmantes sobre hechos ocurridos en el interior de la ciudadela y otros cuarteles Se hablaba de extrañas maquinaciones, de síntomas inquietantes en la infantería pernambucana, y hasta llegó a difundirse con misterio la especie de haberse aplicado crueles castigos en las casernas a varios soldados

Los principales hombres nativos, avecindados en el recinto de la plaza, habían sido apresados y conducidos entre guardias a bordo de una corbeta de guerra, la misma en que se encontraban don Luciano Robledo y otros patriotas purgando imaginarios delitos

La mano militar se hacía sentir a plomo Ultimamente no se toleraban reuniones, y al toque de queda todos debían recogerse en sus moradas bajo la amenaza de una represión segura

El mismo afan de inquirir datos para mistificarlos en beneficio de la situacion, como recurso de adhesión pasiva, iba desapareciendo Se conversaba con miedo, a medias palabras, sin afirmar nada concreto, de ahí que no viniese de la calle otro ruido que el de los instrumentos militares y el del paso precipitado de las tropas que relevaban los puestos

No era solamente Guadalupe quien sorprendía a sus amas en medio de las preocupaciones de cada día

Otra persona, a quien ellas y el mismo señor Berón recibían con deferencia por razones bien explicables, venía de vez en cuando a ofrecerles sus respetos de un modo tan cortés y afectuoso, que venciendo naturales escrúpulos veíanse en el caso de retribuirlos con agasajo aun en medio de las tribulaciones de ánimo

Era esa persona el teniente Pedro de Souza de la caballería imperial, gallardo mozo de modales cultos que llevaba el uniforme con bastante bizarría y no arrastraba por el suelo la contera del sable como otros de su arma

Medido y circunspecto, sus frases nunca rozaban las cosas del día sino por incidencia, en cuanto eran ellas estrictamente precisas Asuntos familiares eran sus temas, a veces delicados comentarios sobre la necesidad de la paz, el don precioso para los países jóvenes y ricos

Jugaba al ajedrez o al dominó con don Carlos, quien rara vez perdía, por lo cual el visitante tenía para él sus meritos incuestionables En ciertas noches se hacía tertulia a la malilla por breve rato Las visitas no eran largas, mucho menos en el tiempo de que hablamos, porque el servicio exigía múltiples atenciones y se combinaban los medios de abrir campaña de un momento a otro

Alguna vez la señora de Berón se permitía aventurar alguna expresion en sentido de investigar la verdad de lo que estaba pasando

El teniente notaba entonces cuán fijos en su rostro se ponian los lindos ojos de Natalia, muy abiertos, cual si a ellos se agolpase de súbito todo lo que con-

centraba en el fondo del cerebro. Emoción extraña le causaban aquellas pupilas llenas de luz serena!

Contestaba solícito diciendo que los informes no eran nunca seguros, pero lo cierto parecía que la insurrección había alcanzado algunas ventajas. Nada más agregaba. Era necesario resignarse.

Natalia había sido siempre con él atenta, pero reservada, casi prevenida. Algo de aspereza acompañaba a sus palabras o de forzado a sus sonrisas.

Aquella joven blanda y bella sentía mal sus nervios en presencia del oficial extranjero. Causas concurrían para ello, aunque no fuesen de odio o antipatía profunda. Las vicisitudes de su familia y los pesares propios, inclinando su espíritu al aislamiento, la habían hecho indiferente a todo anhelo que no naciese de lo que ella había amado o quisiera aún, como suprema aspiración de su vida solitaria.

Era una juventud llena de primores, pero adusta. Algo de altivez y de dureza se descubría en su ceño a pesar de la expresión suave de sus pupilas sombreadas por doradas pestañas. Sus actitudes imponían a Souza, que ahogaba siempre en sus labios alguna frase insinuante, si es que a medias no la emitía como fórmula de un pesar oculto o de un sentimiento amable. Sin duda ella había comprendido que el teniente reprimía deseos vehementes de expansión, ansias quizá de revelarse por entero, y ponía delante su frialdad como valla insuperable. Con todo, cuan bien dispuesta se hallaba en el fondo de estrechar mas aquella relación, de hacerla más comunicativa y familiar, siquiera fuese para vencer las reservas discretas de Souza respecto a lo que ella tanto anhelaba conocer en sus menores detalles!

XIV

LAS NUEVAS DE LUPA

Una mañana muy temprano, Guadalupe dirigióse presurosa a la pescadería del norte en busca de pescadillas de rey, bocado predilecto de don Carlos que ella era muy hábil en preparar, y que a indicación de Natalia tenía dispuesto a lo menos dos veces en la semana. Iba la negra con su canasto al brazo luciendo un vestido nuevo a listas moradas y un pañuelo de colores vivos cruzado por el pecho, echando miradas por encima del hombro a los pernambucanos del tránsito, cuando al llegar a la calle de San Pedro viose en el caso de detenerse, pues estaba obstruída por un regimiento de caballería.

Ella miró con atención. Sabía distinguir los cuerpos del ejército por sus números, aun por sus uniformes, y conocía a sus jefes por haberlos visto muchas veces en revistas y paradas.

—¡Hem! —dijo en voz alta con cierta ironía y no poca desenvoltura—. ¿De donde vendrán estos? ¿El segundo de paulistas del coronel Pintos entreverado con el que salió el domingo? ... Ha de calentar la cosa en el campo.

Y observaba con atrevida curiosidad, llevando sus miradas de la cabeza a la cola de la columna, que aún no había traspuesto la puerta de la muralla.

Las cabalgaduras parecían transidas, cubiertas de lodo, escuálidas, con las cabezas gachas y los vientres lastimados por la espuela.

Los jinetes todavía somnolientos, muy pálidos encogidos en las monturas, con las carabinas a la espalda, los abrigos a medio cuerpo, denunciaban con sus bostezos que la marcha había sido de todo la noche Algunos traían sólo la mitad de sus prendas de vestido o de "recado", como si los hubiesen dejado caer en el camino u olvidado en los vivacs Otros estaban sobre los lomos limpios de jamelgos que los tenían como sierras Estos se apoyaban en una pierna, con un tronco colgante al lado opuesto, doloridos, malhumorados, exhaustos de fuerzas No faltaban quienes murmurasen pasandose las manos por las cabezas polvorientas Los oficiales estaban silenciosos, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, que a su vez, al tascar los frenos con las narices a una línea del lodo, parecían abrumados por el cansancio, el hambre, la sed y el sueño Un clarín se había apeado, y dormitaba recostado en la montura El porta con el estandarte en su funda puesto en la cuja, estaba cogido de el a dos manos con los ojos cerrados y un pie fuera del estribo El coronel Pintos recorría al paso las filas, deteniendose para cambiar palabras con los capitanes

—¡No digo yo! Estos han llevado una azotaina — murmuró Guadalupe alargando su labio pulposo y mostrando los dientes

Y recogiendo el vestido, pasó zarandeandose por entre dos mitades con un gesto desdeñoso

Los soldados rezongaron, dirigiéndole algunas pullas medio dormidos Fue como un murmullo de insectos gruñones, zumbándole en los oidos

Aunque ninguna de las frases llegó a entender claro, la negra volvió de lado la cabeza con el hombro encogido, torció la boca y dijo sin pararse

—¿A mí monos? ¡Ya se quisieran! Lindo les fue en el baile!

Y siguió, riéndose, con un contento que le retozaba por todo el cuerpo entre visajes y contorsiones

La pescadería estaba allí cerca, de modo que en pocos momentos hizo su compra, pero no de pescadillas esta vez, pues no las había, sino de brótolas extraídas en la noche por las redes de jorro en la costa del Este

De todos modos ella había hecho otra pesca de importancia que se sentía ansiosa de comunicar a su ama, por lo cual se volvió casi corriendo por el mismo camino para no perder ni un minuto

El regimiento marchaba a lo largo de la calle de San Fernando al trote, y sus últimas mitades enfrentaban con la de San Carlos, que iba en línea recta a la ciudadela

Guadalupe llegó jadeante a la casa de Berón

Era la hora precisamente en que todos debían encontrarse ya de pie Natalia se levantaba con el sol por habito invariable Concluido su atavío en el cual ponía pulcro esmero, recorría el jardín y la huerta, reuníase a la madre de Luis María, y se ocupaba con ella de dirigir las cosas domésticas alternandose en la labor, hasta que todo quedaba en orden

Después, como atraidas por el mismo pensamiento, a veces sin comunicarselo, hallabanse juntas de nuevo al pie de la escalera del mirador o en el mirador mismo, con el anteojo en la mano para observar el campo, que de allí se dominaba sin obstaculo alguno al frente

Guadalupe las encontró en camino del observatorio, cuando el señor Berón dirigiendose también allí, notando la agitación de la esclava, acercóse preguntando

—¿Qué ocurre, muchacha? ¿Qué has visto en la calle? ¡Anda lista!

—¡Qué ha de ser, señor! — dijo Guadalupe sofocada. Los paulistas han vuelto... acabo de verlos, han pasado por aquí todos corridos y cansados.

—¿Cuales? ¿Los de Borba o los de Pintos?

—Los de Pintos, señor, los conozco bien. Vienen que da miedo, mugrientos, sin ánimo, con los caballos que se caen de aplastados... El coronel parecía un fantasma, con la cara de difunto, todo metido en el capote hecho una espiga.

—¡Aguarda muchacha, aguarda! — repuso don Carlos con el aire grave de quien calcula, echándose el gorro a la nuca y el índice en la frente. Pintos estaba en Canelones y Borba en San Jose, pues que Pintos ha trasnochado al galope, según tus datos, Borba ha caido en poder de los invasores y éste ha buscado la salvación en la fuga... ¡Golpe de mano atrevido!... No hay duda. Una marcha forzada a la buena de Dios hecha por esos guapos, una sorpresa de tente tieso y no te muevas, y zas... todo el regimiento en la trampa. ¡No puede ser de otro modo! Luego se han venido ganando largas al sueño derecho a Guadalupe para caer sobre el segundo cuerpo, el que, por una fatalidad del diablo que siempre se atraviesa, sintió el avance, y matando caballos ha enderezado a la guarida, atrás del cascarón a donde no alcanza el plomo... ¡Hum! Esto marcha.

Las mujeres oían sin desplegar los labios. En sus rostros sin embargo, transparentabase una emoción de intensa alegría.

—Los otros que salieron el domingo — se atrevió a decir la negra, interrumpiendo al señor Berón, — venían también revueltos...

—¿Venían? ¿No te equivocas negrilla? — exclamó el viejo chispeandole los ojos, en un arrebato de entusiasmo concentrado

—¡Digo que sí señor! A algunos de esos los traen enancados, con las casacas rotas llenas de barro

Don Carlos levantó el puño con un visaje que le formo diez arrugas en el semblante, restregose las manos con indecible goce, y corrió a la escalera del mirador repitiendo con acento ronco

—¡Esto marcha mujer! ¡sí, marcha por Santiago!

Natalia cogió entre las suyas la mano de la señora, y mirando a su negra, dijo toda estremecida

—¡Qué noticias buenas traes Lupa! ¡Si supieras cuanto bien nos hacen! Mucho tarda don Carlos en decir si allá en el campo se divisa algo ¿No quiere usted que subamos, señora?

—¿Para qué hija? Ya nos dará el noticias Tu sabes que cogiendo el anteojo no hay medio de quitárselo, es como un capitan de buque que se empeña en descubrir la costa aunque esté a cien millas

Y la señora se sonreía con el rostro encendido por la impresion, atrayendo a la joven en un dulce movimiento de simpatía.

—¡Ah, no! — murmuraba Guadalupe, tan pronto no han de llegar niña ¡Ni que tuvieran alas! Y si llegan han de ser tantos que hemos de sentir el ruido de lejos

—¡Yo no sé, pero creo que llegarán pronto!

—¡Si viera, niña, los paulistas sucios que da miedo! Los otros no han de venir más limpios, pero para esos tendremos ropa planchada y ponchos nuevos Los pobrecitos han de estar muy necesitados con

tanto andar a todos rumbos durmiendo al raso y pasando miserias

—Callate, Lupa ¿qué sabes tú?

—Yo no sé, niña, pero adivino ¿Y qué importa? Ellos a donde quiera que lleguen han de encontrar almas buenas que les hagan el gusto No son como estos individuos que apestan de lejos y andan como maletas en los reyunos

En esto oyóse la voz de don Carlos, que bajaba tramo a tramo, diciendo

—Aun el lente no dibuja nada que se parezca a hombre, allá en el Cerrillo. Por aquí cerca pululan soldados de la plaza en partidas que andan venteando las afueras ¡Maldito campo taciturno! Ni un pajaro vuela espantado.

El español apareció en la puerta con su cabeza rígida y las manos debajo de la capa, castañeteando los dedos con impaciencia

—¡Nada! — continuó violento No hay mas que quieren desesperarlo a uno en esta incertidumbre en que se vive Acaso esta negrilla ha confundido cangrejos con caracoles, porque yo no me explico como detras de los ciervos no han aparecido los cazadores Siquiera el cuerno ha debido oirse a lo lejos denunciando que se viene sobre la pista de la res cansada

Al sentir la voz del amo, Guadalupe con un pretexto se había vuelto a la calle

—No seas impaciente, — dijo la esposa, al fin han de asomar

—¿No crees lo mismo? — agregó abrazando a Natalia

—¡Sí, sí! — contestó ésta con ingenua alegría. Llegarán y quedarán cerca de nosotros: siquiera sabremos que están ahí.

Don Carlos movió la cabeza y se fue a su escritorio. No podía conformarse con tanta credulidad. Lo lógico era que las tropas brasileñas hubiesen llegado con las lanzas de los "insurgentes" en los riñones "para el efecto moral".

Apenas él las dejó, las dos mujeres subieron al mirador. Una en pos de la otra usaban del anteojo, graduándolo de distintas maneras en el afán de distinguir alguna cosa sospechosa en los apartados horizontes.

La región del norte estaba desierta, con sus lomadas y valles vestidos de esmeralda inundados de luz. Algunos animales se destacaban como puntos negros en los declives o junto a los hilos de agua que doraba el sol con vivos reflejos. A trechos algunos ombúes despojados de follaje en las copas, pero anchos y ramosos en su medio, se elevaban a grande altura en parejas solitarias, como mudos centinelas indígenas enclavados al frente de las viejas almenas.

—¡Cierto! — dijo Natalia. Todo está solo.

—Uno que se presentase ahí, bastaría a animarlo, hija, pero no desespero en verlo llegar. Yo lo conozco bien, es capaz de venir!

La joven bajó el anteojo, y miró a aquella madre amante con tal aire de ardorosa confianza que ésta no pudo menos de tenderle los brazos y estrecharla contra su seno. Después volvieron a mirarse las dos con los ojos húmedos, como si alguna lágrima los hubiese bañado, pero sonrientes, conmovidas por la misma emoción, abrigando quizá idéntica fe a pesar de la ignorancia en que vivían.

—Bajemos — dijo la señora El goce queda para la tarde

—¡No! —murmuro Natalia con cierta entonación grave—, para el sol de mañana Verá usted!

La madre de Luis se puso a reir, y ella la acompaño como una aturdida, mientras bajaban

Ponían el pie en el patio, cuando Guadalupe se acercó corriendo

Regresaba la negrilla mucho mas agitada que la otra vez, temblando, llena de aspavientos

Sus amas se quedaron sorprendidas

—¡Lupa! — exclamó la joven, ya me parece que de todo haces una montaña ¿Que pasa?

Guadalupe se cuadró como un soldado, puso sus dos manos en el pecho, los ojos en blanco y alargó el labio inferior

—No se figura, niña — contestó muy autera, no adivinaría su mercé lo que acabo de ver, ahi en la bocacalle de San Carlos con estos ojos que no son ni pizca de tuertos ¡Oh, si asombra, niña! La gente de a caballo que iba para el hueco de la Cruz, no hace un ratito, se paró a dar paso a un carreton que cruzaba con enfermos En eso yo llegaba a la esquina, y estando a la curiosidad sin hacer mal a nadie, un soldado del escuadrón flaco y viejo me guiñó el ojo, y dijo como para que ninguno lo oyese "retinta, decile al patron que me han pialao en un entrevero" El quiso seguir hablando, pero la gente marchó y ya no pudo ¡Me quedé tiesa, niña!

—¿Quién era?

—¿No adivinó su mercé? ¡El capataz! ¡Don Cleto en persona con su pelo de carnero y su nariz de mojinete, muy señor en una mula reyuna y con lanza!

—¡Qué estás diciendo Lupa! ¿Don Anacleto aquí?

—Tan verdad es como esta cruz, niña

Y la negra cruzó el pulgar sobre el índice besandolo

—Pues que lo juras, así sera Lo habran tomado prisionero Es preciso que de algún modo le hables y averigues todo Tendría el mucho que decir

Cuando trajeron a mi padre de la estancia dos dias después de la muerte de Dora, él se quedo allí con nosotros haciendo compañia a su hijo de usted que entraba en convalescencia de sus heridas Souza no les hizo ningún daño Tambien quedaba Esteban que tanto quiere a su amo y que era el que más lo asistia a toda hora con un cuidado que daba gusto

—¡Oh, el pobre negro! — murmuro la madre ¡Es muy fiel!

¡Despues, quién sabe lo que habrá sucedido! Han pasado muchos dias y todas estas cosas que nos tienen en zozobra sin sombra de concluir pronto

—El me escribió al poco tiempo — dijo la señora ¿No te acuerdas que te enseñé la carta, que tanto consuelo nos trajo?

—¡Oh, sí! — repuso Nata, encendiendosele la mejilla al dulce recuerdo tal vez de lo que el joven había puesto en la carta para ella, — ¡cómo he de olvidar! Pero yo me referia a lo de mas adelante, al tiempo que ya llevamos sin noticias Mi padre me las pedia ayer en la carta que recibí y que mandó Souza Ahora podria decirle algo, por lo que Guadalupe nos informa ¡Que gusto tendría el en conversar con don Anacleto!

—Yo tratare de verlo niña Si su merce me da permiso voy hasta el hueco de la Cruz, adonde ha de estar acampada la gente

—¿Y si no consienten que te acerques, Lupa?

—Dejeme su mercé a mí sola que yo he de buscarle la vuelta mas si están de guardia los pernambucanos, que me dicen siempre trompuda porque no les hago caso

No pudieron sus amas reprimir una sonrisa ante la ocurrencia de la esclava, quien sin esperar órdenes, acostumbrada como estaba a insubordinarse cuando así convenía a la casa, emprendió veloz el camino de la calle

Dejáronla ir en silencio, sin voluntad para detenerla

XV

AL HABLA CON DON CLETO

El hueco de la Cruz hacia el mediodía, era un sitio despejado a cuyos flancos culebreaban tortuosas callejuelas orilladas de edificios bajos, chatos, de teja y ventanillos de verjas salientes, especie de plaza alumbrada a candil por la noche, y de dia centro escogido de los vehiculos de carga, por manera que desde la carreta al carromato y del carretón al carretoncillo, y desde el carricoche al ultimo carrocín la industria de transportes vivia alli, y en el hueco hacian parada sus conductores al habla el "picador" con el carrocero sobre todos los asuntos del dia, los militares en primera linea, como si fuesen temas de su exclusiva competencia y ellos constituyeran algo como una democracia del agora Acudian tambien al hueco las negras con sus pasteles y los pescadores con sus palancas, cuando ya no quedaban sino rezagos de la factura o de la pesca, para hacer su último despacho por medias "patacas" o por "cuartillos"

Ese día sin embargo, no se veían ni carretillas ni carromateros en aquel patio de los milagros o plazoleta de murcielagos Solo uno que otro vehiculo de comercio ambulante, con el pértigo en tierra y la culata levantada, eran objeto de asedio por parte de la gente de la milicia alli apostada, la que a prisa se proveia de articulos de que habia carecido algún tiempo

Guadalupe llegó a este sitio en pocos momentos

Un centinela la hizo retroceder a pesar de sus protestas, cuando muy seria y alcotana iba a entrarse en el hueco

Con todo, no se afligió ella por esto

En la esquina cercana se hallaban varios oficiales de caballeria de linea, a caballo todos menos uno, que la miro con cierta curiosidad mezclada de sorpresa

Guadalupe lo conocio al instante Era el teniente Souza con la casaquilla abrochada hasta el collarin y un capote echado sobre los hombros

Espero a que los otros se apartaran, lo que demoró bastante rato

Asi que hallo propicio el momento, y antes que el teniente se fuese al proximo cuerpo de guardia, frente a cuya entrada tenia del cabestro un soldado su montura, dirigiose a el rapida y atrevida

El centinela que era un pernambucano de cabeza aplanada, nariz de carpincho y labios como esponjas, incomodóse al verla pasar sin mirarlo, y dando un golpe en la caja del fusil que llevaba al tercio, dijo brusco

—¡Nao se pode pasar, revoltosa!

—Callate hocicudo — respondio la negra, y siguió con mucho aire su camino

Como la viese llegar presurosa, el teniente Souza se detuvo La conocía de tiempo atrás Ella acompañaba a don Luciano Robledo y a Natalia cuando él conducia preso al primero, después de una refriega habida en su campo entre una banda de "matreros" y un destacamento portugués En cada posta o parada, la negra le servia con solicitud a la par de sus amos El cariño que parecía profesarle y el esmero extremoso en atenderlos, redoblando en cada etapa su actividad y celo, atrajéronle la simpatia del oficial, que miró en ella un modelo de criada fiel y sumisa

Recordando estas impresiones del viaje obligado de la familia Robledo, esperó que Guadalupe se aproximase, y así que la tuvo cerca, le preguntó en buen castellano

—¡Qué buscas tan apurada!

—Soy Guadalupe, para servir a su mercé

—Ya se Dime qué deseas, y en qué puedo serte util

—¡Sí, señor! Vea su mercé ahí en el hueco está acampada una gente que creo que es de Minas, toda bozalona y entruza, que ni sabe las calles Entre esa gente esta el capataz de la estancia de mi amo que ha de traerme noticias de una hermana mia que tengo en Santa Lucia arriba, por las puntas, pero sucede que no me dejan conversar con el, ni siquiera acercarme unos pasos

El oficial, que se estaba sonriendo, la interrumpió interrogado

—¿Ese capataz es aquel hombre viejo que yo conocí en Tres Ombues?

—El mismo en cuerpo y alma, señor un vejestorio de nariz de loro, con una barba de chivo y ojos que reverberan, pero tan manso que no es capaz de hacer mal a ninguno, como que lleva escapulario y es devoto de la virgen purísima Si su mercé se acerca lo ha de columbrar de aqui junto a alguna carreta por no perder la costumbre de echarse a la sombrita con los bueyes

—¿Tanto interés tienes en hablarlo? dijo Souza, sin dejar de reir

—Ya lo ve su mercé aunque mas no fuese aquí al lado de ese centinela como un favor

—¿Cómo se llama?

—Anacleto Lascano

Quedóse el teniente un instante pensativo En seguida llamó con una seña a un sargento y diole órdenes en voz baja

El sargento dirigióse a la plaza, y no tardó en regresar con un hombre avanzado en años, de mirada avizora, pobladas cejas y barbas, y una nariz ganchuda

En cuanto lo divisó Souza, sonrióse de nuevo, preguntando a Guadalupe

—¿Ese es?

—En carne y hueso, señor

—Bueno — agregó el oficial dirigiéndose al viejo, puede usted hablar con esta mujer libremente pero sin apartarse de aquí, porque las órdenes son rigurosas

Esto diciendo hizo un gesto al sargento y se alejó hacia el cuerpo de guardia sin esperar los agradecimientos de Guadalupe

Don Anacleto bastante sorprendido, aunque firme sobre sus talones, observaba todo callado

Cuando la negrilla lo estimuló a hablar, costole a él persuadirse, recordando sus anteriores diferencias caseras que ella no pretendía mofarse de su precaria situación presente

Y un tanto caviloso le dijo

—¿Como te va yendo Lupa? Mucho hace que no te vía despues de tantos enriedos que se vienen añudando lo mesmo que tira de torzal Siempre guapa y pintona como breva! ¿Y la niña? Reventando estoy por verla a juerza de suspirarla en la ausencia y en las penas grandes que he pasao desde que me balearon el overo

—¡Callese! — lo interrumpió Guadalupe poniéndose un dedo sobre los labios con aire de suma gra-

vedad Necesitado ha de estar de ropa, por esos andrajos que trae colgando como lana de barriga

—¡Lastimoso vengo, Lupita! — dijo el viejo Pero la culpa tiene esta vida militar que lo vuelve a uno cola en que todos los abrojos se agarran Te asiguro que caí por un evento en la embestida, y me enancaron cuasi sin conoscencia Cuando acordé me vide entre trescientos babuinos que me hacían guiñadas, todos montados en reyunos

—¡A ver si cierra esa boca don Cleto! No parece sino que es un tigre escapado de la jaula

—Tigre nací negra amorosa, y tigre he de morir porque en la sangre está el pecao y en la edad la penitencia

Pero este no es mi pago, y mejor es no chiflar

—Por fin dijo una cosa de fundamento ¡Vea! ropas ha de tener luego y plata también si precisa, que los amos se lo han de mandar todo sin mezquinarle Ahora es el caso de que me de noticias del señor Luis María, porque es mucha la aflicción que hay en la casa y no se sabe de él nada hace tiempo ¿Dónde lo dejó don Anacleto? ¿quedo bueno?

El viejo giró la cabeza con lentitud a todas partes, miró al sargento que estaba parado a algunas varas de distancia, dándoles la espalda, y al centinela que se paseaba muy amoscado con los ojos siempre vueltos a ellos, y en seguida contestó con aire serio

—Mi teniente esta sano y fuerte como un "yatay" Lo dejé en el paso del Rey con toda la tropa del general Lavalleja que se viene zumbando aquí derechito, como si juese una bala de cañon

—¿Esta seguro que el señor Luis María quedaba bien, don Cleto? — volvió a preguntar la negra impaciente.

—Tan gueno, que a causa de una orden que me dio de seguir a un bombero, antes que la gente se moviese del campo, me mataron el overo después de un encuentro bravo con una partida de mamelucos El mancarron me aprietó y ansina mesmo les puse cara fea peleándolos de uno a uno

—Pero ¿y el señor Beron, don Cleto?

—Mi teniente guapo, ya digo Esteban no lo deja A poco de venir el patrón preso, mejoró del todo Después se apareció en el campo el capitan Velarde con un grupo de patriotas, tomó a la guardia de golpe y zumbido, matando a unos y haciendo "majada" con los otros Entonces marchamos a juntarnos con Lavalleja, y dentramos en el escuadrón de Oribe Mirá, Lupa, no pueden tardar en venir Decile a tu ama que estan al caer, sobre lo caliente no más!

—Voy ya, ya Y en la estancia ¿quién quedó cuidando?

—Calderon y los otros viejos Querian irse al olor de la polvora con las masetas hirviendo, pero yo no consenti Había que atender el campo, y mi "terneraje" flor que tengo metido en un potrero del monte ¡Si me falta uno, a la guelta de la guerra los achuro!

—¡Eso es! ¡por sus terneros! ¿Y los invasores son muchos don Cleto?

—Como una nube ¡Hay más de mil prisioneros pero nos están mirando mucho, Lupita!

—Mejor es que lo deje — dijo la negra enterada ya de lo bastante Si le dan licencia alguna vez, vaya por casa

—Lo he de hacer, aunque mas facil juese que rumbiase ajuera ¿Y el patron?

—¡Recien pregunta! Preso desde que llegó

—No dejes de verme, Lupa Hasta luego Acordate de la ropa y de unas cuantas "patacas"

Sin hablar mas palabra la esclava se dio vuelta y se marchó veloz, desapareciendo tras de la próxima esquina

Iba satisfecha, pues había averiguado cuanto le interesaba saber, venciendo la ojeriza que tenía al capataz La idea de que su joven ama se sentiría feliz al verla la llenaba de un goce indecible, pero no dejaba de contribuir a esa fruicion el detalle de que Esteban venia siempre al lado de su amo Esto la complacia en extremo, sin que ella se diese cuenta del motivo acaso pensaba mucho más de lo que quisiera en la sombra negra que iba en pos del señor Luis María

Y como si temiese que alguien le descubriese el pensamiento un tanto egoísta que la preocupaba, encogíase de hombros andando y decía a media voz

—¡Algún gusto le ha de llegar a una también!

Creia de buena fe que todos los deseos quedarían llenados con la presentación de aquella hueste "como nube", en las cercanias de Montevideo

¿Qué importaba el enorme cinturón de murallas unido por aquel grueso broche que se llamaba ciudadela? ¿Qué los cañones que asomaban sus bocas sobre la escarpa y el foso a modo de fieras hambrientas? ¿Ni qué los batallones y regimientos bien armados y vestidos que se movían dentro del recinto como una gran serpiente que desenrosca sus anillos y luce sus escamas en los muros de su jaula buscando salida para desperezarse?

Todo eso no tenía importancia Llegando aquéllos, se pondría pronto al habla Ella era capaz de salir a verlos y de volver a entrar con muchas novedades, sin

que las guardias se lo privasen Ahora se sentía con un valor que nunca hubiera sospechado Que la sangre de su raza era briosa, lo probaban Esteban y tantos otros compañeros que venían en las filas "insurgentes" ¡Verdad que eran nativos y se habían criado entre señores!

Entre estas y otras reflexiones semejantes Guadalupe llegó a la casa, entrandose casi corriendo hasta el jardin

La estaban aguardando con ansiedad visible Por lo que a modo de borbollón empezó a hablar trasmitiendo todos los informes recibidos entre demostraciones de júbilo

Sus amas llegaron hasta cogerla de las manos en su alegría haciendose repetir uno por uno los detalles que oian con un placer cada vez creciente

¡Oh, entonces él venía también, sano y bueno! Siquiera ya no había duda sobre lo ocurrido, aunque empezaban nuevas zozobras para el mañana

Pero ellas sabrian mas pronto lo que pasase alli cerca, inventarían algún medio de comunicacion, aunque se echaran los cerrojos a los portones al toque de queda, y se formase un cordón inmenso de centinelas de este lado del foso

No era un muro de granito el que había de evitar que las frases de cariño llegasen a la zona en que ellos debian detenerse Esos como gritos del sentimiento y de la pasion volarian por encima de los baluartes y baterias sin que fuesen escuchados por otros oidos que por aquellos a quienes serían dulces y gratos

Don Carlos Berón vino a compartir con las señoras el regocijo Enterado de todo no oculto su impresión de alegría, ordenando en el acto que en su nombre y

en el de Robledo se llevasen ropas a don Anacleto, con una buena cantidad de "patacas" para sus vicios

¡Ya era mucho lo que el capataz les había comunicado despues de tantos dias de incertidumbres y pesares!

Nata estaba sonriente, fresca como una rosa, agitandose sin cesar Brillabale en los ojos una fruición íntima que la estremecia toda, como si la tomase de sorpresa aquella emoción que hacia mucho tiempo no experimentaba de una manera tan intensa La madre del ausente la seguia en todas sus manifestaciones con mirada cariñosa

Estas dos mujeres habían llegado a quererse Una y otra se sentían vinculadas por el lazo de un hondo afecto, el que cada una a su modo profesaba al joven voluntario Dia a dia a veces horas enteras, lo habian recordado con afan haciendo votos por su ventura En esas confidencias llegaron a creer que serian oídas y se lisonjeaban de que sus esperanzas y vaticinios se cumplirian contra todas las eventualidades de la suerte

Sin embargo, cuantas congojas las asaltaron y aún las asaltarían! ¡Era tan voluble la fortuna, tan caprichoso el exito en las luchas crueles! La muerte acechaba a cada paso, a cada minuto, a los que se batian

¿Caerian otra vez en la taciturnidad preñada de tristezas? ¡Quién sabe cuántas nuevas impresiones les reservaba el porvenir, alli, en medio de enemigos, donde se cuidaba no decirse nada de favorable a los "insurgentes" aunque un grande malestar reinante, una rafaga fria de odios y venganzas llegase hasta el fondo de los hogares!

XVI

DESDE EL MIRADOR

Al día siguiente temprano Natalia fuése al mirador Era éste un cuarto muy pequeño con techo de teja y dos ventanillos, uno que miraba al norte y el otro al este No tenía rejas, por manera que el anteojo tenía que ser apoyado en el alféizar cuando se quería mirar al campo para mayor comodidad, poniéndose el observador de rodillas sobre una banqueta acolchada colocada allí con ese objeto

Natalia se hincó limpiando con esmero el lente hasta dejarlo sin una mancha, para lo cual había separado el disco del tubo No contenta con esto, lo empañó varias veces con el aliento, para repasarlo y complacerse luego en la limpidez y transparencia del cristal

Arreglado convenientemente el catalejo, que ella miraba con cariño como a un compañero que le señalaba el secreto de las soledades, lo apoyó en el alféizar, y dando un suspiro cerró uno de sus bellos ojos acercando el otro al vidrio

Todo fue una nube color de agua al principio, una visión del vacío, con sus estrías misteriosas y su claridad difusa

¡Aquel plano inclinado era muy defectuoso, o era que ella por hábito miraba demasiado arriba, al azul celeste!

Movió con suavidad el instrumento, procurándole una posición más adecuada entre susurros incomprensibles cual si estuviese regañando a un ser querido

Enderezólo bien hacia el Cerrito

Después, volvió a acercar la pupila húmeda y brillante

Tuvo algunos instantes la vista fija era una mirada ansiosa profunda

De pronto el párpado vibró, las manos cogidas al catalejo se estremecieron toda ella experimento una conmoción

Bajó el tubo temblando, volvió a contemplarlo con cariño, y pasóse la mano por los ojos como si algo los nublase

Cuando de ellos la retiró, una sombra estaba delante, sombra inmovil, silenciosa

Natalia se levantó de subito, y abrió los brazos sin abandonar el catalejo

—¡Oh! — exclamo con un acento inexpresable ¡Estan ahí madre!

La señora de Berón, pues era ella la que acababa de presentarse en el observatorio obligado, ávida de nuevas, cogió el catalejo besando a la joven sin decir palabra

Luego puso una rodilla en el almohadón acostando el tubo en su apoyo del marco y observó a su vez

La visual recorrio primero parte de la bahía de aguas semi-azules y serenas sembrada en su centro de queches inmóviles, de goletas sin gavias rasas y finas, de polacras con las latinas velas recogidas, de veloces faluas de carroza a popa y de lanchas de atoaje gobernadas con espadilla y remos pareles, que remolcaban lentamente hacia fuera dos barcas cargadas de frutos

Rozó de paso la isleta pedregosa que en la primera guerra tomo Quesada por asalto con un destacamento

de dragones que llevaban los sables entre los dientes, y que ahora en vez de la bandera ibérica y portuguesa enseñaba la brasileña en lo alto de un asta enorme

Detúvose en la ribera circular, como un esquife que embica empujado por el viento allí donde se derraman tributarios humildes el Pantanoso y el Miguelete, y alzándose ansioso, púsose al nivel del pequeño morro que esos dos hilos de agua flanquean y casi circundan nutriendo la gorda tierra de sus declives

Entonces alcanzó a ver lo que había conmovido a Natalia

Un reducido escuadron tendido en línea sobre la cumbre destacabase correcto, quieto, muy visible en medio de la atmósfera sin celajes

Aparecían los jinetes de un tamaño diminuto, las lanzas como agujas verticales, la bandera de colores vivos enarbolada en la cima como un guión de compañía Tres de estos jinetes recorrían la fila sencilla En manos de uno brillaba de vez en cuando un objeto herido por el sol, acaso un clarín, cuyos ecos ahogaba la distancia

En el fondo del diorama luminoso no se veía más que el cortinado azul del cielo, y una que otra nubecilla como capullo blanco sobre la línea del horizonte Ni un convoy asomaba en las colinas, ni una pieza de artillería se erguía en sus afustes a modo de luciente escarabajo, ni una carreta forrada en piel de toro subía las cuestas con su pesadez de piedra ¡Ah! ¡Pero ellos estaban allí!

La distancia era grande, no se podía determinar personas Apenas se percibían mayores que el puño

¿Qué importaba esto? Lo esencial era que ya habían clavado en la cumbre su bandera

La madre apartó la vista del lente para mirar a Natalia Expresaban sus ojos la alegría y la ternura

—Ya no cabe duda — dijo dulcemente ¡Estan allí!

En ese momento un paso conocido se hizo oir en la escalera, y no tardó en aparecer don Carlos cejijunto, con la mirada desconfiada, un tanto nervioso, caído el gorro de piel de mono sobre la oreja derecha

—¡Mire usted, señor! — murmuró Natalia estremecida, ¡mire usted!

Y le señaló el Cerrito con un aire tal de pasión y acento tan candoroso, que el viejo se metio el gorro hasta las cejas sin atinar en lo que hacia, y luego la cogió de las dos manos como tomado de improviso clavando en ella sus pupilas oscuras, fijas, inquisidoras

—Sí,— dijo, como adivinando — si Deben estar, hija Es forzoso que estén Habran llegado en el alba de hoy sin duda alguna, porque asi les convenía ¿Qué te parece mujer? Dame el anteojo ¡Hem! Siempre sostuve en que tenían que llegar esos bizarros descendientes de españoles

Y mientras se apoderaba del catalejo y lo arreglaba a su gusto, palido, trémulo, proseguia aparentando dominio sobre sí mismo

—¡Descendientes en linea recta! Eso de "tupamaros", no fue mas que una pequeñez rencorosa Sí, señor En linea recta La sangre es la misma en los más, bravia, castellana Si desconocemos aquí la semilla ¿a que queda reducido el honor de España? ¡Tontería! Estos valientes son dignos del romancero ¡ya lo creo que son! Sin lisonja banal de que soy enemigo

Veamos Sí! Sobre el airoso montículo observo bien claro el grupo y los movimientos, la bandera, los jefes que andan de uno a otro lado, un clarín que va

detrás, banderolas en las lanzas, carabinas al tercio, buenas figurillas de soldados a fe mía! El escuadrón maniobra con la dureza de una regla y el aplomo del cuadro veterano

Y esto diciendo, el señor Berón sacudiendo la cabeza, apartó el ojo del lente, para acercarlo sin mayor dilación, agregando

—Levantan la bandera que de aquí no es más gran de que una cofia, y la elevan muy arriba ¡Bien hecho! ¡Es una bandera tan digna como la más pretenciosa, por Santiago! La llevan hombres que saben combatir, que a nadie tienen miedo desde que vienen a la boca del peligro como quien va a caza de "mulitas" ¡Cosa singular señoras mías, que la causa que ella simboliza haya sido siempre agobiada por el numero y que nunca haya sido sin embargo vencida! Eso me entusiasma de veras No me vengan con que son pocos, que nada valen, que nada pueden, que nadie los respeta, que todos los estrujan, porque puede y vale el que se impone al fin de la jornada, y a eso van pese a la fuerza y a los poderosos estos pobrecitos perdidos en un rincón del mundo

Verdad que ese rincon vale más que un Potosi Así se explica que se vengan a las manos de esta manera descomunal, nunca vista, sin fijarse en el cuantum ni en la especie, a pecho descubierto y visera levantada, ni más ni menos que el héroe de Cervantes frente a los molinos de viento ¡Por Cristo, digo y juro! Esto no es racional ni hacedero, o yo soy un calvatrueno sin sentido comun

Don Carlos así hablando, levantó crispado un puño

Y sin separar la vista del instrumento, impuso con el indice un silencio que nadie pensaba interrumpir, añadiendo

—¡A no ser que ésta no pase de una gran guardia! Tal vez el grueso esté detras de las lomas un tanto agazapado, como gente que lo entiende No hay que fiarse cuando la maña acompaña al valor, pues ningun matrimonio de esta clase fue nunca desgraciado

—¡Cuántas cosas estás diciendo! —interrumpióle la señora en tono dulce y reposado Mira bien, por si más feliz que nosotras descubres a Luis María

—¡Hum! Eso mismo procuro desde el principio ¡Pero mujer, si son como soldaditos de plomo! Ya no me da el ojo Bien distinto era unos diez y nueve años atrás cuando yo revistaba también en filas ¡Donde ponía ese ojo ponia la bala! Quisiera distinguir a algun gallardo oficial de morrión azul con plumas blancas de cisne, de uniforme bien ceñido, montado en bridón fogoso de pelo alazan, para comunicarte algo de agradable A pesar de mi empeño no diviso mas de lo que digo, muñequitos que se agitan allá en la comarca verde

Ahora veo que se dividen en tres grupos y que marchan por distintas direcciones, uno rumbo al cerro, otro hacia el Buceo, el último queda firme No ya se mueve también en escalones muy bien alineados y viene hacia aca como para formar una parada de día de fiesta

¡Diablos! ¿Qué dirá esta gente? Debe estar muy azorada, tras de la corrida de los "mamelucos" un avance en son de ataque

Ya van desapareciendo entre los pliegues del terreno El primer grupo no se ve El segundo se alcanza a divisar por encima de las lomadas a medio cuerpo, trotando largo El del centro sigue adelantando, se detiene ahora un momento se desvia, la emprende al galope por el camino travieso a bandera

desplegada, rumbo al Cardal, allı donde tan duro nos refıegamos con los ıngleses el año sıete Seguramente esta avanzada vıene a ocupar el medıo de la línea, en cruz con la que parte de la cıudadela por la carretera que va al ınterıor

Don Carlos callo de pronto sın dejar de mırar

Su esposa estaba de pıe a un paso con los brazos cruzados sobre el pecho, atenta a sus palabras y gestos También Natalıa muy quıeta, caídos los brazos y entrelazadas las manos, pero tan cerca de él que el viejo podía sentır el calor de su boca y los latıdos de su pecho

El señor Berón seguía cogıdo al ınstrumento, encarnızado, dando a su cuerpo todo genero de ınflexıones y al tubo un movımıento de altıbajo y de dıestra a sınıestra, cual sı persıguıese el volıdo lejano de una bandada de aves extrañas, o sı buscase en los huecos de las quebradas la cabeza de una columna formıdable como en su deseo la quería para poner a prueba las tropas del recınto

Esta vısıon o este mıraje no se produjo

Sın embargo, al abandonar el anteojo su rostro respıraba satısfaccıón

En seguıda bajó la escalerılla con mas apuro que otras veces

Se ıba murmurando

¡Sıtıo largo! Tan largo que me parece sera como el de Rondeau en tıempo de Elıo Pero esto marcha ¡Sı señor, marcha!

En su gran tıenda habıa bastante concurrencıa Los dependıentes desplegaban extrema actıvıdad para atender a una demanda excesıva Desdoblaban, tendían y volvıan a subır objetos en sılencıo

Se hacía compra de lienzos fuertes, ponchos y jergas. En la ferretería se pedían utensilios de cocina, en la sección de suelas caronas, "lomillos", rendajes y estriberas.

Cruzábanse las voces rápidas, recogíanse los efectos, deslizábase el dinero de una a otra mano en cobre o en plata. Veíanse confundidos junto al mostrador soldados de infantería y "mamelucos" como se llamaba a los paulistas, los cuales parecían empeñados en vivos diálogos sobre algún suceso de interés palpitante. De vez en cuando miraban hoscos a los encargados del despacho, diciéndose entre ellos frases cortadas de intención aviesa. Los despachantes, todos españoles, sonreían.

—¡Gruñen! —murmuró don Carlos de entrada no más, y observando de reojo a los brasileños.

Restregóse las manos y se entró a su escritorio, oculto tras un cancel.

—Pueden gruñir a su gusto, como los pecarís cuando se aglomeran. ¡Ya les dirán de misas!

Y puso el oído muy atento.

Al parecer hablaban de la llegada de los invasores y de medidas enérgicas que se habían dictado con este motivo. El murmullo de palabras y de toses con otros incidentes de detalle, no permitía recoger ni seguir con claridad lo que se decía.

No obstante él pudo entender que se habían hecho prisiones en personas notables, y que de la plaza habían salido muchas por distintas brechas de la muralla para incorporarse a los "insurgentes".

Uno de sus amigos íntimos, penetrando de priesa en el escritorio, confirmóle estas noticias muy agitado.

El señor Berón lo escucho con calma, y luego díjole

—¿Todo eso prueba que la cosa camina, eh? ¡Esta listo el pandero para una jota de órdago! ¿Y las tropas se aprestan a salir?

—Nada se afirma al respecto Lo que hay de verdad es que un gran sobresalto reina en los que mandan Lecor se muestra muy inquieto y ha pedido refuerzos a la corte desde hace dos dias Todo esta en confusion Los cuerpos de linea hacen preparativos de defensa, o de marcha en sus cuarteles

—Aqui mismo se encuentran varios soldados en compras de arreos necesarios He visto que un cabo acompaña a los pernambucanos, y un sargento a los "mamelucos" sin duda desconfian

—La gente está descontenta Dicen que se han aplicado castigos hoy a algunos del primer cuerpo por haber dejado pasar a un grupo por la muralla del sur, cuyo grupo se alejó a pie por la costa en dirección al Buceo y se perdió de vista sin ser perseguido Se agrega tambien que en ese punto y en el de Carreta se han desembarcado hombres y armas, por cuyo motivo ha habido una diferencia entre el gobernador y el jefe de la escuadra

—¡Ya es mucho, ya! —dijo don Carlos todo oidos y el gesto grave ¡No es asunto de reir a fe mía! Si de Buenos Aires llegan contingentes y del recinto se van, pronto los "insurgentes" serán beligerantes ¡Desmentidme si podéis, señor mio!

—Por el contrario, estoy en ello Con todo conviene mucho no ser liberal en opiniones de este jaez, amigo viejo, porque a la hora presente los sabuesos andan en movimiento, y nada de extrañar seria que fuesemos a una prisión flotante

—¡Echaríamos el aparejo a los bagres! —exclamó don Carlos alegremente— Buen estreno en la nueva vida de sacrificios por esta tierra que ya nos tiene cogidos como a los troncos por la raiz Pero no ha de suceder esto tan sencillamente somos hombres mansos a condicion de que no nos manoseen pues en llegandose a la injuria de hecho todavía hay nervio, por Santiago!

Y don Carlos sulfurándose de subito, levanto el puño

Su interlocutor como él viejo y oriundo del antiguo reino de León, con muchos años de residencia en el pais, era un hombre de mediana estatura, de faz atezada mordida por la viruela, voz ronca y locuacidad extrema

Vivía de allí a dos cuadras en la calle de San Francisco, en donde tenia su negocio, un depósito de vinos, tabaco de la Habana y de Bahia y cafe, del que se hacia muy regular consumo en la ciudad, especialmente por los jefes y oficiales de la guarnicion

Don Pascual Camaño —que este era su nombre— ante la expansión de don Carlos tomó un aspecto serio y repuso

—Si Pero vamos a cuentas ¿A qué vienen los revolucionarios? A redimir el pais, esta bien Pero ¿quien los apoya quien se esconde detrás? Este es el punto importante Usted ve, los tiempos se ponen malos y hay que mirar por los intereses, precisar muy claro en cosas tan arduas y turbias Si creemos que esta es camisa y no jubon que nos ha de llegar mas cerca del cuerpo, por lo que nos atañe y nos conviene, usted por su hijo, yo por mi sobrino y otros por sus entenados, ante todo descubrir la filiacion del movimiento para tomar nuestras medidas con seguridad y con-

ciencia. Ahora, la demanda aumenta y la oferta afloja, se vende hasta por ocio, la mercancía sale a buen precio, y antes que se rompa el pelo aprovechar es de hombres de talento. Por eso ¿que conducta mejor que la de navegar de bolina? La tormenta arrecia y mal piloto el que larga toda la vela encima del escollo. Para mí tengo que se va a repetir la fórmula de anexión que se juró al Brasil por los cabildos y pueblos, en favor de las provincias unidas. Será poner la camiseta al reves.

—¡El cuento del gallego! —prorrumpio don Carlos—. Y aunque así fuese ¿querria eso decir que los nativos no anhelan ser en absoluto independientes? ¡No, señor de Camaño, va usted en error lastimoso! Consulte usted uno por uno a los de esta banda, reunalos a todos si puede en mitad del campo, allí donde ninguna influencia extraña llegue y donde nadie hable del rigor de la necesidad que los obligue a aceptar el concurso ajeno, aunque fuera el de los colombianos que estan en la tercera esquina del mundo, reúnalos usted, por mi madre, y pregunteles si ellos pelean y se hacen matar por la causa de otros o por su propio bienestar. Dirian a usted a grito herido que se exponen el pellejo por su felicidad particular, por su terruño encantado, por sus familias y sus bienes que valen tanto como los del emperador del Brasil. ¡Qué otra cosa le habían de contestar, hombre de Dios! ... Ahora, que usted me diga que sintiendose debiles entre dos piedras de molino, notando que van a ser machucados se resuelvan a la incorporacion a las otras provincias, de acuerdo, si señor, de completo acuerdo. ¿No intentaron lo mismo cuando Artigas, como medio de salvarse? ¿No hicieron igual cosa con don Juan VI, para salir de la boca del lobo? ¿No reincidieron en idén-

tica pellejería con don Pedro I, por la fatalidad de los hechos? ¡Mil demonios! ¡Lo que todo esto significa es que tienen instinto de conservacion propia en medio de sus mismas aventuras temerarias!

Y don Carlos se tiró para abajo las orejas de su montera en un arrebato nervioso, poniéndose a pasear de uno a otro extremo del escritorio

—¡No entro en eso! —dijo con cierta solemnidad don Pascual, — no me gustan las honduras, ni pesco mas que en aguas conocidas ¡Y yo sé lo que me pesco! Mire usted, antes de hacerse buen vino la uva se mostea o se remosta ¡Sabe bien entonces el añejo! Opino que hay que conocer bien la materia antes de enredarse en cuestiones, como es preciso a veces el remosto antes de llegar al lagar De atrás del mostrador se observa muy claro porque la inteligencia se aguza.

—¡Si, se aguza el ingenio, canarios! ya lo creo que se aguza y se llena la talega ¡Qué señor de Camaño! No es ese el caso y voy derecho a la cuestión Diga don Pascual ¿se encontraria usted dispuesto a abrir su gabeta para ayudar a bien morir a los de la banda insurgente?

El señor Camaño abrió enormes los ojos diciendo

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Por un tantico de compasión que me escuece en sentido de auxilio a los menesterosos Nunca vi sin irritarme que la injusticia abrume al débil, y usted que ha sido como yo soldado y que conmigo cayo en la banqueta de la muralla al Sur aquella noche maldita en que entraron los ingleses, ha de pensar lo mismo, que la sangre castellana nunca fue de pato ni de cerdo ¡sino Santiago me confunda, canejo!

Don Pascual que lo miraba azorado se apresuró a balbucear ya con disposición de retirarse

—Hay que meditarlo despacio no sería imposible, amigo mio Por el momento el espíritu no esta muy sereno Y ahora se me cruza a mientes que tengo que recibir una carga de tabaco de Bahia en que viene la hoja flor, la de aquellos cigarros que a usted le gustan y que tanta salida han hallado entre estos hombres fumadores que rodean al gobernador La carguita la trae el bergantin goleta "El Corcovado", de los mas veleros que cruzan el Atlantico, y ha de estar ya en franquía Ha de disculparme usted hasta pronto, mi querido amigo

Ya sabe usted un ojo en la política y cuatro en el negocio sin incluir las gafas

—Así es — repuso don Carlos ya mas calmado — Hasta pronto Lo invito a comer en casa el domingo si no tiene compromiso

—¡Procuraré venir, gracias!

Y estrechando la mano de Berón, don Pascual salió a prisa

El viejo tosio, lanzando un juramento Arreglóse el gorro volviendo a su lugar las orejeras, aunque hacía frío, y encaminose a paso lento al comedor

Era hora de almorzar A pesar de eso las señoras no estaban allí, lo que hizo suponer a don Carlos que todavia permanecian en el observatorio improvisado

No se engañaba Madre y joven seguían tenaces usando alternativamente del catalejo, y fue preciso que él fuese en busca de ellas para sustraerlas al encanto de una esperanza que no consiguieron ver realizada hasta esa hora

La tarde, la noche, pasaron entre sordas inquietudes

Oíanse en realidad toques de trompa y de tambores, marchas pesadas, rodar de trenes, toda una agitación anormal en las estrechas vías del recinto amurallado Las voces, los galopes sobre las mismas aceras de piedras enriscadas, el estridor de espuelas arreos, vainas y cascos completaban aquel tumulto inusitado de tropas en son de combate

La madre de Luis María y Natalia se asomaron por una ventana

Varios batallones estaban alineados a los costados de la plaza con sus armas en descanso y banderas al centro, luciendo al sol sus uniformes y morriones

En medio de la calle de San Carlos algunas piezas de un bronce bruñido enseñaban sus fauces verdi-negras semi atragantadas de escobillón

Un montón de armones, avantrenes y cureñas obstruía con sus macizos rodados la bocacalle de San Pedro, con sus artilleros a los flancos montados en mulas

Cuatro escuadrones de caballería con las carabinas cruzadas a la espalda formaban columna a lo largo de la de San Carlos, y a retaguardia de la artillería

Flotaban al aire los estandartes auri-verdes resonando toda una fanfarria de trompetas

Movíanse de uno a otro extremo al galope espada en mano, alféreces de rostro enjuto y tez de cacao con una charretera de bronce sin canelones sobre el hombro y espolines de gallo en el tacón de las botas

En las filas reinaba esa descompostura que precede al momento de la marcha Algunos soldados ponían colas de cigarros detrás de la oreja otros chupaban "masacote" o algun "ticholo" revenido Los semblantes expresaban cierta indiferencia o conformidad pasiva propia del oficio, demostrando alguna atención sola-

mente cuando las voces de mando recorrían la línea a modo de recios y bruscos chasquidos.

Entre los ayudantes que pasaban impartiendo órdenes, uno llegó a detenerse un instante frente a las ventanas de la casa de Berón, y saludó con la espada. Era el teniente Souza.

A poco la charanga del batallón allí alineada rompió en una marcha alegre, el cuerpo formó en columna y se movió.

El resto de las tropas siguió el movimiento arma el brazo y paso de camino.

Don Carlos, que se había estado en la puerta de su casa muy atento, entrose con rapidez en extremo nervioso.

—Estos salen con ánimo de combatir —dijo a su mujer—. ¡Ya veremos! ... Vamos a almorzar.

La señora tenía un aire resignado.

—Ven —dijo a Natalia—. ¡No te aflijas! ¿Crees que éstos podrán más, aunque sean muchos?

—¡No creo madre! —contestó la joven sonriendo y estrechándola con su brazo de la cintura—. Dios ha de estar con ellos. ... ¡Si yo estoy tranquila!

Y la miraba de frente, encendida y palpitante.

Sin embargo, tenía los ojos llenos de lágrimas.

El señor Berón estaba cejijunto, callado. De vez en cuando lanzaba frases ininteligibles, o reñía a alguna negrilla del servicio por cualquier pretexto.

Sentáronse. El almuerzo fue silencioso, observándose los rostros unos a otros, preocupados, inquietos. Los ecos de las charangas que se alejaban y que ya sin duda habían salido de murallas, llegaban hasta ellos con un sonido hiriente, irónico, desalentador. Parecían de esas músicas monótonas e insultantes que se oyen en la fiebre o en las horas de duelo.

—¡Qué soplar el trombón y mover el "chinchín"! —exclamó la señora— Parece que quisieran animarse

—¿Ha visto usted, madre? —repuso Nata en un arranque de enojo que dejó sus labios trémulos— ¡Qué gracia ir tantos contra un puñadito, qué valor tan caballeresco! De ese modo podríamos ir las mujeres todas, vestidas de corazas

—¡Así es hija! —barbotó don Carlos dando salida a un ronquido que se le había atravesado en la garganta, sordo, bronquial, colérico— Estos "mamelucos" no acostumbran acometer un tronco sino con veinte hachas, y asimismo cuando va a caer, se ponen a distancia por cautela

En seguida de esta explosión, encerróse en absoluta reserva

El ruido de los charangas alejándose cada vez más, concluyó por extinguirse Apenas apercibíase casi apagado el redoble del tambor

Una calma profunda reinaba en la ciudad, y este sosiego aparente llegaba hasta allí, embargando más el espíritu

Natalia se inclinó de improviso murmurando suave al oído

—¡El catalejo!

—Sí —dijo la señora— ¡Vamos al mirador!

XVII

LA PRIMERA REFRIEGA

Una parte de las tropas había salido de la ciudadela, la otra paso por el portón de San Pedro, uniendose en la carretera del centro

Despues de un alto breve, la columna siguio marcha hacia fuera camino recto

Destacaronse dos escuadrones, uno con dirección al arroyo Seco, el otro a vanguardia, en descubierta

Nada de sospechoso se veía en los contornos hasta tiro de cañón, el campo estaba desierto, los "potreros" sin los animales de pastoreo, los escasos edificios por allí dispersos cerrados, tristes como sepulcros

Densos vapores se acumulaban en la atmófera interceptando por completo la luz solar, y empezaba a correr de la costa un viento frío con rumor de olaje

La columna hizo una nueva estación a una milla de los muros, a los pocos minutos continuó el avance, en un trecho de ocho o diez cuadras, y se mandó armas a discreción

El escuadron paulista que hacía de gran guardia, llevando en despliegue una guerrilla, encontróse de súbito con tres hombres que, tendidos sobre el cuello de sus caballos detras de un cardizal, a distancia de cien varas, se incorporaron en sus monturas y echándose las carabinas al rostro rompieron el fuego

Un soldado se desplomó al suelo con el craneo roto El alferez de la avanzada recibió una contusion en la

mejilla que le hizo saltar hasta grupas y bambolearse como un ebrio en la silla

El ataque era brusco y atrevido

La guerrilla contesto el fuego con una gran descarga

Los tres hombres se habian apartado entre sí, y sin retroceder un paso hacian funcionar sus baquetas

Solo un caballo cayó herido en la frente

Los paulistas reforzaron su guerrilla, adelantando impetuosos Los enemigos parecian pocos

Detras del cardizal se alzaba una loma, al flanco izquierdo un "cañadón", cubierto de saucos en sus bordes orillaba el declive, a la derecha el terreno plano y herboso no presentaba obstáculo alguno

Varios proyectiles silbando del lado del "cañadón", detuvieron a los paulistas en su avance

Otros tres hombres guardando distancia, habían aparecido de improviso

Simultaneamente, cinco nuevos tiradores en despliegue surgieron por la derecha, saludando con otros tan tos disparos a la guerrilla

El jefe del escuadron viendo caer dos de sus soldados a retaguardia de la avanzada, picó espuelas y amagó una carga

Entonces coronó en ala la loma una fuerza de veinte jinetes, los que a una voz de su jefe sujetaron en la falda quedando inmóviles, en linea sencilla

Los paulistas se pararon un tanto sorprendidos

Las balas se cruzaban más frecuentes, y uno que otro grito extraño, ronco, bravio solia mezclarse a sus silbos siniestros

Por pausas calculadas la guerrilla "insurgente" se había ido engrosando hasta presentar quince tiradores en despliegue, con la protección de veinte que acababan de colocarse en la falda de la loma

¿Podían ser éstos, todos? No era probable

El jefe paulista con ojo experto, notó que aquella tropa no traía bandera, ni siquiera un clarín de órdenes Debía ser una simple avanzada de caballería volante

Pero estaba obligado a descubrir, y para ello tenía fuerza de sobra Antes de pasar un parte informal al jefe superior de la columna, que permanecía quieta en las Tres Cruces, redobló las guerrillas, con el oído atento a detonaciones lejanas que venían de la zona del norte

Sin duda había refriega por allá Las descargas se sucedían sin interrupción una especie de fuego graneado cuyos ruidos se asemejaban a crepitaciones de cañas devoradas por las llamas

Al refuerzo de las guerrillas, con orden de ganar terreno hasta dominar la loma, siguióse el avance de la protección al paso

Los "insurgentes" se mantuvieron en sus puestos en el primer momento, luego volvieron grupas retirándose con lentitud, y fue entonces cuando atravesándose por retaguardia un joven jinete de cabellera rubia que llevaba en la diestra el acero con marcial altivez, la tropa brasileña hizo una nueva descarga que cubrió el espacio intermedio de humaza blanca y tacos ardiendo

Caballo y jinete rodaron por el declive, y así que el primero quedóse inmóvil con los remos en alto tras de algunas convulsiones, vióse que el joven oficial estaba cogido por una pierna, tendido de costado, como muerto

La avanzada paulista llegó al sitio, y aún mas allá, acompañando con voces ruidosas sus disparos, en tanto se apoderaban otros del caído y lo conducían a la reserva

Iba a coronarse la loma, pero antes era preciso cargar las carabinas Esta funcion reclamaba varios tiempos, y la guerrilla se detuvo

Los "insurgentes" que ya habían mordido el cartucho y atacado el cañon, volvieron cara de nuevo reapareciendo en la loma paso ante paso, en busca del blanco a sus carabinas

Esta vez la descarga fue casi a quemarropa

Los proyectiles gruñeron llegando hasta la reserva, la guerrilla paulista se doblo al volver riendas para fijar posiciones, hízose un ovillo entre choques y emprendió el galope en peloton

La reserva "insurgente" apareció al trote largo despuntando la "cañada" fangosa, con las lanzas apoyadas en los estribos a falta de cujas

La protección de la falda formada en dos escalones, bajó al llano a media rienda, al grito de ¡carguen!

Al ruido del tropel y de los gritos iracundos, la guerrilla doblada precipito su fuga echándose sobre su reserva, la que a su vez dio grupas, yéndose a estrellar contra el resto del escuadron que procuraba ordenarse en batalla

Pero el escuadrón todo fue envuelto, y arrastrado en desorden sobre el grueso de la columna

A un lado de la carretera, detras de una cerca de arbustos espinosos y de agaves confundidos, se erguía una "troja" o armazon vestido con los tallos de hojas lanceoladas ya secos del maíz, y destinado a guardar las espigas de la cosecha Parecía un gran bonete amarillo con guias y cascabeles, cuyo ruido remedaban las hojuelas membranosas al ser batidas por el viento

Uno de los "insurgentes" que antes de la carga se había separado del grupo, adelantándose solo por el

flanco al amparo de las cercas y a favor de la confusion, echo pie a tierra frente a la "troja", y sin abandonar su caballo que tenia del cabestro, entróse en el rustico deposito llevando en la diestra un clarin

Trepóse de rodillas hundiéndose en el maiz alli acumulado, y apartó la hojarasca del fondo de la "troja" de modo que pudiese observar sin ser visto

Aunque espeso el boscaje de la cerca que se extendía paralela, algunos claros aquí y acullá permitian dominar grandes trechos de la carretera, hendida a un lado por las encajaduras de las carretas

Hacia la izquierda, apenas a dos cuadras sobre el camino y asomando su cabeza en un recodo, estaba la columna brasileña

El escuadron que venía en desorden notando que otro se desprendia de la columna a protegerlo, recupero su formación volviendo cara con nuevos bríos

Tenia el choque que ser fatal a los nativos, cuyo empeño sin duda alguna era el rescatar a su compañero el cual venía entre la soldadesca estrujado y oprimido

La voz energica del jefe se oyó dos o tres veces en medio del tumulto incitando siempre a la carga

El que estaba oculto en la "troja" asomo bien la cabeza —una cabeza pálida con una cabellera y una barba de Nazareno — y miro ansioso a la derecha del camino

Habia reconocido la voz de su jefe Su tropa cargaba a lanza y sable A pesar de las volutas de tierra removida bajo los cascos, percibió en los aires las banderolas tricolores sacudidas por el viento entre moharras y medias lunas

Aquel hombre saco entonces el clarín por el hueco, llevóse a los labios la embocadura y tocó a deguello

Las notas partieron agudas, vibrantes, atropellándose como escalones en la carga a toda brida

Los dos escuadrones sintieron el toque a retaguardia, y temiendo ser cortados, retrocedieron revueltos sobre la columna

Pero el toque terrible los perseguía a lo largo de la carretera, lanzado de atras de los árboles y de las breñas e introduciendo la pavura, y cuando ya los "insurgentes" estaban a punto de caer sobre ellos, el eco de aquel clarín fatídico oyose mas cerca, casi ronco y en pos de su última nota un jinete o un hipogrito salvó por un portillo la zanja que circuía la "chacra" dando su caballo un brinco gigantesco

Un grito unanime acogio al recién venido, quien puesto a la encabezada el clarín y sable en mano acometió la retaguardia enemiga, en cuyas filas se entró con la violencia del toro que se arroja a romper el cerco

El prisionero, que iba montado en el caballo del paulista caido al pie de la loma, fue separado por la oleada contra la cerca

En seguida se vio entre los suyos, que emprendían la retirada desplegando una guerrilla

Junto al rescatado iba un jinete macizo de botas de piel de tigre, quien le dijo alegre

—¡Te cayo la china, hermano! Todos vinimos a la uña por salvarte, pero lo debés al capitan Mael

—Ya se, teniente Cuaró, — respondió el joven lleno de emoción a todos les debo mi gratitud Al capitan Velarde un abrazo

—Aqui está tu espada, que yo alcé de entre las matas

Luis Maria tomó trémulo su acero, con un gesto de agradecimiento que conmovio al teniente

—¡Ahí lo tenés al guapo! —exclamó este estrechando la mano que el joven le tendía.

Ismael llegaba al trote, todavía lívido y sudoroso, como si hubiese salido de la faena del "rodeo". Traía su caballo algunas pintas rojizas en la piel, allí donde habían pasado veloces las puntas de los sables en el entrevero.

Las balas seguían silbando. Rehechos los escuadrones, disparaban de lejos.

La columna temiendo acaso un movimiento envolvente, contramarchaba hacia el recinto al son de las charangas y paso de camino.

Viendo llegar al capitán Velarde, el ex prisionero le tendió los brazos, y estrechados los dos siguieron el paso de sus cabalgaduras por un momento.

La tropa aclamó a su jefe, a Velarde y a Berón, por cuyo rescate se había puesto a prueba el denuedo de todos.

—¡Por siempre hemos de ser amigos! —dijo Luis María a Ismael.

—Aparcero hasta la muerte —respondió el capitán.

Berón le oprimió con fuerza la mano, añadiendo con entusiasmo:

—Bien me dijo usted allá en el paso del Rey, que ese clarín era un gran compañero, y de esta proeza nunca me he de olvidar. Cuando usted lo hizo sonar yo mismo llegué a creer que un regimiento venía flanqueando al enemigo; los paulistas se sorprendieron, ya no hubo voz de mando que se oyese. Un sargento fue el primero en dar la espalda, los soldados siguieron su ejemplo sobrecogidos por el pánico, y al correr me envolvieron en el torbellino. Yo estaba aturdido todavía y maltrecho con la caída allá en la falda, de modo que ni atiné a escapar en medio del desorden. Gracias a usted...

Por el rostro de Ismael pasó un estremecimiento Luego se sonrió encogiéndose de hombros y dijo

—Hoy churrasqueamos juntos para festejar esto ¿no le parece?

—¡Sí, con el mayor placer! Será el churrasco que con mas gusto haya probado en la campaña junto al valiente compañero

En ese momento llegaban a la loma, pasando cerca del sitio del primer choque Allí estaba su caballo muerto, con un grande agujero cerca de la oreja Los paulistas no habian tenido tiempo de despojarlo de su "apero" Al frente en el llano un hombre boca arriba, a pocas varas otro acostado en el "albardon" con la cabeza entre las manos como si durmiese Este, a más de una bala en la clavícula había recibido una lanzada en el vientre dada por un brazo terrible

Una de las balas que todavia venían de lejos, rebotó en su cuerpo con un chasquido seco

Cuaro que marchaba al paso un poco apartado de Luis Maria e Ismael, lanzó como flecha una escupida hacia atrás murmurando

—El que tiró ésa ha de ser tuerto

Delante de ellos replegábase al trote una pequeña fuerza

Era la de reserva, que no llegó a entrar en la carga, al mando del comandante Calderón jefe de la línea

Los patriotas que regresaban alegres a su campo sintieron a su vista un enfriamiento, el efecto que produce la aparicion de un ave negra despues del combate

Cuaró alzó la cara mirando con mucha fijeza al rumbo como mastin que olfatea, y refunfuño·

—¡Carancho sarnoso!

Formó la tropa sobre la loma a excepción de la que había quedado de avanzada en guerrilla, y de una pequeña protección

Las descargas habían cesado

Los escuadrones paulistas después de un alto cerca de un antiguo saladero, habían seguido el movimiento de la columna dejando partidas de observación casi a tiro de fortaleza

Debía darse por terminada la faena del día, que ya declinaba sensiblemente

El cielo se había cubierto de nubes por completo, el sudeste aumentaba en violencia y tendíase una llovizna fría sobre los campos a manera de ceniciento tul

No existía bosque alguno por aquellas inmediaciones, salvo uno que otro grupo de arbustos ya en deshoje, y dispersos "ombúes" de cabeza calva

Se acampó en una "tapera" — restos de vieja población incendiada en tiempos de Artigas por los portugueses, según informes de los vecinos, — y a la que habían dado sombra dos de aquellos gigantes de la flora indígena que junto a ella se elevaban, plantados acaso por su primitivo dueño en los comienzos del siglo

A falta de otra recogióse "leña de vaca" para los fogones, aparte de algunos arbustos secos El "cañadon" corría por el bajo sobre un fondo de cantera, y de un agua tan pura como la del mejor manantial

Sacióse allí la sed, y llenaronse las calderas de asa que debían recostarse al fuego para el "mate" de yerba misionera

Con los juncos de un pequeño "estero" de allí poco distante, construyéronse sin demora los armazones de los "ranchos" de abrigo, asilos del largo de un hombre cubiertos por el poncho, en cuyo interior sobre

una capa de ramitas verdes de saúco, tendiéronse las prendas del "recado" que servirían de lecho

Recién en estas faenas la tropa, Luis María que acababa de recibir las felicitaciones de su jefe, apercibióse ya en el fogón de Ismael que Esteban no se encontraba en el campo

Como hiciese notar en voz alta esta falta, un soldado se apresuró a decir

—Ha de estar en la avanzada

—No —repuso otro con acento de seguridad— Para mi cayó prisionero en el camino

—¿Lo vio usted?

—¡Lo vide! Montaba un lobuno medio potro que rodo en el entrevero, en las encajaduras de carretas Pudo montar otra vez Pero los "mamelucos" hicieron rueda y al juir se lo llevaron en el borbollón como guasca lechera, cuando el teniente era apartao por el capitan Dejó el sombrero y aquí está!

El soldado efectivamente, enseñaba a más del suyo otro que llevaba colgado sobre el dorso, cogido al cuello por el "barbijo" Era un chambergo negro

—Es el mismo — observó Luis María ¡Pobre Esteban!

—Por saber lo que aquí pasa, lo han de llevar vivo

—A mas el negro es de linda pinta — añadió un tercero

Esta noticia contrarió bastante a Berón en los primeros momentos, pero la sociedad del fogón lo distrajo

Ismael estuvo más comunicativo que otras veces con él, hizo una excursión al pasado en su estilo conciso, y después de esa expansion, como agriado por las mismas memorias, se recogió grave y huraño sumiéndose en un silencio profundo

Así que Luis María se retiró, asaltóle de nuevo el recuerdo de Esteban Esta vez sin embargo no fue para aumentar su aflicción

Llegó a creer que aquella pasajera desgracia, porque tal la consideraba, podía serle de utilidad siempre que el negro se desempeñase con el ingenio de que había dado pruebas en muchas situaciones delicadas ¿Quien mejor que él podía servirle de intermediario con su familia? Acaso lo volviesen a su antigua condición de esclavo, bajo otros amos Pero lo mas probable era que lo obligasen al servicio militar como a tantos libertos, dado que había revistado en filas y poseía aptitudes necesarias

En estas y en otras cosas iba pensando, camino de su 'rancho", que le había sido hecho por un soldado de Ismael, proximo a la loma, cuando una sombra se interpuso y oyó una voz conocida que lo interpelaba, — la voz de su jefe

La noche había caído oscura, y proseguía mas densa la llovizna acompañada del viento recio

Luis María contestó

—¡El mismo, comandante!

—Pues si no lo rinde el sueño —repuso Oribe—, véngase un rato a mi vivac Hablaremos tranquilos no hay novedad en el campo . Los "mamelucos" se han ido lejos

—Seguiré sus pasos, mi jefe

—La claridad del fogón es buena guía ¡Vamos derecho por la falda!

Luis María marcho detras

Por un instante sólo se sintió el ruido de sus espadas en las vainas y el trinar de las espuelas Después todo quedó en silencio

XVIII

SOLO Y LIBRE

Ya en el vivac, que estaba cerca del cañadon y de una isleta de sauquillos, Luis María notó muchas sombras que se movian por las inmediaciones y que ora se acercaban al fogon o se alejaban, como vigilando Cuaro andaba por allí a pasos lentos, taciturno Los "tapes" de Ismael en grupo atizaban el fuego, volvian un asador con medio cordero ensartado, y cebaban "mate" Jefe y ayudante pusiéronse al abrigo bajo un "ranchejo" bastante espacioso para los dos

Oribe, que conocía bien a la familia del joven patriota, y tenia de este una idea elevada, solia explayarse con el sobre lo que interesaba a la causa sintiéndose complacido ante los arranques de su entusiasmo y de su fe Creia que aquel mozo era de un molde nada comun por su caracter, la solidez de su criterio y la abnegación extrema que revelaba en las horas del peligro, y de este concepto partia para estimarle de veras y reposar tranquilo en su lealtad

Explícase así la razon de aquella carga valerosa que en la tarde se llevó a los paulistas cuando estos hicieron a Berón prisionero.

Ahora el comandante sentia una gran satisfacción, y recordando el episodio deciale

—Acaso hubiese usted deseado llegar al recinto aun que fuese en esa condición después de tanto tiempo que no ve a sus padres, pero nosotros no queriamos perder a tan excelente compañero

—¡Gracias mi comandante! — contestó Luis María Aquel anhelo por ardiente que sea nunca igualaría al que tengo de contribuir con todo lo que soy al triunfo de nuestra causa

—¡Ya lo sé! Hemos de conseguirlo con la ayuda de los que así sienten, y del tiempo Ya la obra va tomando forma Seguimos recibiendo elementos de guerra, nuestra venida no podía ser de más provecho Sin embargo, una parte del plan ha fracasado

—¿De qué se trataba, señor?

—De atraernos cierto contingente de tropa, en el que revistan algunos orientales La imprudencia de un sargento descubrió la trama, sospechada antes sin duda por Lecor, a juzgar por lo ocurrido hoy La salida de esa columna, su alto en el saladero, sus vacilaciones y su retirada en presencia de nuestro pequeño grupo indican la desconfianza de sus propias fuerzas A pesar del incidente desgraciado de que hablo, esta en nuestro interés el seguir fomentando la desmoralización en los cuerpos que defienden el recinto, siquiera sea para que el espiritu de nuestros amigos se levante, cuanto se relaje la disciplina del enemigo y podamos conservar la superioridad adquirida

—¿Y es posible hacer eso de un modo practico?

—Todo consiste en disponer de dinero Ya lo han dado en Buenos Aires, también algunos en Montevideo, y no sé hasta que extremo nos seria licito llegar en exigencias de esta naturaleza Preciso es, no obstante sin el dinero no se mueven moles

—Así es, — repuso Berón lentamente, como absorbido por algún cálculo mercantil Dinero Es la fuerza motriz, el secreto de vencer las resistencias sórdidas!

—No ignora usted, —prosiguió el jefe— que estamos rodeados de peligros En este mismo campo hay de qué sospechar

—¡Sí, comprendo!

—De ahí que redoblemos la vigilancia Nuestra causa es como un buque entregado a vientos adversos Si el Brasil fuese vencido, habríamos alcanzado el puerto para embicar en seguida en la anexión

—Verdad

—¿Y qué otro remedio? La misma fuerza de las cosas así lo determina Ya se esta en las preliminares de la formación de una junta de gobierno y de la reunión de una asamblea que declare la independencia de la provincia y su incorporación a las del antiguo virreinato La autonomía completa sin reatos ni compromisos, el país solo y libre, tal como lo soñamos los que mantenemos la lucha, es una ilusión hermosa que se desvanece a poco de medir el alcance de nuestro esfuerzo

—Cierto, también Pero quien sabe, comandante, si al fin de esta que parece muy larga jornada resulta que ninguno de los poderes rivales se quede con el cardo

—Cardo es, y muy espinoso en efecto — replicó riéndose Oribe En este caso quedaríamos únicos dueños del terrón ¿Quién podría negarnos ese derecho después de regarlo una vez más con nuestra sangre? Pero no podemos saber lo que ha de ocurrir en definitiva Tenemos por delante un campo que ha de sembrarse primero de combates, acaso de catastrofes, nadie puede adivinarlo! Por el momento nos preocupan las cosas pequeñas esas que acompañan siempre a las grandes y las traban, sin que lo evite el más previsor

—Piedras en el camino La mano militar puede disminuir sus efectos, comandante

—Se ha de hacer sentir cada vez que sea oportuno La fuerza tiene su razón respetable cuando esta al servicio del derecho Estas cosas pequeñas a que me refiero tendrán su término

—¡Lo creo, señor!

Y luego, como luchando con una preocupacion dura y tenaz de su espíritu Luis María siguió diciendo en voz suave, pero llena de unción

—El país solo y libre ¿Quimera? No hay duda que por ahora es un problema el de la independencia absoluta Somos pocos y pobres, esos pocos, desangrados ¡Pero cuántos sacrificios! Bien valían ellos una autonomía completa

El país pequeño, poblacion reducida, rivales poderosos que se lo disputan, todo eso es cierto Sin embargo, mañana Vea usted, mi comandante ¿No hay aquí grandes riquezas inexplotadas, aparte del pastoreo y de otras industrias que darían envidia a los mas fuertes el día que salieran a la superficie?

¿No hay pasion por la tierra, lujo de valor y de heroísmo no hay conciencia de lo que se anhela de un modo constante? Yo he soñado alguna vez que esas riquezas eran descubiertas, que el país se henchía de vida y que venían de otros lejanos a sus puertos numerosas gentes, que se esparcían luego a la orilla de sus rios sin semejantes, sembrandola de ciudades orgullosas Y veía en sus campos feraces llenos de luz y de verdor eterno, treinta millones de toros, en sus canales escuadras enteras con todas las banderas del mundo, un mar de espigas y de viñas en sus vegas, emporio de comercio en sus playas admirables, solidaridad nacional, leyes justas, historia gloriosa,

culto por los mártires y los héroes Era mi sueño, no se ría usted, un sueño acaso de niño, la ilusión enardecida al calor de la sangre, exagerada por la fiebre de los grandes y queridos amores ¡Yo bien sé que es sueño! Me halaga, por eso vive en mi memoria Cuando usted me habló de cosas pequeñas, de esas ambiciones personales que se agitan, de esas felonías que se traman entre algunos que aceptan la lucha como un medio de primar, no pudiendo conjurarla o deprimirla por completo he vuelto a la realidad y pensado en un porvenir de aventuras

—¡Sí, todo lo que usted ha dicho es hermoso, pero nada mas! El encanto se desvanece con solo pensar en lo incierto de nuestro destino Y si del presente seguimos hablando, si concretamos hechos convendrá usted en que estamos muy lejos de ese ensueño patriotico Parte de nuestros elementos responde a medias

—Me consta, comandante El brigadier Rivera ha tomado a pecho el papel que le obligan a desempeñar, seguirá en el movimiento mientras abrigue la esperanza del predominio por la jerarquia y se saldrá de él cuando así se lo aconseje su interés Esta eso en su índole y en sus hábitos será heroe si así lo quiere, o "matrero" taimado si se encona Calderon conspira aquí en este mismo campo Sus dragones preparan cazoletas

—No han de dar chispas las piedras — repuso Oribe con acento tranquilo Tenemos que esperar un poco, horas tal vez Pero ¡Estas son las cosas pequeñas! Para fortalecer la accion se va a constituir un gobierno

—Como se proyectó en tiempo de Artigas

—Se va a elegir una asamblea que designará delegados al congreso

—La fórmula de Artigas, que fue repudiada

—¿Qué quiere usted significar con eso?

—Que los medios son únicos y se repiten y que ahora se piensa como entonces por la ley de la nece sidad ¿Daran al presente mejores resultados? Nosotros los aceptaremos en nombre de la causa Otros, quizá no

—Es posible Habrá entonces que imponerse para la suprema salvación!

En tanto así hablaban, la noche hacía camino A altas horas la llovizna empezó a ceder y a aclararse un poco el cielo Lucían algunas estrellas

Luis María se despidió de su jefe, diciéndole al irse

—Voy a escribir a mi padre, apenas venga el dia

Aquel le oprimió en silencio la mano

Berón se fue a su vivac

Una vez a cubierto, descalzóse las espuelas y se acosto vestido echandose encima el "poncho" de paño

No pudo dormir bien Tenía dolorida una parte del cuerpo, la que sufrió el peso del caballo en la caida en la loma Una especie de sopor invadió su cerebro durante largo rato, y aquello que no era vela ni sueño reparó poco sus fuerzas

Divagó horas enteras su mente sobre temas confusos, en los que se entremezclaban los recuerdos de familia el nombre de Natalia balbuceado varias veces por sus labios, la idea de la fortuna que él nunca había acariciado con ardor en sus tristezas, unido al amor de la causa, los mirajes extraños de un presente lleno de peligros y de un porvenir preñado de tormentas Sus pasiones cerebrales de consuno con el

malestar físico le hicieron sufrir, al punto de obligarle a abandonar el duro lecho antes del alba

Arregló sus ropas ligeramente, fuese al cañadón, donde se lavó de un modo minucioso, y después de esto se sintió bien despejado, ágil, dispuesto a los fuertes ejercicios de costumbre

Volvióse a su "rancho", y allí tendido boca abajo, se puso a escribir, cuando ya se anunciaba serena la mañana

Una carta era para sus padres, otra para Nata

En la primera tuvo el pulso firme, seguro, en la segunda trémulo Los afectos del hogar hablaron sin reservas, el amor, con miedo ¡Qué lenguaje, sin embargo lleno de sinceridad y de ternura!

Releyó, enmendó, volvió a escribir con una pluma oxidada que cogía a cada instante pelos, con una tinta revuelta en su frasquillo por el continuo vaivén del tubo de metal que lo encerraba, y en un papel tosco, moreno, como fabricado con corteza de "molle", y con tantas arrugas que parecía piel reseca de cabritillo

Al fin concluyo, la encontró aceptable, doblóla con cuidado y le puso cubierta, encerrándola luego bajo la de la otra, y despues en el bolsillo más oculto de su casaquilla

Sentía un grande alivio Sus padres, Nata, sabrían de él Tenía derecho a una contestacion más pronta que antes, ahora que las distancias se habían acortado y que la comunicacion era más fácil con el empleo de medios ingeniosos

¡Cuánto anhelaba una respuesta! ¡Oh! su madre, que era tan buena no podia haberlo olvidado, debía amarlo como en otro tiempo, cuando a la menor dolencia acudia solícita y le curaba con sus besos mas que con las drogas haciéndole creer que eran así todos los amores — acendrados, profundos, perdurables.

XIX

DEL VIVAC A LAS CACHIMBAS

Salía con ánimo de aproximarse al fogón de Ismael, cuando el teniente Cuaro se presentó a caballo, y sin apearse díjole

—Te convido a venir conmigo a visitar las guardias Por allá tomaremos "mate" Puede ser que al pasito y a lo zorrino entreveraos con los ñanduces nos pongamos a tiro de pistola de los muros para bichear ¿No te gusta hermano?

—Sí, me agrada teniente Pero antes tengo que ir a recibir ordenes del jefe

—No tenes que hacerlo El acaba de montar, y no sé donde va Me dijo que te convidase a vigilar las avanzadas

—Entonces vamos

Montó a caballo al momento y partieron

Ya fuera de vivacs pasaron lejos el cañadón en una de sus curvas hacia el este, traspusieron un pequeño llano y una "cuchilla" y bajaron al trote a la planicie arenosa en donde brotan diversos manantiales que dan alimento a un estero lleno de cortaderas y totoras

El sol se levantaba algunas líneas sobre el horizonte bañándolos de frente con una luz sin ardor que arrancaba reflejos pálidos a las infinitas gotas de la llovizna de la noche, colgantes de los cardos y de las "chilcas" En el campo veíase dispersa una "caballada" de la tropa, mas lejos dos o tres carretones con

sus pértigos en tierra, y junto a ellos otras tantas mujeres que atizaban fuegos hechos con troncos de un sauce, a la izquierda un "rancho" sobre una aspereza del terreno en plano inclinado como enorme terrón que parecía desplomarse al valle, al lado opuesto un corral de palos a pique unidos, detras de una sucesión de lomas la línea azulada del "mar dulce" donde busca su confluencia con el océano

Los dos jinetes sin salir del trote, llegaron pronto hasta el sitio de los carretones

Notando Luis María que uno era de víveres, echó recien de menos su bolsica con monedas que los "mamelucos" le habían arrebatado en los cortos instantes que estuvo prisionero

Pero Cuaró le dijo que no se diese cuidado por eso

Una de aquellas mujeres vestía de "bombacha" gris y "poncho" de paño burdo, un sombrero de paja gruesa con barboquejo, bajo el cual se alcanzaba a ver un pañuelo a cuadros amarillos y rojos con que ceñía bien al casco la cabellera Estaba descalza, y eran sus pies pequeños, regordetes y duros, poco sensibles a la escarcha y a las breñas, a juzgar por la rapidez con que iba y venía transportando leña

Otra llevaba chiripá a listas perfectamente aliñado, medias de lana cruda y encima botas de piel de puma con su pelaje dorado Una blusa larga le resguardaba el tronco, plegada por un cinturón de soldado de cuero negro con hebilla de bronce, a mas de un vichará a bandas blanqui-negras cruzado por el hombro, y cuyos extremos ceñía un "tiento" sobre la cadera izquierda

El cabello formábale fleco muy negro sobre la frente y sienes, aumentando su largo en gradación hasta la nuca, donde caía lacio, abundoso y brillante como el

de un mocetón cambujo Sin duda había sido cortado a cuchillo y sin ningun esmero, pues uno que otro mechón le caía largo ya sobre la mejilla redonda y carnuda, ya más abajo de la oreja chica y muy ple gada al cráneo Un sombrero de panza de burro colgado a la espalda por el barboquejo puesto a modo de collar, y un pañuelo de algodón cruzado a la garganta, completaban la vestimenta de esta bizarra moza que no cifraba en los veinticinco años

Tenía los ojos color del pelo, las caderas amplias, las manos cortas, macizos los brazos, la boca de labios hinchados y encendidos, un lunar oscuro en la barba, el aire desenvuelto y atrevido

Veíasele detrás de la oreja un medio cigarro de hoja de Bahía a manera de cañoncito en su cureña, y en el pliegue del pañuelo dos flores de junquillo de una fragancia sutil y capitosa

Fue ella la primera en venir al encuentro de los jinetes, acercándose al teniente con desenfado

Cuaró se sonrió, y guiñó el ojo a Luis María En seguida dijo

—Esta es una guena muchacha de apelativo Jacinta, muy amiga mia

Ella miró de lado, algo torcida a Berón con gesto de curiosidad, y luego se cogió con una mano del "fiador" del caballo de Cuaró, diciendo con una voz ronquilla

—Apeate, indio Hay mate y galleta

—Al forastero se le brinda — repuso Cuaró Te presiento al ayudante María

Berón no pudo menos de reir Nunca habia logrado que su compañero le designase por su verdadero nombre de pila Cuaró se había aferrado al término medio. le llamaba simplemente *María*

Jacinta se volvió siempre a medias hacia el joven, lanzóle de nuevo una ojeada vivaz, y contestó

—Tanto gusto en conocerlo . ¿Por qué no se baja?

Manee el tostao y alleguese, que para todos alcanza

—Sí Vamos a bajar un ratito a despuntar el vicio — dijo Cuaró

—Es que pueden merendar un poco el fuego esta lindo, la caldera caliente Aura verán que les arreglo una tortilla

Mientras ellos se sentaban sobre dos cueros de carnero al lado del fogon, Jacinta se fue y regresó pronto con un huevo de avestruz que venía horadando en el casquete cónico con el mango del cuchillo

La otra mujer, de ojos verdosos y una nariz llena de pecas grises como si un montón de avispas la hubiesen picado, seca, adusta, de muy pocas palabras, cebaba el "mate" pasándolo por turno a los visitantes

Jacinta puso el huevo al rescoldo, echándole por la abertura algunos granos de sal gruesa y brisnas de una hierbilla verdi-negra que traía junto con el saquillo de la sal En tanto preparaba un palito para revolver la clara y la yema a fin de que con el calor no se hiciesen un engrudo, decia contenta

—Desimulen que no les obsequee más que este guevo de ñandú, porque no han traído carne todavía Ya verán que sabe bien y es cuasi mejor que el de pato y el de ganso cocinao asina

Y como empezara a crujir la cáscara al ardor de la leña, se apuraba a agitar la varita como un molinillo levantando la punta hacia arriba para dar lugar a la cocción lenta

Despues contemplando a Luis María con el rabillo del ojo destellante, y un aire picaresco, añadía frunciendo los rojos labios

—Con que este mozo se llama María ¡Ya se ve que no ha sido criao a monte por la estampa ¡De montre de brasas! Se quieren untar de guevo Pero se ha de asar al antojo, por lo mesmo Agapita ¡arrempuja ese tronco a aquel costao mujer, que no parece sino que te han metido una estaca en la boca!

—¡Hum! — replicó la aludida, agria y chúcara ¿Para que queres acoyararme? con tu labia basta

Y desparramo las ramas con los dedos

Luis Maria observaba atento la escena, los tipos de las dos mujeres, sus vestidos varoniles y especialmente aquellas botas de cuero de puma concolor que cubrían hasta la mitad las bien torneadas piernas de Jacinta

Esta por su parte, solia mirar al joven cuando él se quedaba como absorbido en una preocupacion, y luego a Cuaró con los ojos muy abiertos Acaso comparaba, tal vez la llenaba de extrañeza aquella cabeza rubia de finos perfiles asentada con energía en un tronco de hombre fuerte en su albor de juventud Sin duda no era "criao a monte" Por lo mismo podia ser de aquellos a quienes voltea de un salto el caballo, cuando vuela de pronto una perdiz

Callate — murmuró Jacinta, contestando de pronto a Agapita, y muy empeñada en su obra Voy a servir a los hombres esta tortilla Pueden comerla sin recelo porque el guevo es fresco, de una nidada que encontré ayer de tardecita junta al bañao Vaya, mozo! Ya tiene salmuera

Y lo puso entre dos leños, al alcance de Luis María y de Cuaró

—Lindo está — dijo el teniente Acarreá galleta, Jacinta

—Ya truje

Y sacó dos de un bolsillo de la blusa, duras como piedras y ornadas de un ribete de verdín

Ellos las encontraron sin embargo muy sabrosas, al igual de la tortilla confeccionada dentro de la misma cascara

Concluida la merienda, Luis María declaró que se había desayunado como un canonigo y que Jacinta entendía bien las reglas del arte, — lo que dejo a oscuras a la moza, y en tinieblas se hubiese agitado un buen rato, si Cuaró no la habla con su calma inalterable en estos términos

—Alcanza el "chifle" china para remojar

Jacinta se apresuró a extraer del seno, debajo del "vichará", un medio cuerno de buey lleno de anis, y provisto de un corcho en la embocadura

Cogiólo el teniente y se lo puso destapado cerca de la boca a Luis María, quien sin escrupulos sorbió un trago

En seguida él se lo empinó, trasegando sin ruido Limpióse los labios y devolvio a Jacinta el "chifle" con un visaje

—No es tan juerte — dijo ella echándose un traguillo y pasando el cuerno a Agapita

—Orejano ha de ser — repuso Cuaró

—¡Si es de tu marca, indio!

El teniente se echó a reir

Levantóse desperezandose con los brazos en alto, dio un brinco con las piernas tiesas, y luego a pretexto de seguir desentumeciendose, púsose de un saltito junto a Jacinta y le hizo cosquillas en el seno

Sacá esos dedos — dijo la moza toda llena de risa nerviosa Parecen nudos de "tacuara"

Cuaró pellizcó un instante concienzudamente, y revistiéndose de formalidad después, dirigióse a Jacinta en estos términos

—Mirá amiga vas a tratar siempre muy a su gusto al ayudante porque es mi compañero, un mozo de alma que vale aunque yo le lave la cara asina a boca de jarro

—¡La tiene bien limpia! — exclamó Jacinta, contemplando a Berón con un aire humilde He de servirlo en lo que mande

Luis María que estaba serio, agradeció todo, y como se dispusiera a la marcha, saludó a Jacinta, diciéndole que no olvidaría su agasajo

Agapita amorrada siguió junto al fogón tomando "mate aguachento" hasta hacer sonar la "bombilla"

Ya sobre los lomos, Cuaro saludóla así, calmoso

—¡Adiosito "tambeyua"!

Como si la hubiesen hincado en la nuca, Agapita se irguió colérica contestando

—¡Mira el "quirquincho"! Andá, zafao

El teniente picó espuelas riéndose, al punto de echarse una y dos veces sobre el cuello de su montura

Era la suya una risa de niño tan espontanea e ingenua, que Berón no pudo menos que admirar aquel organismo poderoso tan imponente en la lucha, tan sencillo en los afectos

Y acabando de reir dijo Cuaró

Las dos muchachas son muy guenas .

Jacinta se le juyó a Frutos, y aura no más, no quiere cabrestearle a Calderón que al ñudo la anda requebrando Es muy de a caballo y guapa cuando pinta

—¡Ya me figuro!

Caminaban por una loma desierta, en dirección a la plaza

A un flanco, como a media milla, cerca de un edificio arruinado, distinguíase un grupo de hombres y caballos Los primeros estaban reunidos a un gran fuego que lanzaba vertical una larga humareda Varias lanzas con banderolas se veían clavadas en redor como enormes y derechos tallos de caña con sus penachos de hojas puntiagudas en desfleco

Cuaró extendió el brazo hacia el grupo, murmurando casi entre dientes

—La guardia del capitán Melendez y el alférez Piquemán

—Spíkerman será, teniente — observó Luis María sonriéndose

Cuaró encogió un hombro, replicando

—Lo mesmo es

Al lado opuesto, pero más lejos, divisabase otro grupo próximo a un "ombú" que alzaba su redonda copa sobre las colinas dominando el campo a gran distancia

—¡Lindo bichadero! — exclamó el teniente A lo pájaro se columbran de arriba hasta los buques

Es la guardia del capitán Sierra

En la zona del frente, a más de una milla, movíanse algunos hombres a caballo Algo adelante lucían como fugaces relámpagos, y oíanse después detonaciones aisladas, que eran disparos de carabinas

—La avanzada del capitan Manuel — dijo Cuaró

Y enderezó el caballo hacia la costa, guiando a su compañero

Luego moderando el trote ante las rugosidades del terreno, volvió a tomar el rumbo del recinto fortificado.

Las lomas a la derecha reducían en extremo el campo de la visual; a la izquierda se extendía la playa llena de rumores con su olaje de ligeras espumas.

Sobre las aguas de un azul sombrío, vagaban las gaviotas de pico negro y pinzas rojas en desfilada mojando el extremo de sus alas.

A lo largo de la costa se sucedían en serie los grandes peñascos con sus trechos de explanadas arenosas, y entre esos riscos y las colinas corría un sendero culebrino escondiéndose tan pronto detrás de las piedras y malezas como enseñando en las alturas su huella angosta y amarillenta.

Los dos jinetes precipitaron la marcha por ahí avanzando mucho terreno.

Luego repecharon una cuesta, deteniéndose en lo alto para inspeccionar con una mirada atenta los contornos.

Habían dejado detrás las guerrillas, hacia el costado derecho.

Cerca de una milla delante descubríase el cinturón de granito que rodeaba a la plaza, con su gran broche de baluartes a tenaza y ángulos flanqueados, llenos de cañones, el campanario de la iglesia matriz y su cruceta de hierro, uno que otro mirador disperso con sus tejados verdi-negros a modo de palomares, y el casquete del cerro en el fondo como el morrión de un coloso.

A poca distancia de los jinetes en un vallecico muy verde, veíanse diseminadas con sus bocas a flor de tierra varias "cachimbas" de aguas quietas en cuyos fondos se alcanzaban a percibir los guijarros y las arenillas como a través de un vidrio color topacio.

En dos de esas "cachimbas", echadas de bruces, lavaban ropa dos negras viejas con sus cabezas bien

envueltas en pañuelos de algodón unidos por los extremos en la mollera.

Sin perjuicio de restregar las ropas sobre una tabla que formaba como diámetro de aquellas bocas circulares, sorbían y devolvían por sus anchas fosas nasales el grueso humo de unas pipas de yeso bien repletas de tabaco negro.

Las dos conversaban con mucho calor, cuando la aparición de los jinetes las dejó en suspenso.

Abandonaron por un momento la tarea, sentáronse sobre los talones, y miraron — retirando de los labios los "cachimbos".

A poco de observar con grave atención a los recién venidos, una de ella se persignó lentamente y uniendo luego las dos manos exclamó llena de asombro:

—¡Ave María purísima!

—Sin pecao concebida — gruñó la otra.

—Si me parece el niño Luis que estoy mirando, ¡por Dios Santo!

Beron contemplaba en ese instante a Montevideo, y de tal modo tenía allí puesto los ojos cual si buscase por encima de los muros en las mas altas azoteas alguna sombra amada, que las voces del llano no llegaron a su oido, ni llegado hubieran, si el teniente no le previene que una de aquellas lavanderas le hacía señas.

La negra empezó a hablar en voz tan alta poniéndose de pie, que Luis María no tuvo que hacer grande esfuerzo para reconocerla.

Experimento una emocion de alegría que no puso empeño en dominar, bajando a gran trote la cuesta.

—¡El mismo soy, mama Nerea! — dijo con acento cariñoso, ¡Qué suerte el encontrarla! Va a hacerme usted un servicio cuando yo creía imposible el

medio de salir del paso Vea usted! Aquí tengo dos cartas que ansío mucho lleguen a su destino, que son para personas queridas que acaso se acuerden de mí ¿Ha visto usted a mis padres, Nerea?

—Si, niño, estan buenos ¡Virgen bendita! Mírenlo como viene de quemao El servicio que quiera aunque me afusilen! El ama va a tener un gusto como nunca así que le cuente esto que me está pasando

Así es Pero ahora Nerea, el tiempo es corto, tenemos que regresar y pídole me escuche ¿Como va a llevar usted estas cartas? Yo temo mucho que se apoderen de ellas

La negra se calló de súbito con gesto muy serio, y púsose a mirar a todos lados como si buscase un medio de solucion

Y poniéndose un dedo en la boca, dijo luego bajito

—¡Démelas, niño, yo sé! Todos los días entramos y salimos por un portillo en la muralla donde hay poca vigilancia Registran ahora, pero una nadita A las negras viejas nos dejan pasar sin poner mucho el ojo, como que lavamos ropa de los oficiales ¡Ya verá, niño! ya verá, su mercé

Esto diciendo, Nerea se desataba el pañuelo de algodón que cenía su cabeza, — un craneo achatado en el frontal y saliente en el occipucio, cubierto en parte por "motas" blancas tan nutridas aún, que bien podian ocultarse dos cartas debajo del vellón

Luis Maria comprendió, y haciendo con su correspondencia varios dobleces hasta reducirla al mínimum del volumen posible, la introdujo entre las "motas", de manera que no se descubriera a simple vista el engaño

—¡Ahí está! — exclamó la negra pasándose una y dos ocasiones la callosa mano por el cráneo, subdividido en isletas y ranuras Ahora se aprieta fuerte el pañuelo en muchas vueltas y se ata en el medio ¿A que ningún "mameluco" encuentra la gueva, niño?

—Así ha de ser, Nerea

—Ya no hay mas que irse, si su mercé no tiene otra cosa que mandar Enjuago esa camisa que está ahí sobre el tablón, ato la ropa seca, guardo el jabon y el añil con todo lo demas, allí en ese "rancho" viejo de mi compadre Guma, me pongo el bulto en la cabeza, y adiosito! . En un ave maria estoy en el pueblo, niño, y en una señal de la cruz en casa del ama, junto que llegue la oración ¡Por la virgen purísima! ¡Qué cosas me estan pasando bendito sea el Señor!

Y la negra toda nerviosa, púsose a arrollar las ropas, dejando caer el "cachimbo", en tanto Cuaró, inmóvil en la loma, decía a su compañero

—Es gueno volver hermano Ya comienzan a alborotarse los que estan en el saladero de adelante, y nos van a cortar.

—Cuando guste Adiós Nerea

—Que la virgen lo ayude a su mercé Pronto, niño, mire que estos "mamelucos" no son de fiar!

Ya Berón no la escuchaba, pues había traspuesto con Cuaró la loma y descendía al sendero de la playa

Todavía Cuaró escaló la altura una vez más, y al bajar dijo

—Una partida grande corre para el campamento, a media rienda ¡Vamos a emparejar!

Y arrancaron a toda brida

En efecto, un grupo numeroso de jinetes se dirigía al campo de Oribe, pero no se oia un grito, y habían cesado las detonaciones

XX

LOS COTURNOS DE JACINTA

Llegaron al campo sin novedad alguna en su trayecto, después de un galope de media legua. Allí se informaron de la causa del movimiento producido en la línea, el cual no reconocía otra que la llegada de varios patriotas escapados de la ciudadela antes del alba. Aprovechándose de la confusión ocasionada por una de tantas alarmas diarias, especialmente después del repliegue de la columna descubridora, muchos prisioneros habían escalado la muralla y descolgádose al foso, diseminándose por las afueras a favor de las sombras. El más numeroso de los grupos encontró caballos en un "potrero", algunos de ellos semi enjaezados, pertenecientes sin duda a los guardianes de la "tropilla" y era ese grupo el que acababa de atravesar la línea entre vítores y aclamaciones.

Como si todo concurriese a alentar el esfuerzo de los revolucionarios, súpose también que otros amigos de causa habían llegado del exterior. De diversas localidades habían venido nuevas igualmente halagadoras, sobre otros desembarcos, encuentros parciales, levantamientos, una verdadera atmósfera de alegría y de bullicio dominaba el campo entre diálogos rumorosos y ecos de diana.

Luis María y Cuaró pasaron por el sitio de los carretones, en donde se detuvieron un momento para tomar un "mate" que les brindaba Jacinta.

Esta parecía también contenta, y muy al cabo de lo que pasaba. Lucíanle los ojos negros con un brillo

de loza fina, tenía la tez encendida, los labios más rojos, el pelo mejor peinado En realidad estaba hermosa, con esa hermosura agreste, selvática, que olía a flor de alhucema y a miel de "camoatí"

Ella les comunicó lo que sabía, y aun lo que se esperaba, añadiendo

—¡No hay apuro, por irse! Apeensé Tengo "churrasco" y un costillar al asador que me trujo el cabo Mateo de parte del cordobés!

Y se reía, mostrando una doble fila de dientes pequeños afilados y lustrosos como los de un niño, acompañando su expansión con un ademan de alto desden

—Yo no quiero que se vayan Bajense, pues No parece sino que les gusta el ruego

Cuaró que miraba a su compañero de reojo, reprimiendo una sonrisa maliciosa se apresuro a contestar

—Aura no Jacinta, pero luego ha de ser

En seguida, como recapacitando, reacciono, y dijo a Luis María

—Mirá, hermano es preciso comer a donde se encuentra, porque uno no sabe lo que ha de acontecerle cuando anda de "tapera" en galpon Apeate que yo vuelvo de aquí a un ratito

—El asao está listo — repuso Jacinta ¡lindo no más! Es una carne flor como la de regalo

Guiñaba un ojo con una sonrisa sardónica

—¡Viene del cordobés, indio! ¡apurao por merecer dende hace dias Jai! No faltaba otra cosa Y yo sé una que he de contarles porque corre priesa

Dirigiendose a Berón agregó

—Bájese a merendar, si tiene gusto, ¡no hay perros en la querencia!

Pensando que si bien era verdad que no había mastines bravos y sueltos, había acaso leonas allí, Luis María, que tenia apetito, no vaciló en echar pie a tierra Por otra parte sentía cierta fuerza de atracción en aquel vivac de los carretones, que le hacía agradable la permanencia

Tiró del cabestro y oprimio la mano a Cuaró que le prometia de nuevo volver

Cuando el teniente se fue, ella le tomó el caballo a pesar de sus protestas, lo condujo a un sitio apropiado quitóle el freno y ató el "maneador" a una estaca alli clavada Toda esta faena fue obra de pocos minutos

Luis María, que ya estaba junto al fogón, no dejó de seguirla en sus menores movimientos, no sabiendo que admirar más, si su práctica en tales tareas, o la bizarria de su figura de mocetona llena de bríos

Aquellas botas de piel de puma con pelaje, tan bien ceñidas al pie y a la pierna redonda   Nunca había él pensado en semejantes coturnos!

Sin engañarse, aunque de estructura y arte semi salvaje, las hallaba algo de interesante Le habían llamado la atención las botas de Cuaró aunque sabía que Cuaró era más que matador de tigres, y caíanle correctas al fiero lancero, con mayor motivo en Jacinta pareciale que entre sus pies estrechos y regordetes y las afelpadas zarpas de la leona, no podía haber gran diferencia

A juzgar, pues, por los extremos de plantigrado, las pasiones o los instintos que bullían en aquel tronco de amazona debían guardar íntima relación

Sus dientes blancos y filosos encajados en encías de un color de grana, se mostraban con amenaza, aun sonriendo El cabello muy negro algo crespo y reta-

ceado que ella sacudía cuando se quitaba el sombrero, semejaba una melena espesa aunque cuidada y luciente

Concluida su diligencia, volvió ella presurosa, atizó el fuego, movió el asador, del que goteaba a hilos la dorada pringue, fuese al carretón, tomó galletas y azúcar terciada, preparó otra vez el "mate", lo "cebó", y presentándoselo a su huésped, dijo

—Desimule si no está a su gusto mozo

—Muy bueno he de encontrarlo, Jacinta, mas cuando pienso que esta suerte mía no la tienen muchos

—¿Qué suerte, dice?

—La de que usted me lo brinde

Refregóse ella las manos, bajó la vista al suelo y se quedó en silencio

Se había sentado en un tronco cerca de él, con la caldera al alcance de la mano, cruzado un pie con el otro

Alguna vez aspiraba fuerte los junquillos, ya mustios, que se conservaba en un ojal de la blusa, y lo miraba de lado de un modo fijo y sombrío, huraño, persistente

—Lo que siento Jacinta, es no poder retribuir sus agasajos como yo quisiera, puesto que usted no puede dar de balde lo que a usted le cuesta

Hizo ella un gesto de enojo, pero reprimiéndose respondió con acento grave

—¡Qué me importa!

Y después, poniendo en los del joven sus ojos siguió bajito

—Es mi gusto Si no juese asina, no estaría usted ahi

—¡Gracias!

Luis María cogió la caldera para poner agua en el "mate" y pasárselo pero Jacinta se lo quitó y siguió haciéndolo ella

—A otros más pintaos, cuasi puedo decir, les he permitido pero a usted no Yo estoy para servirlo

¿Y usted es de Montevideo? —preguntó en seguida con vivacidad

—Sí Jacinta, de allí soy

—Ya se ve ¡cuántos habrá que se acuerden de usted! ¡Qué lastima andar siempre lejos y entreverao con tanto matreraje!

Mire, algunos son buenos, pero hay otros que ni para atusarlos

Voy a decirle Frutos y Calderón se rascan juntos El cordobés siempre jue con él como guasca lechera ¿sabe? ¡Yo los conozco mucho y a mí no me vengan con retobos ni con pialadas! Frutos se afigura que naide le pisa el poncho y que él sólo manda porque despues de Artigas no hay otro, y a mi mesma me ha dicho que si lo agarraron jué por engaño, que los ha de arrocinar a todos porque él se duebla y no se quiebra, y que cuando menos se piensen los va a hacer andar como avestruz contra el cerco ¿Oye usted?

—¡Sí, y bien que escucho! —contestó Berón un tanto sorprendido

—Pues el arrastrao del cordobés quiere mas que eso, anda en trato con los de adentro y ha prometido matar a los mejores de aqui de una noche para otra

—¿Es posible Jacinta?

—¡Oh, sí! Tan verdad como esa luz que alumbra

Y acentuando una a una sus palabras continuó

—Yo sé bien lo que pasa sino, no diría nada El cabo Mateo de la gente de Calderón, me ha contao

todo para que me juese al campo de su jefe, de quien me trujo esta carne Yo no quise Entonces dentró a hablar para asustarme, le retruqué, me reí de el y del otro, y el hombre comenzó a descubrirlo todo muy serio, por ver si yo entraba a afligirme y a dirme con el carreton ¡De adónde! Lo inqué un poco, por sacarle lo que guardaba, y no tardó en decir que su jefe tenía ofertas muy grandes de Lecor, que aqui el mas ladino era Oribe y no don Juan Antonio, segun lo habia asigurado Frutos, y que cayéndole a Oribe, Frutos habia de acabar por ponerle a don Juan Antonio "pie de amigo", y arreglarlo todo sin mas quebradero de cabeza Ultimamente habló de que nada faltaba para el baile, porque hasta musica habia de venirles de la plaza ¿Qué le parece? ¡Vaya viendo!

Cuando Frutos jugaba en la tienda hacía burla de todos, decía que ninguno valia más que una onza de las que echaba en la carona, y que nunca habia de consentir que lo ladeasen, aunque juese el Emperador mesmo porque el era dueño de todo! hasta del ultimo gaucho que entriega los ojos a los chimangos Los hombres habian de servirle en cuanto ordenase, las mujeres tenian que aficionarsele, porque sino ¡dele lazo! la plata era para él, que saberia repartirla sin que naide se quejase, y toda "doña" que pariese un hijo tenia que ser su comadre

Jacinta calló un momento para cambiar de lado el asador

Luis María había apoyado el rostro en sus dos manos y parecía absorto, con la vista fija en el fuego

Volvio ella a su asiento, y prosiguio con mayor locuacidad y acritud

—Calderon no se despegaba, como garrón al gueso Frutos le decía siempre ¡con este chicote he corrido

a los porteños! ¡Había de ver! ¡Se ganaban las onzas todas las tardes y se repartían las aparceras entre los dos como tabaco picao, lo mesmo que las vacas gordas y las "tropillas" ajenas, dentraban a los "ranchos" para averiguar cuantas mozas había, y si eran de carnecita, para qué! Se había de bailar hasta que rayase el sol cuando era un bautismo y comerse vaquillonas con cuero Lo mesmo cuando era un velorio El angelito se pudría de andar de un pago a otro, en las "casas" que tenían cuartos grandes donde pudiesen amontonarse los oficiales de dragones y armarse el "pericón" Después se iban al campamento llevándose a las ancas más de una prójima, que ya no volvia Al ñudo alguna madre aflijida pedia por Dios que le dejasen la más chica, se reían a reventar, diciendo que la más cara era la carne flor Se hacían los quiebros y comadreros, y donde quiera iban al destajo, peor que indios . Mire, yo me cansé de ir atras con mi carreton viendo tantas maldades, y los dejé una noche, a los pocos dias de caer Frutos preso

Esa tarde pasó usted cerquita de mí sin mirarme, muy tieso y amorrado —y entonces pregunté quién era esa estampa de nazareno con sable que iba montao en un overo rabón ¡Naide lo conocía, como que no era fruta del pago!

Aura ya sabe Si el cordobés se suleva, le va a poner el ojo como ayudante de Oribe, hay que dormir con el caballo de la rienda, que los zorros roban guascas y los tigres se comen hombres ¡Cómo a ladina no me ganan, yo les voy a ayudar a pialarlos lindo!

Al decir esto, los ojos de Jacinta centelleaban como dos ascuas, vivaces y bravios

Berón levantó la cabeza despacio y la miró atento.

Todo lo que ella había dicho no tendría nada de poético, pero sí mucho de verdadero Le hacía pensar

—¿Está usted en el secreto de lo que pasa, Jacinta? — preguntó

—Si, yo sé todo El cabo Mateo tiene que venir cuando llegue una mujer que mandan de adentro con cartas Esa mujer pasa la noche con Agapita, si no viene el cabo, y a ocasiones se va a donde Calderon con los papeles, para traer otros Yo les voy a avisar asina que estén aquí y antes que Mateo converse con la "doña" Pero aura veo que el indio se ha de haber puesto a sestear porque no aparece ¡Es un indino!

—No importa, Jacinta, yo le diré lo que ocurre, aunque él ya esta sobre aviso

Y ahora la dejo, pues conviene que hable con mi jefe sobre estas cosas tan disgustantes

—Es asina Pero ¡cuantas de éstas hacen! Usted no conoce la laya de alguna gente Son capaces de darle golpe a todos si ganan en la partida y de pasarse a la plaza en un repeluz, porque creen que los de adentro son de tiro largo y han de quedarse con la plata del juego

—¡Verdad! Eso han de imaginarse

Como Jacinta acercase el asador, clavandolo delante de él e invitándolo a servirse, el joven sintio que se reavivaba su apetito en presencia de una carne dorada que chorreaba delicioso jugo

Almorzó, pues, hasta saciarse, pero antes paso una costilla a la hermosa vivandera, cortada del centro, dejando otras en el asador al rescoldo por si aparecían Cuaró y Agapita

Jacinta dijo que Agapita había de traer listo el diente, pero que aun demoraría, pues ese día estaba

de lavado En cuanto al teniente, ella agregó el indio es muy gaucho y aonde quiera pega el tajo y merienda

Concluido el almuerzo Jacinta enfrenó el caballo de su huésped y se lo trajo del cabestro a paso lento

—Ahí tiene su bayo —dijo— Ya está por "despiarse", si no lo "desbasa" un poco

Luis María se sonrió

—Agradezco la advertencia y la tendre presente, Jacinta

Esta se sonrió a su vez

Y como él añadiese que tenia ademas que agradecerle todas sus bondades, ella dijo con acento suave, desentendiéndose

—¡Qué Dios lo acompañe!

Mirolo con ojos cariñosos, y quedóse de pie, mientras el joven marchaba

Todavia al trasponer la vecina loma, observó el jinete que Jacinta le seguía con la vista, inclinada la cabeza y los brazos cruzados sobre el pecho

Preocupado iba con las revelaciones recibidas, al punto de no interesarle mucho el tiroteo de la linea, pero la verdad es que a poco se siguio a la preocupacion formal otra risueña sobre las botas de cuero de puma concolor de Jacinta ¡Buenos coturnos para una diana cazadora!

XXI

AL RESCOLDO

Un viernes por la noche la helada cubrió los campos, que iluminaba la luna a través de un espacio de limpidez admirable.

El suelo blanqueaba en toda su extensión visible, desapareciendo bajo el manto de hielo el verde vivo de las hierbas y la negrura del lodo en los pantanos. De los arbustos semihojosos colgaban los gajos bajo el peso de una costra de cristales, y los que ya estaban desnudos parecían envueltos en redajas de frágiles hilos. El aire lastimaba al rozar las carnes como un latigazo finísimo, y de ahí los encogimientos y crispaciones de los caballos que, sujetos a la "estaca", permanecían con las cabezas quietas y las colas entre remos, sin triscar los pastos. En el "cañadón" la rata de agua solía cruzar el cauce en compañía de los patos silbones.

Algunas brasas brillaban en los vivacs, restos de fuegos encendidos con gruesos troncos traídos del monte de Carrasco de tiro a la cincha. Pero ya no se veía sino uno que otro bulto de distancia en distancia junto a las cenizas ardientes, sin duda de centinelas perdidas que vigilaban las cercanas lomas. Pasada era media noche. Una hora haría apenas que Luis María se había recogido a su tienda de ramas de sauce y tolda endurecida por el hielo. Estaba recostado, fumando. Cerca de la entrada había ardido un buen fogón, del que se conservaban algunos enormes tizones

Ráfagas tibias se introducían a intervalos en aquel refugio, sólo para hacer sentir con mayor intensidad la crudeza del frío que se colaba por los intersticios vivo y sutil.

No parecía sin embargo muy mortificado, pues se mantenía inmóvil, envuelto en su "poncho" Acaso existía mucho ardor en su mente, tanto como vigor en sus músculos Pero, el hecho es que, en cierto momento llamóle la atención un ruido leve de pasos a espaldas de su vivienda

Leve era, en efecto, ese ruido, el que pudiesen producir las zarpas enguantadas de un tigrino al sentarse sobre la capa helada

Se incorporó para escuchar mejor y cerciorarse, antes de abandonar su escondrijo inútilmente

Por un instante cesó el rumor de las pisadas Pero luego volvió a sentirse, ora lejos, ya cerca, hasta que resonó a la entrada al mismo tiempo que se proyectaba delante una sombra

—¡Soy yo, ayudante María! —murmuró una voz de mujer— Tengo que hablarle ahí adentro, que no oigan

El joven, que había reconocido a la que hablaba, le hizo lugar, diciendo con alguna sorpresa

—¡Entre usted, Jacinta! La habitación es bastante estrecha, pero yo me haré lo más pequeño posible

—No le hace Aonde quiera me acomodo sin petardear

Y se entró en cuatro manos, tendiéndose al lado de Luis María

—¿Qué ocurre, Jacinta? ¿Ya tenemos a la emisaria?

—Sí, por eso he venido . Manié el malacara por no alborotar.

—Entonces es preciso avisar de lo que pasa al comandante.

—¡No! El ya jué, y está calentándose en el fogón junto a los carretones. También hay tropa con el capitán Mael y el indio.

—¿Y la mujer emisaria?

—El comandante le sacó los papeles que traía debajo de la bata, y la puso presa en un carretón. ¡Está enojao!

—Me imagino. ¡Ahora mismo voy hasta allá, Jacinta!

—No, no vaya... El dijo que no había que mover nada del campo hasta que no raye el día, que todo estaba siguro, y que quería tener el gusto de desarmar él mesmo al cordobes cuando se pusiese a churrasquear en su fogon. Ha mandao que naide deje los "ranchos", sino a hora de siempre... La gente que esta en el "playo" vino de la guardia del ombú, y la hizo apearse hasta la mañanita.

Luis María notó que Jacinta venía inquieta, que algunos de sus estremecimientos frecuentes no eran causados quizas por el frio, pues en ciertos momentos parecía sufrir sobresaltos, incorporandose de súbito al menor ruido que se produjese en las proximidades del vivac.

En una de esas veces, se arrastró sobre sus rodillas y asomo la cabeza poniendo el oído con atención.

Luego, al recogerse, se acercó bien al joven con la cara ardiendo a pesar del cierzo, y le pregunto:

—¿Tiene usted las armas a mano?

—Si, estan junto a mí, prontas. ¿Por qué esa pregunta, Jacinta?

—¡Oh nada! Es bueno siempre. Mire: yo truje esta daga por si acaso. Hay "malevos" en el campo y puede antojárseles venir hasta aquí.

—No tenga cuidado por eso, que yo los recibiría como merecen —dijo Berón con lentitud, como si se diera cuenta de aquellos misterios—. Pero si Calderón se subleva no veo que le asista tan grande interés en sacrificar a un hombre que poco o nada significa, a no ser que tenga por lujo derramar sangre.

Jacinta lo miró de un modo intenso, murmurando bajito:

—¡No crea, yo sé! El cabo Mateo me preguntó anoche si yo conocía a un mozo alto, muy airoso, que era ayudante de Oribe, de apelativo... y si yo sabía dónde hacía noche, si tenía fogón aparte y en qué lugar del campamento. Le contesté que no conocía a naide de esa pinta. Pero yo caí en el ardite, y entré a averiguar haciéndome la poca alvertida para cuando era el golpe, y me dijo que de esta noche a mañana con el alba, que no estaba en lo firme, porque tenían que salir tropas de la plaza. Entonces pregunté porqué iban a matar aquel mozo, si él no era jefe. Respondió que había orden de adentro de no dejarlo con vida.

—¡Ah! ¿No añadió de quién podía venir esa orden?

—No dijo mas nada, usted ha de saber.

Luis María se sonrió con tranquilidad.

—No adivino, Jacinta. ¡En verdad que es raro! De todos modos, mucho tengo que agradecerle este servicio que me precave de una sorpresa.

Ella volvió a experimentar un sobresalto en ese instante, y sin desplegar los labios, arrastróse de nuevo hacia afuera mirando a todas direcciones.

Las formas correctas y llenas de su cuerpo agil y flexible, dibujaban bien sus contornos entre las amplias haldas de la manta que le servía de vestimenta Llevaba puestas las botas de piel de puma que le cubrían hasta la mitad las piernas y una "bombacha" de brin cuya blancura revelaba el aseo y cuidado de la persona, una blusa de paño azul ajustada al talle y un pañuelo de seda ceñido a la garganta

Asi que se volvió al primitivo sitio, pudo recien apercibirse Luis María que aquella especie de leona olía a junquillo y a aroma silvestre, y que esa emanación capitosa empezaba a embarazarle los sentidos

—¡Qué atrevimiento! pensara usted —dijo ella— Sin su licencia estoy yo aquí

—No la necesitaba, Jacinta, y menos para hacerme el bien que tanto me obliga..

—¡Qué obliga! Yo soy asina cuando tengo gusto, guitarra dura para todos menos para quien sabe tañerla

Deseos tuvo Luis María de decir que él la iba a pulsar entonces, pero aun se mantuvo firme, un tanto preocupado con lo que le estaba pasando de un modo tan extraño e imprevisto

Aquel interés en matarle, ¿de quién podía provenir? Su imaginación se abismaba

Luego hizo esta pregunta como confuso

—Y esas cartas ¿que dirán Jacinta?

—¡Ya se ve lo que han de decir! El comandante no conversó nada de eso Toma "mate" no mas, mirando al fogón A ocasiones se levanta y camina a prisa como para quitarse el frío

—Verdad que aqui dentro hacía uno intolerable, pero desde pocos minutos acá la atmósfera se ha templado, y parece esto un hornito

— a re ' —murmuro Jacinta— Tengo la car como fuego y aun los pies tambien se me calien an a la fija porque dan en los tizones

Y despues, siguio diciendo con voz cariñosa

—Que gusto de querer irse con esta helada grande, cuando no lo llaman todavía Si usted quiere yo me voy, señor ayudante María ¡Que nombre lindo! ¿Usted tiene madre? Porque si tiene, aura ha de estar llorando al acordarse de su rubio

Luis Maria se estremeció, y como ella estaba muy cerca acurrucada bajo el mismo poncho pues el que trajo lo había puesto tendido encima, llegó a sentir aquel temblor

—¡No la echo! —contestó Berón— ¿Por qué había de irse, ni yo permitirlo habiendo usted sido tan buena conmigo?

—¡Mirá No hice tanto!

Y suavizando cuanto podía su acento ronquillo, añadió como un arrullo

—¡No me trate tan formal!

—¿Y como quieres que lo haga, Jacinta?

—¡Asina! —repuso ella contenta, cual si hubiese merecido una caricia— Yo nada valgo, usted sí Por eso lo quiero distraer un poco, para que no cavile tanto

—Si yo no cavilo, Jacinta Pero aunque así no sea tengo mucho placer en que estés junto a mí, en oir tu voz amiga

Ella le cogió la mano, oprimiéndosela, y dijo

—¡Que gusto!

El se acerco mas, acaso sin pensarlo, por un movimiento instintivo, siguieron hablando bajito, estrechándose, y después ya no se oyeron voces

De vez en cuando chisporroteaban los tizones reventando en el aire alguna brisna ardiente La helada descendía siempre acumulándose en cristales sobre el techo improvisado, y el frio era intenso, la noche azul y transparente

Gran silencio reinaba en el campo Algún zorro en busca de lonjas de cuero lanzaba en el bajo su grito estridente, si ya no era el de un cabiav errante por el ribazo del "cañadón", el que perturbaba por momentos la calma profunda

Pronto vino la alborada —una claridad lechosa, tenue y difusa en el horizonte que se iba extendiendo como blanca gasa, y enseñando luego su festón de rosa sobre un fondo colorante como una lámpara solitaria en la inmensa bóveda sin sombras Del ramaje ya casi deshojado de los "ombúes" surgía el canto de los dorados, y el "teru" recorría el campo a vuelo rasante entre notas bulliciosas

Fue a esa hora que Jacinta salió de la tienda de Berón, para tomar su caballo en el bajo

Poco después Luis María salió, aparejó el suyo, y emprendió marcha hacia el vivac de los carretones

No había aparecido aún el sol

La tropa se hallaba dispersa en el llano junto a los fuegos El comandante Oribe dormitaba recostado a la rueda de uno de los vehiculos, frente a un fogón, bien arrebujado en su poncho de invierno.

Ismael y Cuaró departían sentados sobre pieles de carneros, al amor de otra lumbre viva en que se asaban las "cecinas" que debian servir al desayuno

Mostraronse contentos de la llegada del compañero, a quien hicieron lugar entre los dos brindandole con un "mate" amargo

—¡Bien lo preciso! —exclamó Luis María — pues al salir de lo caliente he sentido tal impresión que sólo estas llamas y este "mate" pueden desvanecerla

—Me alegro que encontrés esto lindo, hermano — dijo Cuaró, — pero te has venido muy pronto

Y sonriéndose, le guiñó un ojo

—No — repuso el joven respondiendo con otra aquella sonrisa, — debía estar aquí más temprano

—No había priesa — observó Ismael — El comandante dice que mejor se cazan tigres al romper el sol

—De juro — agregó el teniente con aire de perito — El "yaguareté" sale de la espesura cuando el sol alumbra de tendido, y ronza el bajo olfateando carne fresca

—¡Ya! — objetó Berón — Entonces hoy la cosa se aclara

—Y puede ser que nos topemos con los del corral de piedra, porque han de querer venirse al bulto

—¡Mejor! Dicen que Calderón la da ésta por segura

—Sí — murmuró Ismael con ceño irónico — cuando el ñandu comience a volar

Y atizó el cigarro con la uña, despidiendo con la fuerza de un fuelle la humareda por las narices

—¡El comandante se levanta y mira! — exclamó Cuaró

Luis María se puso de pie, y dirigióse presuroso adonde estaba Oribe

Habló con él breves momentos, y en seguida pasó a los puestos para trasmitir la orden de montar

Cuando regresó al vivac de Ismael, ya se había recogido todo, y los compañeros se encontraban a caballo, ordenando sus escalones sin precipitación ni ruido

Pocos hombres los componían constituyendo una simple escolta de números escogidos

Esta tropa marchó bien pronto detrás de Oribe, que iba muy adelante acompañado de Berón

Apenas traslomaron, vióse que un grupo pequeño con un oficial a la cabeza se corría paralelamente a la costa, a bastante distancia En el valle ardían fogones, rodeados de soldados con sus caballos listos

Calderón se encontraba allí

Oribe hizo detener la escolta en la ladera, y marchó solo hasta el vivac del jefe de la línea

Ismael, que estaba mirando con fijeza el grupo que se alejaba por su derecha, dijo a Cuaró

—Aquel es Batista que ha venteao y se va Vea, teniente, si le sale al encuentro, antes que dé el anca a las guardias ¡Saque seis hombres y marche!

En un instante se hizo la operación

El destacamento se desprendió con Cuaró al frente, al trote, simulando una contramarcha al flanco opuesto, y pronto desapareció detrás de una quebrada

Luis María atento a todo, había seguido con la mirada los pasos de su jefe

Un ligero dialogo se había sucedido a su llegada al vivac, con el presunto traidor, luego, algunos ademanes violentos

Cierto movimiento se produjo en los grupos al parecer de hostilidad, pues algunos se dirigieron a sus caballos

Empero, ese movimiento cesó muy pronto y todos se quedaron perplejos al observar la actitud resuelta de la escolta, inmóvil y carabina en mano en la ladera

Voces diversas se oyeron, sin duda de protesta; y no pocos llevaron la diestra a sus armas

Calderón siempre esforzando su voz, retrocedió algunos pasos con la mano en el pomo del sable

Oyóse que decía

—¡No le reconozco autoridad para prenderme ni me entrego!

Entonces Oribe, sin preocuparse de los que estaban a su espalda, sacó las dos pistolas que tenía cruzadas delante, y sin decir palabra las amartilló, apuntándole con ellas a la cabeza

En seguida de esto, Calderón se desprendió su sable y se lo entregó sin más resistencia

De cerca y de lejos, con las cabezas en alto, silenciosos y sorprendidos, los pequeños grupos diseminados contemplaban la escena

Nadie se atrevía a dar ya una voz

Lanzola al fin Oribe

Luis María se acercó

—Que pase el capitán Velarde a retaguardia de esa gente y la haga marchar al campamento, bajo rigurosa vigilancia Y usted, monte! —agregó dirigiéndose a Calderón con acento duro

El antiguo jefe de dragones estaba trémulo y muy pálido Ni una palabra brotó de sus labios casi amarillos Miraba torvo debajo del ala del sombrero

Montó y siguió al trote, dos pasos al flanco de Oribe

Ya en el campo, media hora después, Cuaró estuvo de regreso El oficial traidor había logrado escapar a favor de su caballo, pero no así dos de sus hombres que el teniente traía atados de las piernas al vientre de sus monturas

Así que divisó a Cuaró, hízole llegar Oribe, y díjole

—Queda usted encargado de llevar este preso al cuartel general, y desde ahora esta bajo su vigilancia Descanso en usted, teniente

Cuaro oyo sin pestañear la orden, y volviendo a montar, dijo muy grave a Calderón

—Endilgá el roano a aquel ombú que se empina en la loma, al pasito no mas .

El preso siguió en la dirección indicada, pasivo y silencioso

Llegados al punto, Cuaro llamó a un soldado, y ordenóle que trajese un caballo como para prisionero

El soldado volvió al rato con uno de pelo cebruno, que no por ser el del ciervo y la liebre acusaba aptitudes en el animal, matalote sano en el lomo, pero que mostraba bien todo su esqueleto ganoso de rasgar el cuero, "lunanco" por vicio viejo y lerdo por añadidura

Cuaró fijó un buen momento su mirada de inteligente en aquel Babieca, y luego murmuró con los labios apretados

—¡Lindo! Echále el recao

El soldado desensilló el caballo de Calderón y enjaezó el cebruno con sus prendas, y viendo que le bailaba la cincha se apresuró a ajustarla con los dientes

Listo todo, Cuaró encendió despacio su cigarro en un tizon, con una seña hizo montar a su asistente y al preso, salto él sin poner pie en el estribo en los lomos de su redomon como un hábil gimnasta, y arrancó al trote diciendo suave

—En ese caballo mansito no vas a rodar, comandante Si echa vuelo por milagro, no te asustes, yo te barajo en la lanza y quedas siguro

XXII

LAS ALBRICIAS DE NEREA

Desde aquel día que se efectuó la salida de las tropas, Natalia había experimentado diversas impresiones En ese día nada percibió que le interesase vivamente, desde el mirador

Sintió detonaciones lejanas que podían confundirse con las que resonaban en la línea, vio regresar la columna descubridora, sin un solo prisionero, como se divulgo poco después, oyó hablar de un choque sin importancia en las avanzadas, y seguirse a estos sucesos la monotonía de las plazas fuertes con sus bandos conminatorios, sus clarinadas continuas y sus retretas tristes a la hora de queda

En los días siguientes sintió estruendos sordos, movimientos de tropas, destacamentos que salían a ocu par puestos fortificados a regular distancia de los muros para asegurar víveres y forrajes La situacion de fuerza oprimía como un collarín las gargantas Sólo estaba en actividad el músculo, bajo el duro pomo de la obediencia pasiva En el fondo de los hogares, sin embargo, la pasión estaba viva, ardiente, enconada, era ya como un culto la causa de los débiles y se acariciaba a éstos en el recuerdo como a imagenes adorables ¿Por qué no? Todo lo sacrificaban por su tierra Eran dignos de vivir en el corazon de los ancianos, de las mujeres y de los niños los varones que buscaban con el brío incontrastable lo que otros conseguían por la superioridad de los medios y la ciencia militar

Si a esta pasión del valor se unía la del amor, ¡ah! qué sentir agitado y qué pensar febril dominaban corazón y cerebro! Nada se decía que no fuese palabra del momento, y no se hacía nada que no fuere tendente a estrechar el afecto profundo con los seres queridos. La muralla estaba por medio; pero el cariño salvaba el obstáculo como un ave dolorida que apura sus alas por llegar al bosque de refugio Remotas eran las esperanzas de triunfo y la ilusión de paz, en la medida al menos de los medios de combate y de la temeridad del esfuerzo, con todo, ¡qué hermosos eran los hombres que así se batían, y qué seductor el ideal de su heroísmo!

Natalia se expandía con la que ella ya consideraba madre ¡Era tan buena! La acompañaba en su cariño materno con otro cada vez creciente, hondo, intenso y se ayudaban a sufrir sin queja, devorando sus lágrimas, ocultandoselas la una a la otra para no dar ninguna prenda de su dolor

El retraimiento en que vivian, tenía sus consuelos Muchos seres humildes a quienes ellas daban protección les comunicaban nuevas

El mismo Pedro de Souza, siempre consecuente, solía sacarlas de incertidumbres

Pero era Guadalupe la que tenía el don de embargar horas enteras a su joven ama con el recuerdo de episodios en la estancia, en cuyas memorias se entremezclaba el nombre del ausente

Cierta tarde se aparecio una negra vieja, antigua esclava de don Carlos, y a quien éste habia redimido el dia en que su hijo Luis cumpliera sus tres lustros

Nunca dejaba de ir a la casa a saludar a sus amos, como ella los llamaba siempre, si ya no era para llevar las ropas blancas cuyo lavado hacía

Cuando sentían el ruido de sus chanclos en el zaguan, los sirvientes decian riendo ¡ahí está la tía Nerea!

Y veíanla entrar en efecto a paso tardo, con el atado en la cabeza y el cachimbo sin fuego en la boca, dando los "buenos días de gracia" desde la verja, y nombrando a viva voz a todos los de la casa aunque no estuvieran presentes

Esta vez la tía Nerea entró sin atado ni cachimbo, arrastrando sus plantas con esfuerzo penoso, y los ojos ahumados por la edad, llenos de llanto.

Parecía haber hecho una jornada dura, y sufrir una emocion en exceso violenta para sus años

La madre de Luis María y Natalia estaban en el patio

Distinguiéndolas ella, llegóse bien cerca, y dijo con acento entrecortado y ronco

—¡Ay, el ama del alma! Sáqueme, su mercé eso que tengo en la cabeza, que ya me pesa más que el atado, tan ganosa estaba de llegar pronto por la virgen santísima!

—¿Qué sera, madre? —preguntó Natalia sorprendida — temblando cual si la hubiese oprimido una duda el corazón

—¡Que ha de ser! —dijo la señora reprimiéndose— Que ésta nunca se explica claro y la tiene a una en angustias a veces ¿Qué ocurre Nerea?

La voz de la madre era tan imperiosa y afligida, que la negra, sin atinar a hablar, se arrancó de un tirón el pañuelo que cubría su cabeza, cayendo al suelo dos cartas muy dobladas

Fue aquello como una revelación

Nata, presa de un sacudimiento nervioso, dobló su cuerpo gentil, y precipitóse sobre las cartas, recogién-

dolas y oprimiéndolas contra el seno agitado con sus dos manos ceñidas

Quedóse mirando a la señora de hito en hito, con sus grandes ojos húmedos y fijos, la boca entreabierta y una especie de latido en la garganta que parecía haber paralizado su habla

Nerea empezaba a explicarse levantando los dos brazos, pero la señora no la oía

Temblándole las mejillas, alargó hacia Natalia una mano blanca y rugosa diciendo

—¡Y bien, pues! ¿Son de él, hija? ¡Dame la mía, que una ha de haber!

Nata apartó callada las cartas del seno, leyó atenta los sobres, dio una, quiso retener la otra, pero de súbito, saliendo de su aturdimiento, sintió que el semblante se le encendía y balbuceó ruborizada

—¡De él son, madre! Esta para ti, esta para mí ¡Tómalas las dos!

Y extendió su manecita estremecida.

—¡Oh, qué dicha! —exclamó la madre— Guarda la tuya, querida La mía me basta ..

Y apretando la carta contra el pecho, se entró en su aposento casi sollozante

La joven siguió mirando y contemplando aquella letra amada por algunos momentos, sin atreverse a romper la cubierta, y como fuese reponiéndose de su primera emoción, de modo que ya viese claro, puso aquella ante sus ojos una vez mas

Parecíale que conversaba con él muy cerquita, como otras veces, cuando sonaban sus palabras en el oido encantado como trinos, y su aliento le entibiaba la mejilla y le enardecía la sangre

Sonrió, acarició a Nerea, puso la carta dentro del seno, la volvió a sacar, y sin saber lo que hacía, guar-

dóla de nuevo y tornó a extraerla, alisando las arrugas, observandola por todas partes por si había rotura que denunciase su secreto

Por último dijo

—No te vayas Nerea ¡Cuánto tenemos que hablar!

Y huyó a su habitación, radiante de alegría

Noche de júbilo fue esa, en la casa de Berón

Nerea tuvo que quedarse allí porque debía dar todos los datos más minuciosos

Ella lo hizo punto por punto, siendo escuchada con la mayor atención

Si bien no la ayudaba su manera de expresarse, desempeñóse con éxito, narrando todo lo sucedido desde que la encontró en las "cachimbas" Luis María, hasta que se fue

A causa de interrogarla don Carlos con aire inquisitorial, se turbó más de una vez, pero bien pronto repuesta, contestaba a todo añadiendo detalles inesperados

Había venido a la ciudad sin tropiezo Nadie la había detenido ni registrado El niño estaba bueno, era un gran jinete, y había llegado hasta a una milla de las murallas

Como ella dijese que tenía la cara morena de tanto viento y sol, y la nariz despellejada, el señor Berón, sin dejar de mostrarse en cierto modo adusto, trabó una especie de controversia sobre si ese desperfecto momentaneo provenía de la acción solar o del aire enrarecido La negra sostenía que la tostadura venía del pasado verano

En este punto, la madre preguntó grave y melancólica

—¿Y le ha crecido la barba, Nerea?

—¡Si viera su mercé! Es corta, pero le relumbra de dorada.

—Debe sentarle muy bien a mi Luis, —dijo la señora con ternura

El es muy rubio y tiene la cara bonita

Y miró a su marido

Este pestañeó sin pronunciar palabra

Natalia estaba como absorta

¡Había motivo! La carta encerraba tantas cosas seductoras! No cabía en sí de contento

Oía sin embargo cuánto se hablaba, de modo que al dicho de la madre, repuso ella con deleite

—¿Que importa que el sol lo haya tostado y que la barba le haya crecido? ¡Siempre sera hermoso!

La madre pasóle el brazo por el cuello y la estrechó con cariño

Natalia la miró dulce, transportada, murmurando como si estuviera a solas

—¡Qué dicha volverle a ver bueno y vencedor! Madre ¿cuándo se acabará esta guerra?

Desde esa noche, la joven se sintió más confortada, tierna y risueña después de tan largos silencios

Leyó muchas veces la carta, hallando siempre en ella algo de nuevo

Aquella pasión que había sabido inspirarle, la enajenaba por completo Sentía un placer íntimo que la abstraía llenando su espíritu de extraños goces

Recreábase en recordar, recordar siempre ¡Qué deliquio! Palpitábale el seno a impulsos de emociones desconocidas, llevando allí tremula su mano, fijos los globos azulados de sus pupilas en un diorama ideal como si en rigor se reflejara delante de una imagen querida, digna de sus ternuras y compañera de sus soledades

Todo agitaba su sensibilidad, cualquier paisaje mezcla de verde y luz, cualquier cuadro tierno de familia, el esplendor de la mañana, la serenidad de la noche, el canto de los pajaros, el ritmo del aura y de las hojas, las escenas sencillas de la naturaleza Veía siempre en todas y en cada una de ellas cierta relación con el estado de su espiritu, algo de belleza múltiple y cambiante que servía de marco a esa imagen escondida en su cerebro.

Pensar en que volveria a verle, en que lo tendría cerca de si pronto para no alejarse ya, pensar en que entonces ella sería capaz de atreverse a una caricia, a un ruego, tal vez a un reproche, eran cosas que la estremecian trasmitiendo a su ilusion el tinte de la dicha verdadera

Asi buscaba la soledad como un refugio, como el campo de asilo de sus ensueños donde la mente divagase suelta, entusiasta, ardiente Esa soledad muda para otros estaba para ella llena de notas gratas y de encantos virginales, y era entonces cuando echaba de menos aquellas frondas silenciosas del Santa Lucía, donde recogiera sus primeras impresiones en compañía de su hermana ya muerta

Escribió a Luis María, esperando otra de él llena de encantos

Después, vinieron días tristes Una inquietud mortificante dominó su ánimo, y viósela marchita, pasar del jardín al mirador y de éste al jardín y a la huerta, inclinada la cabeza, el paso tardo y vacilante, arrancando al pasar hojas a los árboles con mano nerviosa

Con la mirada vaga recorria siempre el largo sendero orillado de boj, que iba sembrando de hojas verdes sin advertirlo

Un obstáculo la detenía de súbito

Era el estanque del fondo con anchas franjas de juncos y totoras, extenso, inmóvil como un inmenso vidrio ojival, criadero de ranas y culebras, que solían mostrarse unidas por los apéndices al cogollo saliente de un recio "caraguata" que en la banda opuesta del estanque se erguía solitario, y en redor del cual formaban con sus anillos al rayar la aurora o al caer la tarde como un haz de móviles diademas.

Miraba con miedo aquella verde nidada que se agitaba en rueda al calor del sol, dirigiendo a todos rumbos sus chatas cabezas ornadas de brillantes ojillos negros en lentas ondulaciones, entrelazandose y desenlazándose, reuniendo a veces sus bocas en caprichoso grupo como una pequeña hidra o apartándolas en forma de tentaculos de un pulpo

Pero eran inofensivas, reptiles acuaticos, veloces nadadores que nacían y morían entre la paja brava y el junco reproduciendose sin cesar al caliente vaho de las orillas

Cuando alguien se ponía cerca, el haz de aquellas humedas esmeraldas se deshacía con singular rapidez sepultándose en las aguas entre círculos y estrellas de espumas

Entonces, si ella estaba próxima, miraba con terror las burbujas y se apartaba ligera del sitio

Sin embargo nunca dejaba de volver como atraida por aquel detalle de la naturaleza próvida que por doquiera hace surgir la vida, en lo alto del espacio como en el cieno del pantano, dando anillos al que priva de alas, elitros sonoros al que no lanza trinos, y blandos lechos de musgo a los que en vez de plumas llevan escamas No era pues, el suyo, miedo pueril, algun recuerdo la mortificaba ante aquel receptaculo de rep-

tiles y de enquélidos semejante a un remanso, que al mismo tiempo la retenía

Acaso era el recuerdo de su hermana Dora, que vivía fresco en su cerebro, punzante, doloroso

¡Pobre Dora! Ella había amado al mismo hombre con toda la fuerza del candor, lo había amado entusiasta e ingenua, en medio de los estragos que en su pecho hacia la "gota coral", —aquella dolencia hereditaria de eternas ansias y zumbidos, dueña por entero de su presa como un gusano venenoso

De aquel amor desgraciado y de esta perenne mordedura, su muerte triste

Una noche de luna tibia y aromada se escapó a la ribera, bajo las frondas, y allí acometida del vértigo, cayo a un remanso de flotantes "camalotes" a modo de ave dormida Del fondo la saco un compañero de Luis, y la llevó en brazos Se acordaba era un soldado formidable, bronceado, taciturno, con alma de niño

Pero venía muerta, con un color de cera casi transparente, los ojos inmóviles como los de una muñeca de las que ella se entretenía en vestir y arrullar en sus raptos pueriles, y los cabellos lacios enredados con lianas verdes, elasticas, tarnatiles como aquellas culebras que anidaban en las totoras y envolvian el "caraguatá" con sus anillos

Su padre y ella fueron presas de un gran dolor, todos sollozaban, hasta aquel hombre sombrio pareció conmoverse cuando puso en el suelo con cuidado a la pobre muerta

¡No podia olvidar! Menos en esos dias en que sufría hondos desalientos

La presencia misma del teniente Souza reavivaba las memorias.

El había querido a Dora, tal vez sin esperanza de poseerla, después parecía que el afecto se había cambiado por ella, que Souza la miraba con ternura, con esa intención que no se oculta porque necesita traslucirse en la pupila aunque la palabra no se atreva a revelarla

¿Sería esto así?

Las simpatías que Dora despertara ¿habrían recaído sobre ella, como un afan que perdura?

Así debía de ser por aquella insistencia muda en hacerse estimar, por aquel empeño y aquella discreción paciente que busca exhibirse a modo de faz de alma levantada

Entonces ¿no sucedería ahora a ese afecto lo que antes no estaría condenado a vivir siempre escondido a manera de un pecado que jamás se confiesa, porque nadie ha de absolverlo?

¡No! Esa constancia era inútil ¡Cuán distintos eran sus ensueños!

Y al meditar sobre esto, volvía la imagen del ausente, del débil, del abnegado, a retratarse en su espíritu lleno de congoja, al igual de una luz serena y brillante en las medias tintas de un crepúsculo.

Entonces poníase a andar de una a otra parte cabizbaja, al punto de que encontrandola a su paso don Carlos solía volverse y decirle con mucha serenidad:

—¡No te aflijas, hija, si todo se ha de allanar! ¿No me ves a mí vivo? ¡Y qué te figuras! muchas balas me silbaron en la oreja y muchos cuchillos buscaron con sus filos mi garganta No por eso me tendieron a lo largo por siempre ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con este mancebo voluntarioso?

Como en otra ocasión análoga, él repitiese el epíteto, Natalia díjole

—¡Ay, no! El es noble y bueno como su padre

Y se había inclinado llorando, para recoger unas violetas que cayeron de su seno Contemplando un instante aquel cuerpo esbelto y aquel rostro lleno de frescura y de gracia a pesar de su sello de aflicción, el viejo corrió hacia ella y la besó en la frente, replicando solícito y apurado

—¡Sí, hija mía, sí por Dios! ¿Quién puede dudarlo? Si a veces no sé lo que me digo de rabia contra estos rancios que se empecinan en retener lo que no les pertenece por derecho Porque

Y ahogándose, había huido don Carlos a su escritorio

XXIII

ESTEBAN

Una noche, Natalia notó que Souza parecía más contento que de costumbre

Estaba comunicativo en exceso, aventuraba ciertas frases de intención, y hasta llegó a decir que la guerra debía terminarse de un día para otro, según su creencia

Estas palabras preocuparon a sus oyentes, que eran las damas

Don Carlos jugaba al tresillo en la próxima habitación con Pascual Camaño, a puerta entornada, de manera que se percibían con claridad sus risas y voces, ya que no el sentido y alcance de sus diálogos

A la afirmación de Souza, repuso la señora

—Si fuese por la paz que esto acabase, al contento de todos, más no podría pedirse.

—No aseguraría tanto — dijo aquél con mesura, — pero en un simple hecho de armas sin mayor efusión de sangre, acaso el resultado fuese el mismo

—¡Eso sí que no me parece! — observó Natalia con un acento de firmeza y confianza que puso algo nervioso al oficial Le he oído referir a mi padre que sus paisanos, cuando van a guerras como estas, triunfan o vuelven pocos.

—Ese es nuestro dolor — agregó la señora, suave y resignada.

Souza recogióse un instante con dignidad, acariciandose el extremo de los bigotes y luego respondió cortés

—¡Oh, nadie duda del valor de los nativos! pruebas tienen dadas de su virilidad en guerras desiguales, aunque hayan sido para ellos sin suerte De aquí que no siempre el heroísmo sea lo bastante para alcanzar lo que se sueña, aparte del numero es necesario el poder del dinero, sin el cual el mejor esfuerzo se malogra

—¡Roña! — gritaba sulfurado en ese momento don Carlos en la otra habitación ¡Sí, señor! Roña Las onzas no se escatiman de esa manera, se ganan y se guardan para utilizarlas luego con provecho Así que llega el caso de ponerlas a la suerte, se juegan, y si se pierden cómo ha de ser! ¿Qué me viene usted con esas reservas, por San Diego, cuando voy jugando más que usted en la partida?

—¡Lo sé, amigo viejo, lo sé! — contestaba la voz de Camaño Pero en todo azar.

A esta altura del debate, las voces bajaron e hiciéronse confusas

No por esto se interrumpió el diálogo de la sala

Por el contrario, la señora, que había recogido aquellos ecos un tanto en suspenso, se apresuró a replicar a Souza

—Nosotras no entendemos bien de esas cosas Hablamos por sentimiento ¡usted comprende! por cariño que nos ata y domina

Souza asintió, y pasó delicadamente a otro tema más familiar, tratando por todos los medios ingeniosos de recuperar lo que creía haber perdido en el espíritu de Natalia con sus medias frases misteriosas

Habló de los entretenimientos de don Carlos con el tresillo, la malilla o el ajedrez, observándole la señora que eran hábitos de antaño con sus íntimos, y que ponía siempre algo en las partidas para interesarlas, por lo que no debían extrañarle sus espansiones y entusiasmos, de que daba prueba en ese momento mismo

Con efecto, la voz de don Carlos se alzaba de nuevo, oyéndose que decía franca y cordial

—¡Ah, señor de Camaño! Yo bien sabía que habríais de caer en la remanga como una platija, porque en estos juegos las onzas entran de canto y se quedan luego en pilas ¡Nada lo dicho! La partida ha sido de fuerza, no se ha perdido la noche, el caso era de aprovechar sin escrúpulos de monja ¡Al diablo con las delicadezas cuando prima la necesidad! Cincuenta onzas, unidas a otras, sirven a los menesterosos

A esto replicaba algo de poco inteligible don Pascual, y las voces fueron poco a poco convirtiéndose en murmullos

Media hora después, cuando Souza se retiró, iba pensativo

Indudablemente la actitud de Nata, cada día más reservada, lejos de atenuar el impulso de la pasión que sentía incrementarse en el, la exasperaba y enardecía al punto de que empezaron a cruzar malas ideas en su cerebro

Cierto era que este fenómeno se venía operando de algún tiempo atras en sus sentimientos La repulsa constante habíale enconado y llevaba camino de endurecerle

Acaso la conspiracion de Calderón que debía estallar por horas en el campo de Oribe, le allanase las dificultades

Por su parte, había influído lo suficiente con los intermediarios del jefe sitiador para que su afortunado rival entrase en el número de los que fueran eliminados por sus propios amigos

¡No quitaba, ni ponía rey! Si por cualquier circunstancia el plan se malograra, estaba él dispuesto a buscar por todos los medios la solución, procurando eso sí, que la hija de Robledo no llegase a apercibirse de su acción directa en daño de Luis María

Eso pensaba y estaba decidido a hacer

¿No era Luis María su enemigo en la guerra y su rival en el amor, y en una como en otra lucha los ardides y estratagemas no eran lícitos? ¿No se habían compensado mutuamente sus acciones caballerescas? ¿Estaba obligado a guardarle deferencias que reñían con el cumplimiento estricto de los deberes militares? De ninguna manera

En buenos instantes le asaltaban a Souza ímpetus siniestros

Pero, forzoso le era reprimirlos, hasta tanto se desenvolvieran los sucesos que seguían en incubación

En definitiva, aquella guerra no podía prolongarse mucho, llegarían refuerzos, se tomaría la ofensiva, y si Berón salvaba del desastre, lo que él pondría empeño en que no acaeciese, tendría que irse al extranjero por tiempo indeterminado

Por el momento, las probabilidades se inclinaban a su favor

Los que conspiraban en el campo enemigo eran de empresa y mano segura, ni temían, ni perdonaban. Por otra parte, serían auxiliados por fuerzas de la plaza

Un golpe de efecto reservaría él para Natalia, en estos días, el de la libertad de su padre por quien

venía interesándose con el general Lecor con verdadero empeño y confianza en el éxito

Esta conducta crearía un nuevo vínculo de gratitud, evitando por lo menos que el odio llegase a reemplazar al afecto amistoso en el corazón de la joven

Después, la obra era del tiempo, de la constancia, de la persuasión Nada resistiría a los procederes hábiles y correctos

Las intenciones de Souza llegaron a acentuarse contra Luis María, y su acritud subió de punto, cuando al día siguiente, ya tarde, se supo en la plaza que la trama tan bien urdida había sido deshecha, que el jefe del movimiento había sido apresado por Oribe, y que por encima de este fracaso se habían producido serias deserciones en ciertos cuerpos de guarnición

En casa de don Carlos, la noticia fue muy comentada alegremente

Sin la menor efusión de sangre, aquel plan tenebroso había abortado, la buenaventura estaba de lado de los leales, no cabían traidores en sus filas, éstos se estrechaban con firmeza, en tanto decaía en el recinto la confianza

Al oir la nueva, Natalia experimentó una fuerte impresión y dijo a su protectora

—Tal vez eso tenga que ver con aquello que Souza decía, ¡madre! .. Aquello de que todo concluiría pronto

—¡Bien puede ser! — respondió la señora Sabes que él es un poco enigmático en sus confidencias a medias Pero ahora debemos estar tranquilos, si todo lo que se asegura es cierto.

—¡Cómo dudarlo! Si no fuese así ya nos habrían afligido con sus músicas y festejos

Don Carlos recorría el patio contento a pasos precipitados, y en una de sus vueltas, acercandose al oído de su mujer, murmuró sin omitir sílaba

—Anoche le saqué cincuenta onzas al cicatero de Camaño, y hoy veinticinco a Calixto, el del deposito de maderas

—¡Ya te oimos! — repuso riendo la señora Hablabas bastante en voz alta, pero Souza se fue creyendo que eran ganancias al tresillo

—¡Está fresco! Amarillas para los pobres, mujer, para unos pobres de solemnidad que viven al raso en el campo sin otra ayuda que Dios y sus fuerzas

Siquiera algunos han de poder vestirse y surtirse de ciertas cosillas indispensables que meterán estruendo ¡por Cristo! porque en ellos el plomo ha de andar revuelto con el acero y el bronce

Los ojos del viejo relucían, y apretaba los labios hasta esconderlos en la cavidad sin dientes

Su compañera no tuvo tiempo de objetarle nada, pues él se alejó a su escritorio con el gorro en la nuca, procurando erguirse cuan alto era, a paso militar

Después de estos acontecimientos sucedióse por algunos dias una inaccion extraña en las tropas del recinto

Tal estado de cosas se prestaba a todo género de conjeturas, las que se hacian sin reservas a pesar de las amenazas publicadas por bando y de la persecución reiniciada contra los desafectos con brusca violencia

Pero muy pronto se divulgó el rumor de la llegada de refuerzos, y el aspecto del recinto sufrió un cambio completo

Don Carlos presenció desde su mirador la entrada de las naves de guerra, con mar tranquila y suave brisa

La furia del viento y de las olas en la costa bravía del levante, no salió esta vez al encuentro de aquella nueva expedición enemiga para ayudar a los debiles en su obra

—¡Oh, elementos caprichosos! — prorrumpía don Carlos siguiendo atento con el anteojo la marcha triunfal de las corbetas y transportes cuando doblaban la Punta del Este a velas desplegadas y banderas al tope, — ¿por que no bramais sudeste irreductible, para arrojar ese presente dañino contra las restingas y cantiles como despojos de naufragio? ¿por qué no silbas "pampero" formidable, como millón de flechas disparadas por mil tribus del desierto, y empujas, desarbolas y tumbas esas negras naos mar adentro, allá donde levantas cordilleras de olas capaces de estrellar entre sus crestas toda una escuadra de Xerxes? Dormís, vientos, dormís, ondas fragorosas y en tanto las hormigas trabajan a la espera del oso que ha de engullirlas!

Así sois los fuertes ¡por Santiago! como las fieras, os respetáis, no venís a las manos sino por un evento, cuando se os precisa y se os ruega, dormitais en los antros sin importaros un comino de nuestra suerte ¡Andaos al infierno, fuerzas brutales e incapaces!

Y dejando el catalejo de golpe, don Carlos había descendido colérico para encerrarse en su escritorio

Mucho bullicio hubo en la ciudad ese día, y antes de la noche llegó a saberse que se habian desembarcado gran cantidad de elementos bélicos para el ejército y la armada, así como uno de los contingentes pedidos compuesto de cuatro batallones de línea, ca-

zadores y granaderos de la guardia imperial y otras fuerzas regulares

Añadíase que a estos regimientos debería seguirse la llegada por la antigua línea divisoria de dos mil jinetes perfectamente listos para una carga a fondo

Guadalupe que no perdía ocasión de recoger en la calle toda novedad cuyo conocimiento interesase a su ama, se encontraba desde la puesta de sol en una esquina de la calle de San Carlos viendo desfilar las tropas a sus cuarteles al son de trompetas y charangas

Muy alborotada estaba ante tantos morriones, penachos, correajes y banderas, tantos semblantes desconocidos, aunque a ella le parecían iguales, aberenjenados y chatos, cuando no retintos y trompudos, tantas bandas lisas rumorosas y desaforados chin-chines y tanto traquear de carromatos cargados con bagajes como para una cruda campaña

Era aquel un desfile brillante lleno de reflejos y vivos colores, ruidos prolongados y haces de armas lucientes entre aclamaciones de bienvenida y dianas que encadenaban sus ecos a lo largo de las explanadas y bastiones

La artillería solía unir su voz al general estruendo a modo de extenso y ronco mugido

Poco a poco todos estos ruidos se fueron apagando, y cuando la noche venía a grandes pasos, notó recien Guadalupe que el escuadrón de nativos que había acompañado a otros cuerpos en la recepción alineado por una acera al flanco de la plaza, se apresuraba a formar para emprender marcha a su cuartel Mantuvose quieta la negrilla hasta que desfilase, tal vez con el solo objeto de hacer alguna morisqueta a don Cleto, que en el dragoneaba a la fuerza

El escuadron rompió marcha al trote y toque de clarín

Pasado habrian cinco mitades, cuando haciendo punta en la siguiente un jinete apuesto y garboso, pero renegrido como un cuervo de las asperezas floridenses —según le pareció a Guadalupe—, fijo en ella el blanco de sus ojos, saludándola cortés y militarmente con el sable que llevaba terciado con bizarría.

La negrilla se quedó estatica, encogida por la sorpresa

El escuadrón acabó de desfilar, alejose, perdióse en las sombras entre un desconcierto de cascos y de vainas

Pero ella siguió mirando quieta y arrobada

Luego, cual si saliese de un estupor al sentir el toque de queda, apresuróse a llevar sus manos a la cabeza para advertir si sus racimillos de saúco estaban peinados, después al seno, recubierto por un pañuelo limpio de algodón, por si se le habia desprendido el alfiler rematado en cuenta roja que lo prendia, por último al delantal de lana floreada, que sacudió aturdida, y como un viento partió de súbito contorneándose y echando para atrás la visual por si los ojos blancos le lanzaban algún destello desde el fondo de la noche

A quien ella acababa de ver, y la habia saludado, era Esteban Una nueva y grande sorpresa

La negrilla no cabía en si de gozo

Muy cerca ya de la casa de Beron, y libre un tanto de su aturdimiento, Guadalupe entró a pensar

¿Por que está aquí Esteban? No ha ido a saludar a sus amos viejos, que lo vieron nacer y criarse junto al niño Luis María, su hermano de leche y después

su señor ¿Cómo creer que él fuese un ingrato que hubiese abandonado al que le había dado libertad para entregarse al servicio de sus enemigos? ¡Oh! no era posible Debía haber caído prisionero en alguna refriega, condenándosele después al servicio en la tropa auxiliar de extramuros como al pobre don Cleto Lo que habría en el fondo de todo era eso, y le tendrían siempre acuartelado por temor de que desertase Sea como fuese, estaba bueno y sano, y ya se presentaría ocasión de hablarle

Guadalupe entró en la casa casi sin aliento

Las señoras se encontraban en el escritorio haciéndole compañía a don Carlos, con quien conversaban de pie cogidas de la cintura en cariñosa familiaridad

Reprimiéndose en lo posible, Guadalupe contó lo que había visto en la calle de San Carlos, el desfile de los cazadores y granaderos y la aparición de Esteban en filas del escuadrón de nativos, sin omitir los menores detalles del encuentro, del saludo y de su asombro

En suspenso se quedaron todos por breves instantes Don Carlos arrugó el ceño.

Su esposa pareció conmovida, balbuceando estas palabras

—¡Ha dejado solo a mi Luis!

Natalia la acarició y díjole confiada y risueña

—¡Oh, él volvera a su lado! Yo lo conozco bien, si está aquí no es por su voluntad, madre, y sobre esto estoy tan segura como si lo hubiese visto

Guadalupe solicitada en todo sentido, no hizo más que repetir lo que trasmitiera al principio

Preguntáronle si no se habría equivocado, a lo que ella respondió sin titubear

—¡Ah, no! créanme sus mercedes tengo su estampa aquí en mitad de los ojos

—Seguro es, dijo Natalia sonriendo ¿Y te saludó con el sable, Lupa?

—Como negro de buena casa, niña, y más aires que un tambor mayor

Don Carlos seguía callado, haciendo castañetear sus dedos sin descanso

De pronto llamaron a la puerta de calle

Sintiéronse luego pasos en el patio, y cuando ya salía Guadalupe una voz conocida decía humildemente

—¿Da permiso su merce?

Era la voz de Esteban

—¡Entra! — grito don Carlos como saliendo de un sueño

Apareció el liberto en el umbral, avanzó un paso y se cuadró, diciendo como cuando era chico y no hubiera mediado larga ausencia

—¡La bendición los amos!

—Dios te la dé, hijo — murmuró la señora con los ojos llenos de lagrimas

Don Carlos abrió cuan grandes eran los suyos, echose atrás el gorro y estuvo mirándole un instante fijamente

Luego se puso a pasear precipitado encogiendo el hombro izquierdo hasta llevarlo a la altura de la oreja, y ahuecando la voz echó por encima la visual, preguntando severo

—¿De dóndes sales tú? ¿Cómo has dejado a tu amo?

—Caí prisionero, señor

—Prisionero, ¡eh! ¿Desde cuándo?

—Desde el dia de la salida Yo diré a su mercé

—Di! Si Es preciso que te expliques

—A mi amo le mataron el caballo en la guerrilla y él quedó abajo, de modo que no pudiendo zafarse, lo tomaron los "mamelucos"

—¿Que lo tomaron?

—¡Oh! — exclamaron la madre y Natalia a un tiempo ¿Eso es verdad?

—Crean sus mercedes que sí — repuso Esteban

—¿Y qué sucedió después? — prorrumpio don Carlos

—Después aconteció que los compañeros cargaron por salvarlo, y lo consiguieron Mi amo quedó libre sin lesión ninguna Pero yo fui desgraciado, como ven sus mercedes, cargué también, mi caballo rodó y cuando volví a montar me encontré envuelto en el tropel, y me arrastraron hasta donde estaba la tropa de infantería

—¿Cómo no te mataron negro? — interrogo don Carlos más tranquilo y atento

—En la rodada perdí el sombrero, y si su mercé supiese que yo tenía puesto un vestuario de paulista, de unos que tomamos en el paso del Rey, porque andaba ya muy despelechado

—¡Ah, comprendo! Te confundieron en los primeros momentos con otros pájaros del plumaje ¿Y luego?

—Me trajeron a la ciudadela, y estuve preso muchos días sufriendo castigos

Al cabo un jefe me pidió para su cuerpo, donde serví un poco de tiempo Después de esto me han pasado al escuadron de auxiliares

Hoy me dieron licencia por primera vez y he venido

—Si — le interrumpió el señor Berón Es bastante extraordinario lo que nos cuentas y de que estabamos

bien ignorantes a fe mía, lo que confirma aquel adagio de que, por donde uno menos se imagina salta la liebre ¡Canarios! Pues no es humo de paja todo eso que tu has dicho muy sereno en cuatro palabras ¿Han oído ustedes a este negrillo?

La señora y Natalia abrazadas escuchaban en silencio

—Sí, — dijo al fin la primera Veo que al escribirnos poco despues, nuestro hijo nos ocultó el percance ¡Pero, ya eso pasó! Ahora pienso cuánta falta le hará Esteban

—¡Oh! ¡Ya haremos que vuelva! ¿Te atreverías a volver de cualquier modo?

Y don Carlos clavo en el liberto su mirada penetrante

—Si, señor — contestó Esteban De un dia para otro Sabe su mercé que soy de a caballo y baqueano No espero más que una noche oscura cuando andemos a busca de forraje, para escaparme con otros compañeros

—¿Entonces contigo se iran algunos?

—Si, señor, y más que esos si se pudiera

Don Carlos reflexionó un breve rato

—¡Esta bien! — dijo Cuando tú creas que ha llegado la oportunidad de la fuga avisamelo, por que te quiero encomendar una cosa de interes Por esto veras la confianza que te tengo Seguro estoy que cumplirás lo que he de encargarte, si no te matan

El liberto se inclinó callado

—Y como la licencia que te han concedido ha de ser corta, conviene que te vuelvas al cuartel para hacerte acreedor a otras, pero antes ve lo que precisas, para que te se dé aquí todo Pide sin reservas negro, pues tus amos no han cambiado en nada desde que te fuistes

XXIV

EL COFRE DE NATALIA

Después de ese día, Esteban venía con la mayor frecuencia, aprovechando sólo en esas visitas la hora de puerta franca

En cada una de ellas, su tema obligado de conversacion era su joven señor con cuyo recuerdo deleitaba a sus antiguos amos

Tenía tambien sus buenos momentos que consagraba a Guadalupe, a causa de lo cual la negrilla se estaba en la cocina más tiempo que el ordinario

Los otros sirvientes llegaron a decir que los dos se lo pasaban "enlucernandose" a la sobremesa, aparte de hablarse muchas veces al oído como personas de grandes secretos

Agregaban que una tarde Guadalupe había brindado a Esteban con una ramilla de aromas, y que Esteban le habia regalado un zarcillo de plata que desde criatura llevaba en la oreja izquierda

Los señores reían de estas cosas, y las observaban acaso con complacencia Difícil hubiese sido encontrar una pareja negra mejor proporcionada y más bizarra, pues que era ella una mujer de plenitud fisiologica, maciza y fuerte, y él un moceton robusto que tenia el don de imitar el aire y hasta el vestir de su amo

Y esto, al punto de que cuando lo veía salir la señora gallardo, flexible, a paso medido con una mano

atras sobre la cintura y la otra en el bigote, no podía reprimir una sonrisa, diciendo a Natalia

—¡Si mi Luis lo viese, sería un jolgorio!

Cierta mañana muy ventosa y fria en que la hija de Robledo se hallaba sola en su dormitorio escribiendo para su padre, entróse Guadalupe con un braserillo, que colocó próximo a los pies de su ama

En tanto se esmeraba en la colocación de aquél, invirtiendo en la diligencia mas tiempo que el necesario, Natalia levanto la vista distraida, la miro, y notando en ella marcados barruntos de hablar díjole

—Algo tienes tú que decirme

—Adivinó, niña ¡Pero yo no sé cómo atreverme!

Guadalupe parecia tener dentro de sí mucha agitación

—Atrévete — repuso la joven dulcemente

—Pues vea su mercé Esteban anda lo más afligido a causa de que no puede levantarse con sus compañeros tan pronto como queria .

—¿Le han sorprendido en algo?

—¡No, niña, no es eso! Sino que él dice que con un poco de dinero para darle a un sargento "mameluco" de su compañia, todo quedaba listo, y en una noche salian zumbando campo afuera sin quedarse un solo hombre de su escuadrón

—¡Oh, qué suerte sería! ¿Y eso podrá hacerse?

—El jura que sí, y se lo creo Casi todos los soldados son orientales prisioneros o que sirven a la fuerza, y les han puesto oficiales y sargentos paulistas para tenerlos sujetos Esteban dice que esto no importa nada, salvo el sargento, que es preciso comprar

—¡Ah! ¿Y si ése lo descubre? No, Lupa, no quiero que me hables más de eso! — exclamó Natalia con

firmeza El que se da por dinero a unos, se da a otros, y al fin el pobre Esteban sería el sacrificado

Guadalupe se calló como una muerta

Como Natalia siguiese su escritura, ella se fue a paso leve, cabizbaja

Concluida su carta, la joven apoyó el rostro en la mano y se quedó pensativa

Preocupábale lo que había oído momentos antes

Quizás ella había opinado sin mucha reflexión respecto al asunto secreto de que le hiciera confidencia su esclava ¿Qué entendía ella de esas cosas de hombres de armas? Bien era posible que Esteban tuviese plena seguridad de salir airoso en su tentativa, puesto que conocía a fondo a sus compañeros y a sus superiores A más, el hacía por su causa lo que estaba en su mano, era honrado y valiente, y era preciso que se fuese cuanto antes con su señor que le echaría de menos, llevándole un buen contingente de hombres sufridos

¿Por que no consultar esto con el señor Berón? Sería lo mas discreto ¡Pero tan adusto el anciano! Iba tal vez a salir diciéndole que esas eran "cosas de negro"

Tampoco quería explayarse con su protectora por temor de llevar a su ánimo nuevas inquietudes e incertidumbres

Todo el día se lo paso Natalia absorbida por estos pensamientos, viva siempre la memoria de su amigo como un estimulo perenne que la predisponía y empujaba a aceptar todos los medios de esa índole en su obsequio y en el de la causa de sus afecciones

Por la noche, retirada ya a su aposento, llamó a Guadalupe y reanudó con ella la conversación de la

mañana, revelando un interés ardiente por lo que entonces acogió con escrúpulos al parecer invencibles

Guadalupe que había pasado largas horas de desaliento, tuvo una grande alegría ante las manifestaciones favorables de su ama y cuando esta le enseñó un cofrecito de madera que guardaba onzas de oro, la negra, que se había arrodillado cerca de ella para hablarla con sigilo cogiole las manos y se las besó llena de indecible gozo

Aquella pequeña arca le había sido dejada por don Luciano con facultad de disponer de su contenido, que era el de quince onzas, en la forma que creyese más útil Nunca tuvo necesidad de recurrir a ella allí donde se le consideraba como una hija, de modo que se hallaba intacta lo mismo que una reliquia

¡Qué bien empleada estaría en beneficio de los que sufrían por su tierra!

Natalia abrió el arca, cogió en puñado las monedas sin contarlas, púsolas de nuevo en su sitio, y preguntó algo afligida

—¿Alcanzará esto, Lupa?

—¡Yo creo, niña!

—¡Si es un puñadito! ¿Y por esto se compra un hombre?

—Por mucho menos ¡Oh, como su mercé no conoce estas cosas! Por cinco "patacas" se vende un cabo, y por diez un sargento cuando tiene ganas de desertar dice Esteban, ahora, figúrese su mercé qué ojos abrirá este que da trabajo, cuando el le ponga al alcance dos no mas de esas amarillas

—No importa, Lupa ¿Cuándo viene Esteban?

—Mañana, niña

—Bueno Así que venga se las darás todas, aunque yo creo que no bastan para lo que él quiere Si

fuera así, dimelo en el momento mismo, que yo veré como se ha de remediar eso Pon el cofre ahí en la mesa de donde lo tomarás mañana y se lo entregaras, con mucha recomendación de que guarde el se creto

Prometió Guadalupe cumplir todo religiosamente, puso el arca en el sitio indicado, y después de permanecer un rato todavía en conversacion animada con su ama se retiró a esperar con ansia el sol del nuevo dia

Esteban fue puntual a la cita

Conducíase tan bien en el servicio, era tan hábil en su profesion de soldado, y cedia tan docilmente a la regla de severa disciplina, que sus superiores habían concluido por reconocerle méritos a su confianza

Como no abusaba nunca de la licencia, caso poco común concediansela ahora sin objeción, pues que ella sola podia ser aprovechada entre muros sin oportunidades tentadoras

Alguien sin embargo, les habia advertido que tuviesen en cuenta la circunstancia de haber sido el liberto asistente de un joven "revoltoso" que era ayudante de Oribe y que figuraba con cierto brillo, por pertenecer a una de las principales familias del país

Al principio esta prevención puso en cuidado a los jefes, pero el celo llegó a adormecerse a medida que la buena conducta del liberto se fue afianzando

Sin temor alguno pues, desde que las sospechas se habian desvanecido Esteban venía haciendo su trabajo de hormiga negra

Nada había comunicado a don Anacleto, su compañero de desgracia, sabiendo que al viejo capataz se le soltaba con facilidad la lengua, en cambio, habíase atraído aquellos elementos del escuadrón que en su

concepto eran los indispensables a la empresa, lo que probaba que él sabía distinguir y utilizar los hombres — calidad superior de que carecían muchos que ocupaban mas altos puestos

Al habla con Guadalupe, y enterado de las disposiciones de su joven ama, el liberto no pudo menos de sorprenderse y de expresar su contento con todo género de demostraciones cariñosas a la esclava Aquello superaba sus mayores deseos

No era necesaria una suma tan crecida Con la mitad bastaba

—La niña da todo — dijo Guadalupe, pero, ¡que ha de callarse sobre esto!

—Nadie lo ha de saber — contesto Esteban —, o no soy hombre libre Mi ama puede quedar tranquila Tomo yo la mitad, y guardas el cofre sin decirle nada a la niña

Yo he de volver cuando sea tiempo y todo esté pronto

El liberto se fue con las seguridades de Guadalupe de que iba a rogar a la virgen de los milagros porque fuese el feliz en su intento, cuanto iban a serlo los amos y ella misma, así que lo viesen libre con sus compañeros de la tiranía del recinto

Por otra parte, sentía cierto orgullo de que fuese Esteban el iniciador y el actor principal de aquella temerosa aventura

Con todo, transcurrieron bastantes dias sin que el liberto apareciese

Tampoco habia vuelto Nerea, la mensajera siempre anhelada, con nueva correspondencia secreta

Natalia acudia todas las mañanas a su observatorio haciendo funcionar el catalejo a diversos rumbos, deseosa de descubrir algún indicio de grato augurio.

Pocas novedades ocurrieron en los contornos, aparte de muy lejanos tiroteos, de salidas y entradas de regimientos que hacían el servicio de plaza y de pasajes frecuentes de partidas por la zona libre a tiro de cañón

El invierno era riguroso, aunque ya corría a su término, y a su influjo el campo presentaba un aspecto de profunda tristeza con su extenso tapiz recubierto de cardizales del color de la escarcha que retoñaban fecundos al pie de los que había secado el último estío

Los agaves exóticos comenzaban a largar sus pitacos gruesos y enhiestos de un morado y verde sombrío aún sin anteras ni liseras orillando las tierras arables con sus anchas y múltiples hojas armadas de agudos pinchos Destacábanse en esqueleto los "ombúes" descubriendo a la vista todo su tronco robusto, y formando contraste el amarillo claro de su ruda corteza con el verde sin fin de las hierbas

De la parte del este, por encima de los tejados bajos que se extendían ondulando según las inflexiones del terreno hasta la costa riscosa espaciábase el inmenso río a perderse en el océano hinchado y tumultuoso bajo las alas del viento sur

Un buque de dos mástiles y bauprés, velas cuadradas y una gran cangreja, que no llevaba en el palo mayor aparejo de bergantín-goleta, surcaba veloz las aguas rumbo al Buceo, de cuyo pequeño puerto distaba apenas una milla

Muy atrás, en el horizonte del sur, navegando también a todo trapo divisábanse otras dos naves que parecían venir en persecución de la primera en orden de escuadra

El bergantín redondo no traía bandera Tendido sobre una de las bordas, con gruesa ampolla en el velamen, alzábase sobre el oleaje ágil y marinero como una enorme gaviota que rozase las crestas con el extremo de sus alas

Natalia dirigió el anteojo a las más apartadas, y a poco de observar, percibió al tope los colores del Brasil

Vivamente inquieta, volvió el tubo al bergantín Este izaba bandera tricolor en ese momento, y viraba de bordo poniendo proa al océano Las lonas en parte recogidas, se sacudieron flojas algunos minutos, luego se inflaron formando elipses, y el buque acostándose muellemente sobre una de sus bandas, arrancó mar afuera

Los otros venían ya próximos Una nubecilla blanca como un copo de algodón con un chispazo que se esparció del centro a las bordas, brotó de la banda del bergantín, y tras una pausa llegó el eco de una detonación distante

A ésta, se siguieron otras

Los disparos salían de los tres buques, especie de bocanadas de humaza que el viento clareaba al instante y cuyos retumbos se perdían roncos en la atmósfera

El bergantín verileaba audaz eludiendo los escollos de la punta Brava y aumentando la delantera a sus perseguidores que marchaban en línea paralela, y con el sol que ya descendía, dejóse al fin de ver su casco, luego los estays, los foques, el velamen, hundiéndose en el horizonte brumoso

Natalia se retiró del mirador impresionada

El patrón de una zumaca pescadora que había estado en la ensenada de Santa Rosa, contó después a

don Carlos que un bergantín del corso acosado por otros dos brasileños, consiguió burlarlos por la tarde, y que en la noche pudo desembarcar un contingente de armas y hombres en punto seguro de la costa

—¡Ese sí que es lobo de mar! — había dicho don Carlos Muchos de esos quiero yo en auxilio de los que no tienen mas esperanzas que sus propias fuerzas, bien reducidas y pequeñas, y un ideal tan grande como un desproposito por Santiago! Lo que afirmo alas de águila en cuerpo de pollo, y no digo mas!

XXV

RUMOR DE VICTORIA

En esas largas noches de invierno, don Carlos retenía a sus amigos de confianza algunas horas al amor de la lumbre, comentando con la mayor minuciosidad todos los sucesos y abriendo juicios sobre cosas de futuro

Ya no era un misterio que el barón de la Laguna se había resistido a emplear sus tropas de línea en una campaña contra las irregulares de la revolución, y aconsejado a su soberano que solo destinase a ese objeto el elemento similar río grandense, apto y suficiente para detener sus progresos y domeñar sus ímpetus, concluyendo de un golpe a cercén con la obra de la temeridad Fundaba su opinion en la experiencia adquirida Sus datos ciertos denunciaban un país casi despoblado, cuyos escasos moradores, grandes jinetes, aparte de una bravura indomable, robustecían su acción y su audacia en la alianza natural con las ventajas del terreno pidiendo a las serranías, a los montes, a los ríos, a los llanos los elementos necesarios para neutralizar o reducir a la impotencia las más hábiles combinaciones de la táctica y la estrategia

Era la guerra de recursos, ante cuyas astucias y artimañas se estrellaba la teoría de escuela y se rompía la regla de disciplina aniquilando la moral militar En ese concepto las tropas sujetas a ordenanza sólo deberían permanecer en puntos fortificados, es-

pecialmente en las tres plazas principales que disponían del transporte fluvial y marítimo Montevideo, Colonia y Maldonado Teniendo en memoria que en la campaña contra Artigas no había sido propiamente el ejército regular portugués el que arrollara los obstáculos y alcanzara la gloria del vencimiento, sino antes bien las fuerzas de Río Grande, cuyas condiciones y aptitudes tenían alguna analogía con las de los orientales, la pericia aconsejaba que el hecho se repitiese no habiendo sufrido modificación sería el estado del país desde Artigas a Lavalleja La ofensiva debería corresponder *entao aos chefes e soldados brazileiros que pe lo Río Grande do Sul invadiram a Cisplatina na guerra de 1817, e expelliram por fim Artigas e seus sequazes*

Resultaba pues, por la llegada de la columna del coronel Ribeiro y por la muy próxima de otra bajo las órdenes del coronel Gonzalves, que el emperador había escuchado el consejo, a mas de atender al reclamo de Lecor sobre el envío de refuerzos de infantería de línea y de naves de guerra para defensa de los puertos

La columna de Bentos Manuel Ribeiro había hecho un extreno ruidoso en su travesía por el territorio

Desprendida de la división del general Abreu que vivaqueaba en Mercedes, llegó al choque con Rivera en el Aguila haciendolo ceder ante su superioridad numérica, y tras de este encuentro feliz corrióse a marchas forzadas hacia Montevideo, al abrigo de cuyas murallas se había puesto, renovando parte de su armamento y fornituras

Recibido como vencedor, se encarecían sus dotes de experto guerrillero y de soldado valeroso, y aun cuando don Carlos y sus contertulianos hallaban justicia

en el elogio, reconocían sin embargo, que aquella efí mera victoria "del triple contra sencillo" sólo era un combate sin laureles

Afirmábase que el coronel Ribeiro celoso de gloria, había prometido a Lecor batir a Lavalleja antes que Rivera, muy apartado de el, pudiese incorporársele en el Durazno, para lo cual pedía las armas y municiones necesarias

Se añadia que el baron de la Laguna habia aceptado este plan de batir en detalle, pero que, siempre cauteloso, daba al valiente río-grandense el consejo de servirse de las tres armas para emprender la ofensiva, a cuyo efecto pondría a su disposicion dos batallones y una sección de artillería, remontando a mil seiscien tos sus jinetes

Al principio el fogoso guerrillero habia rehusado el contingente de fusiles y cañones, diciendo que bas taba con *suos cavalleiros* no obstante, se había decidido a acoger sin reservas todas las advertencias del experimentado capitan

En su columna, por otra parte, revistaban cuerpos de linea

No faltaba quien asegurase que el plan era mas vasto, por cuanto se había resuelto complementarlo en esta forma la división de Bentos Manuel buscaría su incorporación con la de Bentos Gonzalves para librar el combate, mientras que el general Lecor con su cuerpo de ejército, dejando la plaza convenientemente guarnecida, emprenderia marcha a retaguardia para tomar posesión de la villa de Florida o de San Pedro, si ésta era evacuada Las caballerías de Gonzalves eran de la calidad y el número de las de Ribeiro, probadas, sufridas y practicas en el terreno el barón de

la Laguna llevaría dos mil infantes, baterías de campaña y caballería de línea con jefes maniobristas

Una vez asentado en el centro del país, el movimiento revolucionario debía extinguirse en sus extremidades, batido y disuelto el núcleo principal

Otros negaban la posibilidad de esta tactica teniendo en cuenta las vacilaciones del gobernador así como su exceso de prudencia, si bien el choque en el Aguila elevado a categoría de triunfo fructífero, había retemplado el espíritu de las tropas y predispuesto la opinión militar a una ofensiva sin demora

—Son los apuros del que ve al enemigo en des bande —decía el señor Beron— o al toro en el suelo ¡Ahí de la gran lanzada!

Días después de la llegada imprevista de Ribeiro a extramuros, circuló un rumor grave que fue adquiriendo cuerpo, a pesar de las severidades empleadas para reprimirlo

Corría la primera semana de primavera, el periodo de los retoños, de los jugos activos y de las flores con sus brisas suaves y su sol tibio, y con su vuelta parecían también retoñar con viva fuerza germinadora las esperanzas decaídas con la nueva del contraste

El rumor era alentador

Pronto vinieron detalles, la alegría de los dominadores se convirtió en despecho y cólera, la tristeza de los nativos en goce indecible Charangas y clarinadas cambiaron de tono, y a trueque de fanfarrias hubo íntimos regocijos

¿Que había ocurrido?

Los informes aparecían contestes

El vencido del Aguila, rehecho a pocas leguas del sitio en que dejara alguno de sus oficiales y soldados muertos, había practicado una marcha de flanco ha-

cia la zona del centro, permaneciendo en ella varios días y de allí, arrancándose audazmente hasta el rincón de Haedo, donde pacían millares de caballos del enemigo.

Proyectaba un golpe de caudillo rampante y atrevido, una sorpresa de guardias y un botín de tropillas flor.

Era la táctica de caudillo — original y propia. Detrás de una derrota, efecto de la imprevisión o del desconocimiento de las reglas de escuela, rehacerse de cualquier modo, y apenas ordenadas las filas como quien recompone la formación de piezas en un damero por la sola tiranía de los dedos, acometer nuevamente sin dilación, dando un golpe que no se espera, para retemplar por ese medio el espíritu de los subordinados y no dejar cercenado el prestigio con la nota de ineptitud o cobardía.

De ese modo había procedido Rivera en la época de Artigas, así obraba ahora, librándolo todo al atrevimiento con la colaboración de la casualidad.

La aliada natural de la táctica de caudillo era la suerte, casi de igual manera que en el juego, o en la caza del tigre.

Como la astucia por sutil que sea, no podía reemplazar con ventaja a la noción científica, iba Frutos jugando una partida desigual, pues él bien sabía que el enemigo dominaba poderoso allí donde era su empeño entrarse a saltos de felino.

El rincón de Haedo, que toma su nombre de la "cuchilla" que allí termina, es el punto estratégico que domina la barra del Negro, y en el cual la entrada era peligrosa teniendo a un lado el Uruguay y al otro aquel río con su caudal engrosado por las lluvias.

Varios cauces tortuosos que a éste afluyen confi gurados por la propia naturaleza del terreno, forman una península caprichosa rodeada de inmensos bosques y espesas frondas feraz, de un verdor eterno, escogida para engorde de ganados

Accesible por su garganta, de una anchura de mas de una legua, la retirada se hacia imposible cubierta esa especie de gola, y las fuerzas rechazadas a su sa lida tenian que chocar con las barreras opuestas por uno y otro rio, y rendirse o perecer

Rivera encomendando al veterano Andrés de Latorre una diversion sobre el general Abreu que es taba en Mercedes atraveso el Negro con sigilo, sorprendio las guardias y dispuso lo necesario para el arreo de las "caballadas"

De pronto le anunciaron que una columna enemiga entraba en la peninsula

Era un encuentro fuera del calculo y la prevision, la gola se cerraba y era preciso abrirla aunque lo disputasen los contrarios a razón de tres contra uno

El coronel Braz Jardim era el que los mandaba en jefe sumando la columna mas de ochocientos comba tientes, en su mayor parte dragones aguerridos

El general Rivera ordenó sus cortos escuadrones, salióle al frente y lo cargó con denuedo

El choque fue terrible

A pesar de su resistencia, el coronel Jardim volvio grupas, y acuchillado por la espalda se arrojó so bre el grueso de sus tropas que le abrieron camino para romper el fuego

Quinientos dragones descargaron sus carabinas contra doscientos cincuenta atacantes, de los cuales cayeron algunos, un escuadron brasileño acaudillado por un capitán intrépido, quiso penetrar por el flanco co-

mo una cuña de hierro, pero el esfuerzo escolló, el sable de Servando Gómez rompió la mole y sus lanceros sembraron el suelo de cadaveres, el jefe de los dragones imperiales fue arrancado entre moharras de la silla y triturado bajo los cascos y el tropel, y envueltos aquéllos en la vorágine de esta carga furiosa emprendieron la fuga, dividiéndose en dos grupos uno con Jardim a la cabeza, que no se detuvo sino allende la frontera, y otro que cruzó a escape el Negro campos arroyos serrezuelas sin dormir y sin comer, —según la propia version brasileña— hasta llegar a la Colonia y refugiarse detrás de sus baterias

Quedaron sobre el terreno de la accion mas de mil armas, gran número de muertos y heridos, contándose entre los primeros veinte jefes y oficiales, prisioneros una cantidad mayor que la de los vencedores, y cerca de ocho mil caballos

El general Rivera que se habia batido con bravura como otras veces, no abandonó los despojos a pesar de la inminencia del peligro que tenia bien cercano en la división de Abreu, salió de aquella especie de remanga en que lo metiera su extrema osadia sin perder fruto alguno de la victoria, y repasó el Negro con el mismo aliento de fiereza que antes del contraste del Aguila

Su rasgo de intrepidez era pues, el que se celebraba entre los amigos de los "insurgentes", a raíz de los últimos regocijos de los imperiales

En vano se habia querido ocultar la noticia

Con motivo de ese suceso una irritación sorda habia cundido en sus filas, circulando voces sobre acciones decisivas y sangrientos desagravios

Eran las que se comentaban ahora en el misterio, en el seno de la confianza, discutiendose las inicia

tivas a emprenderse, las probabilidades, las complicaciones posibles, persuadidos todos especialmente el señor Beron, de que el nudo de Gordium no habría sido mas enrevesado que este lío

Si alguna duda pudo suscitarse acerca de la veracidad del hecho de armas que se intentaba encubrir por todos medios, sin excluir los represivos más duros con cualquier pretexto, esa duda se desvaneció al saberse en los dias posteriores que se había determinado abrir campaña con poderosos elementos

Don Carlos se cercioró de esto por boca de Souza, quien le dijo que había sido ascendido a capitan y destinado a uno de los regimientos de la columna de Bentos Manuel

Como la marcha debería resolverse de un momento a otro, iba a despedirse

El señor Beron mostróse un tanto conmovido, y estuvo con él más atento que nunca

Esa tarde, Natalia habia descendido del mirador con el mismo aire pensativo de los últimos días

Revelaba no haber visto nada a lo lejos, ni la sombra de un jinete

Cuando supo que Souza se marchaba tuvo un sobresalto sin darse cuenta del motivo Su corazón latió con violencia, algo de aturdimiento pasó por su cerebro

¿Era la presunción de peligros más graves, mas fatales la causa de su zozobra? ¿Existia alguna vinculacion entre este hecho aislado de la ida de Souza y la memoria constante del ausente?

No lo sabia ella

Tampoco don Carlos se explicaba porque él se sentia conmovido

El capitan traía algo de interés para ella que reve larle Su señor padre, detenido hacía tiempo a bordo de un buque de guerra, bajaría a tierra el día siguiente, con la ciudad por carcel

Por el hecho quedaba colmado el anhelo filial, pues que ella lo tendria a su lado sin mayores zozobras

Había sido ésta una gracia especial del barón de la Laguna, en atencion a que nada resultaba del proceso seguido contra el señor Robledo hasta ese momento que le hiciese pasible de pena, y defiriendo al ruego de su humilde subalterno a quien le había correspondido el deber de conducirlo a la plaza a raíz del sangriento episodio ocurrido en su estancia de "Tres ombues"

La joven le escuchó con el animo en suspenso y hú medos los ojos, en cuyas pupilas reflejabase con la alegria una expresión de hondo reconocimiento

Souza se sintió muy halagado, al apercibirse de aquella actitud, mostrose cortés como de costumbre, fino y oportuno, confirmando el dicho de don Carlos de que él sabía aprovechar bien las lecciones de su maestro el general Lecor, escuchó palabras dulces, pidió órdenes, y al ofrecerse miró a Natalia con fijeza, casi con aire de súplica

La hija de Robledo cogió llena de dignidad la mano que él le tendía, y se la estrechó en silencio

Don Carlos dijo alguna cosilla —como lo repetía él después,— con un poco de carraspera y atragantándosele mas de un vocablo

En realidad, pareció pasar por una crisis violenta

Cuando Souza se fue, él puso nervioso sus dos manos en los brazos de la joven, diciendo

—Todo está bueno, hija hay que agradecer Pero yo sé por dónde viene éste Marchan mañana se-

guramente y es preciso avisar a los que andan por ahí a riesgo de ser sorprendidos cuando ellos menos se lo imaginen ¡Busca, hija, busca!

—¡Ay, señor! ¿y qué he de buscar, pobre de mí? — exclamó Natalia llena de pesadumbre

—Sí, tienes razón, pero ahí verás, doncella mía, es necesario inquirir escudriñar ¡No hay que hacerle! Es forzoso hallar el medio, porque éstos meditan alguna embestida entre sombras algun plan diabólico por el que lo arrollen y aplasten todo de aquí a la Florida Y éste que acaba de salir muy meloso, untándonos el dedo, como si no supiéramos lo que busca el belitre con más agallas que un dorado! A mí no me la pega ¿No viste hija con qué ojos te miraba? ¡Se le salía la dulcinea por el lacrimal y el gran socarrón la tenía delante! Nada, esto me tiene crispado ha tiempo ¡por Cristo!

Así expresandose, descompuesto, casi iracundo, don Carlos abandonó a Natalia lanzándose a su escritorio

Al cruzar el patio vio una sombra negra, firme e inmóvil con el morrión en la mano, junto a la verja

El viejo escudriñó, echóse el gorro atras y dijo con aire risueño

—¡Ah, eres tú Esteban! Te creía ya fusilado ne grillo ¡Entra, hombre, entra!

El liberto, pues él era en efecto, obedeció en el acto, y penetró en pos de su amo al escritorio

XXVI

EL CINTO DE DON CARLOS

Bastante confusa quedó Natalia con lo que Souza acababa de comunicarles, y en esta confusión de su ánimo entraban por mucho la satisfacción y la amargura. Lo relativo a su padre, que hacía meses sufría las consecuencias de un hecho que no le era imputable, constituía a no dudarlo un motivo de dicha obligándola en cierto modo hacia un hombre que ella sabía la quería con una pasión creciente y silenciosa, y la ida de este hombre a campaña para tomar parte activa en la lucha, llenábala de congojas, sólo al pensar que su rivalidad lo arrastrase a ser cruel e inexorable en caso desgraciado con quien ella tanto amaba.

Recién se daba cuenta de sus emociones, así como de la que había experimentado don Carlos en el acto de la despedida. Por lo visto, coincidieron en el mismo presentimiento y fueron presas de la misma angustia. Las generosidades, las acciones caballerescas se explicaban sin esfuerzo cuando todavía no separaba a los dos jóvenes una tendencia personal, inflexible, de suyo egoísta hacia la posesión del mismo objeto, pero ahora todo se había deslindado y definido, sabía el uno a qué atenerse respecto del otro en materia de preferencias, eran enemigos, sin embargo, que iban a encontrarse en el terreno, a embestirse y a aniquilarse en nombre de hondos agravios. El mal sería menos si se tratara de un lance singular en que el éxito se relega al brío y a la pujanza, que en este caso ella

envaneciase en la creencia de que "él" no sería herido, sin herir también Pero el peligro estaba en la superioridad del número y de las armas de los que dominaban al punto de que fuera verosímil y hasta posible un desastre de parte de los menos aun cuando fuese muy grande su valor, que el heroismo —como Souza lo había dicho— más que jubilo casi siempre aparejaba duelos ¡Oh! que ellos combatirían como buenos en tanto no les dejase la última esperanza, bien lo sabía tan recientes y frescas estaban las leyendas de su tierra bañada en sangre, desde el día histórico en que los hijos de sus llanos y sus bosques sacudieron las melenas y se alzó su grito de guerra entre los silbidos del "pampero"

Mas por eso se sentía triste Aquella convicción constituia el primer anillo de una cadena de incertidumbres y de sobresaltos cuyo fin no era facil prever

Fue a trasmitir las nuevas a la madre del ausente, prometiendose a sí misma ahogar dentro del seno todas sus angustias Entre las dos el pesar era menos y holgaba la ilusión!

Hallabase la señora en el aposento contiguo al escritorio de don Carlos, ocupada en una nueva carta para su hijo

Si bien se ignoraba la residencia actual de Luis María por cuanto se tenía noticia de que las fuerzas sitiadoras habían cambiado varias veces de campo y alejadose hacia rumbo desconocido a la aproximación de la columna de Bentos Manuel Ribeiro, con la cual no les hubiera sido posible competir, la madre cariñosa escribía, a pesar de todo, confiada en que no faltaria oportunidad para un buen envío de la carta y en que la persecución constante de su amor, sería

siempre más eficaz y certera que la otra persecución a muerte

Natalia la sorprendió en esa tarea dulce y solitaria, puestos los dobles ojos, y en la mano la pluma, en actitud de reflexión profunda Había en sus parpados huellas de lagrimas

Abrazáronse sin esfuerzo, con esa espontaneidad adorable que nace del afecto sincero y de la comunion del dolor, calladas, suspirantes

Después la anciana, con el codo apoyado en la mesa, dejó colgar la mano en que tenia la pluma y puso los ojos en el pavimento en actitud meditabunda

Por encima de su hombro y rozandole la sien con su fresca mejilla, Natalia deletreaba con acento bajito y tremulo el encabezamiento de la carta que ella concluía de escribir

Así pasaron largos momentos

Pero esta situación de ánimo cambió pronto con la entrada de Esteban que a paso furtivo atravesó el patio y se detuvo ante la puerta del escritorio

Oyóse en el acto la voz de don Carlos, que le mandaba entrar, notandose en su eco una impresion de sorpresa y complacencia que no parecio esforzarse en ocultar mucho

Efectivamente, el señor Berón experimentó verdadera alegría al ver al liberto, presintiendo que las cosas convenidas estuviesen ya en su punto

Esteban entró sonriéndose, con una de aquellas sonrisas que le eran peculiares y dejaban a la vista todas sus encías cuando lo agitaba alguna idea útil y provechosa para sus amos

Guadalupe lo había atisbado desde el fondo, y hechole una cortesía que él contestó desde la verja cua-

drandose, con una venia de ordenanza garbosa y correcta

En presencia de don Carlos, éste preguntó con cierta ansiedad sin darle tiempo a explayarse

—¿Cuándo te marchas, Esteban?

—Creo que será cosa de horas, señor Le oí decir a mi jefe que mañana a la noche nos incorporaríamos a Bentos Manuel, que está en extramuros con la tropa que trajo de Río Grande Se han repuesto los aperos y se han cambiado algunas carabinas y sables por otros nuevos en mi escuadrón A más se nos ha dado licencia por una hora, con orden de volver en lo justito, para quedar acuartelados hasta el momento de salir

—¡Hum! ¿Y qué piensas hacer?

Don Carlos se rascaba cabizbajo la frente, que había arrugado hasta el casco, como absorbido por una idea fija

Al oír la pregunta, el liberto volvió a sonreírse con aire de confianza

—¿Lo qué he de hacer? su mercé ya sabe —respondió— Todo está listo

—¿Cómo que está listo todo? ¡Explícate, hombre! sin ambages ni redundancias, claro y derecho

—Digo que su mercé sabe que me voy con los compañeros en cuanto pasemos el Cerrito, cortando campos, a tomar el rumbo del Sauce y de allí de un buen galope hasta el paso de la Arena

—¡Ah! ¿Y por qué a ese paso, Estebanillo y no al del Soldado?

—Por ahí va a cruzar la columna, señor, según mi capitán, para ver de darle golpe al comandante Oribe que aseguran se ha puesto en observación en ese punto para no descuidar la barra

Don Carlos se restregó las manos

—¡Bien! Pero en el caso no problemático sino muy posible de que Oribe esté por esas alturas, debe tenerse en cuenta que lo primero será prevenirle del movimiento a fin de que no le cojan en un renuncio del diablo lo que importaría un verdadero desastre

—El comandante sabe siempre a qué hora el enemigo monta a caballo y adónde va

—¡Ya es mucho! ¡Sí, por San Diego! Con todo no puede haber seguridad en lo que afirmas, porque no sé yo dónde demonios has aprendido tú tanta milicia para venirme así no más a soplar absolutas como quien sopla bodoques por una cerbatana ¡Vamos al caso!

Y dando una palmada lleno de gravedad, siguió diciendo

—Es necesario que combines con maña el medio de comunicar a Oribe lo que le va encima como una avalancha

—Sí señor y si su mercé me permite yo diré que, por si acaso hemos convenido con otro compañero de confianza que él siga con la gente hasta el paso de la Arena y que yo me corte hasta subir bien a vanguardia de la columna aunque fuese reventando el mancarrón y caiga antes del alba en el campo de los amigos

—¡Así me place! Entonces dando por de contado que tú te subleves al comienzo de la jornada, que tus camaradas tiren como la cabra al monte, que tú te separes de ellos para llevar el aviso a Oribe aplastando el caballo si preciso fuese, — con cuya promesa pruebas que antes de sufrir tus posaderas se quiebra el lomo del cuadrúpedo, — dando digo, por suficiente-

mente probado y alegado todo esto, voy a encomendarte una misión de alguna importancia, que podría comprometerme si te matan y, como es consiguiente, te registran y despojan

—No me mataron ya, ahora no es fácil

—Muy engreído estás Me gusta a fe mía, hijo, me gusta!

Y dandole la espalda para sacar algo de un cajón de su escritorio, añadió alegremente

—Estoy asombrado de oir a este negrillo calavera Bien se ve que le ha tomado los puntos al amo, sin perderle mueca!

Sacó en seguida del cajón que acababa de abrir un cinto de badana con agujetas, lleno al parecer de monedas que habían sido perfectamente envueltas y distribuidas en el ancho hueco

Tomole el peso y enseñandoselo a Esteban, dijo

—Aquí van trescientas onzas, que darás a quien bien tu sabes Hay que agregarle las cartas, esta la mía dentro

En ese momento abrióse la puerta que daba al aposento en que se encontraban la señora y Natalia, apareciéndose éstas en el umbral

Sin duda lo habían oído todo, porque la madre de Luis María enseñó dos cartas exclamando risueña

—Estas son las cartas, Carlos Vengo también a recomendarselas mucho a Esteban segura de su lealtad

El liberto que no podia ver sin conmoverse a la madre de su señor, dijo balbuciente

—Verá su mercé, que llegan Me voy a atar el cinto sobre la carne

—Eso mismo te iba a indicar, —repuso don Carlos, — y si es que no te desnudas sino entre cristianos,

el secreto pegado a tu piel se conservará ileso Bien creo que para violarlo, primero han de acabar contigo

—Dile muchas veces que sólo pensamos en él — murmuró la madre blanda y cariñosamente, — pero muchas, Esteban ¿has oído?

Y como Natalia lo mirase al mismo tiempo de una manera fija e intensa, apoyada la cabeza en el hombro de la señora, cual si a sus ojos hubiesen asomado en tumulto todas las tiernas confidencias que guardaba en su seno, el negro tembloroso, se limito a inclinarse como de costumbre en los casos graves, sin pronunciar palabra

—Ahora, — dijo don Carlos, — déjennos ustedes solos un momento

Apenas se retiraron las señoras, hizo Berón que Esteban se abriese las ropas y él mismo le ciñó el cinto casi a la altura del pecho examinando una por una las hebillas y agujetas por si estaban flojas

Puso en él las cartas, y en tanto practicaba sesudamente la diligencia, murmuraba un poco sofocado

—Así ira bien Pero no hay que desnudarse en toda la jornada No es este un cinto de Brion o de Perseo, no ¿Y qué sabes tu, negro, de esas cosas? ¡bah! si a veces uno desatina Con todo has de saber que este cinto puede desviar cualquier proyectil traidor y librarte el pellejo bonitamente, porque va bien preñado de amarillas mas duras que el plomo Te lo apreto bien para que no olvides que debes velar por él como si fuese cosa tuya y que lo que esta mas cerca de las carnes vale mas que la casaca

¿Estas listo?

—Si, señor

—Bueno, entonces no perder tiempo. Mucho ojo y mucha destreza, Estebanillo de mis entrañas, y que Dios te ayude!

El viejo se volvió a pasos precipitados entrándose al despacho del negocio, y el liberto salió al patio.

Junto a la verja estaban la señora Natalia y Guadalupe, como esperándolo. Se detuvo ante el grupo, en actitud de quien pide órdenes, muy abrochado y tieso.

—¡No te olvides! —díjole su antigua ama con el pañuelo en los ojos.

—Dile que nos escriba siempre — añadió Natalia — porque el saber de él con frecuencia es toda nuestra dicha!

Hasta Guadalupe se permitió recomendarle, no pudiéndole expresar otra cosa, que "no confiase nada a don Anacleto hasta que no estuviesen libres y salvos al lado de su señor".

El liberto prometió cumplir todo fielmente, pidió la bendición a su ama y fuese a prisa, sintiendo que empezaba a enternecerse demasiado.

XXVII

LA SUBLEVACION

En las horas de esa noche y en el siguiente dia notóse mayor movimiento que otras veces en el recinto.

Súpose que el general Lecor en persona había visitado los puestos y cuarteles, trasmitido órdenes terminantes, apresurado preparativos de marcha y tenido una larga conferencia con el coronel Ribeiro. Decíase que, a pesar del celo y actividad desplegados para integrar la columna de aquel jefe con infantería y artillería, el equipo no podría hacerse sino de allí a dos días, lo que había visiblemente contrariado al fogoso guerrillero rio-grandense, cansado de una quietud que iba en pugna con su carácter emprendedor y atrevido.

El desastre del Rincon de Haedo, llamado vulgarmente "de las gallinas", lo tenía irascible. Había oido decir que el nombre de la estratégica península del Uruguay y el Negro, había sido justificado en un todo por la imprevision y desidia de Braz Jardim y de Barreto, pues que sus numerosos y aguerridos dragones, en masa triple a la de los dragones de Rivera, habían caído en sus propias redes cazados como gallináceos en un tercio, en un tercio muertos, y en otro tercio dispersos a chasquidos de "rebenque", perdiendo en la fuga mil quinientas armas.

La irritacion de Bentos Manuel era extrema. Aunque reconociendo la bondad de los planes de Lecor, obstinábase en abrir operaciones con sus elementos

propios sin esperar los constitutivos de cuerpo completo de ejercito que aquel le ofrecia

La nueva recientemente llegada, que se hizo difundir sin reservas, de que por horas atravesaria la linea divisoria otra columna de mas de mil jinetes a las órdenes del coronel Bentos Gonzalves para obrar de acuerdo con el general Abreu que vivaqueaba sobre el Negro, exaltó la impaciencia de Ribeiro, y lo decidió a tomar la iniciativa

Los que observaban atentamente las cosas, en primera linea los contertulianos de don Carlos que por una u otra causa tenían ciertas afinidades con los jefes del recinto, bien se penetraron de que la combinación era otra que aquella

Gonzalves de analoga talla a la de Ribeiro hombre de manotada y de arranque, propio para el medium de lucha donde había caudillos capaces de manotear más recio, debia venir a grandes marchas buscando su juncion con el gemelo, a fin de realizar el único plan racional y tactico, una vez que quedaba en suspenso el ideado por Lecor, el de batir en detalle, cargando sobre Lavalleja antes que Rivera se quitase a Abreu de encima y pudiese robustecerlo

Entonces el plan de Lecor complementaria la campaña dandola por concluida con su sola presencia en la Florida o en el Durazno

Y que esta y no otra debía ser la combinación, lo confirmó en la noche el hecho de emprender marcha la columna de Bentos Manuel sin esperar la incorporacion de los batallones

Contaba con mil cuatrocientos carabineros

Reforzosele únicamente con una parte del escuadron de auxiliares

En las filas iba Esteban con sus amigos

Esta tropa salió de muros después de retreta Componíase de cincuenta hombres y dos oficiales

Bentos Manuel no la quiso para el servicio de avanzadas y flanqueadores, y la echó a retaguardia de la columna, diciendo que serviría para la "carneada"

Prontos los regimientos y los caballos de reserva, dióse orden de marchar al trote sin toques de clarín, y la columna se puso en movimiento entrada la noche

Soplaba un viento fuerte de la parte del sur, y la atmósfera estaba cubierta de nubarrones que parecían correr al mismo paso hacia el nordeste, siguiendo a las tropas con su sombra y dejando caer sobre ellas a trechos algunas gotas pesadas que producían en los rostros y cuellos efectos de papirotes

Cubriéronse los soldados con sus ponchos

Igual cosa hicieron a retaguardia entre los auxiliares, el capitán, el teniente y cinco o seis soldados Los demas continuaron a cuerpo gentil, indiferentes, sufridos, más bien atendiendo a sus armas que a sus ropas

Desfilaban por una falda oscura sembrada de guijarros, que por varias ocasiones moderó el paso de los regimientos, aproximandose éstos demasiado unos a otros

Guardábase gran silencio.

Siguióse siempre por la falda, volviéronse a establecer las distancias convenientes sin percibirse al frente mas que una masa de tinieblas A un flanco la oscuridad era mayor Sin duda habia eminencias de tierra en curvas caprichosas o grandes árboles indígenas dispersos en la ladera

Esteban marchaba al extremo derecho del segundo escalón

Llevaba el poncho cruzado al pecho a modo de banda, ceñido al costado por sus puntas, como para embotar hierros en su espeso forro de lana

Inmediatamente detrás a la cabeza de la segunda compañía, iba el sargento Benitez, cruza de indio y negro jinete de talla corta, macizo y repleto, cuyo bulto se distinguía como una corcova sobre los lomos de su cabalgadura

Al lado de este sargento marchaba don Anacleto un tanto agobiado y abatido, con las mandibulas flojas y la cabeza entre los hombros

Aquello que le pasaba salía de lo imprevisto, y miraba a veces de diestra a siniestra, como en busca de una "lucecita que lo endilgase en el oscuro rumbo a la querencia"

Rato hacía que la columna había dejado detrás uno y otro cerro, avanzando por un camino pedregoso que flanqueaban asperezas llenas de piedras y arduas colinas, cuyas lomas descubrían a los lados sus perfiles, a pesar del denso cortinaje de sombras

De repente, el sargento Benítez acercándose a Esteban por su derecha, de modo que pudiese hablarle sin ser oído, díjole bien encima de la oreja

—¡Aqui es lindo para el desgrane! ¡Traslomando, al freno no mas, ni el olor! Hay mucho pedregullo en la falda, y a estos no les conviene seguirnos

—¡Estate en la vaina! — respondióle el liberto en el mismo tono —. Yo te he de decir cuando los tranquee la fatiga y los abombe el sueño, por adonde hemos de enderezar

Callose el sargento, y ocupó su puesto

La marcha continuo sin novedad alguna por mas de una hora, al trote firme, pasose el arroyo de Las Pie-

dras en sus vertientes, y entróse en una sucesión de collados

Hízose un alto de pocos minutos, para dar aliento a los caballos

En ese descanso, los jefes recorrieron la columna vigilando e impartiendo instrucciones

Entre esos jefes descollaba uno por su tono acre y agresivo, cuya voz Esteban reconoció en el acto la de Bonifacio Calderón, el antiguo jefe de la línea sitiadora, de nuevo al servicio del Imperio

Parecía rebosar de iras A su paso el silencio se hacía mas profundo, como si se temiese que el menor hálito las atrajese y se provocara un conflicto en las filas

Pasados algunos momentos, siguióse andando

Traspusiéronse largas distancias hasta las tres de la mañana, en cuya hora se cruzo un vado cenagoso con los caballos bastante transidos

La tropa iba ya pesada y somnolienta No se guardaban espacios regulares entre los diferentes cuerpos, a causa del exceso de fatiga, y había que esperar a veces incorporaciones de fuerzas rezagadas Algunos escuadrones se retardaron, mudando cabalgaduras, los mismos caballerizos no se entendían ya con el arreo

Había escampado, pero la oscuridad era más profunda, haciendo penoso el tránsito de las "tropillas" en un suelo quebrado y lleno de canalizos

La retaguardia se detuvo entre unos cardizales nutridos que los caballos denunciaron con sus movimientos nerviosos

Arreabanse dos "tropillas" por un llano en completo desorden derecho al vado, que al efecto se dejaba libre

La guardia de prevención quedaba muy atrás, y entre ella y los auxiliares se interponía una mole inmensa de animales cuyo pasaje ocasionaba un sordo y prolongado estruendo en los terrenos bajos Los gritos de los caballerizos aumentaban este ruido hasta hacerlo ensordecedor

Para mayor confusión, un grupo considerable de caballos se empantanó en el vado, ya muy removido por el paso de los regimientos, los que venían detras, hostigados por las voces y las fustas, atropellaron en tumulto, y no hallando hueco dieron contra los "molles" y sauces de la ribera chapodando ramas con los encuentros, estrujándose, dándose de coces y mordiscos y retrocediendo al fin en avalancha para ganar a escape el campo abierto

En medio de los relinchos e interjecciones brutales que hendían el espacio, de la turbación y los sobresaltos unidos al sueño y al cansancio, Esteban se volvió hacia el sargento Benítez, diciendo

—¡Ahora!

Y sin perder más tiempo, levantó el mango de su "rebenque", descargándolo con toda la fuerza del brazo en la cabeza del capitan, que vino abajo del caballo como herido de muerte

Casi en el acto, el sargento lanzó una voz, sin duda esperada por sus soldados, porque la compañía dio media vuelta, precipitándose por su flanco derecho como envuelta en el torbellino de la "disparada", y se alejo sin dejar tras sí mas que el eco de un tumulto pavoroso

El teniente había caido con dos sablazos, algunos hombres fueron derribados en un choque terrible, la "caballada" despavorida paso por encima de los cuerpos, y todo quedó misterioso, en la profunda tiniebla.

Corrieron por más de una hora los sublevados, antecogiendo buena porción de "caballada" que arrearon sin descanso, y sorprendióles el alba a un paso de los bosques del Santa Lucía

Recién don Anacleto, que había salido aturdido en el arranque, se acercó a Esteban mientras cambiaban monturas y le dijo muy asombrado

—¡Haceme el favor, amigo, de explicarme esto que pasa por Dios bendito! pues no parece sino que mandinga entreverao con la tormenta nos ha trajinao de los pelos De mí me acuerdo que me erraron tres sablazos, que sentí un tropel como el de vacunos medio ariscos ataos al palo que se asustan y pegan la sentada rompiendo las coyundas, y después malicié que salía a dos laos sin saber cómo ni cuándo lo mesmo que bola sin manija, entre una punta de milicos más ligeros que fantasmas Y no te miento, hermano, si te asiguro que me pasaron silbando hasta una docena de "boleadoras" por el mate, que ni yo mesmo alcanzo como llegué a mezquinarlas, salvando a mi parecer, por un evento de la gran casualidá ¡Caneja y por mi madre, qué loba más peluda!

Reía el liberto oyendo hablar así al viejo capataz, y mayor era su risa al mirarle el rostro desencajado con los ojos bailarines muy hundidos en los camaranchones, la nariz larga en forma de gancho, sirviéndole de agarradera al barbijo, una cola de cigarro Bahía sobre la oreja y las duras barbas erizadas chorreando todavía las gotas de la lluvia.

Cuando se le acabó el alborozo, contóle brevemente lo ocurrido

Con el sargento Benítez y el de igual clase Saldanha, portugués este último que había militado en los voluntarios reales, excelente instructor de reclutas en

dos armas, y a quien con algunas onzas de oro se había atraído comprometieron hasta cuarenta hombres del escuadrón todos nativos de los que estaban allí presentes más de treinta habiéndose sin duda extraviado el resto en la dispersión del primer momento, al arrancar confundidos con las "tropillas" asustadas

Ahora que la cosa había salido bien, el apuro era el de buscar la fuerza de Oribe El monte estaba allí, y no muy lejos el paso de la Arena

Añadió Esteban, que ya no podían dividirse en dos grupos como él lo había querido al comienzo de la empresa, puesto que era imposible ir a encontrar a su jefe en el paso del Soldado adonde ya estaría la gran guardia de Bentos Manuel que lo mejor sería alcanzar al galope firme el de la Arena casi seguro de que por aquellas alturas operaba la división

—Por todo eso soy baqueano, — observó don Anacleto — y puedo guiar derechito a la gente sin enquivocación nenguna de "cuchilla" o arroyo, ni sacar la potrosa del estribo por tomarle el gusto al pasto

—Yo también conozco el pago — dijo Esteban, aquí vienen cuatro o cinco rumbeadores capaces de seguirle el rastro al tigre en lo más escondido del monte

Don Anacleto se puso entonces a examinar a sus compañeros con las primeras lumbres de un día pálido y nebuloso

Quería persuadirse bien de que eran los camaradas del recinto y de que el sargento Saldanha, a quien él había tenido siempre grande ojeriza por lo riguroso en lo tocante a "desciplina", tenía ahora una cara más simpática y un aire más humilde que en el cuartel! Y en mirándolo contento y retozón entre la tropa sublevada, acabando de aparejar los caballos, cruzóse

de brazos con talante de caudillo de pago y le gritó con acento de protección

—Quién lo vido, y quién lo ve, sargento viejo, amañerando resertores a poquito de arrocinarlos con la vara en el hueco de la Cruz! Asina es el mundo Un día se sirve a un patrón con cencia, y otro día se sirve a otro con concencia, que en engañar primero esta el toque pa probar la habilida, y entre un fogón que no arde y otro que calienta con agua hervida y "churrasco", el estómago se reguelve al calorcito aunque la volunta no quiera, porque antes es el vivir que el soñar Bien haiga el sargento! Si ayer me cerraba la oreja a la súplica por ser caporal, no he de mostrarme resentido y agraviao, porque nunca jueron mas que campanas de palo las razones de un pobre, pero, aura he de alvertirle que en campo raso la voz se oye y eso que es pura yerba aunque esa voz sea la de un cordero a quien come los ojos un "chimango", o la de un guey que se ha incao con el rejón que abría el surco, o la de un mastin ovejero con la pata quebrada que juese, porque aqui aonde no hay poblaciones grandes sino ranchos y "taperas" hay orejas que oyen y corazones que se ablandan, al revés de los pueblos con edificios de lujo aonde se machuca el grito de un enfeliz lo mesmo que golondrina en candilada Aquí, la tierra es suave hasta pa el que clava el pico, de balde muestra abrojos y cardales, sin acompañamentos y sin curas que mojen con tristel al dijunto pa sacarle la aguaza a la viuda afligida por haberlo librao de pecao, pero con lágrimas limpias de toda hipocresia, que a mi parecer valen lo que el agua bendita Por encimita de todo se perdona a los malos mesmos, y el monte les da guarida al igual del "yaguareté", encuentran agua sin olor ni

gusto que no es de pozo de cuartel, carne con más de un dedo de grasa que no es matambre de melico tan delgadon como "baba de diablo", fruta rica que no tiene dueño guen agasajo en el vecindario que desculpa los vicios con sabeduria y los tapa con un cuero cuando la cosa aflije porque es mejor alcaguete que el gobierno mesmo Esto digo, amigaso Saldaña, porque vea que aunque haiga "matacos" en el campo tienen menos conchas que los de muro adentro, y que aqui todos los hombres son parejos de un altor, hasta que Dios sea servido de convertirlos en esqueletos y mesturarlos por junto en los pastos con las osamentas del vacuno

A este discurso del capataz, habían prestado grande interés sargentos y soldados quienes reían ruidosamente y aplaudían, distinguiendose en la algazara el mismo Saldanha, que era alegre y socarron como veterano que había pasado varias veces por el aro de mandinga, — según su propia ocurrencia

Acabando de apretar la cincha, contestó en buen español muy risueño

—Lindo era para predicar don Cleto con esa labia y esa voz de bordona y esa pinta de cuervo de campanario Pero se lamenta al ñudo, y sino dígame ¿le han puesto acaso "pie de amigo" para forzarlo y traerlo hasta aqui a juntarse con sus amigos después de tantos meses de servicio duro y parejo como ha prestado en la plaza? Sin pensarlo siquiera, se ve libre en estos campos, donde los pájaros no se ciegan porque no hay paredes, y se ve libre porque a rigor de disciplina aprendió a obedecer y a ir como murcielago de dia, que a no ser esto estaria a esta hora penando en el hueco de la Cruz bajo la baqueta del cabo "ranchero" si no anduviera listo Deme las gra-

cias, amigo viejo, que he ayudado un poco a la cosa, más que no fuese que para largar al cenuelero adonde abunda el pasto!

—Naide me forza a mí, ni me pone "pie de amigo" a dos tirones — replicó don Anacleto temblándole la borlilla del barboquejo por encima del labio, — ni tampoco soy guey que se lamba de puro goloso, ni me cuelgan abrojos en el rabo como a más de uno que cree que esta limpio en todas partes y no se desmande el sargento ajuera del pago ni compare con murcielagos a la gente, porque aquí hay avechuchos que miran mas lejos que el ratón, y en un revoleo, si te he visto no me acuerdo!

—El sargento no ha dicho por tanto, — observó Esteban —, y no hay motivo para echar mano a la cintura

—¡No! Si yo lo entiendo al fanfurriña y sino fijáte cómo se rasca la verija Lo que yo quise decir es que los hombres donde quiera se encuentran a juerza de rodar como las piedras de los cerros, y que la que está encimada hoy, mañana la arrempuja el viento, o una bruja, y cae al playo al igual de otras por correr la mesma suerte, aunque sea más grande y más pintada

Seguian riéndose todos con el mejor humor al oir al capataz, y éste al montar, y apercibirse de la algazara, riose a su vez con tal gesto inofensivo y comadrero hasta mostrar los dientes barcinos que le quedaban, que la explosión no tuvo límites

Bajo espiritu así retozón, reinicióse la marcha al galope con una pequeña partida exploradora al frente, la que se adelantó hasta una milla

Y andando, dijo Esteban a don Anacleto

—Desde que don Luciano y usted faltan de "Tres ombúes" la estancia ha de haber sufrido mucho A la cuenta las vacas y las yeguas no conocen ya rodeo, y si acaso no se ha de meter en el corral más que la majadita del "tronco" por pastorear encima de las poblaciones Si usted se aprovechase de quedarse aquí estos días, haría servicio a don Luciano, y yo había de disculparlo con el jefe Antes de medio día vamos a pasar cerquita, a una media legua

—En esa rumia iba — respondió don Anacleto con gravedad No se juega con los entereses, y yo tengo en un potrero del monte un ganadito orejano que a la fija se han comido los "matreros", si no han matrereao ellos mejor por librarse de estos cimarrones

—Si le han comido el suyo, no habran precisado de las vacas del patrón

—Ansina es Pero, en la virgen confío que mi terneraje no haiga mermao mucho porque al dirme lo meti en un playo de pasto de engorde de cuaresma, tan acortinadito y misturao con malezas, que nengún gaucho malevo ha de haber olido la madriguera El de mi patrón se ha de haber resarcido con las crías aunque al principio lo haigan espigao en flor Tengo gana de ver como sigue esta hacienda, por si hay que enderesar algo en el establecimiento que dejé al cargo de Calderon y de Nereo No seria malo que me diera una gueltita por el campo antes que venga el tiempo de las quemazones o de la langosta, y todo lo encontrase arruinao y en "taperas" Si te parece, me corto al trotecito asina que nos acerquemos, aunque no juese más que pa bichear a esos mandrias

—Se me hace bueno, — dijo Esteban sonriendo —, y no hay que estar entre si caigo o no caigo Caiga al campo don Cleto!

—Por aviriguar, guelvo a decir nada mas que por aviriguar Despues me encorporo aunque sea en la sierra de los Tambores al grueso con este solo compañero, que no preciso la garabina

Y se golpeó el corvo con fuerza

—¡Ya creo que no precisa! — observó el liberto con seriedad

A trueque de un encuentro malo como podría acontecer en un refucilo, en que no quedase uno vivo, mejor es que primero usted vigile un poco el campo de don Luciano porque se lo ha de agradecer el, la niña, y también mi amo, por lo que los quiere

—Por lo juicioso te hacia comandante amigo, si yo juese el jefe, y no es por lavarte la cara, que no necesita de jabón sino por probarte que soy tu aparcero de alma, todo enterito pa el trance más duro después que te he pulsao la muñeca Si mandás que cargue en la punta en cuanto los "mamelucos" asomen la trompa en la lomada por ahi me descuelgo como "carancho" sobre los guevos a todo lo que da el "flete", si ordenas que vaya a cuidar el ganao de mi patrón por ser de conveniencia, aunque me aflija voy, porque la desciplina ha de respetarse mas que al cura, dende que se parece a las mujeres que se han pasao de mozas sin marido y siempre estan rezongando

Limitose el negro a reirse, sin objetar más palabra

El galope duro no daba tampoco lugar a diálogos muy largos y con ese galope llegaron al vado que cruzaron sin novedad, siguiendo sin detenerse por la orilla del monte

Al empezar a declinar el dia don Anacleto creyó llegado el momento de separarse pues pisaban va campo de Robledo, y así lo hizo, cambiando de rumbo

para dirigirse a las "casas" y haciendo un cordial saludo con el brazo a sus compañeros

Estos lo contestaron con una aclamacion unanime y las armas en alto

El sargento Saldanha le gritó

—¡No se vaya a hacer perdiz en el pago don Cleto, y mire por su fama!

—La cuida esta que va en la vaina — contestó el viejo con arrogancia ¡Ya ha de cortar más de una cola cuando toquen a rabonear!

Luego entre risas y expansiones, la partida desapareció en un bajo, y don Anacleto en un abra del monte

XXVIII

EL ESFUERZO NACIONAL

Muchas fueron las agitaciones en el campamento de los sitiadores desde la prisión de Calderón, hasta después de ocurridos los hechos de armas que habían apresurado la marcha de Bentos Manuel hacia el interior del país

Luis María siguió con interés creciente los acontecimientos, examinándolos sin decaer un instante en su entusiasmo, ni preocuparse mucho de los giros extraños que a ocasiones les daba la política

Se estaba a la naturaleza y al alcance del esfuerzo

En su sentir, era muy difícil modificarlo sustancialmente, aunque la necesidad lo contrariase por la adopción de formas opuestas a la voluntad firme y constante de los nativos Bien conocía él esta voluntad. Pero, asistíale también la convicción en presencia del arduo tema, de que no era rigurosamente cierto que "querer fuese poder", segun el adagio que se estilaba en casos analogos como sentencia sacada de la misma experiencia Lo que el y otros querían, no se podía realizar sin riesgo de que toda la obra se perdiese

Hablaba muchas veces con su jefe en la tienda, en marcha, en los dias de zozobra como en los de regocijo, siempre hallaba en el la misma actitud, igual reserva discreta acerca de asunto tan escabroso

Eran sin embargo de importancia y dignos de una meditación profunda, los hechos que habian venido

encadenándose hasta confirmar en sus extremos la conducta leal de los libertadores

Estaba Luis María invadido del espíritu local, que era mezcla de virtudes y rabias pero en su cerebro el buen sentido primaba sobre el arranque de la pasión y le hacía condolerse de la suerte que cabía a uno de sus grandes y queridos ensueños

Pensó sin soberbia

Pasó revista al pasado, tan lleno de abnegaciones y recuerdos palpitantes

La suerte de las armas se había mostrado propicia al intento de los buenos, pero éstos estaban en el comienzo de una obra colosal, y no contando con más recursos que los propios, que eran muy escasos, sin apoyo directo ni indirecto de los gobiernos vecinos, empezaban a palpar los graves inconvenientes de la empresa y a comprender lo serio de la aventura, para cuyo complemento érales preciso el concurso del genio militar e ingentes sumas de dinero

Sus reflexiones recayeron sobre los hechos fundamentales que se habían consumado con trabazon lógica preparando acaso al país para una vida ficticia, o por lo menos agitada y turbulenta

La representación convocada, ardiendo aquél en dura guerra, había nombrado en uso de sus facultades un gobierno efectivo y diputados al congreso argentino, — lo mismo que Artigas hiciera en otro tiempo y bajo el imperio de otras circunstancias

Pero antes de producirse este hecho y el de las declaratorias notables de la asamblea, supose que el gobierno de Buenos Aires había dispuesto se formase un ejército de observación en la línea del Uruguay al mando del general Martín Rodríguez

Cuando este jefe pasó a recibirse de su puesto, una versión alarmante circuló en esos momentos, y subsistió mucho después

Se dijo que el general Rodríguez llevaba órdenes para prender al brigadier Lavalleja, y remitirlo a Buenos Aires Esta especie fue adquiriendo cada día mayor crédito, sin que el tiempo y los sucesos la desvanecieran

Subsistía entre los orientales, y éstos se la explicaban claramente La diplomacia argentina que había traído a Lecor, trataba de mantenerlo en el terreno conquistado

Erales forzoso para merecer el auxilio y provocar la conflagración, dar prueba segura de su lealtad, y asimismo, extender su accion y su poder en el territorio por una victoria ruidosa

En caso feliz, el apoyo sobrevendría por el exceso mismo del mal que perturbaba profundamente el equilibrio de la vasta zona, si el éxito era desgraciado, los vencidos no debían esperar más que la prisión y el proceso

A esta triste alternativa estaba condenado el ideal de la aventura por la política insensible y la fría diplomacia Entre esos dos hielos se encontraba la aspiración ardiente de los debiles, que todo lo fiaban a los milagros del valor

Dióse la prenda

El brigadier Lavalleja sometió la dirección de la empresa militar al Ejecutivo de la República, ofreciendo así prueba eminente de espíritu de orden

Este compromiso no fue aceptado La resistencia del Gobierno general a tomar cualquiera intervención explícita, quedó excusada legalmente por preceptos que era preciso llenar de un modo solemne

Contra esta resolución se habían estrellado todos los esfuerzos y los ruegos del pueblo oprimido, las vehementes insinuaciones del espíritu nacional, los argumentos de los tribunos y del patriotismo exaltado

Era entonces necesario que el denuedo de los nativos luchando solos con el enemigo común, rompiese aquella barrera consagrando su *afán constante* con un triunfo memorable, y preciso era que ellos confirmasen los votos protestados por su libertador, por medio de un acto armónico con sus instituciones

Lo primero se ansiaba día tras día soñándose con la aurora de una jornada cruenta, pero fecunda, que despejase un poco los horizontes del porvenir, lo segundo se había hecho por una Asamblea con mandato imperativo, que, en el fondo, no podía suplantar los efectos de un plebiscito necesario

En un país de cien mil almas, cuyos ciudadanos sin escuela de gobierno libre eran soldados, y a quienes en esas horas críticas les era corto el tiempo para preocuparse de otra cosa que de batirse a muerte contra un adversario diez veces superior, no debía esperarse tampoco que la voluntad del conjunto, la expresión meditada y tranquila de la voluntad soberana, se manifestase por otros medios mas correctos

El día 25 de Agosto la Asamblea había declarado al país, de hecho y de derecho, libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo, y en pos de esta declaratoria viril, hecha en medio de zozobras y peligros, había dictado también la ley que lo incorporaba a las Provincias Unidas del Plata como porción integrante de su antigua soberanía

Era esta sin duda, una concepción más clara y luminosa de la patria, cuyo sol debía nacer en el con-

fín sur brasileño y hundirse detrás de los Andes, después de alumbrar inmensas regiones destinadas a todas las razas laboriosas del mundo y a todas las libertades sin arraigo en las naciones caducas, era el haz de fuerzas que hacían la solidaridad perseguida, la cohesión de los medios y la armonía en los fines, dando aparente solución al problema del equilibrio platense

Aparente, porque ¿no invocaba el Imperio iguales titulos que su rival a la posesion y exclusivo dominio de la tierra disputada, y no eran sus pretensiones antecedentes de funesto augurio para el futuro?

La fórmula de incorporación, que era en sí misma expresión de poder y de fuerza, resultaba para el dominador impuesta por la brutalidad de los hechos, y como un reto a su soberanía, por cuanto los nativos, años atras, habian resuelto la anexion al Imperio por intermedio de sus Cabildos, únicos cuerpos de caracter representativo y popular

En esta grave querella, para nada tenía en cuenta el Brasil que los orientales no querían en el fondo lo que sus Cabildos hicieron, ni Buenos Aires se daba por entendido tampoco de que la célebre declaratoria no era un acto espontaneo de los pueblos oprimidos

Dirimían sus antagonismos sin consideracion a la prenda Y la prenda anhelaba ser entidad neutra y por lo mismo libre y respetada Pero, no siendo eso práctico por sus solos recursos, ninguno mas adecuado como quien saca fuerza de flaqueza que el de aquella declaratoria La incorporación al cambiar el dominio traia consigo el conflicto, y hacia teatro de la lucha el mismo suelo disputado, mas al fin de esa lucha podría bien suceder que del exceso de sangre vertida surgiese la zona neutral por utilidad recíproca,

y de esta situación, una independencia que era imposible adquirir por otros medios

Por eso, condensando su pensamiento en las propensiones locales firmemente acentuadas, el joven patriota recordaba entonces la frase lacónica pero expresiva que había recogido en más de un labio a raíz de aquella última declaratoria

—¡Libertémonos del yugo extraño, y después Dios proveerá!

Resumía esta frase, con los anhelos de una generacion formada al calor de la lucha y que todo de la lucha lo esperaba, lo incierto de su destino

Tal vez se descubria en ella el fondo de soberbia genial que constituia la base de las rebeldias indomables, pero esa naturaleza bravía favorecida en su desarrollo por las condiciones geograficas del territorio, aislado de los otros en casi su totalidad por mares y grandes rios, era precisamente la causa del conflicto, la razón inicial de la aventura legendaria

Y bajo esta faz el problema de futuro ¿podía considerarse asimilable el elemento nativo?

La pregunta era honda, y eludió satisfacerla como si se hubiese abocado a un abismo insondable

En la bandera a cuya sombra los orientales peleaban se leía con letras negras la inscripción de ¡libertad o muerte! que era su grito de guerra y también de gloria

En ese lema se resumian sus ideales, en ese grito sus virtudes guerreras ¿Se obstinaban ellos en probar que eran capaces de ser libres dentro de un gran todo o de una gran patria de comunes sacrificios, o buscaban significar con ese lema, que tenía su origen en Artigas, que toda dependencia les sería odiosa aun dentro de la comunidad primitiva?

Se inclinaba a creer esto último, y un día dijo a su jefe lleno de ardimiento

—Si vienen los argentinos y libran la gran batalla, nuestra esperanza llevará camino de realidad, mi comandante

—¿Por qué — había preguntado Oribe

—Porque hoy ninguno de los rivales podrá obtener victoria definitiva, fuertes como uno y otro lo son, y entonces nos harán el fiel entre los dos platillos

—El caso es que los argentinos vengan Mientras eso no suceda, no habrá fiel, desde que no haya balanza que equilibrar

No ponía en duda Berón este aserto, pero consolábale la idea de que el auxilio vendría, hecha como lo había sido la declaratoria de incorporación, y factible como era un hecho de armas que de un momento a otro asegurase a los "insurgentes" el dominio de la campaña

Muchas otras circunstancias concurrían a preparar el espíritu del gobierno argentino a una actitud resuelta

La marcha misma seguida por la revolución estimulaba al socorro, en nombre de principios que ella se esmeraba en consagrar sobre el terreno de la lucha Sus prácticas no desdecían de la alteza del propósito Hacía la lucha humana, sin crueldades ni venganzas

El joven patriota sentía por ello una íntima fruición, que se renovaba con frecuencia por las voces que se alzaban en la otra orilla en defensa de los oprimidos

Una tarde su goce subió de punto

De la tienda de Oribe había pasado a la suya una hoja impresa, un número de *El Piloto,* que aparecía en Buenos Aires, cuya prédica reflejaba los nobles

deseos del pueblo argentino, y en cuyas columnas leyo, entre otras expansiones entusiastas y generosas, estas líneas

"Un pueblo que ha pasado por cien vicisitudes podra acaso como Roma, no hacer votos por los buenos dias de su libertad, pero los pueblos que no han tenido lugar aún de gozar de aquellos bienes, no pierden asi sus sentimientos ni sus esperanzas de conquistarlos ellos hacen lo que los orientales conducidos por el inmortal Lavalleja, cuyos heroicos hechos han sido coronados con el sublime ejemplo de perdonar el extravio de sus hermanos"

Y al leer esto, que era gloriosa verdad, tuvo presente que la revolucion había aceptado aun a los descreidos en su seno recordo que Calderon, enviado por Oribe al cuartel general con la nota de traidor y condenado a muerte por el consejo de guerra, había merecido gracia el dia del cumpleaños de Lavalleja, por interposicion de Rivera, sin otro compromiso que el del juramento de no hacer armas contra sus antiguos compañeros, juramento violado a los pocos días, uniéndose al perjurio nuevamente la traicion

Hizo tambien memoria de muchos otros que debieron la vida a la lealtad caballeresca, y de mas de mil prisioneros actualmente en deposito que eran objeto de tratos humanitarios, y aun cuando hallaba algún punto oscuro en la actitud de Rivera en el episodio de Calderón, dadas las facetas sombrías de este personaje, no podía el menos de decirse interiormente, como un resumen de levantadas ideas "con esta moral se ira lejos"

XXIX

LA COLUMNA EN MARCHA

La vida de campamento no era tampoco sosegada como al principio, y desde algun tiempo atras se venía poniendo a prueba el músculo en marchas y contramarchas a toda hora segun las exigencias de orden militar, devorándose distancias con buen sol o bajo lluvia, en hermosas mañanas como en noches sin estrellas

El caso era no ser vencido en previsión, ni aventajado en actividad Habia que esforzar las aptitudes y que suplir el exceso del numero con el valor y la audacia

A pesar de esta vida agitadisima, en ciertos días y en determinadas horas, su jefe, celoso de la profesion, ordenaba y dirigia personalmente la practica de evoluciones por mitades, compañías y escuadrones, todo el campo poniase en movimiento, ejercitabanse el sable, la lanza y la carabina, indicabase con esmero cómo debian equilibrarse la velocidad y la forma de impulsion en las cargas, por elección de caballos, simulabanse protecciones de despliegues y retiradas, como si se contase con infanterias, perfeccionabanse en cuanto era posible los medios para el choque, lo que se explica si se tiene en cuenta que, aunque arma accesoria, la acción tactica de la caballeria estaba entonces en la plenitud de su vigor

El jefe era habil, organizador y valiente, tres aptitudes que creaban el estimulo con el respeto, el celo

patriótico y la emulación militar, en la medida del tiempo y de los recursos Para la elección de los caballos de guerra no era necesaria la teoría, todos eran grandes jinetes, y con ojo experto elegían al compañero de lucha sin equivocarse nunca Sabían también por experiencia lo que importaban los arreos en la fuerza de impulsión, los equilibraban con la rapidez, y muchos no llevaban más que el rendaje y las armas en el momento del choque

De esta manera, constituían una caballería ligera o una de línea sin ser pesada, cuando así lo exigían las circunstancias, "una fuerza viva desplegada" capaz de afrontar el peligro mayor, como lo era para resistir los rigores de la privación y la inclemencia

Caballería propia de un terreno con campos ondulados, con bosques moteados de potriles, con serranías abruptas, con valles "guadalosos", y propia de un clima con fríos recios, con soles ardientes, con noches plateadas y con vientos mugidores El jinete, bravo y robusto, el caballo pequeño, pero fuerte y sufrido, capaz el uno de extrema osadía y el otro de llevarlo a la boca del peligro resultaban armónicos con el suelo y el clima

Por entonces nacían, vivían y morían entre estridores de "pamperos" y clarines

La victoria de Rincon, y otra obtenida por el veterano de Artigas Andrés de Latorre sobre una fuerte división brasileña que buscaba la incorporación con la del general Abreu, dieron nuevo impulso súbitamente a las operaciones, hallando a Oribe el "chasque" de las gratas nuevas en la costa del Santa Lucía

La excursión rápida de Bentos Manuel hacia Montevideo, lo había obligado a movimientos más rápidos todavía, y al habla con el cuartel general maniobraba

dentro de la zona en que se incubaba el peligro imprevisto "en la cuna del toro" — según la frase gráfica de Ismael

Terminaba setiembre

Los días eran claros y hermosos, retoñaban con gran vigor los bosques, el espíritu estaba alegre y templado a pesar de lo que ya llevaba de prueba el esfuerzo extraordinario y en el campamento corría como una nueva vida preñada de esperanzas como la primavera de jugos

En el vivac de Luis María, Ismael y Cuaró se comentaban cada mañana las probabilidades de un encuentro formal que precipitase los sucesos

Todos confiaban en el éxito, por el prurito que da la costumbre del triunfo y la fe que inspira la habilidad de los jefes

Ellos confiaban en el suyo, a quien veían desplegar recursos sólo propios del que sabe secundar un plan y aún excederse de los límites trazados, en sentido de afianzarlo o robustecerlo

Todo consistía en que las fuerzas revolucionarias llegasen a formar un haz en el momento de la acción, pues que se encontraban diseminadas en distintas zonas Si el enemigo tomaba la ofensiva, debía ser por sorpresa, y sobre una de las divisiones fuertes antes que la junción se operase

Para precaver esto, es que ellos vivían en perpetuo vaivén, cambiando en horas de campo trasponiendo grandes distancias, ora acercándose a la plaza, ora alejandose sin dejar rastro visible empeñados en descubrir la intención del enemigo y hacerse dueños de sus medios de comunicación con Abreu, que se mantenía en su posición estratégica sin desprender ni una columna después de los contrastes sufridos

Esa espectativa no podía durar mucho, y así fue

Una tarde supieron por aviso anónimo, que el coronel Ribeiro saldría de extramuros con rumbo al centro del país, y al mismo tiempo vino anuncio del cuartel general de que una fuerte columna de caballería avanzaba por el norte a marchas forzadas, buscando su base de apoyo en Abreu

Dabanse hasta los detalles más minuciosos sobre estas operaciones, que en vez de alarma ocasionaron indecible contento

Como se diese orden de ensillar a prisa, Jacinta vino al fogón de Luis María, y dijo a éste

—Yo me voy con el carro al cuartel general

Su asistente queda con una porción de cosas que yo le dejo, y que usted ha de precisar en estas marchas de noche, en que nada se encuentra a ocasiones, ni una sed de agua, porque es mucha la tiñería donde se tiene miedo a los portugueses No me desaire, que me trae guena intención Nos hemos de ver pronto si no me engañan mis deseos, que son asina de grandes, aunque los suyos sean muy chiquitos ¡Pero no importa! Yo lo he de ver y lo he de servir siempre con la mesma volunta, y muy pronto, porque mire, yo creo que va a haber pelea de aquí a unos dias y todos tendrán que pintarse, hasta Frutos que anda a monte, para aguantar el rempujón

—Si, nos veremos Jacinta, — respondió el joven con afecto Es usted tan buena conmigo, que no sé como expresarle mi gratitud Muy presente he de tenerla

—¡Qué! — le interrumpió ella con aire triste No vale la pena Le he costureao las ropas, que estaban en miñangos, y aura parecen otras Los botones se los pegué como hacen los melicos, con un berru-

gón de puntadas, porque de otra laya nenguno se queda quieto Y aura, oiga una cosa que he de decirle sin que le duela si hay encuentro o entrevero vaya arrimao al "indio" que es muy guapo y yo sé cuanto lo quiere Es poco hablador, y cuanto más quiere mas se amorra, como negro Pero es duro de pelar lo mesmo que "yacare" Estease ceñidito a el como si juese su hermano, sin agravio en esto, y verá que lo ayuda en lo amargo, sin que usted se lo pida Y nada mas ¡Adios señor María, que la virgen lo acompañe!

—¡Hasta la vista, Jacinta! Gracias por todo

Y el joven le estrechó la mano

Fuése la criolla

Concluianse los últimos preparativos

Antes de mandarse a caballo, el capitan Velarde que estaba de avanzada, trasmitio el parte de que una partida de treinta soldados con varios sargentos acababa de presentarse en el campo, diciéndose sublevados de una fuerza enemiga

A poco, la partida llegó con custodia

Berón que se encontraba al lado de su jefe, reconoció en el acto a Esteban, exclamando

—Es mi asistente, el que cayó prisionero hace meses en las guerrillas del sitio, y que ahora vuelve a sus filas trayendo ese contingente

—Buen augurio, —dijo entonces Oribe—, si como creo, estos hombres se han desprendido de la columna de Bentos Manuel Seria un principio de triunfo, que nos correspondia asegurar con un esfuerzo decisivo sin perdida de tiempo

Pronto se enteraron de todo lo ocurrido

Esteban hizo el relato con la mayor fidelidad, y puso en manos de su señor el cinto, que hasta ese momento había llevado bien oculto

Oribe mandó que Luis María redactase sin demora una comunicación a Lavalleja en la que le daba cuenta de lo que pasaba, y que venía a confirmar las noticias que por diversos conductos se les había trasmitido

Decíale también que observaría al enemigo en su marcha por el frente y el flanco, sin apartarse mucho del centro de operaciones, a la espera de nuevas órdenes

Escrita la nota partió un "chasque" con ella a rienda suelta

El cuartel general estaba muy cerca, bastando media hora de carrera a un jinete duro para ponerse en el sitio Eligióse de "chasque" al teniente Cuaró

Concluida su tarea, el joven patriota oyó de labios de Esteban lo que éste había recibido encargo de decirle

Notóle el liberto tan visiblemente impresionado que el mismo llego a conmoverse sin disimulo

Como los dos habían quedado algo distantes de los grupos llenos de alborozo con el suceso reciente, hablaron sin reservas.

Luis María leyó las cartas, interrumpiendo su lectura con interrogaciones rápidas y breves, que Esteban contestaba con la misma precision

Estúvose en suspenso un rato, y guardó las cartas en el pecho

Luego examinó el interior del cinto, y cogiendo un gran puñado de onzas, púsolas en las manos del liberto, diciéndole

—Haz de eso dos porciones iguales, y guardalas en uno y otro bolsillo

Hízolo así el negro, poniendo once de una parte y diez de la otra, muy afligido por no poder dividir el exceso

Estuvo a punto de advertir a su amo que eran nones, pero, como lo viese pensativo, juzgó prudente callarse

El bien sabía que su señor nunca contaba cuando tenia y abria la mano

Después, éste dijo

—Cuando llegués a ver a Jacinta ¿tú la conoces?

—¿No es aquella que estaba en carreton en la linea, al principio del sitio?

—La misma es Ahora ha marchado al cuartel general Cuando la veas, digo, que puede ser pronto le entregarás una de esas porciones de dinero para que ella lo utilice en compras que le convengan Añadiras que ese no es más que el importe de los artículos que yo he consumido

—Es mucho, señor con dos onzas bastaba

—¡Qué sabes tú! Haz lo que te mando sin meter baza

—Sí, señor

—Y ahora que tu has venido, lo que tanto celebro, espero que arregles mis cosas que andan ahí en desorden en manos de los que no las entienden

Esto diciendo, Luis Maria apreto bien las agujetas del cinto doblandolo para disminuir en lo posible su volumen, y dirigiose hacia donde estaba Oribe

Aunque ya la división habia montado, éste se encontraba todavía de pie bastante retirado, junto a

unas grandes piedras en lo alto de la colina, observando el campo en todas direcciones

Al sentir llegar a Berón, se volvió con presteza

—Mi jefe —díjole el joven— acabo de recibir algunas onzas que me ha enviado mi padre, y también cartas con noticias que ya conocemos Yo no preciso de ese dinero sino una suma pequeña, que ya he sacado, y vengo a ofrecerle a usted lo demás para las urgencias de la tropa Aquí esta

Y mostró el cinto

Era su acento expresión de tal sinceridad y firmeza, que el comandante se sintió conmovido

—¿Es decir —contestó— que usted no se contenta con ofrecer a su causa lo mas que puede darse, y que es lo primero, su esfuerzo personal, su sacrificio de sangre?

—Así es, señor Si de más dispusiera, sería aun poco Yo me doy por entero a las pasiones que honran, y lamento no valer nada Soy un hombre que, como otros más cautos, podría ser feliz, pero tengo la desgracia de ser terco y pertinaz Amo lo que amo sin reservas ni egoismos, y siempre que me es dado demostrarlo lo hago con el mayor gusto Ruegole que acepte, mi comandante, esta humilde ofrenda

Oribe lo abrazó, con movimiento franco y espontáneo, diciendo

—Acepto, amigo, y gracias! Pero a una condición, y es la de que esa suma, con otra que podamos reunir, sea destinada a un armamento completo para nuestros cuatro escuadrones

Luis María hizo un gesto de asentimiento sin replicar palabra, y devolvió el abrazo con la misma efusión

—Como usted lo ve — agregó el jefe señalando hacia las filas —ya nuestro regimiento tiene estandarte, aunque modesto, es de lanilla con su letrero en el centro, y obra de damas Se lo he confiado a ese joven subteniente que apenas empieza a ser hombre, de aire garboso y atrevido

—Me parece todo muy bien, comandante, esto estimula y enardece los deseos de llegar a la prueba cuanto antes

—Acaso esté muy próximo el momento Ahora vamos a ponernos en actividad para tratar de confirmar aquello que se ha dicho más de una vez, que la caballería ligera "es una verdadera red detrás de la cual el ejercito propio marcha o descansa, sin que al enemigo le sea dado presumir nada positivo de sus planes"

Minutos mas tarde, la fuerza abandonaba aquel sitio al trote largo

Había desprendido varias partidas exploradoras, y al parecer se encaminaba hacia el paso del Soldado

Reinaba en las filas una atmósfera alegre, de espíritu expansivo y abierto, como si todos hubiesen recibido buenas nuevas, aunque estas se condensaban en una verdadera la llegada del enemigo

Ismael, que había ocupado su puesto a vanguardia e iba mirando atentamente a Berón, dirigiole así la palabra

—Parece contento, y por eso yo lo estoy también

—Es verdad, capitan He tenido noticias de mi familia y le agradezco su buen corazon Mucho tiempo hacía que no me llegaba una carta y hoy me he resarcido por toda la ausencia.

—Asina es El que sólo llora penas, nunca puede creerse desgraciado, al que es solo, él mesmo goce lo aflige

—¿Por qué?

—Atras de la risa le grita el recuerdo y acaba el gusto, como si se reventase la hiel Pero este no es el caso Dígame lo que aiga de los portugueses

Luis Maria púsose entonces a referirle con los menores detalles lo que al respecto su padre le decia en la carta, y lo que Esteban había hecho por la causa de los patriotas sublevando parte del escuadrón de auxiliares, cuya partida con armas y municiones el mismo Velarde había recibido en las guardias avanzadas

Ismael oyó con atención, y luego dijo

—¡El negro es de alma! Pero no teniendo él plata que darle a esos melicos, —y viene un sargento portugues en la partida le alvierto—, ¿cómo diablos se amañó en el envite del truqui-flor?

—Acaso con dinero de mi padre, porque es cierto que él no disponia de recursos

En el espíritu de Luis Maria a pesar de esta respuesta, se suscitó una duda

Para él ya era mucho que su padre hubiese modificado tanto sus ideas acerca de la causa de los nativos, y más aún que le trasmitiera datos prolijos de lo que el enemigo intentaba, pero el que hubiera proporcionado fondos para una rebelión de tropas dentro del recinto, excedia a todas las hipótesis y conjeturas

No dejó pues, de preocuparle el hecho, en sentido de una mayor satisfaccion, y para cerciorarse llamó a Esteban, apartandose algo de la columna

—Supongo —le dijo— que tú no has sublevado la gente de tu escuadrón nada más que por la influencia de tu palabra y de tu energía, aunque siendo muchos de ellos orientales, no necesitaban de otro estímulo que el del patriotismo para dar este paso honroso

Entiendo que hay entre esos hombres un sargento portugués

—Sí, señor, el sargento Saldanha

—Bueno. ¿Y éste también se ha venido por solo amor a la causa?

—Le dí unas onzas

—¡Ah! ¿Te las proporcionaría mi padre, Esteban?

El liberto se turbó un poco, y no quiso mentir

—No señor — respondió, fue otra persona

—Entonces hay allí mas de una a quien tengamos que agradecer actos tan señalados como este, y tu deberías nombrarla en confianza, a fin de que no quede en olvido

—Ella no quiere Pidió como un favor . Pero si su mercé me ordena, yo cuento

—Habla

¿Quién es?

Vaciló todavía un momento Esteban, y después dijo muy bajo

—La niña Natalia

—¿Quién, has dicho?

El liberto repitió el nombre, agregando

—Mi señor no me ha de dejar mal

—No por cierto — repuso el joven con gran sorpresa, ¡no! Tú has sido leal y fiel, has cumplido como pocos tu obligación y algún premio has de recibir a su tiempo ¡Sera muy justo! Lo que acabas de revelarme me llena de un gran placer y por eso

me felicito de haberte interrogado, pero ahora yo te pido que lo dicho quede entre los dos en todo tiempo

—Sí, señor

—Relátame lo que pasó

El liberto expresó sencillamente lo sucedido con la intervención de Guadalupe, apoyándose en el testimonio de ésta, puesto que él nada había hablado con la joven de Robledo sobre el asunto de la sublevacion de sus compañeros de cuartel

Estuvo en todo discreto, y para terminar añadió

—En la casa de los amos el tiempo todo es poco para acordarse de su mercé

Esa ultima frase puso a Luis María cabizbajo, abstraido Gran tropel de pensamientos mezclados a sensaciones íntimas se agolparon sin duda alguna a su cerebro, sustrayendolo por largos instantes a los ecos de afuera

Siguió su marcha como enclavado en la montura

La noche vino con un cielo oscuro, cerró por completo, transcurrió el tiempo y el paso de la columna era el mismo, con pequeñas treguas

Por dos veces se detuvo a altas horas, en una de ellas contramarchó, hizo un zig zag en un terreno de asperezas y luego los cascos de los caballos resonaron en un suelo duro de carretera

—Camino al Durazno — dijo Ismael

Luis María le oyó, y repuso

—Entonces vamos sobre el rastro del enemigo

XXX

LA COLERA DE JACINTA

Ibase en efecto por el camino real al paso del Durazno, en medio del cual a cierta hora, se mando hacer alto y echar pie a tierra

Luis María e Ismael supieron entonces por Cuaró, incorporado recien, después de repetidos viajes, que Lavalleja venia a marchas forzadas desde la Cruz, y que habia ordenado a Oribe lo esperase en la carretera, precisamente a esas horas No debia demorar sino momentos, porque él lo acababa de dejar a corta distancia

Bentos Gonçalves bajaba hacia el Yi con su columna en busca de Bentos Manuel, que a su vez iba a su encuentro, tras una marcha habil y rapidisima

De este modo, en contadas horas estarían a la vista unidos y fuertes, y bien previsto este hecho, se habia dado orden al brigadier Rivera para que, abandonando la posición que ocupaba en la zona de Mercedes, viniese a situarse con su división en la noche en las vertientes del arroyo Sarandí, sitio escogido para la conjuncion de todas las fuerzas revolucionarias

Inmóviles a un costado del camino, Luis Maria que acababa de cumplir una orden, dijo a su jefe

—Por lo visto, comandante, se trata de librar mañana un combate de caballeria contra caballería

—Un combate, exactamente —contestó Oribe— como en Junín —*el combate silencioso* En Junín sólo lucharon caballerías, la batalla, en riguroso tecnicis-

mo, requiere la acción de las tres armas y ni en Junín sucedió eso, ni sucederá hoy por hoy entre nosotros mientras no dispongamos de infantería y artillería Sin embargo, en mi opinion hay combates que valen mas que batallas por sus efectos, y si se libra el que anhelamos, los resultados serán los mismos dadas las condiciones actuales de la lucha El número de com batientes de una y otra parte, sera el que en Junin, más o menos

—De todos modos, el general Lecor ha conseguido su deseo de que sean *elementos similares*, como el los cree, los que vengan con nosotros al choque

—Eso opinó el al principio de la lucha, pero ahora su manera de ver las cosas era distinta y aprestaba infantería y caballería para robustecer a Ribeiro Según parece, contra los buenos consejos del cauto portugués, este jefe ha partido de extramuros inopinada mente en su impaciencia de ganar el lauro

Respecto al día de mañana, acaso fuese el del combate Algunos vecinos me han informado que Ribeiro, a su paso llegó a decir, que siendo el de mañana 12 de Octubre, aniversario de su emperador don Pedro, ansiaba llegar a las manos con "os revoltosos"

—¡Cuanto antes mejor!

—Veremos

Luego Oribe se apartó del sitio sin mas compañía que el clarin de ordenes

A los pocos momentos circulo la voz de la llegada de Lavalleja e inmediatamente se emprendio la marcha hacia el arroyo de Sarandí, punto designado para la reunion con las fuerzas del coronel Rivera

Esa marcha fue dura Cuando se hizo alto al ama necer en la vertiente misma de Sarandí, donde ya se encontraban aquellas fuerzas, las descubiertas anun-

ciaron la aproximacion del enemigo, que venía en dirección al punto escogido y se hallaba apenas a una legua de distancia

Se mando entonces cambiar caballos y poner las divisiones en orden de pelea

En medio de esa agitación, precursora del combate tan ansiado, Esteban, apartado un tanto de la linea y al caer a un bajo al trote, dio con los carretones del convoy que se habian estacionado en la ladera

Al contrario de los demas, Jacinta habia desenganchado sus dos caballos del vehiculo, que era bastante liviano, y aderezado bien uno de ellos que tenia sujeto del cabestro a uña rueda

Jacinta estaba junto a un fogon que acababa de encender, y en el que, con la destreza y diligencia que le eran peculiares, calentaba el agua para el "mate" y asaba un pedazo de carne de novillo

En rededor del vehiculo veianse una porción de botellas y botijos vacios pequeños cajones destrozados y otros desechos de vivac Jacinta habia dado salida a todos sus articulos de comercio ambulante, al menor precio, para sentirse agil y pronta a las consecuencias

En cuanto vio a Esteban, le dijo

—¡Ni llamao con corneta! Aquí tiene una mitad de "churrasco" para su oficial, y le pido se lo lleve porque ha de precisar de juerzas hoy más que nunca Dígale que yo se lo asé

¡Y usted sírvase de un mate, si gusta!

—¡Gracias! Ya tocan a formar y falta tiempo — contestó el liberto, desmontandose con rapidez — No venia mas que a un encargo de mi señor, doña Jacinta El me dijo que le estaba a usted muy agradecido por tanta voluntad en servirlo, pero que no era regular que no la ayudase cuando podía, y que pu-

diéndolo hacer ahora, fuese usted servida de aceptar esto, nada más que para reponer en el carretón lo mucho consumido por su mercé en la campaña desde que comenzo el sitio

Y el liberto, con muy buen modo, le alaigó un pañuelo en que estaban atadas las monedas que Luis María le había destinado

La criolla se encogió de hombros, con un gesto de soberbia

—¡Gueno, aura sí que está lindo! —exclamó ¿Para qué preciso yo eso? Cuando doy por puro gusto, me chafan, y cuando vendo por ganancia, me pijotean ¡Guárdese eso, no más! y dígale a su señor que le agradezco, pero que yo no soy Agapita que se muere por una amarilla, aunque venga del mesmo Calderón

—No se resienta, doña Jacinta, que nunca ha sido intención de mi señor ofenderla ni en la punta de un pelo

—No me salga con quiebros, que asina ha de ser para pior Jacinta Lunarejo es de otra laya a la que se piensa, no es animal de cáscara como otros para no dolerse cuando la hincan con una espina Y vaya mirando que la gente se forma y apronta, y que alla en el otro campo se mueven como hormigas

—¡Ya veo! Pero

—No hay pero que más valga, ni breva madura Tome el "churrasco" que le dije a que lo coma calientito todavía, sazonao en ceniza Aura váyase, sin cirimonia, con su plata y todo, que yo tengo también que levantar estos trastes para dirme en ese mancarrón

—Bueno, me voy —dijo Esteban montando— A la fija no ha de tardar mucho que toquen a deguello

La gente está que arde por echarse encima de los "mamelucos"

Y guardándose en el cinto el pañuelo anudado que rechazase con tanta obstinación y enojo la criolla, se afirmó en los estribos, añadiendo

—Ahí se acerca a esta loma la reserva, con los húsares Ya a la izquierda de la línea han formado los dragones del brigadier Rivera, al centro la division de mi jefe A la derecha se tiende en ala el comandante Zufriategui ¡Lindo va a estar el baile! Adiós, doña Jacinta!

—¡Que Dios lo ayude!

Esteban pico espuelas

La mañana abria esplendorosa

En ese momento Lavalleja recorría las filas arengando las tropas, un gran murmullo se sentia de extremo a extremo de la línea alternado por victores ruidosos, y delante, en el llano extenso, como a veinticinco cuadras, veíase mover otra línea oscura de dos mil cuatrocientos jinetes enemigos que a su vez alzaban las carabinas por arriba de sus cabezas entre aclamaciones repetidas al Imperio y a don Pedro de Braganza

El arroyo culebreaba al flanco y se escondia en las colinas hasta perderse en el Yí Los campos que formaban la zona cubierta no podían ser mas a propósito para la maniobra de los regimientos, de fáciles declives y valles sin tropiezos nutridos de verdes y blandas hierbas

La atmósfera aparecia límpida y serena, y por ella corría sonora y sin descanso la nota del clarin, como un grito prolongado de guerra que sólo debiera terminar con la batalla

XXXI

SARANDI

Los orientales tenían una pequeña pieza de montaña de calibre de a cuatro, que arrastraban por delante con mucho garbo, y con la cual el teniente que la mandaba, con un servicio de tres hombres y municiones para diez disparos, se prometía ganar algunas ventajas a pesar de la opinión de Lavalleja, que decía con grande risa burlona

—¡Con esa araña de mucho trasero, sólo se asusta a un pulgón!

La pieza rodaba, en efecto, a manera de aracnido que teme el encuentro del alacran y merced al esfuerzo paciente de una yunta híbrida compuesta de una mula flaca y un padrillo caballar criollo dejado de mano por inservible

El teniente iba muy tieso y grave en su bayo de oreja partida y cola anudada, y sus tres subalternos en caballos rabones

Sobre la mula, un tanto espantadiza, jineteaba un cambujo de chambergo, al que le faltaba la mitad del ala

Así que la línea hizo alto frente al enemigo, el pequeño cañon fue situado en una loma suave que se alzaba a un flanco del centro, y el teniente apeandose diligente se puso a tomar la puntería de un modo concienzudo

Los brasileños ya habían mudado caballos y ratificaban su línea en medio de entusiastas vivas al emperador

Bizarro era el aspecto que sus tropas presentaban en la espaciosa falda de una hermosa colina, destacándose diversos cuerpos por su formación correcta, especialmente el regimiento de dragones de río Pardo

El cañoncito dio una especie de ronquido de puma, y el proyectil pasó gruñendo por el hueco que separaba el centro enemigo de su derecha, picó junto a los escuadrones de reserva levantando en forma de abanico la tierra negra con una orla de briznas y fue a rebotar en la cresta de la "cuchilla" a retaguardia

Un clamor súbito se sucedió al pasaje de la bala

El teniente volvió a calcular la trayectoria del segundo proyectil muy abierto de piernas detrás de la pieza, con el sombrero echado a la nuca y el cigarro en la boca

Y estando en esta actitud, Ladislao Luna, que hacía con su escalón cabeza de la izquierda oriental, le gritó

—Tene guarda, hermano, que el cañón no ronque por atrás!

Los jinetes rieron con estrépito

El cabo acercó cuadrado la mecha ardiendo al oído, y a la detonación siguióse un salto de retroceso de la "araña"

La bala partió con sordo zumbido

Este nuevo proyectil no dio tampoco en el blanco aun cuando había sido mejor encaminado

De la línea brasileña llegó en respuesta un segundo clamor, y de la oriental surgió de regimiento en regimiento como un coro indefinible de insectos gruñones, en que primaba la nota del alborozo

El escobillón volvió por tercera vez a frotar el ánima en manos del fornido cambujo, el teniente a tomar el

punto, imperturbable, y el cabo a soplar la mecha para arrimarla en seguida al ojo de la pieza.

El proyectil de esta vez produjo un ruido estridente, algo semejante a un silbido de viento huracanado y cayendo casi encima del centro enemigo, estalló entre una nube de polvo, derribando dos caballos con sus jinetes.

Era un tarro de metralla.

En ese instante, Lavalleja recorría las filas y dirigía una fogosa arenga a sus escuadrones en batalla, de modo que este detalle emocionante unido al episodio ocurrido, originó en la masa de combatientes una explosion estruendosa de entusiasmo y de coraje.

Algo análogo sucedió en las filas contrarias, aunque eran los suyos tal vez vocerios de ruda impaciencia, porque en el acto, sin esperar un cuarto saludo del cañoncito, toda la línea, con gritos formidables, se movio al trote, lanzando al unísono sus clarines el toque a deguello.

Los orientales no trepidaron un minuto y avanzaron al encuentro al mismo paso, dejando bien pronto a retaguardia la pieza de artillería cuyos servidores tras un desenganche veloz, desenvainaron sus aceros y se incorporaron a uno de los escuadrones del centro.

Pasada aquella masa compacta de jinetes, quedóse a sus espaldas abandonada esa pieza con su boca casi al nivel de los pastos y su armon inclinado sobre la cuesta como si solo hubiese servido para dar la señal de la pelea a modo del heraldo que en las lides legendarias golpeaba por tres veces el escudo llamando al torneo la pujanza y el valor.

Así acortando distancias las dos fuertes caballerías para el choque de prueba, Cuaró, que se había arremangado el brazo derecho a la altura del hombro y

ceñidose un pañuelo blanco en la cabeza, dijo suave a Luis María

—Mirá que va a empezar el fandango ¡Abrí el ojo y tené al freno el lobuno!

E Ismael que iba al lado opuesto, con el sable cogido de la hoja, añadio por su parte

—No te apartés de mí, hermano, que puede ser hora de morir Si caigo, recostate al teniente, que es gueno como pocos hombres, y en lo amargo asusta como nenguno

Luis Maria iba con la boca apretada, la mirada fija, el busto erguido y tendido el brazo con que empuñaba su hoja ni una crispacion se notaba en su semblante severo, ni una palabra brotó de sus labios

Dirigió los ojos un momento al estandarte que flameaba a su derecha en manos del imberbe, y bajó la cabeza torvo, siempre silencioso

Por un segundo cesó de improviso el trote nervioso de la linea, y una voz que ya se había dado, pero que se repetia ahora viril e imperiosa como una exhortación suprema al valor heroico, volvio a resonar de cuerpo en cuerpo y de escalon en escalon, mandando breve y secamente

—Carabina a la espalda, y sable en mano!

Después, los clarines rompieron en el toque a deguello, dos mil sables se alzaron destellantes, los escuadrones arrancaron a media brida cayendo con la violencia de un torrente en el llano, a cuyo opuesto extremo se desplegaban dos mil cuatrocientos carabineros, y apenas en mitad del valle, a tiro de pistola, otras tantas detonaciones resonaron, dividiendo una densa humareda los dos campos como para cegar mas su furor

Disipada la nube, vio Luis María que sus amigos seguían ilesos a su lado, tendidos sobre el cuello de sus monturas, y que en pos de la línea clareada a trechos, pero siempre inflexible en su carga imponente, quedaban mas de cien hombres sobre las hierbas, entreverados con los caballos, que habían sido también muertos o heridos en el pecho y la cabeza.

El ronco son de los clarines volvió a alzarse sobre el estruendo de la descarga, y en pocos instantes las dos líneas chocaron.

La formación desapareció en el acto.

En medio de espantosa confusión, pudo Luis María observar que las dos alas brasileñas eran acuchilladas por la espalda hasta encima de sus reservas, pero que, en cambio, cortada en dos la extrema derecha enemiga por los dragones de Rivera, una de estas mitades, formando masa compacta con las tropas del centro imperial que cargaban sobre el centro republicano, caía con irresistible violencia sobre la izquierda de este, arrollándola impetuosa y comprometiendo el resto, en rededor del cual se arremolinó en un instante un círculo de hierros.

La acción del centro oriental quedó anonadada bajo el peso del número.

Entonces la pelea se trabó tremenda entre un grupo pequeño y una mole enorme de adversarios, al punto de no verse horizonte, estrechados, ahogados los nativos entre barreras de lanzas y sables que habían surgido de improviso reemplazando a las ya inútiles carabinas.

Habían caído muchos en esa carga de frente y de flanco. El suelo estaba cubierto de heridos y de jinetes desmontados que corrían en todas direcciones, chocando con los grupos en su afán de abrirse paso entre

el tumulto o de apoderarse de los caballos que habían librado sus lomos en el choque.

Luis María vio a Oribe atravesar por dos veces entre el tumulto golpeando aquí y allá con su espada y enardeciendo con la voz a sus soldados, vio caer al clarín de su escuadron herido en un costado por las cuatro medias lunas de una lanza a Ismael rodeado por un grupo de dragones, con el caballo en tierra, a Cuaro que salvaba el cerco abriendo ancho camino con su sable, y al porta imberbe que alzaba intrépido el estandarte acosado por los hierros gritando con un acento de niño a quien ya anonada el rigor

—A mí a mí, valientes! Aquí de la bandera!

Y luego, como a traves de un velo color de tierra, vio que los sables envasaban aquel cuerpo endeble y lo derribaban por las grupas manando sangre a borbotones

Acometióle un vertigo Sin apartar los ojos de aquel episodio, sordo a los ruidos fragorosos que venían de todos lados, mezcla de rabias, quejas, llamados supremos, rugidos, botes y caídas, picó espuelas, lanzóse sobre el grupo. que clareo a golpes de filo, y echando mano al estandarte que no había abandonado el porta moribundo, arrolló al ástil el paño, y bajando la moharra cargó ciego, hundiendola en el pecho del primer enemigo que encontró a su frente

Al instante lo cercaron entre furiosos voceríos

El astil, manejable como una lanza, hería por doquiera con su rejon empuñado con soberbio denuedo El golpe repetido de los sables hacíale saltar astillas a cada encuentro y aunque herido ya en el brazo de una estocada, Berón rompió el círculo, sujeto su lobuno espantado junto a la loma, allí donde Ismael se

batía cuerpo a cuerpo, y haciendo flamear el estandarte, gritó con voz de colera terrible

—Libertad o muerte!

Otra voz, semejante a un bramido, le contesto cerca, y el teniente Cuaró entróse al cerco nuevamente formado, moviendo como un ariete su sable poderoso

—Maten! maten! —exclamaba iracundo un capitan de dragones de rio Pardo, señalando a Luis María con la punta de su acero

Los soldados amagaron otro ataque, encontrandose a Cuaro por delante, cuyo brazo, al voltearse de reves, dio en el suelo con el más cercano, obligándole a salir de un salto de los estribos

Oiase siempre encima el toque a deguello y los escalones pasaban como fantasmas por los flancos, estremeciendo el suelo en pavoroso tropel

El capitán brasileño, notando que sus hombres tenían de sobra con Cuaró, y que no adelantarían un palmo de terreno mientras tuviesen al frente aquel temible jinete, cambió de posición hizo andar a toda brida su caballo y acometió con ímpetu a Luis María por retaguardia

El joven ayudante permanecía en el centro del torbellino como abrazado al ástil, palido, desangrado, imponente en su misma actitud cuando su tenaz adversario le llevó el ataque

Herido en las grupas de dos o tres cuchilladas que habian abierto hondos surcos en la piel hasta mostrar la carne viva, el lobuno de Berón se abalanzo de improviso hacia adelante al sentir el avance, se encabritó y revolvio enfurecido por el dolor

Cuaró encajó al suyo las espuelas haciéndole brincar en semicírculo con los remos en el aire, y al sentar el redomón los cascos con un bufido de espanto, su

jinete, echado sobre las crines, levantó el fornido brazo trazando con el sable otra curva y lo descargó en la cabeza del oficial brasileño arrancandole con el morrión la mitad del cráneo, que le volcó sobre el rostro como una mascara horrible

El sablazo lo sacó como en volandas de la silla, rodó su cuerpo por las hierbas, y al agitarse en convulsiones cogieronsele los cabellos a las matas volviendo el fragmento de cráneo a su lugar y dejando de lado visible, livido, salpicado de sesos un rostro joven que arrancó un grito a Luis Maria

—¡Pedro de Souza!

—¡Mata! ¡mata! —rugia Cuaró revolviéndose más furibundo con el brazo lleno de sangre y la pupila dilatada

Y se lanzó sobre el grupo de enemigos con todo el poder de su caballo

Fue como un turbión, al principio llevóse todo por delante, luego la tropa volvió a cerrar el cerco a manera de una onda arrolladora, el sable terrible brillaba en el medio en siniestro culebreo, y en tanto este montón de centauros se escurría en la ladera entre alaridos arrastrando como en un remolino de aceros a Cuaró, Berón era de nuevo acometido por otro grupo de refresco, estrujado, envuelto en la balumba hasta la loma en medio de gritos feroces, tiros y estocadas

Todavia sirvio al joven de defensa la moharra del estandarte, pero al llegar a lo alto de la colina, su caballo cayó muerto

Quedose con él entre las piernas, y agitando la bandera gritó con desesperado brío

—¡Sarandí por la patria!

Otro combatiente cayo de pronto sobre el nucleo apenas resonaba el grito, armado de una enorme daga de dos filos que esgrimía con admirable destreza

Montaba un redomón tostado, cuyas narices como hornallas despedian dos humazos y en cuyo cuello la sangre salpicada se mezclaba a la espuma del sudor

Era el jinete un negro de contextura atletica agil airoso, sentado sobre los lomos desnudos

Entre sus piernas de vigoroso domador se arqueaba y torcía el tornátil vientre del potro despavorido, sin que este, en la violencia de sus arranques, lograra separar a su amo del crucero

Luis Maria lo reconoció en el acto Era Esteban

A la vista de aquel a quien habia devuelto sus derechos de hombre que tan bien ejercitaba en la hora de prueba, el joven volvió a levantar con el estandarte por encima de su cabeza su tonante voz herida

—¡Libertad o muerte!

El negro, amorrado y silencioso apreto rodajas el redomón dio un bote enorme cual si buscase salvar una valla de riscos, y echandose Esteban de costado a la usanza charrúa, tiró un golpe de daga al pescuezo de uno de los dragones

El tajo fue horrible

La cabeza del herido cayo sobre el hombro a modo de penacho volteado por el viento, brotó un surtidor rojo y bamboleándose un instante, derrumbose al fin el cuerpo inerte

Cogido el pie en el estribo, fue arrastrado el cadaver a lo largo de la colina en vertiginosa carrera, y pudo verse por breves segundos girando como un molinete la cabeza del degollado

El resto de los dragones se precipitó en masa sobre los dos combatientes, y en tanto Esteban era separado

del sitio en reñida pelea, un auxiliar mas entró en acción, anunciándose con un grito ronco semejante al de una fiera que acude rápida a la defensa de la cría atacada por los perros

Simultaneamente con el grito, una lanza blandida por una mano nerviosa hiriendo allí donde mas ceñido y compacto era el grupo formo hueco y dio paso a un jinete joven, lampiño de semblante moreno y ojos negros, agraciado robusto, que vestia blusa de tropa y calzaba botas de piel de puma

Parecia por su aspecto, de otro sexo, aunque venía a horcajadas en un caballo arisco

La duda duro poco, pues en el momento la denunció su voz de mujer bravia, que clamaba

—¡Atrevanse cobardes! vengan a mi, apestaos ¡Aqui esta Jacinta Lunarejo que les ha de pelar las barbas con esta media luna!

Y echo pie a tierra junto a Berón, tratando de defenderle por todos lados con su lanza, ora saltando como una tigra, ya arrastrándose sobre las rodillas, desgreñada, furiosa, bella en su mismo espantoso desorden

Resonaron varias detonaciones de pistola

Una bala atravesó el pecho de Luis María, derribandolo de espaldas

Quedo tendido con el estandarte de su escuadron abrazado sobre el pecho, de cuya herida manaba un hilo de sangre muy roja que se fue distendiendo en la seda hasta formar una gran mancha en el blanco y celeste

Otro de los proyectiles se alojó en el cuerpo de Jacinta

El disparo había sido hecho a quemarropa, y su blusa humeaba

Al reincorporarse iracunda, cayóle del costado el taco ardiendo, y ahogó por un instante su voz el humo de la pólvora

Dos o tres de los más valerosos, tentaron levantar el estandarte con la punta de sus sables, pero Jacinta dio un brinco y sepultó su lanza a dos manos en el vientre del dragón de talla gigantesca que alargaba cuanto podía su brazo para alzarse con el trofeo

Se alzó, sí, mas con la lanza prendida en sus carnes por la media luna invertida a manera de arpón, que se llevó en la fuga

Luego, Jacinta cogió el sable de Luis María en su diestra rodeó con su otro brazo el cuerpo del herido y empezó a arrastrarle con todas sus fuerzas, diciendo desesperada

—¡A el no, bárbaros! ¡Dejenlo por compasión que yo le cierre los ojos, no ven que ya esta muerto! ¡A él no, salvajes!

Y sin dejar de arrastrarle, repetidas veces herida en la cabeza y en los brazos, bañado el rostro en sangre, tambaleando, asiéndose entre crispaciones de las hierbas, su mano sacudía el sable apartando los hierros a golpes de filo

Por dos ocasiones gritó, saliendo su voz como un ronquido

—¡Cuaró! ¡Cuaró!

El teniente no podía oirle

En cambio, sintió de cerca el toque de carga y la reserva con Lavalleja al frente acuchillando todos los escuadrones enemigos dispersos en la ladera, apareció bruscamente en la loma, descendió a escape al llano, y en lugubre entrevero fueron cayendo uno a uno la mayor parte de los que habían hecho cejar a la línea del centro

En esta carga cayeron prisioneros, entre otros jefes y oficiales, Pintos y Burlamaqui

Jacinta arrodillada junto al joven y libre ya de implacables adversarios, percibio entre desfallecimientos y zumbidos sordos, dianas y gritos de victoria

Miró azorada a través de tules rojizos

La llanura aparecia cubierta de centenares de cadáveres y despojos Lejos, en el horizonte iluminado por los esplendores del sol, percibió regimientos en desorden, caballos sin jinetes, cuerpos hacinados entre los pastos, galopes furiosos ecos de cornetas que semejaban aullidos de pavor

Despues se volvió hacia Luis Maria, cogiole el rostro entre las dos manos, levantole los parpados para mirarle las pupilas, peinole los rulos con los dedos temblorosos, dióle un beso en la mejilla, y exclamó al fin desolada entre hipos violentos

—¡Ay flor de mi alma, sol de mi pago! Que salga de estas heridas toda mi sangre, por una mirada de tus ojos .

Palida, vacilante, sus manos crispadas se cogieron al cuerpo inmóvil, sacudiéronlo, y en pos de este esfuerzo abrió los brazos para estrecharlo, resbalose suavemente y quedóse acostada a su lado, exangue, tiesa, sin temblores

XXXII

EL DUELO A LANZA

El desorden en la línea del centro, y sus episodios, sólo habían durado algunos minutos

Puesto Lavalleja al frente de la reserva que mandaba Quesada, y llevada la carga, quedó limpia de enemigos la ladera, rehízose en el acto la división de Oribe, y el escalón de Ismael, con su alférez a la cabeza, trepó a escape la loma, hallando solo y a pie su capitan entre los caídos en la pelea

Al ver a sus soldados, dijo con su aire calmoso

—¡Cayeron a tiempo!

Y enseñó el sable roto por el medio

Alcanzáronle un caballo ensillado, uno de los mejores que por la falda vagaban sin dueño, y una de las lanzas arrojadas en la fuga por los escuadrones de Bentos Manuel.

Cogióla con desden, y al montar murmuró

—Puede que en esta mano alcance y sobre .. ¡Avancen!

El escalón empezó a bajar la cuesta

Toda la línea, en cuanto la vista dominaba, se movía al trote para ocupar el campo en que tendiera al principio la suya al enemigo

Los cascos de la caballería iban chocando con millares de armas esparcidas en el suelo, y estrujando cuerpos muertos, delante, en un hermoso valle verde, los despojos eran más numerosos, y allí se arrastraban

algunos hombres y bestias con las entrañas de fuera y un rumor de agonía.

Más allá, divisabase como una nube negra extensa que se agitaba en ondulaciones de serpiente, que era la de los restos brasileños, empeñados sin duda en hacer pie firme para tentar el último esfuerzo

Hacia la derecha Zufriategui, después de doblar con ímpetu el ala izquierda enemiga desordenándola y poniéndola en fuga, había vuelto a su posición y traslomaba ahora la colina al son de las dianas

Bajo el sable de sus escuadrones habian caído los más esforzados soldados de la izquierda imperial, cuando hecha la descarga por sus carabineros dio media vuelta en dispersión, al comienzo mismo del combate.

Hacia la izquierda notabanse tumultos, avances, repliegues, y llegaban ecos de clamores, de clarines, de fuego graneado.

Se llevaban cargas todavía Allí estaba Rivera.

En el primer choque, con su empuje acostumbrado y su bizarra osadía, el brigadier no dejó un adversario a su frente, confundiendo en una mole informe los regimientos de Bentos Gonçalves.

Pero, acorridos éstos por su reserva, se reorganizaron en parte, trajeron nuevo ataque, hesitaron otra vez, volvieron grupas, y el sable de los dragones orientales esgrimido sin cansancio, golpeó sus espaldas en todo el largo de la llanura, sembrandola de cadaveres.

Era lo que se percibía de la linea del centro

Ismael observaba atento a todos rumbos, algo buscaba con sus ojos con cierta ansiedad, tal vez a Luis María, acaso a Cuaró

El panorama era demasiado confuso para distinguir personas Todas se movían y cambiaban de puesto con

rapidez, los cuadros solían disiparse apenas se esbozaban, los episodios se sucedían por minutos el ambiente estaba nutrido de azufre y salitre, y el animo pasaba por la emoción de lo tragico, del desborde de los instintos conflagrados

Por encima de todo, los clarines seguian incansables en su toque de diana llenando de notas agudas el espacio como una música alegre que acompañara en su viaje a los muertos, siendo himno de vida, salmo de gloria, para los que se alzaban en los estribos, rugientes bajo el sol de aquel dia de gloriosa primavera

Ismael señaló con la lanza el ala izquierda, y dijo cual si hablara a solas

—¡Frutos!

Recordo tal vez que los dispersos de la extrema izquierda del centro se habían recostado a esa parte, y presumia que alli estaban sus amigos

Bajando la cabeza, emprendió el galope hacia aquel rumbo

El escalón bien alineado, siguió detrás

Antes que traspusiesen una "cuchilla" intermedia, en cuya cresta terminaba la línea de Rivera, y cuando sonaban ya lejanos los últimos disparos de los imperiales, aparecióse en la altura un jinete que sujetó de golpe su caballo y clavó en tierra una lanza de moharra larga y forma culebrina

Este jinete, al instante reconocido, mereció una aclamación de la tropa y un saludo de Velarde con el ástil de su lanza

El jinete cogió la suya, la remolineó muy alto como si manejara un junco, contestando marcialmente al saludo, y vínose al galope

Era Cuaró

¿Por que se encontraba allí?

Cuando bajó al llano envuelto en un torbellino de jinetes y de aceros, sin auxilio alguno en su trance amargo, al favor de su redomón de pecho que se abalanzaba a saltos de fiera, había logrado arrastrar a su vez el grupo de agresores hacia la línea de Rivera eludiendo los golpes de muerte con tendidas a los flancos de su montura y devolviendolos con renaciente vigor

Ya encima de los dragones de Frutos, el grupo se fue desgranando, y al llegar al declive de la colina, los últimos abandonaron su presa

Cuaró aparecióse, pues, disperso en la columna

Viéndolo Ladislao Luna de lejos, despertole la inquina y gritó de modo que el lo oyese

—¡Miren ese que anda como avestruz contra el cerco! ¡Haganlo formar!

Al escucharlo, el teniente sintió que la sangre se le subía en oleadas a la cabeza hasta producirle un vértigo

Tambien el odio se le enroscó como una víbora en las entrañas

A pesar de eso, se estuvo quieto

Para no mascar rabia, sacó del cinto un pedazo de tabaco en rollo y se lo puso en la boca

Quedóse un rato inmóvil mirando a Ladislao que conversaba con Rivera, con una mirada opaca, sombría, volvióse a alzar hasta el hombro la manga de la camisa hecha pedazos y teñida de coágulos de sangre salpicada, y sin hacer caso al toque de atención que resonaba en la linea puso espuelas y se dirigió a la loma

Fue entonces cuando se encontró con Ismael

—Van a entrar a perseguir — díjole — Sería gueno seguir al flanco

Efectivamente, el ala izquierda se movió al galope en columna, dirigiendose hacia el paso de Sarandí

El escalón de Ismael, a una voz de éste, tomó la misma direccion

Los escuadrones de Rivera corrían a media rienda en la llanura, y a medida que iban adelantando terreno todas las fuerzas estacionadas en esa dirección, volviendo grupas y aglomerándose bajo el panico, se precipitaban al vado en tropel

Araeció entonces que el regimiento de dragones de rio Pardo, cuerpo regular que habia causado mucha parte del estrago en las filas libertadoras y que se retiraba en orden por mitades, en la imposibilidad de dominar el tumulto sin comprometer su formación, contramarchó de súbito, y alineándose junto al monte, se rindio a la gran guardia de Rivera

Parte de la fuerza que éste mandaba había cruzado el vado, cuando llegó Ismael, quien viendo rendidos a los dragones imperiales, pregunto a Cuaró

—¿Seguimos el rastro, o damos resuello a la gente? Ya la flor se entregó

—Calderón va delante con los dos Bentos, —respondió el teniente,— y hay que alcanzarlo aunque sea con un tiro de bolas Recién principia la corrida!

Ismael, sin observar nada, ordenó pasar el arroyo, y ya del lado opuesto, notaron que el brigadier lo cruzaba a su vez seguido de un fuerte destacamento y se perdia luego a media rienda en las ondulaciones del terreno

—Mirá amigo, — dijo Cuaró, — ¡es preciso apurar!

Ismael mandó al galope

Un zambo que llevaba de clarín sopló el instrumento con todas sus fuerzas

La tropa se precipitó por las faldas y los valles

A uno y otro lado huía un enjambre de enemigos a pequeños grupos, y de los ranchos esparcidos en los contornos salían de súbito viejos y aun mujeres armadas de trabucos, que descargaban sobre los fugitivos a su alcance, desmontando a unos y ultimando a otros

El escalón llegó a enfrentar a una especie de "tapera" en cuya puerta se veían varias chinas que daban voces iracundas, y agitaban cuchillas en sus manos

A pocos pasos yacían tres hombres, uno de ellos con insignias de jefe, a quien habían abierto el pecho con una daga

Era el teniente coronel Felipe Neri

El escalón pasó a media rienda sin preocuparse del episodio, atravesó un extenso valle cubierto de cardos, traspuso una altura alanceando en su tránsito a algunos rezagados de Bentos Gonzalves, y fue a detenerse en el nexo de dos "cuchillas" para dar aliento a los caballos y examinar el horizonte

Empezaba a caer la tarde

La espesa selva del Yí se distinguía próxima, enseñando una orla inmensa de verdura que culebreaba en el terreno hendido hasta perderse muy lejos detrás de las grandes lomadas, multitud de dispersos corrían diseminados por los pequeños valles acosados por el continuo silbido de las "boleadoras", y más allá un grupo considerable, contorneándose en espiral, penetraba en el bosque y se hundía velozmente en la espesura

—¡Paso de Polanco! — exclamó el teniente Por aquí se van los jefes, pero el río trae mucha agua Tienen que cruzar en la balsa y nos dan tiempo

—Tocan a reunión en el campo de Frutos — dijo Velarde, con el oído atento a los ruidos de aquel lado y la vista fija en el valle La gente se retira

—Si, ya no "bolean"! — observó Cuaro Vamos a atropellar el paso, capitan Mael

—Mejor sería que "bombeáramos" desde aquellos sauces para ver lo que pasa

—Como mande

Los dos se separaron de la tropa al galope dirigiendose hacia el paso.

Recorrieron alguna distancia y bajaban a un sitio rodeado de quebradas, desde el cual todo quedaba oculto a la vista, cuando en la altura del frente apa recio de subito Ladislao Luna, quien les grito a voz en cuello

—Ya esta gueno de perseguir Dejen que los mate Dios que los crió, aparceros!

—¿Quien manda? — dijo Ismael

—Frutos Se ha tocao a reunion y es juerza obedecer

Cuaró se echo el sombrero a la nuca

Se había puesto verdinegro, palpitabale el parpado como el ala de un murciélago y las espuelas hacían música de trinos en sus botas de piel de tigre

Levanto el brazo convulso, exclamando presa de indecible rabia

—Aparcero nunca, ahijao de Frutos! Amadri nando traidores!

—A la cuenta le has dao muchos besos al "chifle", enfiel sin entrañas — contestó Ladislao colérico, empujando su caballo a la ladera Te he de tarjar la lengua!

—Venite al "playo"! — repuso el teniente breve y ronco como quien concentra energías. Aquí verás si te chupo la sangre, ladrón!

Luna se puso en el bajo a brincos de su overo, que azuzó con la "nazarena", al punto de hacerle doblar los remos delanteros en el declive.

Traía lanza, sable y trabuco.

Ismael quiso intervenir dos veces poniendo su ástil por medio.

Pero convencido de la inutilidad de su esfuerzo, dada la índole de aquellos dos hombres que él conocía bien, apartóse y púsose a observar la terrible escena, mudo, impasible, indolente.

Sería esto un poco de sangre más, de aquella sangre brava que tanto se derramaba por lujo en su tierra.

En el hondo valle fiera fue la lucha de los dos centauros.

Ninguno habló.

Por tres veces se chocaron los ástiles de "urunday", produciendo el ruido de los cuernos de dos toros, y al cuarto ludimiento saltó el rejón de Ladislao arrancado a su diestra por un golpe en la sangría.

Luna empuñó el trabuco e hizo fuego.

Todos los balines y "cortados" dieron en el pecho y cuello del redomón de Cuaró, mas al mismo tiempo el overo vino de manos y la moharra enemiga encontró a Ladislao en descubierto, sepultóse cuan larga era en su vientre, le sacó de la montura tendiéndolo en tierra de costado, revolvióse en la ancha herida hasta hundirse en el suelo, y cuando Luna se enroscaba al ástil como un reptil con el tronco y brazos y el semblante desencajado, el caballo de Cuaró se desplomó muerto.

El teniente quedó de pie y largó el lanzón

Este se cimbró por un momento bajo las convulsiones del herido, hasta que Luna cayó de espaldas. Entonces el ástil quedose en posición oblicua, trémulo, cual si a él se trasmitiesen las palpitaciones del moribundo

—Ya sobra hermano — dijo Ismael

Cuaró tiró un manoton de tigre al overo de Ladislao, saltó en sus lomos, arrancó la lanza al cuerpo de un revés y se fue en silencio sin volver el rostro

Ismael se apeó

Allí cerca veíase un charco.

El agua estaba clara y transparente inmóvil en su lecho de gramillas de un color de esmeralda En los tronquillos de juncos colgaban sartas de gránulos de un rosa vivo a modo de rosarios que eran hueveras de batracios y al mojar su pañuelo de algodón Ismael rozo alguna de esas sartas, brotando de ella entonces un líquido de carmín subido que le manchó la mano

—Aonde quiera sangre! — murmuró No parece sino que hemos de ahogarnos en ella, como decía el viejo don Cleto

Aproximóse en seguida al herido, puso una rodilla en tierra y separándole las ropas hasta rasgarlas en pedazos lo volvió sobre el costado opuesto

La espantosa desgarradura quedó a la vista Por ella asomaban las entrañas y se oía un soplido de fuelles La culebra de hierro había penetrado ondulando en las carnes, dividiendo tejidos, músculos y una costilla, cuyas puntas saltaban hacia afuera

Ismael lavó los labios de la herida, moviendo la cabeza, en tanto susurraba dando suelta a una espansión largo rato sofocada

—¡Parece arco de barril rompido!

Al sentir el roce del pañuelo mojado, Ladislao se contrajo dolorosamente y reprimiendo un alarido que estranguló en su garganta, dijo jadeante

—No te tomés pena, que pronto he de acabar . La encajó lindo ese bárbaro!

Recubrióle el capitan la herida, sin decir palabra, dióle al cuerpo la mejor posición con cuidado, e hizo beber a Luna un trago de su "chifle"

Luego, otro

Esto lo reanimó visiblemente

Miró a Velarde, y prorrumpió

—Mira, hermano cuando yo me haiga muerto sacáme este escapulario que aquí llevo en el pecho, y dáselo a Mercedes, si la llegás a ver Me lo regaló un día de mi santo, diciéndome que nenguna chuza me había de entrar en el cuerpo, porque estaba bendito por el cura ¡A la cuenta la chuza me entró de costado con miedo al santo, dende que todavía respiro!

—No ha de morir tan pronto, aparcero — le interrumpió Ismael, rompiendo su taciturnidad con una sonrisa ¿Donde ha visto que ansina no más se acabe la yerba mala?

El herido tentó reírse, y lo encogió el dolor

Replicó, sin embargo, entre quejidos

—También se seca, y ya siento adentro que me grita la hoya ¡Nunca me asustó el morir. pero, quién juera vos para ver el pago libre, a la tierra libre después de tanto pelear!

Se me hace que columbro los ranchos, el arroyo, el monte, las laderas, el ganao matrero .

Aquí se detuvo, con los labios trémulos

Sus ojos semi-apagados se quedaron fijos en el espacio como si en verdad contemplase algo de todo aquello que revivía en su cerebro

Clavando luego los ojos en el rostro de Ismael, volvió a decir

—Cuando yo haiga muerto dejá mi cuerpo entre estos yuyos, que no precisa de tierra encima para que el cuervo o el gusano se lo coman El sol y el agua lo harán guiñapos y después las hormigas negras dejarán lustrosos y blancos los huesos como costillas de bagual Naide los ha de llevar, ni la vizcacha, cuando no tengan grasa nenguna, que no vale más que la de un toruno la osamenta de cristiano

Mirá, valiente guardate mi sable que es hoja de confianza Lo afilé una mañanita en una piedra de la sierra, y si esta un poco mellao no es de cortar leña

—Dejuro, dijo Ismael A ocasiones se criba la guampa al toro, y no es de cornear al ñudo

El herido dio un resuello y murmuró muy bajo

—¿Me prometés?

—Llevar el escapulario y el sable, prometo

¿Dónde está la moza?

Ladislao le cogio la mano, tomando alientos

Luego dijo

—Allá en San Pedro, en un ranchito arrimao al río

—He de caer

Pasaron largos instantes de silencio

De pronto, la herida resolló ruidosa y silbadora y algunas gotas gruesas de sangre negra aparecieron en las ropas

Ladislao se estremeció, lanzando un ronquido, y ya no volvió a hablar

Ismael lo cubrió en parte con su "vichara"

Después le acercó a la boca el "chifle", humedeciéndosela con un poco de "caña", que el ingurgitó a medias

A poco, expiró

En los aires, sobre el matorral, empezaba a girar un ave negra con las alas muy abiertas, inmóviles Tenía la cabeza calva y el pico uncirostro Por momentos arrojaba una nota ronca, con la mirada fija en el suelo

Ismael se sentó y permaneció impasible

Sólo una vez inclinó ligeramente la cabeza, para mirar de un modo siniestro por debajo del ala del sombrero con una ojeada de buitre

XXXIII

LOS ESTRAGOS DE LA CARGA

No fue Esteban más afortunado que Cuaró en su aventura de acorrer a Luis María, cuando era éste acometido en la loma por los dragones de río Pardo.

Separado del sitio a rigor de sable, y como envuelto en una malla de acero en que su cuerpo y su caballo no tenían para moverse más espacio que el de una jaula, el liberto se creyó seguramente perdido cuando rodaba al llano entre los anillos de aquella especie de tromba, y solo allí donde la tierra a nivel no ofrecía tropiezo ni doblaba al potro los corvejones, pudo al rato acariciar la esperanza de sustraerse a los hierros apelando a sus recursos de gran jinete

Formando con su montura un solo bulto a fuerza de encogerse y disminuirse, arremetió por dos ocasiones el cerco sin resultado, pero en la tercera embestida, poniendo el alma en Dios y en Guadalupe, suelto, ágil, intrépido, con una risotada bestial de negro cimarrón, logró abrir brecha la daga en alto y el torso sobre las crines, arrancando a sus adversarios un grito de rabia y de sorpresa

Ya fuera del remolino aturdidor, sin miedo a las armas de fuego, que estaban vacías y se cargaban por la boca en multiples tiempos y movimientos, Esteban se lanzó al simple galope a una cuesta que trepó sujetando, y desde allí hizo un ademán de desprecio

Ellos continuaron su carrera enardecidos, y no hubiesen dado grupas, si por un flanco no surge mes-

perado uno de los escuadrones de la reserva que corría uniforme e inflexible como un rodillo a lo largo del llano

Pero si bien cambiaron rienda, fuéles corto el tiempo y el espacio, porque apenas castigaron librando la vida a la rapidez de sus caballos, en vez de proyectiles silbaron por detras las "boleadoras" en número tan crecido, que algunas de ellas golpeando en craneos y pulmones, dieron en el suelo con buena parte de los fugitivos

El liberto espoleó entonces sin tregua, hasta llegar al sitio en que dejara a Luis María

Miraba con atencion al suelo, examinando uno a uno los rostros de los muertos

No pocos tenían las cabezas partidas por el medio, con una masa blanquecina en borbollon a la vista, a otros, las cuchilladas les habían agrandado las bocas hasta el pómulo, muchos presentaban hundidos los temporales como a golpes de clava, algunos exhibian tajadas las gargantas de una a otra oreja, los menos, boca abajo, mostraban en los riñones el estrago de las moharras y medias lunas

Esteban escudriñó bien.

Llamole un cadaver la atención

Era este el de un hombre joven, esbelto, de figura distinguida, que vestía el uniforme de capitán y ceñía todos sus arreos, por lo que el liberto dedujo que debía haber muerto en lance aislado, pues que no lo habían dejado en ropas menores los soldados menesterosos.

Desmontose rápido, y desprendió una de las presillas que en los hombros llevaba el difunto

Notó entonces que un sablazo, dado por una mano de hierro, le había levantado casi por completo el

coronal en forma de casquete, y que por la cisura enorme salía como una crespa cabellera colorante

—Este sablazo no lo dio mi amo — se dijo el liberto

El pelo negro caía en mechón sobre la cara oculta en los tréboles

Esteban lo separó, y enderezó la cabeza del muerto, mirándolo un instante fijamente

Estaba tan lívido y desfigurado, que tardó en reconocerle aunque ya había sospechado que aquel difunto no le era desconocido

¡Oh, sí! Aquel era el capitan Souza, el rival de su amo, a quien él sirvió alguna vez y de quien fue servido

Pues que estaba tendido allí, donde su señor se había batido solo contra muchos, no tenía porqué sentirle El monton de cuerpos que cubria el sitio, denunciaba una lucha espantosa, él no presenció todo en su entrada rapida y más rapida salida del círculo de hierro, pero, tantos contra uno ¿quién pudo haberlos impulsado?

El negro, al hacerse en su interior esta pregunta, se acordo de muchas cosas, miró otra vez al muerto, y movió la cabeza con aire de quien da en la clave de un enigma

Siguio andando luego a pie, con su cabalgadura del cabestro rodeo la colina siempre investigando, se paró muchas veces para cerciorarse de que no iba descaminado, y por ultimo volvió al lugar de que había partido con la intención de recorrerlo esta vez en sentido opuesto

A uno y otro lado del terreno que había ocupado la linea, situada ahora varias cuadras adelante, precipitando la derrota, había tendidos más de cuatro-

cientos muertos Aparecía el suelo sembrado de sables, carabinas, pistolas y morriones

Esteban sabía bien que no era entre aquellos restos que debía buscar a su señor, puesto que el se había batido en la loma del centro

—Quizás, tratando de salvarse, hubiese retrocedido hacia donde entonces formaba la reserva, que era en una falda, inmediatamente detrás de la colina

No había abandonado aún la altiplanicie, cuando apercibio entre las matas, acostado boca arriba, el cuerpo de un hombre de talla gigantesca, cuyos ojos negros, fuera de las órbitas, conservaban todavía un reflejo de cólera y de dolor

Sin duda estaba agonizante

Acercóse el liberto, y vio que tenia clavada de lado en el vientre una lanza, cuya media luna invertida asomaba uno de sus extremos por debajo de la costilla final, formando la herida como una hoya en las entrañas que hubiesen abierto las garras y colmillos de un "yaguareté"

Un trecho mas alla, a su izquierda, yacía otro cuerpo con los brazos en cruz, y el semblante lleno de sangre hasta el cuello, donde el líquido se había estancado en coágulos espesos

Dejó Esteban que el moribundo acabase en paz, y fuese al que ya parecía muerto de veras

Lo estaba, en realidad

Pero al observarlo con detenimiento, el negro lanzó una voz

No parecía el despojo de un hombre aquel, sino el de una mujer

Un cabello negro, crespillo y corto aunque abundante, no alcanzaba a velar las sajaduras que dividían el craneo, al punto de que mas de un rulillo cortado

por el filo de los corvos aparecía pegado en las sienes por gotas aún frescas de sangre bermeja Uno de los brazos, el izquierdo, estaba casi separado del hombro por un mandoble feroz

Tenía los párpados semi-caídos, como quien se adormece Un gesto que podía asemejarse a sonrisa había quedado impreso en la linda boca de la muerta, que enseñaba limpios, de una intensa blancura sus dientecillos de niño Bajo la blusa de tropa desgarrada, el seno alto denunciaba el sexo Los pies pequeños descubrían apenas sus extremidades en las puntas de unas botas de piel de puma con pelaje, desgastadas a medias en las plantas Las manos cortas y gorditas mostraban varios tajos y puntazos en los dedos y el reverso, teñidas de coágulos venales En el seno entreabierto se veían algunas flores de clavel manchadas de rojo, que volvían sus pétalos hacia el suelo estrujadas y marchitas

Esteban reconoció a Jacinta, y la estuvo contemplando un rato con mirada triste

Dilataronsele al fin las alas de la nariz, miró a todos lados con atencion suma, tornó a contemplarla con aire afligido, y a mirar delante, a los costados, detrás, a lo lejos, en la loma, en el declive, en el horizonte, diciéndose lleno de congoja

—Si ésta ha muerto aquí, ¿dónde lo han matado a él?

En el fondo de las pequeñas colinas a su frente, había distinguido multitud de hombres desmontados, guardias numerosas, carros sin tiros, reinando allí una quietud que contrastaba con la agitación violenta de la línea a sus espaldas, que seguía avanzando en batalla hasta ocultarse detras de apartadas lomas

Después de vacilar un momento, montó en su caballo, y dirigiose al parque a rienda suelta

Al llegar a sus inmediaciones, se cercioro de que los jinetes desmontados, entre los cuales había tres jefes y cincuenta oficiales eran prisioneros, cuyo número total excedia en mucho al de seiscientos

Custodiabanlos tres escuadrones de "maragatos"

A la derecha de la custodia, llegados hacía poco tiempo, habían hecho alto varios carros cargados de armas y municiones arrebatadas al enemigo

Curabanse heridos a retaguardia

Vio cerca de una hondonada el carretón de Jacinta reposando sobre sus dos "muchachos", y a él se encaminó como cediendo a un presentimiento

Agapa andaba por alli juntando "leña de vaca" para hacer su fogón seca y dura, como su piel cetrina pegada a los huesos, amorrada, huraña

Al distinguir a Esteban, se detuvo, sin embargo, demostrando cierto interes, y antes que él la hablase, dijo rapida y concisa

—Esta ahi, en el carretón Lo mandó levantar el comandante

—¡Ah! — contestó el negro gozoso, al quitarse un enorme peso ¡Es suerte! Mucho lo he buscado . Jacinta queda alla la pobre, hecha una criba .

—Juerza era ¡Cuando no habia de meterse en un entrevero si era pior que paja brava!

Y Agapa siguio recogiendo por aquí y por allí los residuos del ganado, de los que habia formado una pila por delante, tentando con los dedos en cada alzada por si estaban muy frescos, en cuyo caso los dejaba caer, procurandose otros de mayor consistencia.

Andando hacia el carretón, el liberto animóse a preguntar con miedo·

—Y el ayudante, doña Agapita ¿está muy lastimao?

Ella se encogió de hombros con las espaldas vueltas, y sin otra respuesta continuó en su tarea

—¡Carpincho tísico! — murmuró el negro

Apeóse y como su redomon no se dejase poner paciente la "manea", aplicóle el negro para desahogar su rabia, un golpe de puño en el hocico, seguido de un tiron maestro de orejas

Después, se fue acercando despacio a la puertecita del carretón, a la que se asomó sudoroso, anhelante y febril

Allí estaba Luis María tendido sobre un lecho improvisado con mantas y cubierto con un poncho hasta el cuello

Su cabeza reposaba sobre un lomillo duro, y parecía gozar de un apacible sueño

El negro, reprimiendo su aliento, trepóse diestro al vehículo Había dentro espacio para dos

En cuatro manos observo a su señor con prolijo interés

Vio entre las ropas entreabiertas, que le habían vendado el pecho con una tira de lienzo crudo, y también el brazo Respiraba leve como quien ha perdido mucha sangre

Esteban se bajó con el mismo cuidado que había tenido al treparse

Sin perder tiempo, desató su poncho de paño de los "tientos" de su montura y lo puso al lado del carretón

En seguida, se dirigió presuroso al carrillo de Agapa, que descansaba sobre sus varas allí cercano

La criolla andaba lejos, siempre recogiendo residuos de vaca, cuyas pilas iba dejando de trecho en trecho

El liberto echó mano de una maleta de ropas blancas lavadas, sacó dos piezas, y se volvio

Con esas piezas y el poncho, metióse de nuevo como un gato en el carretón

Pusose entonces a funcionar.

Del poncho hizo una almohada blanda que colocó sobre el lomillo, levantando con extrema suavidad la cabeza del herido

De las piezas blancas sustraidas a Agapita, hizo vendas e hilas con la mayor escrupulosidad, las que iba amontonando en los rinconcitos como cosa de gran precio

Terminada esta tarea minuciosa, sin perder un minuto, mojo un puñado de hilas en una calderilla llena de agua que habia en un extremo y que Agapita habia traido, sin duda para el "mate", abrió bien las ropas de Luis, que seguia en su especie de sopor, quítole la venda del pecho, y con las hilas mojadas lavóle muy despacio la herida

Poca sangre salía de ella La bala habia penetrado entre dos costillas sin rozarlas, abriendo una boca estrecha, pero no habia salido Cerciorose de esto Esteban, examinando la espalda con detenimiento, sin mover al herido que yacia de costado Secó la parte dañada, pusole hilas secas y la vendó.

Practico en el brazo izquierdo, que descansaba un tanto recogido sobre el tronco, igual diligencia Esta herida presentaba dos bocas junto al húmero, y la hemorragia habia sido copiosa El sable, al salir, había abierto las carnes como navaja al pelo, por lo que el liberto dedujo, sulfurado, que el dragón que

así estoqueó, había dado a su acero doble filo contra ordenanza

En su irritacion, para nada tuvo en cuenta que él entro en pelea con larga daga sin lomo para afeite, hasta el mango

Rocio bien aquella honda desgarradura, que ya empezaba a inflamar el brazo, y que sin duda era en extremo dolorosa, porque mas de una vez se crispo el cuerpo del joven como tocado en una llaga viva

Extendio sobre ellas las hilas en "camadas", como él decia, y pusole los vendajes flojos para no hacerlo sufrir

Cuando concluyó esta operación, corriale el sudor a lo largo del rostro, tenia los ojos enrojecidos y los dedos tremulos

Consolole, sin embargo, el aspecto del yacente Seguia respirando sin sobresaltos, en medio de aquel sueño profundo

Bajose, cerró la portezuela

En seguida, desprendio la carabina que llevaba colgante a un flanco de su montura, la cargo y echosela con la correa a la espalda

El dia declinaba

A cada instante llegaban destacamentos con grupos de prisioneros, carguíos de municiones y de armas cogidas al enemigo, y heridos leves a las ancas, a quienes practicaban la primera cura cirujanos tan peritos como el liberto

Notó que entre estos ultimos venia un mocetón cuyo rostro no le era extraño, y cuyo nombre mismo le asalto en el acto a la memoria

Echo pie a tierra alli a pocos pasos Traia el brazo en cabrestillo, y en sus facciones desencajadas revelaba que su debilidad era mucha

—Ya te veo medio manco, Celestino! — gritóle con gran confianza Mi "chifle" tiene con qué darle alegria al cuerpo

El mozo miró, y reconociéndole a poco de observarle con ojos de desvalido, vínose rapido, diciendo

—Hermano Esteban, la mesma providencia! Haré gasto porque ya no puedo de lisiao Estoy como pájaro de laguna, con una pata alzada y la otra que le tiembla

—Ahora te se van a quedar mas firmes, Celestino Dale al "chifle"

Y se lo alcanzó de buena voluntad

El herido bebio una y dos veces, entonóse, devolvió el "chifle" lleno de gratitud, y exclamó

—¡Qué suerte negra la mía, canejo! Recién llegao esta madrugada de "Tres ombúes", me junto a la gente de Santa Lucia, comienza el refregón, cargamos cinco veces y en la ultima me machuca el brazo una redonda que vino de la loma del diablo, a la fija mandada por el primero que disparó a todo lo que le daba el reyuno ¡Ayudáme hermano a rabiar!

—Ya bastante rabié — contestó el negro con mucho sosiego

"Tres ombúes" ¿Tú viniste de allá, Celestino?

—Mesmito De una tirada del "picaso" Y bien me decía don Luciano que mejor juera llegase tarde, ya que no queria yo escurrirle el bulto al entrevero, porque hombre que anda atrasao, gruñía el viejo, las balas lo desconocen

—¿Que está en la estancia don Luciano? — interrumpiole Esteban sorpiendido

—Si que está, desde hace cuatro días, y también su gente

Al oír esto, el liberto se agitó nervioso y preocupado Ocurriósele pensar en la niña y en Guadalupe, instantáneamente recordó que allá en la estancia se había asistido y sanado su señor en otro tiempo, que el ahora necesitaba de cuidados muy celosos, antes que viniese la fiebre a agravar su estado, y que nada mas natural que llevarlo allí, donde lo querían y podían brindarle una cama menos dura que la del carro de la difunta

Asaltándole en tropel todo esto, y cierto interés particular que él se reservaba en el fondo por no mesturar lo delicado con sus "cosas de negro", tomó una resolución súbita y dijo al mocetón

—Vas a aguardarme aquí, Celestino En este carretón esta un herido que quiero como a mis entrañas, es el ayudante Berón No has de permitir que se acerque ninguno, hasta que yo de la vuelta Dame tu palabra, y después verás que lo vas a agradecer

—Te la doy

—¡Bueno! Cuando yo venga te curo, y marcharemos juntos Si querés, te dejo la carabina, por si atropellan

—No preciso Tengo el sable y esta mano libre

Sin hablar mas, Esteban montó y arrancó a escape rumbo a la línea

Celestino vio transcurrir el tiempo, recostado al carretón

Llegaba la noche Los ruidos iban cesando, como si todos los que habían combatido durante aquella ruda jornada se sintiesen abrumados por una inmensa fatiga

Agapa, que había encendido el fogón junto a su carrillo, no vino al sitio, muy ocupada en obsequiar

un regular número de convidados, que eran otras tantos caballerizos.

Mientras se prolongaba la ausencia de Esteban, seguían produciéndose novedades en el parque.

Llegaban por momentos trozos de "caballadas" en número tan crecido, que podían contarse por miles las cabezas. Eran de las que se habían tomado, y seguíanse recogiendo en el que fue campo enemigo.

Su paso en masa compacta, semejante a una tronada sorda, era el único ruido que hería el espacio en aquel lugar retirado, aparte de las voces repetidas a intervalos por las custodias que continuaban recibiendo prisioneros de todas partes.

En cierta hora, se armó una tienda en la ladera.

Un fuego ardió pocos instantes después, y distinguióse agrupación numerosa de hombres que se movían delante de la entrada.

Celestino, que se paseaba impaciente de uno a otro lado, mortificado por el ardor de su machucadura, oyó decir en el fogón de Agapa, que aquella tienda daba abrigo al coronel Latorre, herido en la primera carga de los dragones.

Al volverse hacia el carretón, sintió el tropel de caballos.

Era Esteban que regresaba, arreando tres, utilizables para el tiro.

El liberto informó a su compañero que había obtenido pase por escrito de su jefe para conducir al ayudante en el carreton, hasta la estancia de don Luciano Robledo, con facultad de disponer de un soldado como auxiliar.

—¡Pues no hay más! — replicó el mocetón. ¡Aquí estoy yo, y en derechura!

—Te iba a convidar —dijo Esteban—, pero veo que no es preciso.

Con el brazo sano me vas pasando esos arreos que están abajo del carretón mientras yo sujeto los mancarrones. ¡No te vayas a aplastar!

Celestino, campero diestro, movióse diligente sin objeción alguna. Su herida era leve, y llegó a olvidarse de ella y sacar el brazo del cabestrillo en la faena.

—¡No importa! —decía el negro afanoso—, yo te voy a curar luego... Dame ese tiro de guasca peluda para ponérselo a este loro, y ese medio bozal de potro que cuelga del limón... ¡Vaya, macaco!... ¡Trompeta!

Y repartía cachetes en los hocicos.

—En encontrar estos "sotretas" se me fue la hora... Pero son gordos y de aguante. Tú irás en la delantera y yo de "cuarteador", para andar con menos tropiezo. Va a hacernos nochecita clara, el camino es como pared de iglesia, y no hay que mudar para dar la sentada hasta "Tres ombues"... ¡Diablo de "sotreta"! El que te domó fue a la fija un maula, porque te dio entre las orejas por la vida ociosa. ¡Vaya, matungo!

Y sonó otro puñete recio en las narices.

El caballo dio un salto de mano y un resoplido, estornudo y se estuvo quieto.

Con los escasos arreos de Jacinta, concluyeron de enjaezar el tiro a fuerza de mano dura e ingenio, y antes de asegurar y colgar los "muchachos", Esteban hizo una inspección en el interior del vehiculo.

El herido se había puesto boca arriba, y seguía en su modorra. Lo arrebujó convenientemente en previsión de peripecias en el viaje, y aunque titubeando, acercó a sus labios secos la calderilla con agua, des-

pués de haber vertido en ella una buena cantidad de "caña" Al principio el herido los removio resistiendo, pero luego bebió con ansia hasta dejar vacio el recipiente

Cuando el liberto descendió, ya Celestino estaba en la delantera empuñando el rendal

Lleno el las últimas diligencias, tentó con los dedos ruedas y quinas por si faltaba algun accesorio, colgó los puntales y dando al fin un gran resuello, montóse en el caballo de "cuarta" diciendo bajo

—¡Vamos!

El vehiculo se movió al paso, dirigiéndose por los sitios mas solos, hasta salvar la próxima loma

Una blanca claridad bajaba de los cielos y se extendía placida en el infinito mar de las hierbas

Como fugaces sombras, a la par que negras rumorosas, con un rumor de alas fornidas, solían cruzar lentas la atmosfera hacia el llano, sembrado de despojos, bandas dispersas de grandes aves graznadoras

XXXIV

LA VUELTA

El día que se siguió a la salida de Bentos Manuel de Montevideo, reinó verdadera alegría en la casa de Berón motivada por la presencia de don Luciano Robledo, que recobraba al fin su libertad merced a los reiterados empeños del capitán Souza con el barón de la Laguna.

Este grato suceso compensó en cierto modo las angustias que causaba la partida de la columna brasileña, y por tres o cuatro días se celebró sin reservas en aquel hogar tan combatido.

Don Luciano, sin embargo, manifestó su resolución inflexible de irse al campo a atender sus intereses tan largo tiempo relegados a la suerte, aun cuando para cumplirla fuera preciso arrostrar todo género de dificultades y peligros.

En vano se le pidió que la postergase, en atención al estado en que se encontraba la campaña y al hecho de habérsele dado la ciudad por cárcel. Robledo se mantuvo firme.

Entonces Natalia díjole que no se iría sin ella.

Esto hízole vacilar algunas horas.

Trató a su vez de convencerla con las razones más concluyentes. Llegó a agotar sus extremos cariñosos.

La joven mostrose tan resuelta como él.

—¿Acaso te soy pesada? — díjole con amargura. Puedes necesitar de mí, ahora más que nunca. Yo quiero ir a la estancia, allí descansa mi hermana y

están todas las memorias que amo, bien lo sabes .. ¡Si no me llevas, me iré sola!

Don Luciano la abrazó, accediendo a todo.

La partida debía hacerse por la vía fluvial, en una sumaca de don Pascual Camaño, la que los conduciría en la noche a la barra de Santa Lucía, aprovechándose del alejamiento momentaneo de las naves de guerra que vigilaban las costas del Este, a la espera de corsarios

La noche de la despedida, fue de sensación

La madre de Beron, que había observado en Natalia, a mas del que le guiaba al acompañar a su padre, el interés de aproximarse y aun de ponerse al habla con su hijo, retuvo a la joven entre sus brazos reiteradas veces, como disputandole aquella primicia deliciosa, y hasta llegó a decir que ella se pondría en viaje también, pues se sentia fuerte para ello

Esa lucha fue de largos momentos y sólo cesó cuando Natalia dijo llena de fe y entereza

—Si así lo quiere la suerte, yo he de cuidarle mucho ¿No cree usted, madre, que yo soy capaz de hacer por él todo lo que usted en su ternura? ¡Oh, sí! ¡Que digo verdad, Dios lo sabe! No tema, no, porque hemos de ser felices Yo le escribiré todo lo que sepa, y si lo veo mucho más ¡Nada dejaré por decir!

Ante estas seguridades, la madre cedió

La partida se hizo, efectivamente, en la sumaca con toda felicidad El embarque se realizó sin tropiezos ni dilaciones, a hora prefijada y en sitio aparente

Soplaba un ligero viento sur que condujo la pequeña nave a la barra con rapidez

Una vez allí, al romper el alba, don Luciano tuvo que andar poco para llegar a la "estancia" de uno

de sus viejos amigos, quien le facilitó un carro con su tiro correspondiente, que le condujese con su hija y Guadalupe a "Tres ombúes"

La llegada a la estancia, después de tantas vicisitudes, fue de emociones

Don Anacleto salió a recibirlos, excusando a Nereo y Calderón, los peones viejos, que a esa hora se encontraban en faenas de pastoreo, algo distantes de las "casas"

—Que vengan — dijo Robledo Quiero yo mismo poner en orden todo esto, pues confio en que no han de volver a apresarme ¡Antes gano el monte!

El capataz estaba contento y dio buenas noticias a su patrón del ganado

Poco se había perdido

Aquel era como un rincón oculto, espaldado por inmensos bosques, y a causa de eso sin duda, las partidas que arreaban "haciendas" vacunas y yeguares habian pasado de largo "repuntiando a gatas", como decia don Anacleto, algun trocito de morondanga del lado alla del paso

¡Hasta su "terneraje orejano" se había librado del arreo!

Los "matreros" se habían comido algunas vaquillonas con cuero, pero la perdida era de poca monta

Natalia y Guadalupe pusieron mano activa y celosa al arreglo de la casa, todo lo removieron, limpiaron y reformaron, al punto que don Luciano no pudo menos de decir, cuando volvió de su recorrida del campo, que sin mano de mujer no había nunca hogar que se quisiera

Al verlo tan aseado y alegre, en su misma humildad, sintio que renacía su amor al viejo arrimo

Todas las plantas se habían multiplicado y entretejido, las enredaderas silvestres, sin miedo a la poda, alargándose cuanto pudieron, serpentiformes y enmarañadas, se habían trepado a los arbustos y de estos pasado a los árboles en cuyos troncos formaban rollos gruesos como maromas Los retoños venían con fuerza

Caían las últimas florescencias en los frutales y follajes nuevos de un verde-morado cubrían los grandes caparachos de gajos

Las golondrinas habían vuelto a anidar bajo el alero, y los "dorados" en las copas de los ceibos que enseñaban ya semi-abiertos, sus racimos de flores granates

En la huerta nada se había cultivado

En cambio, los agaves desprendían sus pitacos enhiestos de entre las últimas hojas listadas de amarillo y verdi-negro

A un costado el bosque de Santa Lucía intrincado y espeso se revolvía en giros caprichosos, cubriendo inmensa zona, al fondo, los cardos recomenzaban a llenar el pequeño valle con un enjambre de tallos y de pencas, y mas acá, a poca distancia del linde de la huerta, sobre un prado color de esmeralda alzábase solitaria la cruz puesta en la sepultura de Dora

Las manos indolentes que no habían podado los árboles ni sembrado la huerta, habían rodeado aquel sitio de todo género de plantas de la selva, de modo que era un boscaje o red de infinitos hilos, troncos y ramajes entrelazados y confundidos, muchos de los cuales aparecían cuajados de flores y brotos

Natalia consagró a este lugar su primera visita Hallólo muy agradable, en la medida de sus deseos

Simulaba una "glorieta" sin armazón artificial, modelada por ceibos jóvenes, sauces y parietarias diversas.

Lo hizo expurgar, desbrozar el terreno, y añadir otras plantas de su predilección

En esta grata tarea empleó varios dias Cada uno de éstos que pasaba, era para ella un deleite ver los progresos adquiridos

Se hicieron senderos, dióse a la vegetación la forma de dos círculos concéntricos, de manera que se pudiese más adelante levantar un cenador verdadero en el espacio intermedio que se cubriese de nutridos doseles

El sitio en que descansaba Dora quedó libre, con bastante trecho a uno y otro lado

Aunque se formase encima una cúpula de siempreverde más tarde, el interior conservaría capacidad suficiente para dar paso a los visitantes, siempre que se detuviese el avance atrevido de las parásitas, que la tierra negra nutría con maravillosa savia

Por más de una semana se dedicó Natalia a estos cuidados Se sentía tan bien en medio de ellos cuando vigilaba la tarea sentada en un tronco junto a la cruz!

XXXV

ESPERANZAS E INQUIETUDES

Volviendo una tarde de aquel sitio, vio que de la colina del frente bajaba un carretón conducido por dos hombres

El vehículo caminaba despacio, sus conductores parecían evitar con trabajo los hoyos o sajaduras del terreno, como si transportaran un enfermo de gravedad.

Uno de ellos era negro y venía "cuarteando" en eses y zig zags con una destreza digna de atención

Natalia lo reconoció al momento, y alargando el brazo lanzó una voz

—¡Esteban!

Todo lo adivinó, invadida de repentina angustia El debía venir allí, ¡pero en qué estado!

Por un momento sintió que sus fuerzas le faltaban quedandose inmóvil, perpleja, aturdida; mas, pronto reaccionó y fuese paso tras paso al encuentro de aquel convoy siniestro que no demoró en llegar al palenque

—¡Ay Esteban! —exclamó anhelante—, es el que viene ahí, ¿verdad? es tu señor que viene herido, acaso moribundo ¿Hubo entonces combate? ¡Oh, pronto! Bajenlo, quiero verle, no vayan a hacerle daño al tomarlo!

Esteban dijo

—Ayer se dio una batalla y triunfamos Mi señor fue cortado en el centro y herido dos veces, pero

ahora está un poco tranquilo, y con el cuidado de su mercé ha de ponerse bien

—¡Dios te oiga! — gritó la voz fuerte y viril de don Luciano quien había escuchado esas palabras y se hallaba ya delante del carretón Abre la portezuela para que carguemos con él, sin pérdida de tiempo . En estas cosas se obra ante todo Tú, hija, ve a arreglar la cama ¡A ver ustedes, ayuden! prosiguió dirigiendose al capataz y peones viejos que acudían Vamos a bajarlo y conducirlo en un catre hasta mi dormitorio, de modo que no le griten las heridas ¡Listo, canejo! Bien se ve que a ustedes no les duele, mandrias Ya me temia yo este desastre en el primer refregon No se hacen las cosas a medias por estos muchachos de sangre caliente que se imaginan como lo mas sencillo de este mundo llevarse todo por delante! ¡Estos son los gajes, por Cristo!

Bueno A ver el catre aquí, enfrente de la puertecica y manos a la obra

En tanto Robledo daba sus voces de mando y preparaba así el transporte del herido, Natalia había corrido veloz al dormitorio y aderezado el lecho con mano convulsa, casi sin alientos

Era el mismo lecho que el joven había ocupado la otra vez

El aposento presentaba igual aspecto que entonces, las cortinas del ventanillo habían sido renovadas

Delante de la cama, Guadalupe puso una gran piel de "yaguareté" que estaba antes en la habitación de Nata

Como su ama, la negrilla se sentia hondamente atribulada

Mirabanse las dos, en medio de su faena febril, en silenciosa ansiedad

Solía una deshacer lo que otra hacía, confusas, sin tino, hasta que deteniendose de súbito Natalia como para recobrar algo de la calma perdida, parecio lograrla tras de un largo sollozo, y dijo con aire resignado

—Es preciso no rendirse a la afliccion Arregla despacio, Lupa, y que todo esté en orden Yo voy por hilas y vendas, que han de ser muy necesarias ahora mismo Que traigan agua del manantial, y tú ponte a cocer corteza de "quebracho" en abundancia ¡Ay, Dios! ¡No se porque tiemblo tanto!

La joven se puso las dos manos en la cara y salió Llevaba las mejillas ardiendo

En el comedor se encontro con la ambulancia improvisada

Al verla, Luis María se sonrio Aunque muy palido, parecia tranquilo Le traian en el catre, cubierto hasta el pecho con una manta

Extendio su mano izquierda a Natalia con un gesto de anhelo íntimo y satisfecho

Ella se la tomo con las dos, estrechandola sin escrupulos, acerco bien al de él su rostro, y lo estuvo mirando un rato con ansia indefinible

Lo examinaba detalle por detalle, como si quisiera cerciorarse de que la muerte no lo habia aun sombreado con sus alas Respirando a grandes alientos, la alegria asomaba a sus ojos mientras lo contemplaba y sus labios se removian lo mismo que si regañasen en sueños

Todos guardaban silencio

Al fin Natalia dijo, abandonando suavemente la mano del herido y mirando llorosa a su padre

—Todo esta pronto, papa ¡Pasalo allí!

El joven fue colocado en el lecho

Desde ese instante, empezo el cuidado asiduo

Laváronse las heridas cambiaronse hilas y vendajes, alimentóse al paciente, todos se pusieron en la casa en actividad para procurar lo indispensable a su curación inmediata

Después de estas medidas preparatorias y de los sobresaltos sufridos, la esperanza renació, y con ella un contento que se ansiaba no ver extinguir en los días venideros

No obstante el estado de relativa quietud del enfermo, la fiebre en grado tolerable hizo su aparición desde esa noche, para no abandonarlo sino a treguas

Con todo, como el se mostrase con ánimo de hablar y hasta de reir, no se dio al principio importancia a aquel sintoma serio

La herida del brazo no inspiraba tanto temor como la del pecho, que era de arma de fuego, y cuyo proyectil habia quedado dentro, ignorabase en qué parte

¿Quién podia sondear sin peligro que no fuese un cirujano experto? Y cirujano, ¿dónde encontrarlos por ventura en la campaña desierta, presa de la guerra?

Esto afligia a todos cada vez que se tocaba el punto o propiamente la llaga

Veían al paciente sereno, en calma, a pesar del estrago físico producido por las heridas, y asaltabales de hora en hora una duda penosa, muy próxima a la congoja, cuando pensaban en los efectos internos de la bala alojada en las entrañas

Lo raro era que la herida del pecho no presentaba un aspecto alarmante, tendiendo mas bien a una rápida cicatrizacion

¿No seria esta, falsa, o un síntoma de recrudescencia del mal que tomaba fuerzas para reabrir aquella boca fatidica?

La fiebre solía también desaparecer ¡Qué consuelo ante esta especie de apirexia-remitente!

En tales treguas, los jóvenes hablaban como si todo peligro se hubiese alejado

El pasado era una nube que se desvanecía en horizontes invadidos ya por una luz esplendorosa

Entonces ella decía

—Aún no creo en esta dicha Pasados tantos meses despues de tu primera desgracia, tantas amarguras en esa ausencia sin fin, ahora estás ahí de nuevo destrozado, mi amigo, sin lastima por tí mismo y por los que te quieren ¡A veces pienso que tú nunca te has acordado de nosotros!

—No digas eso, Nata — replicaba el joven lleno de emoción ¡Nunca olvide! Siempre aquellos a quienes yo he amado han vivido en mi pensamiento en los días de alegría como en los de contrariedades Sólo que la pasión de mi tierra me ha conducido lejos, y es esa una pasión que no he podido arrancar de mí mismo aunque me haya propuesto, porque podía y valía mas que yo y que en vez de dañar a otros sentimientos los sustentaba y fortalecía

—A costa de tí mismo — observó Natalia —, condenandote como decía nuestra madre, a perseguir un ensueño! No he de regañarte por eso ni he de sostener que es más dulce la vida en el sosiego, entre goces humildes y cuidados amorosos, porque sé que no es lo que sucede, aunque sea posible ¡Tan pobre es nuestra ventura! No tengo celos de esa novia feliz que tu y otros persiguen, y por la cual dan su sangre Yo también la quiero como a una imagen bendita! Pero, ¿la has visto, te ha hablado, te ha sonreído, como yo después del sacrificio?

Sí —dijo Luis María, estrechándole la mano— tú hablas y sonríes por ella, y ahora me siento tan feliz que no me acuerdo de mis heridas Otros cayeron valientes y los habrán enterrado juntos en una zanja como se entierra al soldado, sin cruces ni llantos . Cuando eso me suceda, yo sé que habrá quien se duela por lo mismo que habrá quien me haya comprendido

—¡No hables de morir! — murmuró la joven estremecida, poniéndose de codos en la almohada y envolviendolo en los reflejos de sus pupilas No, de eso no se habla señor Berón, y se lo prohibo bajo pena ¡Qué creencia más triste!

Nublosele la frente, por la que paso una mano nerviosa, y prosiguió, tentando sonreir

—Cuando estés bueno, verás qué hermoso se ha puesto el campo y como alegra cuando alumbra el sol La isleta aquella de los nidos, ¿te acuerdas? ¡Sí que te acuerdas, la de las cotorras! es un encanto No la conocerias ahora porque han nacido tantas plantas nuevas, de esas que nadie cuida ni riega, que es todo un laberinto ¡Qué aire! Te vas a poner fuerte como antes y te volverán los colores, iremos del brazo y tendras que obedecerme, porque yo me enojaré, ¿has oido?

Luis María se sonrió y cogiéndola con la mano libre de la cabeza, le ahogó la voz con sus labios

Ella no lloraba, a pesar de sus ansias, pero el corazón le golpeaba el pecho como un martillo, al punto de que él se apercibió y dijo

—No te aflijas asi, ya me siento bien Nunca me parecio más seductora la vida Yo haré que no sufras nunca cuando esté convaleciente, Natalia

—¿Y no te irás más?

—¡No, mi bien! No me iré

—¡Bueno! Así me gusta No tendrás porqué arrepentirte ¡Ay! pero, ¿será eso cierto? Ustedes los hombres se buscan penas, pudiendo a veces ser tan dichosos Cuando se les quiere, piensan unas cosas que nunca soñaron como si el consuelo estuviese en sufrir

Duerme ahora un poco, ¿quieres? Ya es tiempo que descanses Estoy temblando que te vuelva la fiebre

—Si tú me despiertas luego ¡Así como has solido hacerlo!

Ella se sonrió, murmurando

—¡Sí!

—Entonces, bien ¡Hasta luego!

Natalia se inclinó, rozó con el de él su rostro encendido y se fue a prisa

El herido necesitaba en realidad de sueño

Ese día no se había sentido tan aliviado como en los anteriores, cierto malestar interno insistente y una punzada dolorosa en el brazo, fija, aguda, le hacían ansiar unas horas de reposo

La presencia de Nata lo llegó a absorber por completo, y mientras ella estuvo a su lado, no se le habría ocurrido quejarse

Durmióse Pero fue el sueño inquieto, pues sobrevínole de improviso la calentura

En poco tiempo tomó vuelo

El herido llegó a quejarse de vez en cuando de dolores en el pecho y de escalofríos periódicos Pusose desasosegado

Toda esa tarde el celo se redobló, y llegada la noche notóse con angustia que el mal iba en aumento

El desasosiego fue más profundo, a altas horas la fiebre más intensa, y el delirio dio principio.

Natalia, con extraña firmeza, no se separó ni un instante de la cabecera, atenta, contrariada, reprimiendo la explosión de su zozobra, que acrecía en la medida que avanzaba la dolencia.

La noche pasó entre hondas inquietudes.

Por la mañana, el herido pareció entrar en un período de calma semejante a un sopor.

Examináronle el pecho. La membrana que había cubierto como una tela la herida, aparecía desgarrada, y por la abertura surgía a intervalos un soplo ronco.

Aplicáronsele nuevas hilas y vendas, después de lavar bien los bordes con una esponja fina.

Luis María llegó a dormirse, algo más tranquilo.

Pero Natalia sintió dentro de su ser como un vacío pavoroso. Creía que por siempre se le había huido la fe y que quería escapársele ya la misma engañosa esperanza.

Sin duda retuvo a ésta el aspecto reposado del herido, porque en vez de acostarse algunos minutos, Natalia fuese a su habitación y púsose a escribir a la madre de su amigo una larga carta.

Reflejaba en ella fielmente sus impresiones, después de narrar todo lo acaecido, desde que llegara a la "estancia", y decíale que confiara en sus cuidados y desvelos.

En pos de indecible congoja, escribía ahora ella más consolada en presencia del estado satisfactorio del paciente. Tenía él que reaccionar pronto por el mismo vigor de su juventud y por la asidua asistencia de que era constante objeto.

Terminaba pidiéndole que en defecto de un médico animoso, lo que era imposible, bien lo comprendía,

le enviase algo para vencer la fiebre, que era lo que más terror infundía a su ánimo

Cerrada la carta, Natalia supo que Esteban debía ir esa tarde lejos de allí, en busca de un "tape" viejo que administraba hierbas medicinales, propias para las heridas

Aprovechó de su excursión para recomendarle que de algún modo, por intermedio de una mano piadosa cualquiera, hiciese que esa carta llegara a su destino

No pensó que podía retrasarse días enteros en su marcha

Don Luciano que había estado hablando un buen rato en el palenque con un paisano inválido que iba de paso para la Florida, entrose resueltamente en el aposento de Beron, y hallandolo despierto, y al parecer mejorado, aunque debil, díjole con entusiasmo

—¡Animo, amigo! Los argentinos vendrán, porque ya se declara incorporada la provincia a las otras como buena hermana Me lo acaba de asegurar un vecino de sesos, que viene del cuartel general

Luis Maria volvió de lado el semblante, iluminado de subito por una radiación de contento, y oprimiendo la mano que el viejo le tendia, murmuro con acento de fe profunda

—Entonces seremos libres de veras ¡Loado sea el esfuerzo!

Desde ese instante hasta la noche, la noticia trasmitida pareció hacer revivir al paciente

Las horas se deslizaron fugaces, acaso por ser felices, entre fruiciones y esperanzas

En las primeras de la noche, sin embargo, a pesar de la renovacion de los apósitos y del aseo escrupuloso de las heridas, en las que se aplicaron hojas de bálsamo abiertas, en el ansia de encontrar una virtud

medicinal infalible, aunque fuese en una simple hierba, Luis María fue invadido por la fiebre y tuvo violentas contracciones musculares ¡Otra noche de sorda lucha!

Natalia no perdió la serenidad, pidiendo fuerzas a todas sus energías reunidas para hacer frente al conflicto Con todo, en el fondo empezaba a sofocarla como un vaho asfixiante el desaliento

XXXVI

EL ULTIMO IDILIO

Ella presentía la proximidad de un gran dolor.

Pero era uno de esos temperamentos que lo sofocan, que lo reconcentran y lo anidan en el pecho, aunque el esfuerzo los deje inquietos, trémulos, adustos, sin más manifestaciones externas que una palidez intensa, un brillo de fiebre en las pupilas y una punzada aguda en la entraña que sólo en la soledad se resuelve en sollozos. De estos dolores que tienen miedo de ser penetrados, por lo mismo que son sinceros y profundos, era el suyo. Sus centros nerviosos se resentían del esfuerzo, y de ahí que la mente divagase aturdida y el corazón empezase a golpear violento como quien pide aire desde el fondo de su encierro. No quería llorar, a pesar de sus ansias. La amargura de su padre sería menos. ¡Cuanta ternura delicada con el herido, y cuánto cariño con él, en su afán doliente! Si ella cedía, ya no habría enfermera, no más tino, no más atención inteligente en las horas crueles, porque la desesperación la haría su presa y el delirio su juguete.

En ciertos momentos la fiebre parecía abrasarle las sienes. El sueño solía hacerla cesar, ese sueño que trae el cansancio prolongado y que deja al organismo como muerto.

Entonces, al incorporarse, se sentía con ánimo fuerte y volvía a la tarea con mas ahinco, nutrida de nuevas esperanzas, dulce, risueña, para llenar la atmósfera en que respiraba el herido con todos los tonos y reflejos de su adorable juventud.

¿Cómo pensar que él se podía morir? Era ese un ensueño sombrío Había venido al mundo con tantos dones para la dicha, era tan gentil, tan generoso, que la adversidad debía respetarlo Estaba en todo el vigor de la vida, y había de resistir a los estragos del mal hasta vencerlo

Una noche, el paciente tuvo fuertes contracciones, se quejo, la fiebre volvió a atacarlo y durante largas horas todo afan fue inútil para devolverle algo de la perdida calma

Natalia pasó este nuevo suplicio de pie, rígida, silenciosa, y ya muy tarde, cuando el herido quedóse al fin postrado, como hundido en el lecho don Luciano la sacó de allí

Fue aquella una noche triste

En tanto Esteban y Guadalupe hacían la vela. Robledo salió al patio, ansioso de aire puro, bajo los efectos de una gran pesadumbre

El cielo estaba sereno y rutilante, en profunda quietud los campos, y sólo el canto alegre del gallo desde el fondo de los "ombúes", interrumpía el silencio

Paseóse en lo oscuro, por debajo del alero con la cabeza descubierta y los brazos cruzados

Luego se quedó quieto delante del ventanillo de Natalia, por mucho tiempo, y estando aún allí como una estatua, llegó a oir la voz de su hija que parecía balbucear un ruego

Después la escuchó más alta, de un timbre desgarrador, que decía — ¡piedad, Dios mío!

El viejo llegó a creer que le mordían las entrañas.

¡Era tan amargo el acento, tan sentida la súplica! Aquella pobre que no dormía hacía tantas noches, debía tener como un plomo la cabeza

Lo peor era que ya el mal parecía sin remedio Sin duda la bala había caido al pulmon, despues de haber estado pendiente en el vertice a modo de carambano vacilante, o de lagrima que oscila en las pestañas antes de rozar el pómulo, y si era así, asunto concluido!

Don Luciano fuese de nuevo, sin ruido, a la habitación de Berón, con los ojos muy abiertos, jadeante y confuso

Sorprendióse al entrar en ella

Allí estaba Natalia, firme, tranquila en apariencia, con un gesto de resignación extrema, que daba a su semblante toda la dulzura del rostro de las imágenes de cera Tal vez había llorado mucho De sus bellos ojos se desprendía un reflejo de tristeza honda, natural en quien ya ha medido toda la magnitud de su infortunio

Robledo nada dijo

Observó un momento al herido, y volvió a salir a paso lento, suspirando con fuerza

Guadalupe y Esteban permanecieron quietos en los extremos, sin abrir para nada los labios

De pronto, Nata se dirigio a ellos, mirándolos también en silencio, con los brazos caídos y el aire desolado

Ellos se fueron al comedor

Estúvose Nata todavia unos instante con la vista en el suelo, como escuchando el rumor de esos pasos

Después se volvió hacia el herido, clavando en sus facciones desencajadas la vista ansiosa, se acercó bien, arreglole la almohada, apartóle a los dos lados el cabello, y pusose a contemplarlo con muda fijeza

Como viese que él no se movia, cogióle suave entre sus dos manos el rostro y lo beso en la boca

Luis María hizo un movimiento, abrió los ojos y los puso en ella

Volvió a cerrarlos y a abrirlos cual si luchase por reconocer, y al fin, como si reuniese todas las fuerzas que le quedaban, alzó trémulo el brazo, que ciñó al cuello de la joven, la atrajo hacia sí nervioso, juntando con la suya la linda cabeza, y dijo anhelante

—¡Cuanto bien! Así así

Ella dejó hacer Se puso de rodillas en el suelo, lo estrechó contra su pecho y oprimió con los suyos sus labios ardientes, sin hablar, entre mimos y retozos, suspiros que eran risas ahogadas, risas que eran llantos comprimidos, fruiciones preñadas de amargura, deliquios que eran ansias de una vida que se iba y de una dicha malograda

El pareció renacer, ella olvidar

Se estrechaban como si buscasen desafiar juntos la temida hora de la muerte con la fuerza de su cariño

Arrastrandose de uno a otro sitio sobre sus rodillas, con el seno entreabierto, la boca roja, la pupila brillante, Natalia sostenía entre sus brazos la cabeza del joven, evitandole esfuerzos y venciendolo en cada arranque, con una caricia infinita

En seguida se quedaban mirandose, y ella decía

—¿Es este un consuelo?

—Oh, sí! — contestaba él ¡Más! que no mata, y hasta el dolor cesa Yo quiero vivir, mi bien.

—¿Y por qué no? Dios lo ha de querer, pues que en su bondad permite que hasta los malos gocen . Si te mejoras pronto, veras qué dicha! Esta el campo que rebosa de alegrias, y vienen los follajes Iremos allí, donde me bajaste del árbol aquella vez Me hiciste temblar de miedo, o qué sé yo que. . Pero

tenía un gusto! No pude dormir, entonces; estaba como una aturdida .

Y esto diciendo, escapáronsele las lágrimas que había luchado por reprimir, escondiendo el rostro en la almohada

Luis María volvio a acariciarla febril, violento, atrayendo con brusquedad su cabeza como quien presiente que la vida se le escapa por el recomienzo del escozor en las heridas

Natalia se abandonó nuevamente a aquel delirio, a aquella ardorosa ternura que recien se manifestaba intensa, profunda, en el ahinco por la existencia

La ahogó él con sus besos

Cada vez que queria hablar, su boca, llena de fuego, cerrabale la suya con energia varonil, y su mano crispada le retenía la cabeza unida como un áncora de esperanza

Cual si saliera de un sueño, Natalia dijo temblante

—¡Oh! puede esto dañarte ¡Qué locura! Reposa, por favor

—Hay tiempo — murmuró Luis María con voz apagada

Otra vez otra .

Dio luego una sacudida, se arquesó, puso el semblante en el seno de la joven y escaposele un sollozo

En pos de esa contraccion, su cabeza resbaló en la almohada y hundiose en ella

—¡Ay! —exclamo Nata— ¡qué tortura horrible!

El herido había cerrado los ojos y respiraba con gran fatiga Ardian sus sienes

Púsose de nuevo Natalia de pie, alzándose palida y rigida como una muerta

Cogió con mano convulsa la infusión de corteza de "quebracho", y le hizo beber dos o tres sorbos

Examinóle las vendas

La del brazo no ofrecía novedad alguna No así la del pecho Debajo de ésta se dibujaba una mancha de sangre y sentíase un resuello sordo, intermitente, de fuerza viva que se aniquila

—Yo habré apresurado su muerte — susurró Natalia conteniendo los alientos Pero él lo quería Era un pobre y último goce que no podía negarle ¡Pobre goce! ¡Más merecías, mi amado, ya que vas a morir, todo mi ser fuera poco!

Y contemplándole como extraviada, la angustia subió de punto

Volvió a abrazarse a él y lo movió diciendo con acento bajo y entrecortado

—No te vas así tan pronto Yo no quiero que te mueras ¡Oh crueldad de la suerte! ¡Vuelve, mi bien, sí, vuelve! Un último beso para tu madrecita querida, que yo lo recibiré todo en mi boca Sonríete como antes, ¡ánimo! sí, ¡animo, que esto pasará mi amigo adorado!

Sonreía ella a su vez, viendo que el herido abría los ojos y se volvía, como cediendo al esfuerzo de sus manecitas temblorosas que le oprimían las sienes dulcemente

Pero fue un arranque supremo

Un fulgor opaco lucía en sus pupilas, que se concentraron sobre la joven con la dureza de la agonía, quiso hablar, y de su boca salió un hálito leve, y al sellarse en un ultimo beso los labios de los dos, sacudió un momento la cabeza la posó en la almohada y se quedó inmóvil

Natalia lanzó una voz semejante a un ronquido, y dióse vuelta anonadada

Vio a su padre, a Esteban, a Guadalupe, a don Anacleto en la penumbra que miraban hacia el lecho, como buscando entre sus pliegues un signo de vida.

—Inútil empeño — dijo Natalia. ¡Todo acabó!

Sin vacilar acercóse al lecho, y posó sus dos manos en los párpados del muerto

Allí las tuvo un rato

Después las separó y miró..

Estaban plegados Parecía dormido.

El resplandor tenue del alba penetraba por las rendijas del ventanillo y con su aparición coincidía el variado concierto de las aves que anidaban bajo el alero. De afuera venía como una oleada de vida cargada de trinos y de aromas, y las luces brillantes no tardaron en unirse al festival de la mañana, con el coro lejano del ganado y el vaivén del esquilón

XXXVII

LA SOMBRA DEL CENADOR

Cuando caía el sol al día siguiente en medio de una atmósfera de ambar y rosa confundidos, un pequeño grupo de personas mustias y calladas salía de las casas y se dirigía a lento paso hacia el estrecho valle que el bosque de Santa Lucía orillaba con sus frondas.

Componíase el grupo de cinco hombres y dos mujeres Cuatro de ellos llevaban a pulso un cajón, algo como un féretro cubierto por un paño negro clavado en la madera a trechos

En la tapa de estas andas veíanse esparcidas ramitas verdes y flores silvestres apiñadas, sin orden, cual si sobre ella hubiese volcado al azar uno de sus búcaros la primavera

Los gajos del aromo y del laurel agreste se entremezclaban con la yedra y los claveles del aire Algunas violetas aparecían aquí y alla entre los vivos matices, como arrojadas por un soplo de angustia

La fosa se había abierto junto a la que encerraba a Dora

Natalia quiso que su amigo descansara al lado de la que le amó, como ella, ¡tal vez con la misma intensidad e identica ternura!

Una cruz de coronillo alta y retorcida, en cuyos brazos se enroscaban parietarias lanzando a todos rumbos un centenar de guías, señalaba el sitio en que reposaba la cabeza de la amable joven que fue luz del pago

Cerca, en un grupo de "talas", una banda de "horneros" bullıciosos hería el aire con sus gritos alegres, que a don Cleto parecieron ecos de aquellas risas encantadoras de otro tiempo.

Guadalupe llevaba una cruz semejante a la que adornaba la tumba de Dora, fabricada en la noche, como el ataúd, por Esteban y el capataz.

En tanto sepultaban el cuerpo de Luis María, Natalia se puso de rodillas al borde del hoyo, siguiendo con la mirada cómo subía a oleadas la tierra negra que caía sobre la caja

Las flores habían sido amontonadas a un lado, para ser luego desparramadas encima

La joven tenía los ojos hundidos y el rostro de una blancura casi transparente. Más rígida que nunca, ni una crispación se notaba en sus facciones, ni en sus labios marchitos Parecía haber apurado de un sorbo toda la hiel del sufrimiento.

Antes de abandonar las "casas", había besado muchas veces al muerto en la frente y en las mejillas, y apartada de allí, había vuelto en silencio con gran fuerza de voluntad, y estrechado contra la suya su cabeza, besándolo entonces en los labios yertos con una caricia interminable

Arrancada de nuevo del sitio, había retornado sin mirar a otro objeto que al que fue su adorable deliquio, con un gesto tan duro y sombrío, que nadie se atrevió a detenerla, y otra vez acarició al muerto, cortóle dos rulos, que guardó en el seno, echóle sobre el pecho un puñado de flores, arreglóle bien la almohadilla, y después dijo con acento dulce

—Ahora sí . ¡No hay más que hacer!

Cuando salían, habíale dicho su padre a modo de ruego:

—Tú no vas, hija Basta con nosotros

Y ella respondio con una firmeza tranquila

—¡Sí, que iré!

Y habia venido ahogando sus sollozos, altiva en su dolor, hasta aquel lugar reservado para el último sueño de su novio

Vio echarle tierra sin modular una queja, en apariencia insensible

Apenas en el párpado nervioso podía notarse su honda agitación interna, y en la expresión desolada de sus pupilas el abismo abierto a sus fervientes amores

Sin duda se había secado la fuente del llanto, y sólo quedaba dentro ese pesar agudo que hace latir la arteria a saltos y denuncia una revolución de los afectos más ardientes del animo

La fúnebre tarea duró breves instantes

La tierra llegó al nivel se aplanó, púsose la cruz en linea recta con la de Dora, a igual altura, y por último esparcióse sobre las dos tumbas un poco de arena fina traída de la ribera para rellenar las más pequeñas grietas del suelo

Hecho esto, Nata se levantó y diseminó en aquel corto espacio las hojas y flores como quien rocía con agua bendita

Despues, dijo a su padre

—Les haremos aquí una casita que les preserve de la lluvia que filtra y del hielo, ¿verdad?

—Sí

Natalia echó a andar, y todos siguieron en pos

El grupo, al llegar a las casas, se disolvió silencioso, como se había reunido El pesar era profundo

Natalia entro a su habitación sin fuerzas, y arrojóse en el lecho

En el quedó como muerta, hasta el otro dia

Con el alba se levantó, y púsose a escribir a la madre de Berón

Parecía serena, tenía firme el pulso, y trazó los caracteres con calma dolorosa

"Ya acabó de sufrir — decíale entre otras cosas de mujer convencida de que nadie ha de dolerse mas que ella — Su último beso fue para ti y lo recibió toda mi boca Yo le cerré los ojos, y le corté dos rizos, uno para tí, otro para mí Ahí va el tuyo Lo acompañé hasta el sitio que yo había señalado para que durmiera, y ví como lo acostaban ¡Está en buena compañía, madre! y lo he de cuidar siempre Tendrá mi visita todos los dias y muchas flores, de las más hermosas que se encuentren en mi jardincito y en la ribera, ademas les haremos una "glorieta" a los dos, con ceibos y claveles del monte ¡Nunca se apartara de mí su memoria! Sea cual fuere la hora en que te acuerdes de el, yo también estaré pensando en el amigo adorado que fue la ilusión de mi vida ¡Ay, madre! por mas que las dos lloremos, no hemos de llenar el vaso de amargura en la medida en que lo hemos bebido ¡Consuélate, a pesar de todo, de que siempre tendremos lagrimas!"

Como esta carta decia, elevóse en el lugar solitario un pabellón que rodearon los ceibos y enredaderas de la selva, y al poco tiempo se formó un cerco espeso de flores y follajes.

Después, los céspedes se unieron a los ceibos que retoñaban, las enredaderas y lianas hiciéronse trenzas largas y ondulantes y se asieron a las cruces con todo el vigor de brazos que se crispan ansiosos de apoyo

Las cruces llegaron a desaparecer poco a poco en un boscaje que se alzó trepando en torno del cenador por dentro y fuera, y sólo quedó en el interior como

un sendero tortuoso que terminaba allí donde estaban los símbolos funerarios

Las avispas y las abejas salvajes zumbaban en los días ardientes bajo la bóveda y elaboraban su miel en la espesura de mburucuyáes y "camambúes"

Cuenta una tradición del pago, que en aquel búcaro enorme, ornado siempre de frescas frondas, guías y festones, a la vez que criadero exuberante de selváticas aromas, venían los pájaros en nutridas bandas a fabricar sus nidos, oyéndose al cuajar la aurora y al morir la tarde un himno eterno de complicados silbos y arrullos; y añade la tradición también, que a esas horas, unas veces entre luces y otras entre sombras, veíase entrar y salir del cenador a una mujer taciturna, rígida y fría que no por esto dejaba de sonreír a los vivos, pero que sólo parecía hablar con los muertos

FIN

VOLUMENES PUBLICADOS

1 — Carlos María Ramírez ARTIGAS
2 — Carlos Vaz Ferreira FERMENTARIO
3 — Carlos Reyles EL TERRUÑO y PRIMITIVO
4 — Eduardo Acevedo Diaz ISMAEL
5 — Carlos Vaz Ferreira SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6 — Carlos Vaz Ferreira SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7 — Jose María Reyes DESCRIPCIÓN GEOGRAFICA DEL TERRITORIO DE LA REPUBLICA O DEL URUGUAY (Tomo I).
8 — Jose María Reyes DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPUBLICA O DEL URUGUAY (Tomo II).
9 — Francisco Bauza ESTUDIOS LITERARIOS
10 — Sansón Carrasco ARTÍCULOS
11 — Francisco Bauzá ESTUDIOS CONSTITUCIONALES
12 — José P Massera ESTUDIOS FILOSÓFICOS
13 — El Viejo Pancho PAJA BRAVA
14 — Jose Pedro Bellan DOÑARRAMONA.
15 — Eduardo Acevedo Díaz SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA
16 — Alvaro Armando Vasseur TODOS LOS CANTOS
17. — Manuel Bernárdez NARRACIONES
18 — Juan Zorrilla de San Martín TABARÉ
19. — Javier de Viana GAUCHA.
20 — María Eugenia Vaz Ferreira LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.
21 — Jose Enrique Rodó MOTIVOS DE PROTEO (Tomo I).
22 — José Enrique Rodo MOTIVOS DE PROTEO (Tomo II).
23 — Isidoro de María MONTEVIDEO ANTIGUO (Tomo I).
24 — Isidoro de María MONTEVIDEO ANTIGUO (Tomo II).